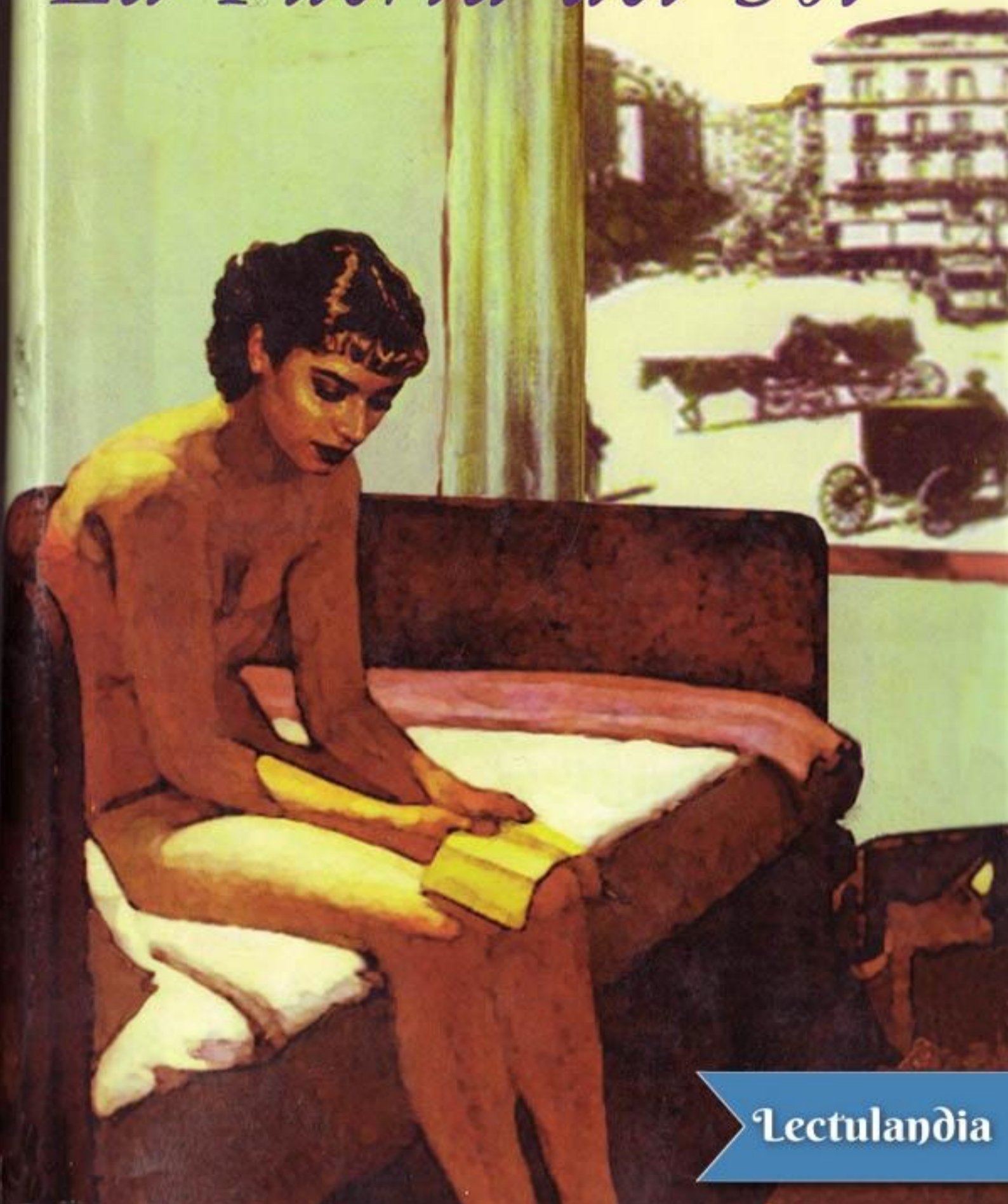


F. FERNÁN-GÓMEZ
La Puerta del Sol



Lectulandia

En la turbulenta España de principios de siglo, que escondía tantas posibilidades de futuro, Mariana Bravo, una joven pobre, alegre y soñadora, hija del ideal libertario, abandona su pueblo en busca del porvenir idílico de un modesto comercio en el centro de la capital. Unida en amor libre con Ramón Gómez, traspunte en una compañía de teatro de magia, llega a Madrid para regentar la portería del número 9 de la calle del Vergel, cercana a la mítica Puerta del Sol. Pero la isla de la Fantasía no siempre está donde queremos y Mariana, recluida en su pequeño cuchitril, verá subir y bajar vecinos, escuchará y soportará sus confidencias. Allí madurará, será madre, sentirá en su carne las contradicciones entre utopía y vida, en espera de ese próspero futuro que sólo unas calles más allá se le ofrece para romper su simple «tránsito hacia la nada».

Junto a Mariana y Ramón, se mueven curiosos personajes que dibujan el Madrid de los años que rodearon a la guerra civil (la cotillona del vecindario, el aprendiz de escritor, el fugitivo activista político, el aristócrata venido a menos, actrices y actores, señoritas de la alta sociedad...) y se cruzan historias de pasiones encendidas y los divertidos subterfugios del cortejo amoroso con enredos de comedia, gritos revolucionarios y persecuciones políticas.

Crónica de una época, de una realidad, LA PUERTA DEL SOL es, sobre todo, la novela de unas ganas, de un futuro, de los sueños de toda una generación de españoles. Con un ágil ir y venir del recuerdo a la ilusión, en una unión perfecta de costumbrismo y lirismo, Fernando Fernán Gómez sitúa en su amado escenario madrileño la agotadora lucha de la Fantasía con la increíble pero cierta realidad.

Lectulandia

Fernando Fernán Gómez

La Puerta del Sol

ePub r1.0

Titivillus 08.01.16

Título original: *La Puerta del Sol*
Fernando Fernán Gómez, 1995
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la hija de la portera.

El presente de hace cincuenta años no se ha desvanecido en el tiempo. Tengo la certidumbre honda, incommovible, de que todo es presente. No hay más que un plano del tiempo, y en ese plano —presente siempre— está todo. Junto a nosotros presentimos como presentes el pasado y el futuro.

AZORÍN.

Cuando no se tema la pobreza, el deseo codicioso de posesión no estará tan extendido.

BERTRAND RUSSELL.

Creo que con el tiempo, mereceremos que no haya gobiernos.

JORGE LUIS BORGES.

Índice

Prólogo

Primera parte, *La isla de la Fantasía*

- I. De lo que años más adelante le ocurrió a Mariana Bravo un caluroso día del mes de agosto
- II. La mañana
- III. Sobre dos hombres, una mujer y un niño pesa la circunstancia histórica
- IV. Aquí, entre otras cosas, se trata de histerismo, enfermedad muy de moda a comienzos de este siglo
- V. La noche
- VI. En el que Mariana procura que acontecimientos de su mundo interior no afloren a la superficie
- VII. La duda
- VIII. Sobre una noche amarga y la influencia de algunos sucesos en las relaciones matrimoniales
- IX. En el que la novela *Corazones en el arroyo* cumple una misión que no le estaba destinada
- X. Sobre el color de los ojos y la persistencia de los recuerdos
- XI. Tampoco es para ponerse así
- XII. Pintura al óleo, chocolate en casa de los Meló y otro ataque de histerismo
- XIII. Si esto es el amor, Mariana no quiere sentirlo nunca
- XIV. Ensalmos, conjuros, maleficios
- XV. Donde se narra una historia de amor que acaba mal y empieza otra.

Segunda parte, *La Puerta del Sol*

- XVI. «¿Cómo era, Dios mío, cómo era?» (J. R. J.)
- XVII. Hacia la Puerta del Sol
- XVIII. En el que se refiere la llegada de Mariana a la gran ciudad

XIX. «Por estas tierras pasa la sombra de caín» (A. M.)

XX. La traidora realidad lucha contra la fantasía

XXI. La isla de la realidad

XXII. Donde en malos tiempos asoman confusos recuerdos

XXIII. Aurora y su hermano Miguel, conocido por *Bakunin*

XXIV. En el que, aunque ya no existe el traspunte Ramón Gómez,
baja el telón

Epílogo

Prólogo

Parece que hace muchísimos años, unos cuantos siglos, en la plaza de Madrid que se llama Puerta del Sol, hubo una puerta, situada, según dicen algunos de los que parecen más enterados, entre las que después fueron calles del Arenal y Mayor; pero la Puerta del Sol de comienzos del siglo xx no se parecía casi nada a la primitiva. Al inicio del presente siglo, en la Puerta del Sol y sus alrededores estaban los mejores establecimientos de la capital, los más prósperos y lujosos, hoteles, cafés, botillerías, salones de limpiabotas, farmacias, pañerías, platerías, sastrerías, peluquerías... y sus anchas aceras eran un emporio de la venta callejera en donde podían comprarse gomas para sujetar las varillas de los paraguas, corbatas, juguetes mecánicos de fabricación casera, don Nicanor tocando el tambor, monitos trepadores, llaveros, botonaduras, cintas para hacer lazos, poemas de los más excelsos vates, como *La desesperación*, de Espronceda, o las *Doloras* y las *Humoradas*, de Campoamor, condones, cajitas de fósforos, cuadernillos con modelos de cartas de amor, lapiceros —«el dibujo es el idioma universal», pregonaba el vendedor—, cordones para las botas, periódicos... A cualquier hora del día o de la noche había gente en la concurridísima plaza, incluso con las luces del alba podían verse algunos noctámbulos con aire de no saber muy bien adonde iban, y camareros de los cafés que acababan de cerrar, busconas en retirada, vendedores de churros y aguardiente. En cambio, en su origen la puerta lo fue de un castillo que, protegido por un foso, se edificó con premura en lo que entonces no era centro, sino límite de la villa y cuya utilidad era defender esa entrada de los posibles ataques de bandoleros y también de los comuneros alzados contra Carlos IV que abundaban en aquellas tierras. Por estar al oriente o por capricho de quien ordenó la obra se pintó un sol sobre la puerta que servía de entrada a Madrid. Tal fue el origen del nombre Puerta del Sol, que es lo único que se conserva, pues el castillo fue derribado, con el fin de ensanchar y desembarazar aquella salida, según nos dice el cronista, «después de acabadas las inquietudes».

Madrid era el sueño de muchos españoles —en particular, de los pobres—, y el centro de ese sueño era la Puerta del Sol.

A finales del siglo xix, y quizás desde algo antes, se había propagado de un país a otro la esperanza en la utopía revolucionaria; esperanza que muchas veces se convertía en exigencia, expresada por la vía de la política o por la del terrorismo. Stirner, Proudhon, Bakunin, Kropotkine, Ibsen, Tolstoi habían esparcido la simiente en una tierra abonada por siglos de injusticia y de opresión. Pero ya en 1870, durante el V Congreso de la Internacional, el enfrentamiento entre la soberbia de Miguel Bakunin y la de Carlos Marx había escindido a la clase proletaria entre autoritarios y libertarios, rudo golpe que hirió de manera irremediable a la revolución. En cambio, el imperialismo colonialista alcanzó su época de máximo esplendor. Las viejas

naciones —Rusia, Inglaterra, Francia—, y las nuevas —Italia, Alemania—, todas tenían vocación de imperio, todas se disputaban la posesión de colonias en cualquier punto del globo tanto cercano como alejadísimo de la metrópoli. Los nacionalismos se exacerbaban, se desmelenó la propaganda del patriotismo, y hasta al último ciudadano de la escala social o intelectual se le imbuyó la idea de que ser de otra nación era una desgracia o un oprobio.

En cuanto a España, estaba gobernada por la oligarquía y sus intermediarios, los caciques terratenientes, que en una especie de democracia falsificada utilizaban como principales armas políticas el matonismo y la corrupción. Según el diagnóstico de Joaquín Costa en *Oligarquía y caciquismo*, España había perdido un siglo atrás su rango de primera potencia para pasar a la categoría de nación de segundo orden, y tras el 98 y la guerra con Estados Unidos acabó por perder su categoría de segundo orden para descender al rango de tercera. Al tiempo que otras naciones se encumbraban, España se hundía, como si la península se desmembrara de Europa y fuera a naufragar en el Atlántico, el mar de su aventura.

En el tránsito de un siglo a otro ocurrieron más cosas dignas de mención, como que entre Estados Unidos y Europa se llegaron a fabricar más de mil automóviles en un año, o que para la Exposición Universal el ingeniero Gustavo Eiffel construyera en París una gigantesca torre de hierro, material nuevo en la arquitectura. La torre, de 300 metros de altura, era la construcción más alta del mundo. A los veinticinco años de edad, el físico alemán, de ascendencia judía, y a la sazón súbdito suizo, Alberto Einstein publicó en *Anales de Física* un trabajo sobre la «teoría de la relatividad especial» con el que revolucionó de manera radical la física, la filosofía, la mecánica, la astronomía. Sobre que el espacio fuera relativo ya había algunas sospechas, pero que el tiempo también lo fuera, si se le había ocurrido a alguien no lo había dicho, hasta que el joven científico alemán declaró: «Dos hechos simultáneos para un observador, lo son para todo observador que está en reposo relativo respecto al primero; pero si están en movimiento relativo, pueden dejar de serlo». El médico vienés, también de ascendencia judía, Sigmundo Freud empleó un nuevo método para tratar el histerismo y otras neurosis. En unos cuantos países se promulgaron leyes que prohibían el trabajo nocturno de las mujeres. Por dos veces, madame Curie recibió el premio Nobel. En el sótano de un café del bulevar de Capucines los hermanos Lumière exhibieron el cinematógrafo, ingenioso aparato de física recreativa que proyectaba imágenes en movimiento, inventado pocos años atrás por el fisiólogo Eugenio-Julio Marey. Tras doce años de insistencia en el error, más o menos intencionado, la justicia francesa entró en razón y decidió dejar en paz al desdichado Dreyfus. Moría el escritor Óscar Wilde después de que la justicia británica le condenara a pasar una larga temporada en la cárcel de Reading. Marcel Proust iba escribiendo *En busca del tiempo perdido*.

En España, que no levantaba cabeza tras el desastre del 98, en las elecciones municipales de noviembre de 1905, los socialistas obtuvieron su primera victoria. En

el teatro agonizaba la moda de los dramas y melodramasseudorrománticos y también la de las comedias de magia, que tanto auge habían alcanzado en los últimos años del siglo anterior; imperaban las comedias de alta sociedad de Jacinto Benavente y sus epígonos, las de la clase media andaluza de los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero y los sainetes de la clase baja madrileña de Carlos Arniches. Y el género chico. A los aficionados a la lectura les gustaban Valera, Alarcón, Pereda, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, y, sobre todos, Galdós.

Una mujer española joven y pobre, Mariana Bravo, natural de Hondonadas, provincia de Salamanca, espigada, trigueña, de ojos verdosos, agraciado semblante y sonrisa fácil, soñaba con Madrid y la Puerta del Sol sin saber a ciencia cierta lo que eran ni la ciudad ni la puerta. Había conseguido abandonar su pueblo y a su familia y colocarse de doncella en una casa principal de Olivera, también provincia de Salamanca, pero no un pueblo, como Hondonadas, sino una ciudad; a los ojos de Mariana, una gran ciudad.

La agonía de las comedias de magia —como la del teatro en general— es larga y lenta. Puede decirse que el teatro de magia floreció durante el siglo XIX y que se extinguió a comienzos del XX. Sin embargo, uno de sus más altos exponentes es del siglo XVI. *El sueño de una noche de verano*, y con un poco de mala voluntad puede opinarse que la tragedia griega pertenece a este género, pues en casi todas sus obras intervienen los dioses del Olimpo, que, como ya se ha demostrado posteriormente, eran falsos, no existieron, luego lo de encadenar a Prometeo, llevarse a Medea en un carro de fuego, las visiones proféticas de la sibila Casandra, etc., no pasan de ser trucos de magia teatral. Esto, en cuanto a la antigüedad del género; en cuanto a su modernidad o su actualidad, a seguir ganando batallas después de la larga agonía, con escasas posibilidades de error pueden asociarse las llamadas «comedias de magia» a los espectáculos musicales de género frívolo en los que el espectador aguarda efectos escenográficos sorprendentes, a las revistas erótico-musicales, a los programas de variedades, y de momento (1992), aunque quizás sea una moda pasajera, a las películas en que los «efectos especiales» han sustituido a las grandes estrellas, los ingeniosos argumentos y los guiones bien trabajados.

De la *Orestiada* o *El sueño de una noche de verano* a *La redoma encantada* o *Los polvos de la madre Celestina* hay un enorme salto, no sólo por los siglos transcurridos, sino por la pérdida de calidad, no ya en el logro, sino en la intención. Precisamente esa falta de calidad, ese bajo nivel de literatura, esa carencia de poesía contribuyeron a que en el pasado siglo las «comedias de magia» captaran el ánimo de los públicos populares, pues al ser éstos necesariamente iletrados por su bajo nivel económico, no estaban para trascendencias, ni profundidades ni florituras; lo suyo eran las burdas escenas cómicas, la lucha de malos contra buenos, siempre con el triunfo de los segundos, lo opuesto a la realidad, lo inverosímil, lo fantástico, la

sorpresa, los «efectos especiales». Y eso, con un lenguaje llano, casi pedestre, se lo daban las comedias de magia, que encontraron en el XIX un gran enriquecimiento al desposarse con el melodrama, en el que la acción huía de los salones burgueses y aristocráticos, de las que los franceses llamaban «obras bien hechas», para buscar florestas intrincadas, cuevas de bandidos o de brujas, mazmorras de castillos, criptas de iglesias... Al alcanzar su mayor auge, la magia, gracias a la extraordinaria acogida que tuvo entre las clases populares, tomó elementos no sólo del melodrama, sino de la ópera, de la pantomima, para llegar casi a lo que hace poco tiempo se llamaba «teatro total», y vale el «casi», puesto que a las comedias de magia de esa gran época les faltaba calidad en el texto, un mínimo de intención poética, factores que no se consideraban necesarios, sino perjudiciales para agrandar a un público que sólo aspiraba a ir de sorpresa en sorpresa —sorpresas simplemente visuales o acústicas— y a que al final triunfase la virtud y los traidores recibiesen un merecido castigo, en fin, lo opuesto a lo que muestra la realidad, ya que esta oposición al mundo real es la razón de ser de las comedias de magia, el que sus personajes puedan desenvolverse en un mundo no parecido al verdadero, en un mundo inverosímil.

Puede considerarse que el teatro de magia nació de la unión de los cuentos de hadas con la realidad cotidiana. Lo que se llama «comedia de magia», término que hoy ha desaparecido por falta de uso no sólo del término sino, en apariencia, también de lo que éste significaba, era una obra literaria concebida para la escena, que tenía como principales alicientes los recursos de la ingeniería teatral (entendidos no como elaboración del texto, sino como procedimientos para la representación). El protagonista del espectáculo era el escenario —el escenario del llamado «teatro a la italiana»— con todas las posibilidades de que le habían dotado su inventor y los directores de escena y escenógrafos que después lo perfeccionaron. Esta suma de máquinas hacía posible que, para los ojos y oídos del espectador de aquellos tiempos, la «comedia de magia» fuera un desfile de acontecimientos espectaculares, maravillosos, sobrenaturales, y que en ella pudieran intervenir y demostrar sus dotes, desde las más humildes brujas de aldea hasta los dioses del antiguo Olimpo, pasando por hadas, demonios, magos y las desatadas fuerzas de la naturaleza, el agua, el viento, el fuego...

Y un español joven y pobre, Ramón Gómez, natural de Madrid, hijo de unos verduleros, era el rey de aquel reino. Entre bastidores o desde los telares, desde el foso, desde el cuadro de la luz eléctrica —no comprendía Gómez cómo antes de aquella reciente aportación podían representarse las comedias de magia— se manejaba todo aquel desfile de maravillas, y quien impartía las órdenes a los tramoyistas, electricistas, utileros era el traspunte Ramón Gómez. En su adolescencia y primera juventud quiso ser actor —todo antes que seguir en la verdulería de sus padres—, pero pronto se consideró fracasado y se acogió con resignación a aquel extraño oficio de traspunte, del que antes ignoraba incluso su existencia, pero que con el paso del tiempo había llegado a satisfacerle plenamente, pues todo el mundo

mágico dependía de él, él daba todas las órdenes; desde la de «arriba el telón».

Primera parte
La isla de la Fantasía

I. De lo que años más adelante le ocurrió a Mariana Bravo un caluroso día del mes de agosto

Una mesa camilla, dos sillas, una mesita auxiliar y un estante componían todo el mobiliario del espacio destinado a portería en el número 9 de la calle del Vergel, frente por frente a la fachada del Hospicio de San Fernando. Hacía ya más de un centenar de años hubo por allí algunas casas de placer de gente rica que vivía en el centro de Madrid y esas casas tenían bien cuidados jardines, de ahí quizás proviniera el nombre de calle del Vergel, aunque en las tortuosas callejuelas del barrio ya no quedaban huellas de aquel pasado placentero. El hueco de la portería estaba entre el primer tramo de la escalera y las puertas de dos semisótanos, los de los talleres del zapatero y el carpintero, al otro lado de la caja del ascensor. Allí, en el cuchitril, como solían llamarlo, la portera Mariana Bravo quitaba la mesa en que habían almorzado ella, Ramón Gómez, su marido, y su hijo Monchito, cuando advirtió en el marco de la puerta la presencia de doña Benigna Alcántara, señora de Moranes, la inquilina del primero izquierda. Estaba vestida de calle —tal vez pensaba hacer alguna visita, pues aún no era hora de ir de compras— con un traje azul oscuro, de faya, de dos piezas, y una estola blanca, de seda, al cuello; en vez de sombrero, llevaba una mantilla negra, de blonda. Doña Benigna no presumía de elegante, pero siempre cuidaba su aspecto, y opinaba que las personas de su clase debían vestir con decoro.

—Buenas tardes, Mariana. No le molesta que entre, ¿verdad?

—De ninguna manera, doña Benigna. Pase, pase usted.

—**M**i marido se habría pegao un tiro.
—¿Qué dice, doña Benigna!

—Sí, Mariana, sí; y yo hoy no he podido echar la siesta, y eso que ya ha terminao todo; desvelada, estoy desvelada, y no por el calor, sino por los acontecimientos, y no comprendo cómo puede conservar la calma, la envidia, con la mano en el corazón se lo digo.

—¿Y qué quiere usted que haga? Pero, siéntese; aquí, en la portería, no hace demasiao calor, incluso a esta hora, que es la peor del día.

—Tiene usted razón, aquí, como nunca da el sol, y no tiene ni ventana al patio...

—Tome, beba un vasito de agua, le refrescará. Aunque no sé si en plena digestión le caerá bien.

—No, no me cae mal. Muchas gracias, Mariana.

Doña Benigna, la del primero izquierda, aceptó el agua que le ofrecía Mariana, la portera, entró en el cuchitril destinado a portería, se sentó en una de las dos sillas que

había junto a la mesa camilla y siguió con sus lamentaciones. Era incomprensible el comportamiento tan antipatriótico que habían tenido los sindicatos obreros. Ya sabía doña Benigna cuáles eran las ideas de los porteros, Ramón y Mariana, y le pedía perdón a la portera por lo que estaba diciendo, pero debía comprender que paralizar la industria y los transportes precisamente en el momento en que el país se recuperaba, cuando entraba la riqueza por todas las fronteras, era un contra Dios; y querer acabar con los burgueses —como los revolucionarios decían—, que eran los que estaban poniendo España a flote...

—Si hubieran llegao a ganar, mi marido dice que antes de que le matasen, se habría matao él, y eso que es buen católico.

—Es tomar las cosas muy por la tremenda, ¿no cree usted? —se atrevió a decir, con alguna timidez, la portera.

Replicó al instante con energía la del primero izquierda, como si de antemano supiera la respuesta.

—Por la tremenda la han tomao los que se han echao a la calle a tirar tiros y a poner bombas, esos pobres ignorantes engañaos por otros más listos, que van a lo suyo y son los que al final se llevan el gato al agua.

La portera Mariana no respondió inmediatamente, dejó vagar la mirada por el tapete de paño granate que cubría la camilla, porque era mejor que doña Benigna se desahogase y porque ella, la portera, no debía entrar en discusión con la señora de Moranes, de condición tan superior a la suya y que, al parecer de Mariana, aunque fuera burguesa por los cuatro costados, era una buena mujer de la que no se sabía que hiciera mal a nadie. Vivía de las rentas, eso sí, como su marido; tenían unas tierras por Extremadura de las que no se ocultaban ellos, y a saber cómo los administradores, capataces, mayoresales y demás trataban a los jornaleros, pero eso era harina de otro costal y, en cualquier caso, no culpa del matrimonio Moranes, sino de la organización de la sociedad.

—Usted y su marido, Mariana, hicieron muy bien en apartarse de todo eso, aunque conserven sus ideas, que, según yo lo veo, están muy equivocadas, sobre todo por empeñarse en prescindir de la religión, que no puede usted imaginarse, Mariana, qué consuelo más grande es.

—Ya lo sé, doña Benigna, pero eso usted lo sabe mejor que yo: se siente o no se siente.

—Ay, Mariana, Mariana... Si fuera usted a misa por lo menos los domingos y escuchase el sermón... O alguna novena. Estoy segura de que los demás vecinos, incluso los de izquierdas, como el oficial del notario, le permitirían que faltase un ratito a la portería; otras veces la ha dejao usted al cuidao a Marisa, la hija de Manolo el zapatero. Ahora hay una novena, que la predica el padre Tubau y da gloria oírle; seguro que la convencía a usted.

—Doña Benigna, yo aprendí la doctrina en mi pueblo, en Hondonadas, hice la primera comunión y luego, en Olivera, acompañaba los domingos a misa a mi

señorita Micaela y a su familia, íbamos las cuatro criadas, los hombres, por su cuenta, el que quería iba y el que no, no. Escuché muchos sermones en aquellos dos años y ¿qué quiere usted que le diga, doña Benigna?, ya lo hemos hablao otras veces, nada de aquello me convenció. En cambio, veía tantas injusticias, tanta hipocresía, tanta desigualdad, tanta diferencia entre unos y otros...

—No me irá usted a decir que ha sido justicia lo que han hecho estos días los revolucionarios.

—¡No se me pasa por la cabeza discutir con usted, doña Benigna, que usted sabe lo mucho que la estimo y la respeto! Y lo agradecidos que le estamos mi Ramón y yo por lo bien que habla usted de nosotros al señor Espoz, el administrador de la finca, que estamos enteraos. Pero algo pasa no sólo en España, sino en el mundo, usted y su marido lo deben de saber por los periódicos, que es por lo que lo sabemos mi marido y yo. La gente pobre del extranjero empieza a estar harta de la guerra, porque el peso mayor cae sobre la gente pobre, doña Benigna, eso no me lo negará usted, y ya va para tres años que llevan en las trincheras, los que no están muertos o en los hospitales. Por eso ahí tiene usted que los soldaos franceses están de motín en motín, y los obreros de las fábricas, de huelga en huelga; también han estao en huelga los ingleses del metal, y en Italia los socialistas se niegan a ir a la guerra; usted sabe qué pasa en los dos bandos, doña Benigna.

—La veo a usted, Mariana, muchísimo mejor enterada que yo, y se explica usted muy bien.

—Será porque cuando leo el periódico, Manolo el zapatero luego lo comenta conmigo; él entiende mucho.

Doña Benigna torció el morro.

—Yo que usted, me buscaría otras amistades.

Pensaba Mariana que el único defecto que, desde el punto de vista de doña Benigna, podría achacársele al bueno del zapatero sería el de sus ideas socialistas, era de Pablo Iglesias de toda la vida; además, con el oficio de Mariana, encerrada todo el día en el cuchitril, no era fácil buscarse amistades, y no era cuestión de amistades saber que también en Alemania los obreros que fabricaban las municiones se habían declarado en huelga, que había venido no sólo en *El Imparcial* y en *El Herald*o, sino en el *ABC*.

—Pues, bueno, lo que saco yo en consecuencia de todo eso —dijo la inquilina del primero izquierda—, es que bien agradecidos deben estar los obreros al rey Alfonso XIII y al jefe del Gobierno, don Eduardo Dato, pues gracias a ellos España es un país neutral.

—Pero, doña Benigna —insistía contra su propia voluntad, sin poderlo remediar, la portera—, los obreros de los países neutrales también protestan, también se rebelan, también van a la huelga, porque las consecuencias de la guerra, la escasez, la subida del precio de los alimentos, el hambre, el miedo, las están padeciendo todos. Menos mal que ahora, con la entrada de los norteamericanos, la guerra se acabará en

seguida.

No lo veía tan fácil la señora de Moranes: Alemania y Austria seguían teniendo mucha fuerza, a los ingleses ya casi no les quedaban barcos, por lo que, aislados como estaban, se morían de hambre, y Estados Unidos quedaba muy lejos. No entendía mucho de todo aquello doña Benigna, pero se escudaba en los conocimientos de su marido, que sí entendía y, como ya sabía la portera, en el gabinetito rosa había puesto un mapa enorme de Europa y seguía la marcha de las operaciones con banderitas. Don Antonio Moranes sabía que los alemanes lo tenían difícil, que los soldados norteamericanos que habían llegado eran poquísimos y que, aunque los judíos y la masonería estuvieran agitando bajo cuerda a los obreros contra los militares, derrotar a los alemanes y a los austríacos no sería fácil; él veía más fácil lo contrario. De cualquier forma, si la guerra durase un poco más, para España sería mucho mejor, opinaba el señor Moranes, y le extrañaba que algo tan evidente no lo comprendieran los sindicatos.

—Ay, por favor, doña Benigna, no diga usted eso.

Sonrió, afable, doña Benigna al dar la conversación por concluida.

—No quiero interrumpirle más, Mariana, que cuando llegué estaba quitando la mesa.

—Me sobra tiempo, usted lo sabe.

—A mí lo que me pasa es que me gusta echar una parrafada con usted, Mariana; tal vez porque pensamos distinto. ¿Su marido y el niño están ya echando la siesta?

—Mi marido está en el teatro, tiene ensayo.

—¿Van a estrenar una obra nueva? ¿En pleno verano?

—No, es una reposición. Monchito sí está de siesta; después de comer, duerme como un bendito. Pero muy poco rato, no crea usted, en seguida se marcha a la calle, a corretear con los otros chicos.

—Pues le dejo a usted que siga con lo suyo. Yo tengo que ir a devolver una visita, en plena recitura del verano, a la otra punta de Madrid, más allá de la Puerta del Sol.

En aquellos tiempos se escribían largas cartas y las criadas cantaban en los patios; incluso algunas señoras, a la caída de la tarde, cantaban en los cuartos de baño mientras se acicalaban frente al espejo para asistir a una cena en casa de unos amigos, o a un baile. Cantaban tangos, cuplés, romanzas de zarzuelas. Mariana Bravo había hecho un hueco en la mesa de la cocina, en la que estaban preparados platos, vasos y cubiertos para dos personas, y con pluma y tintero se disponía a escribir sobre el papel de cartas rayado.

Querida madre:

Espero que al recibo de ésta te encuentres bien, yo bien, como también lo están Ramón y el niño, que éste sobre todo se nos cría muy bien y está sano y

fuerte, es una gloria verle aunque es bastante malo, revoltoso, que le gusta más jugar con los otros chicos de la calle que estudiar en el colegio que lo tiene aquí bastante cerca, este año ya va solo. Pero según me dicen, eso de que a esta edad sea revoltoso y le guste jugar y correr es buena señal para el día de mañana. A mi Ramón le va muy bien con su trabajo en el teatro, le han subido el sueldo, aunque en muy poca cantidad, pero con eso y las propinas de los vecinos nos apañamos bien, incluso ahorramos para lo de la tiendecita, que como recordarás es lo que más me empujó a mí para venirme a Madrid. Sabrás que el motivo de escribirte hoy es por lo terribles que han sido estos días pasados, que a lo mejor pensabas que nos había pasado algo...

Sonó la llave en la puerta de la casa y Mariana interrumpió la escritura.

Después de unos pocos años en el barrio de la Paloma, no en la Puerta del Sol, como era el ardiente deseo de Mariana Bravo, pero tampoco muy lejos de ella, poco antes de estallar la primera guerra mundial, Mariana y su marido, Ramón Gómez, recibieron una noticia que habían esperado con impaciencia desde que nació su hijo Moncho: por mediación de doña Roberta Laínez y Núñez-Cota, condesa de Buenaguía, que de manera tan agradable y generosa los había atendido a su llegada a Madrid, presentando a Ramón Gómez al empresario teatral Yáñez y recomendando a Mariana a unas casas principales para que fuera a coser, les habían concedido una portería en la calle del Vergel, frente al Hospicio de San Fernando, a un cuarto de hora de la Puerta del Sol y a menos de diez minutos del teatro Lara, donde trabajaba Ramón. Ya hacía cinco años de aquello, Moncho había cumplido siete, pero Mariana y Ramón recordaban de vez en cuando la alegría que les produjo la noticia y cómo la celebraron en la taberna con amigos y vecinos.

Aquella calurosa noche de agosto Ramón estaba en el teatro, el niño dormía y Mariana había preparado la cena, como siempre sopa de fideos de la que había sobrado del cocido, y de segundo plato, tortilla de patatas, una de las especialidades de las que se enorgullecía la portera, cuyo secreto —que revelaba sin hacerse de rogar en cuanto cualquier vecina o cocinera se mostraba interesada en conocerlo— consistía, según le había enseñado su madre en Hondonadas, en freír muy en su punto la patata y que la cebolla, muy picadita, no fuera ni poca ni mucha y sobre todo, y esto era lo principal no sólo para ese plato sino para cualquier otro, que el marido o el señor de la casa no metiera las narices en la sartén; como postre, un plátano para cada uno. Su marido estaba acostumbrado desde que de joven se dedicó al teatro a comer muy deprisa, al mediodía porque se levantaba tarde y había que llegar a tiempo al ensayo y por la noche porque entre función y función no quedaba demasiado tiempo libre. Los tramoyistas, casi todos se llevaban de sus casas la cena, que comían en una

taberna cercana, de las muchas que había en el barrio, y en la que compraban sólo el vino; los acomodadores, según que vivieran cerca o lejos, y a los actores principales, si vivían lejos solía llevarles la criada los dos o tres platos de la cena en una fiamblera de aquellas que tenían tres o cuatro pisos y que ya han caído en desuso, pero Ramón Gómez, el marido de Mariana Bravo, podía cenar en casa, porque la calle del Vergel, una de las pocas del barrio que no eran estrechas ni tortuosas, y en la que nuevas edificaciones iban sustituyendo a las del siglo XIX, estaba cerca del teatro.

El almuerzo lo hacían siempre en el cuchitril de la portería, al que Mariana subía la comida desde el sotanillo que era su vivienda —tenían gratis la vivienda, la luz eléctrica y el carbón, esa era la bicoca de ser porteros—, pero cenar, cenaban en la mesa de la cocina, a la luz amarillenta de la bombilla con tulipa metálica. El niño, Moncho, hacía ya dos horas que dormía en su diminuta habitación con ventana al patio. La cocina era pequeña, como correspondía a la vivienda, y en ella sólo destacaba la mesa con el tapete de hule, a chillones cuadros blancos y rojos, ya algo descolorido. Los cacharros de cocina, ollas, cacerolas, algún puchero, badilas, tenazas para el carbón, estaban colgados en una pared; la loza y algunos tarros con especias, en dos vasares adornados con faldelines de papel de colores; las tres sillas tenían asientos de enea; en el fogón, el carbón de encina aún guardaba un rescoldo para recalentar el café que Ramón tomaba después de la cena, y cerca del fogón había un infiernillo de alcohol por si hacía falta calentar algo sin tiempo para encender la cocina. En el fregadero, a aquella hora no se veía ni un solo cacharro, uno de los mayores orgullos de Mariana era tener siempre la cocina limpia y ordenada. El inmisericorde calor sofocaba, durante toda la tarde había amagado tormenta, y tenían abierta la ventana enrejada, que daba al ras de la acera. La cazuela con la sopa. La botella de vino. Los canteros de pan candeal. Mariana había tapado el tintero, recogido la pluma, la carta a medio escribir y el sobre y lo había guardado todo en la pequeña alacena. De la calle no llegaba ningún ruido de pisadas. Aquella era noche de silencio. La mujer y el marido no hablaron mucho. Los últimos acontecimientos no habían sido muy favorables y ninguno de los dos se sentía locuaz. Varias veces alargó la mano Ramón a la botella de vino y la retiró, para la representación debía estar sereno, aunque aquella noche habría preferido estar borracho como una cuba, inconsciente.

Mariana, cuando ya el silencio los oprimía demasiado, preguntó a su marido si habían tenido público en la función de la tarde, y Ramón le respondió que casi nadie, dos o tres filas de butacas, y en los palcos y los pisos altos ni un alma. Los dos estaban de acuerdo en que aquello era lo natural, y por la noche habría menos público todavía. Según Ramón, y así se lo había dicho en el teatro a todo el que quiso escucharle, incluso al mismo empresario, señor Yáñez, no hacer la turne del norte por temor a lo que pudiera ocurrir y quedarse en Madrid a trabajar y a cocerse en pleno agosto había sido un error. Y encima, la huelga, que había afectado a Madrid más que a las plazas del norte. Todas las noches durante la cena Mariana y Ramón hablaban

en voz baja para no despertar al niño. Según la portera, no sólo en la calle del Vergel, sino en la de Fuencarral, siempre tan animada, en cuanto anocheció ya no se veía ni un alma, y eso que faltaban más de dos horas para cerrar los portales. Ya en aquel tiempo la calle Fuencarral, antigua carretera que llevaba al pueblo del mismo nombre, era una vía de las más importantes de Madrid, muy concurrida a cualquier hora del día y en las cuatro estaciones; incluso su último tramo, el que iba desde el Hospicio de San Fernando a la glorieta de Bilbao —más allá de la glorieta todavía casi todo eran solares por edificar—, estaba lleno de pequeños comercios, salvo la manzana de la acera de los impares, ocupada por el convento y el colegio de niñas. Sin mirarle, temerosa, Mariana preguntó a su marido si se sabía algo de Fausto, si se encontraba mejor.

—Ha muerto. La bala le perforó el pulmón izquierdo.

Ahora Mariana intentó mirar a los ojos a su marido, pero no lo consiguió. Ramón pelaba un plátano y no alzó la mirada. No hablaron más.

El calor de Madrid durante los meses estivales suele ser seco —no cuece, tuesta —, pero en el sotanillo de Ramón y Mariana las paredes siempre rezumaban algo de humedad, y con el fuego que entraba por la ventana abierta —peor era tenerla cerrada — el calor parecía de ciudad marítima, la respiración se hacía dificultosa y raudales de sudor empapaban las ropas. En cuanto terminó de cenar, Ramón, como todas las noches, fue al cuarto de su hijo y, con mucho cuidado de no despertarle, le dio un beso en la mejilla.

Hasta las diez y media no debía Mariana cerrar el portal, pero aunque aún no habían sonado las diez en el reloj del convento, pues a esa hora, media antes de que empezase la función, debía encontrarse Ramón todas las noches en el teatro, ya que una de sus obligaciones era llegar el primero, subió a acompañar hasta la calle a su marido, porque aquella no era una noche como las demás. En cuanto pisaron la acera, los dos, sin ponerse de acuerdo, recorrieron con inquieta mirada los balcones de la casa de enfrente, casi todos abiertos, aunque no había nadie en ellos. El temor de los días pasados aún no había abandonado a los vecinos; de no ser así en casi todos los balcones habría a aquella hora gente que intentara respirar el relente nocturno para compensar la sofocación del día. Antes de encaminarse hacia el teatro, Ramón, de manera automática, miró a derecha y a izquierda de la calle. No se veía a nadie por ningún lado, sólo a un sereno que, por Fuencarral, chuzo en mano, se dirigía a su demarcación. En voz baja, porque en el silencio de la noche cualquier persona para ellos invisible podía escuchar sus palabras, Mariana preguntó a su marido:

—¿Llevas la pistola?

Él interrumpió su marcha recién iniciada, para contestar a su mujer con el mismo sigilo.

—Sí, Mariana.

—¿No crees que debías haberla dejao en casa?

—Sabes que si la llevo me siento más seguro.

Mariana no insistió, se limitó a despedirle.

—Hasta luego, Ramón, vuelve en seguida, que estaré preocupada.

Y él:

—En cuanto termine, y tú acuéstate pronto.

—Ahora mismo, Ramón.

Ya se alejaba el sonido de las pisadas del marido a lo largo de la acera. ¿Para qué querría la pistola?, se preguntaba Mariana. No era sino una manía como cualquier otra, pues afortunadamente llevaba años sin usarla, si es que la había usado alguna vez, en realidad no desde que Mariana le conoció en Olivera, cuando se enamoró de él no sólo por su presencia de hombre sino porque le tomó por un ser mágico, con poderes sobrenaturales, dueño de brujos, de magos, de demonios, de truenos y relámpagos, de amaneceres luminosos y de tenebrosas noches.

Antes de doblar la esquina de la calle se volvió para saludarla con la mano y desapareció. Durante unos instantes Mariana se quedó ante el portal, mirando hacia la esquina, para escuchar el sonido de las pisadas solitarias hasta que dejó de resonar. Ramón pasó a la Corredera Alta de San Pablo y allí, no sin sorprenderse, vio que dos o tres hombres habían sacado los colchones al balcón como en una noche cualquiera de verano, como en tiempo normal, y se disponían a dormir. Debían de ser madrileños filosóficos, de los que conservaban la vieja consigna de la guerra de la Independencia contra los franceses, «No pasa nada; y si pasa, no importa». Bordeó el mercado de San Ildefonso, dejó a la izquierda, en la confluencia de la calle de la Puebla con la Corredera Baja de San Pablo, la iglesia de San Antonio de los Alemanes y, pocos metros más allá, llegó al teatro Lara. Entró por el portal de la finca, atravesó un pequeño patio y se dirigió a la «entrada al escenario». No bien entró, pulsó un timbre para dar la «primera», pasado un cuarto de hora daría la «segunda» y cinco minutos antes de empezar, la «tercera». Después ordenaría a uno de los tramoyistas «Arriba el telón». Entró en el cuarto de los tramoyistas y para aguardar a que se marchase el último que quedaba encendió un pitillo. Cuando estuvo solo se quitó la americana —había esperado la salida del otro para que no viese la pistola que llevaba entremetida en el pantalón— y se puso el guardapolvo de trabajo. Ninguno de los tramoyistas, ni el electricista, el apuntador, el utilero ignoraban que Ramón Gómez llevaba pistola, pero él simulaba que era un secreto para no parecer ostentoso.

Había adquirido la costumbre de ir todas las noches, entre la «primera» y la «segunda», al camerino de uno de los actores, César Jimeno, ya muy mayor, con el que había trabajado durante unas cuantas temporadas años atrás, cuando la compañía Fuentes-Jimeno, especializada en el teatro de magia, era muy prestigiosa y recorría todas las provincias de España actuando en las mejores plazas. Aunque Jimeno, en los últimos tiempos, al pasarse de moda las comedias de magia, ya no tenía compañía propia, había bajado de categoría y era simplemente actor de cuadro. Ramón Gómez seguía respetándole y no le llamaba señor Jimeno, como llamaba a los demás actores

señor Ayala, señor López, señor Atienza, señor Cascales, señor Moreno..., sino don César, como al primer actor le llamaba don Ricardo, al barba don José, a la primera actriz doña Nieves y a la dama de carácter doña Aurelia.

—Mal os han ido las cosas en esta intentona —comentaba el viejo cómico con el traspunte en lo que se pegaba un bigote postizo.

A lo que el traspunte objetaba que nunca se sabía, que aquello era sólo la siembra, que de la cosecha era muy pronto para saber nada.

—Pero os han matao a unos cuantos.

—Sí, eso es verdá.

—Pues a esos ya les han ido mal las cosas.

Cedía el traspunte, no le quedaba más remedio, quizás el actor tenía razón. Claro que la tenía, como siempre o casi siempre. Todo andaba mal y no sólo en este país, había hambre, no para todos, injusticia, desigualdad, maldad, hipocresía, explotación del hombre por el hombre... Pero seguro que los compañeros de Ramón muertos preferirían seguir aquí, en este valle de lágrimas. Sonrió respetuosa y comprensivamente el traspunte. Don César era un escéptico, siempre lo había sido, por lo menos desde que Ramón Gómez le conocía, y ya iba para muchos años. A fuerza de representar comedias de magia había llegado a creerse que todo eran trucos, tramoyas, apariencias y mentiras.

—¿Escéptico? Ponme el mote que quieras. Pero voy a decirte lo que soy, en realidá.

En vez de continuar, César Jimeno echó mano de sus recursos, hizo una gran pausa teatral.

—¿El qué es usted? —preguntó el traspunte para rellenar el silencio.

—Un viejo. Nada más que un viejo. Por eso a la gente de confianza le digo las cosas que digo.

Rió don César, con el labio superior un poco fruncido a causa del bigote recién pegado, y le acompañó con una sonrisa Ramón.

Poco después comenzó, ante diez o doce espectadores que se abanicaban sin cesar, los señores con los programas de la velada y las señoras con los abanicos, prenda obligada en aquella época, la representación de la comedia dramática en tres actos *El poder de la mentira*, de Solís Ponce, joven autor de la cuerda de Benavente y Linares Rivas. Desde el escenario llegaban al camerino del viejo y escéptico actor las voces de dos actrices, la Balboa, primera actriz, y la Ferrera, dama de carácter.

FRANCISCA.— ¡Cómo están esas calles de encharcadas! Creí que no podía llegar hasta aquí.

ANTONIA.— ¿No has venido en el coche?

FRANCISCA.— Se lo ha llevado mi mando, que tenía que ir a una reunión en el Ayuntamiento.

ANTONIA.— La galantería de los hombres termina la noche de bodas.

FRANCISCA.— No te quito la razón. He oído en el Círculo que, a pesar de lo

que te hemos insistido, no te decides a venir esta tarde al baile de los Fontillano. ¿He oído bien o me ha engañado el oído por achaques de la edad?

ANTONIA.— Has oído bien. No he sabido nada de ese baile hasta hace una hora y comprenderás que no tengo tiempo para prepararme ni para avisar a Jacinto.

FRANCISCA.— Todo el mundo estaba enterado.

ANTONIA.— Si quieres que te diga la verdad, con el corazón en la mano, pienso que Laurita ha procurado que yo me enterase lo más tarde posible.

FRANCISCA.— No sé por qué sospechas eso, ni das crédito a las murmuraciones. Me consta que Laurita siente por ti gran estima.

ANTONIA.— ¿Estás segura?

FRANCISCA.— Y no digamos su marido...

ANTONIA.— ¿A qué viene eso ahora, Francisca?

FRANCISCA.— ¿Sabes lo que pienso?

ANTONIA.— No. ¿Cómo voy a saberlo?

FRANCISCA.— Que si no vas al baile, es por no repetir el vestido malva del cumpleaños de la condesa.

ANTONIA.— Te tolero esa impertinencia porque estamos solas y nadie la ha escuchado.

Un hombre de edad imprecisa, pero que, a juzgar por su aspecto, aún no había llegado a la plena madurez, alto, moreno, cubierto con una gorrilla de visera muy inclinada hacia los ojos, caminaba a buen paso por la calle Fuencarral abajo, en dirección a la lejana Puerta del Sol, y procuraba disimular, sin conseguirlo del todo, lo furtivo y temeroso de su marcha; encorvaba la espalda, llevaba las manos en los bolsillos del pantalón, los brazos pegados al cuerpo, se agachaba y estrechaba en un empeño por ocultar su apariencia. La mala calidad y lo gastado de sus ropas, aunque vestía traje completo —según costumbre de aquella época, cuando no se llevaba la blusa—, chaqueta y pantalón de la misma tela barata, denotaban que el posible fugitivo era un obrero, pues entonces la diferencia de vestuario entre las clases sociales, no sólo entre los pobres y los ricos, sino entre los oficinistas y los jornaleros, los dependientes de comercio y los obreros manuales, era ostensible. Por fortuna para él, en las calles solitarias sus pasos eran los únicos que turbaban el silencio de la noche. Sí había escuchado en su larga caminata algunas palmadas con las que los rezagados llamaban a los serenos. Al llegar a la altura del Hospicio de San Fernando, justo frente a su portada, dobló la esquina de la calle del Vergel y no bien hubo dado dos o tres pasos, se detuvo, volvió atrás, y se asomó precavidamente a Fuencarral para comprobar que nadie le seguía. La calle continuaba hasta la glorieta de Bilbao y a partir de allí se perdía en una zona de solares y casas en construcción que enlazaba con el suburbio de Chamberí. Larga había sido su caminata desde el Barrio del Tejar, dejando a su izquierda el Hotel del Negro para adentrarse en las callejas de Tetuán de

las Victorias hasta llegar a los desmontes de lo que llegaría a ser avenida de la Reina Victoria —era desandar el camino que había hecho días atrás en busca de refugio— y cruzar después, amparado en la oscuridad de la noche y sin dejarse asustar por las fosforescencias que surgían del suelo, los solares del que hasta hacía poco tiempo había sido cementerio de San Martín y que ya en el habla popular se conocían como Campo de las Calaveras, pues entre los terrones solía encontrarse alguna que otra. Pasado el Campo de las Calaveras llegó sin ningún riesgo a la glorieta de Quevedo y de ahí a la de Bilbao sólo había un paso. La soledad de la calle Fuencarral serenó su ánimo. Sólo las manchas de amarillo verdoso de los faroles de gas destacaban en la negrura de la noche. Dio media vuelta para encaminarse a la dirección que le habían indicado, calle del Vergel, 9, y respiró profundamente, que buena falta le hacía.

Se adentró en la calle del Vergel y, tras lanzar unas miradas a diestra y siniestra, se detuvo ante el portal del número 9, una finca que parecía de muy reciente construcción. Esas eran las señas que le habían dado en el grupo, pero ¿cómo avisar a la portera, si ya habían cerrado los portales? Le habían dicho los compañeros del Barrio del Tejar, pues ya contaban todos con que llegaría cuando estuvieran cerrados, que la vivienda de los porteros estaba en un simisótano, a la derecha del portal. Debían de ser aquellas dos ventanas enrejadas, a ras del suelo, como de setenta centímetros de altura. De una de ellas, la más alejada del portal, llegaba a la calle, a través de una cortina de percalina o cretona, la luz amarillenta y mortecina de una bombilla eléctrica. El hombre llevó la mirada hacia la parte alta de las casas, hacia los balcones, para cerciorarse de que ningún vecino estaba asomado, aunque la temperatura sofocante de las noches de agosto incitaba a buscar algo de aire, y, al no advertir peligro, se agachó, pasó una mano entre las rejas y golpeó suavemente con los nudillos en el cristal de la entreabierta ventana.

Mariana, la portera, todavía estaba fregando los cacharros en la cocina, y se acercó a la ventana, que caía a la altura del techo, se subió a una silla, según tenía por costumbre, y apartó un poco la cortina para ver a quien llamaba. La luz de la bombilla iluminaba de frente la cara del hombre, y su expresión le pareció a Mariana angustiada, apremiante. Decía algo que ella, a pesar de esforzarse, de aguzar el oído cuanto podía, no llegaba a oír, y la portera abrió del todo una de las hojas de la ventana.

—¿Quién es usted? —preguntó con sigilo—. ¿Qué quiere?

—¿No me reconoces, Mariana? —preguntó a su vez el hombre, a modo de respuesta.

—No... Creo que no.

—Nos hemos visto alguna vez —dijo, en el mismo tono sigiloso que había iniciado ella.

Con rapidez, la mirada de Mariana recorrió la tersa frente del hombre, las cejas espesas y oscuras, los ojos grandes, un tanto sumidos, de color miel, la nariz ligeramente aguileña, el bigote demasiado recortado para un obrero. Le recordó a

esas personas que engañan al primer golpe de vista porque aparentan bastantes menos años de los que tienen. Sí conocía a aquel hombre, le había visto a veces con los compañeros, y en algún mitin. Inquieto, impaciente, ligeramente tembloroso su labio inferior, el recién llegado dijo que era Mauricio y Mariana murmuró:

—Sí, ya recuerdo...

—Me mandan los del Barrio del Tejar. Ábreme cuanto antes, por favor.

Sin escuchar más y sin responder, Mariana cerró los postigos para que la luz de la vivienda dejara de llegar a la calle y corrió a abrir el portal.

En la cocina de la vivienda de los porteros el fugitivo Mauricio se dejó caer sobre una silla, sacó la petaca y, acodado sobre el hule de la mesa, se puso a liar un cigarrillo para tranquilizarse.

—Aunque a veces va a las reuniones, y yo también a algunas, mi Ramón ya hace tiempo que no se mete en nada. Los años le pesan... leñemos un hijo... el trabajo del teatro es muy inseguro... Además, con tanta violencia inútil, tantos peligros, tantos sufrimientos para nada, ha ido poco a poco perdiendo las esperanzas.

—No hay por qué tener esperanza. Eso es ponerle fechas al futuro, a la historia; basta con tener razón.

El hombre había erguido la cabeza. Unas diminutas chispas rojizas brillaron en sus ojos. Parecía tan dispuesto a enhebrar un discurso, que Mariana no pudo evitar una leve sonrisa de superioridad femenina y, mirando al hombre fugazmente al fondo de los ojos, con ternura maternal, como si fuera mucho más joven que ella, como si todavía se hallase en la inmadura adolescencia, le pidió perdón y le dijo que no se ofendiera, pero que todo lo que iba a decir ya lo había oído ella muchas veces. Mauricio comprendió y reanudó el rumbo de la conversación. Ya sabía que Ramón Gómez hacía tiempo que no actuaba y esa era la razón de que los compañeros hubieran aconsejado a Mauricio que viniera a casa de los porteros.

—Sí, mi Ramón, como los dos conservamos las ideas, aunque ya no es activo, siempre está dispuesto a echar una mano.

También eso lo sabía Mauricio, que se lo habían dicho los del Barrio del Tejar, y Mariana quiso saber cuántos días tendría que estar el fugitivo en la casa. Serían unas dos o tres noches; los del grupo enviarían a alguien a avisarle cuando pudiera ir a otro lado. No convenía estar muchos días en el mismo sitio.

Desde luego que no. ¿Quieres comer algo?

—No, déjalo.

—Seguro que tienes hambre. ¿A que no has cenao?

—No.

—Puedo freírte un par de huevos. Otra cosa no tengo. De pan sólo me queda un cantero.

Con aquello podía arreglarse Mauricio, pero ¿no lo necesitaba Mariana? No,

porque Ramón cuando volvía después de la función de la noche no comía nada. Antes de ir a casa solía tomarse unas copas en la taberna de frente al teatro, que cerraba tarde, y nada más. Le sorprendió a Mauricio que Ramón bebiera, pues casi ninguno de ellos lo hacía. Mariana se encogió de hombros.

—Él antes, tampoco. Ya te he dicho que ha cambiao.

El calor no remitía, seguía siendo sofocante. Gruesos goterones rodaban por la frente y los pómulos de Mauricio, caían sobre el hule. Sacó un sucio y arrugado pañuelo de un bolsillo del pantalón y se enjugó el sudor. Ya Mariana se había levantado y vertía en la sartén el aceite de un pucherito, lo ponía a calentar en el hornillo y esperaba a que humease. En la cama del matrimonio tenían dos colchones. Pondrían uno en el cuarto de Moncho, que ni se enteraría, dormía como un lirón.

—Cuántas molestias, ¿verdad?

—No te preocupes, no es la primera vez. Ya lo hicimos el año pasao, cuando estuvo aquí Fausto.

—Le han matao los guardias.

—Ya lo sé.

Poco después, cuando Mauricio dio buena cuenta de los huevos y el cantero de pan, trasladaron entre los dos uno de los colchones al cuarto del hijo, con mucho cuidado en no despertarle, y discutieron entre susurros sobre si el fugitivo debía echarse inmediatamente a dormir o esperar a que llegase Ramón. Mauricio, contra la opinión de Mariana, era partidario de esto último, se creía obligado a presentarse ante el compañero y darle una explicación, porque le parecía mal que éste, si al volver del trabajo entraba a dar un beso a su hijo, le encontrase allí, durmiendo sobre el colchón. Pero mientras intentaba argumentar en defensa de este parecer, Mariana advertía que se le entornaban los párpados y que le fallaba la voz, efectos de la larga caminata y de los vapores de la digestión.

—Yo voy a acostarme en seguida —dijo—, me levanto a las seis para barrer la escalera, calentar el café y comprar los churros del desayuno.

Prevaleció al fin la opinión de la mujer, y Mauricio se quitó la americana, se soltó los tirantes y se dejó caer en el colchón. Mariana tenía ya la mano en el picaporte, pero se detuvo para contemplar unos instantes al hombre. Le dijo, sin levantar la voz:

—Buenas noches, que descanses bien.

Pero el hombre no contestó. Ya dormía. Mariana se acercó a la cama de su hijo, se inclinó sobre él y le dio un beso en la mejilla.

II. La mañana

A aquella hora, poco después del amanecer, sí estaba agradable la calle. Aún no la castigaba el sol que se elevaba desde detrás del Hospicio y apenas alcanzaba con sus rayos los tejados de las casas, los barrenderos refrescaban el asfalto de la calle con la manga de riego y también en los balcones algunas vecinas regaban los tiestos de geranios, todos muy florecidos. Mariana ya había barrido los seis pisos de escalera, contando el semisótano en que estaban la vivienda de los porteros y los talleres de un zapatero remendón y de un carpintero. Ahora iba con paso ligero hacia la esquina de la calle del Vergel con Fuencarral, donde todas las mañanas plantaba su puesto la churrera, a la que aquel día sorprendió que Mariana pidiera doce churros en vez de los nueve de costumbre. ¿Tenía invitados a desayunar?

—De invitaos, nada. Que esta noche el hambre no me ha dejao dormir y quiero reponerme.

La señora Braulia, la churrera, gorda y frescachona, ya enhebraba los churros en el junquillo.

Habrá usted cenao poco para conservar la línea.

Se diría que a la señora Braulia le ofendía la juventud de la portera del 9. Las porteras deben ser mujeres más hechas, de más edad, parecía que pensase para sus adentros.

No era el deseo de conservar la línea la causa de que la portera del 9 hubiera cenado poco, sino los problemas administrativos. Pero se iba a comer media docena de churritos con el café. ¿Y al marido y al crío los dejaba con la misma ración de todos los días?

—Sí, no vaya a ser que me cojan una tripotera. El crío me ha salido comilón y se traga los churros como si se los comiera de un boca, y el marido, es una lástima, se los come siempre fríos.

—Pues calentitos están mucho mejor. Pero se levanta siempre tarde, ¿verdá usted?

—Claro, como trasnocha...

Daban las ocho en el reloj del convento cercano cuando Mariana disponía sobre la mesa de la cocina los cafés y los churros. El chico, Moncho, con la cabeza agachada sobre el tazón, mojaba los churros al tiempo que echaba miradas de reojo al desconocido. Mariana le explicó que era un amigo de su padre que había llegado por la noche y dormido en su cuarto, pero el niño ya lo sabía. Y también que se llamaba Mauricio.

—Te tengo que decir algo muy en serio, Moncho. Es muy importante.

—¿El qué?

—No le debes decir a nadie que Mauricio está aquí. A ninguno de tus amigos de la calle se lo debes decir. En casa seguimos estando sólo tu padre, tú y yo.

¿Entiendes?

—Sí.

—No se lo debes decir a nadie, a nadie, a nadie. Ni siquiera a ese amigo tuyo, Rafaelito, que has traído aquí algunas veces.

—Ya.

Mauricio, el fugitivo, también, mientras comía los churros impregnados de café con leche, miraba de reojo al niño.

—Ni a él se lo debes decir, aunque hagáis un juramento, ¿me oyes?

El niño no levantaba los ojos del tazón de leche.

—Sí.

—Y no debes traerle a casa.

—Ya asintió con la boca llena.

El fugitivo debía formar un juicio de aquel niño por su mirada hundida en el tazón y por los dos monosílabos que había pronunciado, y sin que pudiera saber con certeza la causa sacó la conclusión de que el chiquillo, encerrado en el laconismo de muchos críos ante los mayores, se consideraba ya un hombre revolucionario, con el compromiso que eso llevaba consigo. El examen superficial había resultado aprobatorio. Era un amigo, hijo de un amigo. Pero por inconsciencia, por curiosidad infantil, por ganas de presumir, por cualquier otro motivo, ¿no podría, incluso contra su voluntad, convertirse en enemigo?

—En los días que pase en casa Mauricio no debes traer a nadie —insistió machaconamente la madre.

—Ya.

—Ni a Rafaelito ni a ningún otro. Da lo mismo que sea para jugar que para hacer los deberes que os han puesto para el verano.

—Ya.

—¿Has comprendido?

—Sí.

—¿No lo olvidarás?

—No.

—No lo olvidará. Parece un buen chico y además muy listo.

Mauricio acarició la pelambreira de Moncho, que volvió a lanzarle una miradilla al sesgo.

La madre dejó al chico jugando en la calle, y al despedirse siguió metiéndole en la cabeza lo grave de aquel secreto. Quizás estaba preocupando demasiado a Moncho, temía que todos pudieran advertir en lo cerrado de su expresión, en la mirada baja y el acusado ceño que algo especial le sucedía. Ella misma procuró por unos instantes desentenderse del problema. Poca gente había por la calle a aquellas horas, pero algunos de los obreros que iban hacia sus talleres miraban con descaro a

Mariana al pasar, la desnudaban con la mirada, como decían las mujeres en sus falsos enojos, y no faltaban los que, metiéndole la cara, le largaban algún piropo. Pero la llegada del fugitivo y el riesgo que suponía volvían en seguida a su cabeza. Confiaba más en el chico que en nadie de la casa, pues al no ser los alquileres de aquellos pisos ni muy caros ni muy baratos, había entre los vecinos gente de opuestas ideas políticas, lo que confirmaba el parecer de Mariana, lo de izquierdas y derechas se parecía mucho a lo de pobres y ricos, aunque, según le habían contado repetidas veces, entre los impulsores de la idea que defendían ella y su marido hubiera unos cuantos aristócratas, que no dejaban de ser excepciones. Pero ni aun de los que eran de los suyos debía fiarse Mariana para una cosa así. Lo mismo había hecho el año anterior, cuando tuvieron escondido al pobre Fausto, andarse con pies de plomo, que no se lo dijo ni a Rosalía, la criada del segundo izquierda, viuda de un compañero ferroviario al que habían matado en Barcelona los soldados durante las revueltas del año 9, y con la que se desahogaba muchas veces criticando a los vecinos ricos, o que creían serlo. Fue, como todos los días, a hacer la compra, lo más deprisa que pudo, pues no debía desatender la portería, al mercado de la Corredera. No estaba lejos el de San Ildefonso, en la plaza del mismo nombre, mercado cubierto, construido para tal menester, pero como allí los vendedores eran muy careros, la portera Mariana Bravo prefería el otro, doble ringlera a cielo abierto de puestos, tenderetes, baratillos, tabancos que desde la plaza hasta la confluencia de la Corredera Alta de San Pablo con Fuencarral serpenteaba según las suaves curvas de aquel trozo de calle. Unos puestos eran de comerciantes que allí tenían casa abierta y adelantaban hasta afuera del encintado tabladillos con sus mercancías —las mismas del mercado cubierto pero a precios más baratos—, otros, los más, eran ambulantes y desaparecían poco después de la hora del almuerzo para volver a brotar del suelo, como por arte de magia, a la mañana siguiente.

A la primera hora en que llegaba Mariana, cuando el sol no había conseguido penetrar la estrechez de la calle y se conformaba con lamer los tejados, aún no había mucha gente en el mercado, aunque no faltaban las amas de casa madrugadoras que preferían tener posibilidades de elegir mejor la mercancía, pero ya empezaba a sonar la algarabía de los vendedores y vendedoras pregonando a voz en cuello el pescado más fresco que los políticos, las verduras y frutas recién llegadas del huerto, las manzanas y naranjas tan hermosas como las compradoras, ¿cuántas vas a llevar, reina?, ¡a cala y a prueba la sandía, a cala y a prueba, preciosidad!, ¡aquí llega lo más bonito del mercao, que me va a comprar los pimientos más bonitos y más baratos!

—Buenos días, señora Mariana, ¿no me lleva usted calabacines? ¡Los tengo que ni para la Real Casa!

—No, hoy no, señora Fuencisla.

A la portera, casi todas las vendedoras la llamaban por su nombre, y ella correspondía, señora Gervasia, señora Mercedes, señora Úrsula... Era un trato ya de tres años. Se detuvo un momento Mariana en uno de los tenderetes de alcafonías,

cominos, tomillo salsero, alcaravea, azafrán, pimienta, anís... porque alguna especia le faltaba, pero en seguida fue, con paso corto y ligero, en busca de lo que tenía pensado, cuarto de kilo de carne de hebra para el cocido, y para la cena, la verdura que encontrara más fresca y más arreglada de precio y unas pescadillas, aquella mañana dos o tres más que de costumbre.

III. Sobre dos hombres, una mujer y un niño pesa la circunstancia histórica

Cuando volvió de hacer la compra, refirió a Mauricio, que por precaución seguía encerrado en el cuarto del niño, la llegada de Ramón a las tres de la madrugada, algo cargado de vino, lo que no era excepcional, y cómo ella le puso al corriente de lo sucedido, la aparición del compañero Mauricio Puertas y que había decidido acogerle. Lo hizo con algún temor, pues no estaba segura de cuál podía ser la reacción de su marido. Ella quizá había tomado la decisión demasiado pronto, sin pensárselo dos veces y aunque creía haberse portado bien, haber hecho lo que requerían las circunstancias, tenía sus dudas sobre que Ramón opinase lo mismo. A lo largo de los ocho años que llevaban juntos, Mariana se había enterado a veces con retraso de las fluctuaciones del pensamiento de su marido. Quizás él no se había atrevido a explayarse con ella, a irle confesando las diversas fases del enfriamiento de su tendencia revolucionaria. Mariana había tenido que deducirlo de algunos matices del comportamiento de Ramón. Pero si el año anterior habían acogido, peligrosamente, a Fausto, ¿por qué podía haber estado mal acoger este año a Mauricio? Mas había algo que acaso Mariana se ocultaba a sí misma: conocía la relación de Ramón con Fausto, el grado de su amistad, la mutua confianza de que en muchas ocasiones habían dado muestras, pero ignoraba si con Mauricio existía esa misma relación. Quizás ella al decidirse tan súbitamente a acoger a Mauricio se había dejado guiar nada más que por su aspecto, ¿por su aspecto desvalido en la soledad de la noche peligrosa?

Ramón pronto consiguió sobreponerse al efecto de los vapores del alcohol y, sentado en el borde de la cama, mientras se desnudaba con torpeza, le dijo a su mujer que sí, que había hecho muy bien, que Mauricio Puertas era un compañero de confianza, aunque en algunas ocasiones muy activo, demasiado activo en cuanto a lo que hacía tiempo pensaba Ramón que podía ser eficaz para avanzar hacia el triunfo de la idea. No había hablado mucho más Ramón, y lo poco que dijo casi no se le entendía. Se quedó dormido fuera del embozo y sin acabar de desnudarse del todo. Mariana hubo de terminar la labor. Esto le refirió Mariana a Mauricio sin hacer ningún secreto de la opinión de Ramón, que el recién llegado conocía de sobra, pues veces y veces habían discutido sus puntos de vista sobre el tema.

Cuando se despertó Ramón, ya pasadas las doce, según costumbre impuesta por la necesidad de su trabajo, Mariana se encaramó a la silla para cerrar bien los postigos de la ventana y no obligar al escondido a permanecer oculto en el cuartucho

de Moncho también mientras el marido desayunaba el café calentito y los churros fríos, que recalentados a la lumbre estaban peor. Tras un fugaz comentario como homenaje póstumo a la muerte de Fausto y de algunos otros obreros, en Madrid, en Andalucía, en Barcelona, la conversación recayó inevitablemente sobre el desastroso acontecimiento histórico que acababa de vivirse, la huelga general revolucionaria. En estos comentarios no hubo divergencia entre los dos hombres, uno fumando nervioso cigarrillo tras cigarrillo, el otro masticando con parsimonia y resignación los churros fríos. El cabrón de Eduardo Dato, a la sazón presidente del Gobierno, acababa de obtener un gran éxito —este lenguaje teatral se debía al traspunte Ramón Gómez— al provocar el fracaso de la huelga general revolucionaria que los sindicatos obreros, los socialistas con el apoyo de los anarquistas, venían preparando desde finales del año anterior. Este tal Dato era un abogado, de acomodada familia gallega, metido en política desde que a los veintiún años comenzó a ejercer su carrera y que siempre había figurado en las filas del partido conservador, contrarrevolucionario por antonomasia, lo que era suficiente para que Ramón, Mauricio y los que como ellos pensaban o sentían le considerasen un enemigo declarado. Dato, más conservador aún que su jefe, Antonio Maura, había sido años atrás ministro de Gracia y Justicia y alcalde de Madrid. Estaban de acuerdo Mauricio, Ramón y también Mariana, que no se privaba de atender a la conversación y meter baza de vez en cuando, en que a Eduardo Dato había que agradecerle que a los tres años de iniciada la guerra mundial, España siguiera conservando su neutralidad; y poco más. Abogado exclusivamente de la nobleza, de la clase capitalista, de las empresas más poderosas, flexible, sinuoso, perdía el culo por acudir a los salones aristocráticos, relacionarse con las más empingorotadas familias o participar en la vida palaciega.

La neutralidad de España en esos tres años de hostilidades había ocasionado el enriquecimiento repentino y desmedido de un sector de la burguesía, que veía reconocido su vertiginoso ascenso en la escala social gracias a abundantes braguetazos y matrimonios de conveniencia y a las cartas de nobleza que prodigaba Alfonso XIII en su temeroso afán de procurarse partidarios; su sentido práctico le impidió el idealismo de buscarlos en el pueblo bajo y se echó en brazos del ejército, de la nobleza latifundista y de la alta burguesía. A la clase obrera, por contra, la mecanización de las industrias, propiciadas por las grandes potencias enfrentadas en la contienda, que utilizaban España como zona de aprovisionamiento, con gran beneficio para intermediarios, algunos de la más elevada alcurnia, que no siempre se movían entre los márgenes de la ley, le había supuesto una gran disminución del empleo.

La repercusión de la guerra agravaba por momentos aún más las diferencias entre las clases sociales y contribuía a agudizar la crisis, pues el alza de precios de los víveres y demás artículos de primera necesidad, provocada por las constantes exportaciones de bienes de consumo a las naciones enfrentadas en el conflicto armado y por la obligada restricción de las importaciones, que afectaba no sólo a los

bienes de equipo sino a bastantes artículos de primera necesidad, al no corresponderse, ni mucho menos, con un aumento equivalente de los salarios, ocasionaba un gravísimo quebranto a las ya de por sí maltrechas economías de la clase media y de la masa trabajadora, mientras los banqueros, la nobleza latifundista y los industriales alcanzaban repentinamente y con facilidad enormes ganancias. Todo ello contribuía a exasperar el resentimiento y a incitarles a recurrir a la violencia, que era respondida con una violencia aún mayor, pues tenían más medios para llevarla a cabo, de las clases poderosas.

—Es que se van fuera de España —Mariana observaba cómo a Mauricio Puertas se le encendía la mirada al comentarlo—, no sólo los productos de la minería y de la escasa industria pesada, sino las cosas más imprescindibles, las del consumo diario, harinas, vino, tejidos, legumbres, aceite, reses...

Sin la crispación exaltada de Mauricio, con un punto de resignación en su actitud, en el tono de su voz, remachaba el compañero:

—El otro día en el teatro, al comentar que no entran ni diez duros por la taquilla, Solís Ponce, el autor de la obra que estamos dando, casao con la sobrina de un ministro, decía que está demostrao con datos indiscutibles, que las posibilidades de lucro en el transporte, la piel, la minería, la química, la metalurgia y no sé cuántas cosas más, se estaban acercando a lo fabuloso, a las mil y una noches. César Jimeno, el actor característico, le dijo: «Estas comedias realistas que ustedes, los autores de ahora, escriben, no son la realidad, la realidad eran las comedias de magia». Y soltó una carcajada.

—A nuestro gremio, la construcción, el aluvión de dinero europeo aún no ha llegao, y quién sabe si llegará alguna vez, pero los compañeros del metal, de los textiles, del campo están viendo cómo el río de oro pasa cerca de ellos sin que les salpique ni una gota.

La magia, los beneficios fabulosos, las mil y una noches, los ríos de oro eran sólo para los ricos herederos o iban a parar a las voraces manos de hábiles trepadores sin escrúpulos, sin más meta ni vocación que el propio enriquecimiento, el cultivo y la satisfacción de un desmedido egoísmo con absoluta carencia de cualquier sentimiento de solidaridad que pudiera ir más allá de los límites de la familia, y eso si se dejaba de tener en cuenta un considerable número de Caínes. A este tipo de individuos del todo antisociales pertenecía el «nuevo rico», producto de la repercusión en nuestro país de la guerra extranjera, mirado con desprecio y sarcasmo por las clases altas a las que intentaba, con pertinacia y falta de rubor, acercarse, aun a sabiendas de que el grosero contraste entre su riqueza, el lujo que se obstinaba en exhibir y su falta de preparación para desenvolverse en el gran mundo, además de su exiguo bagaje cultural, le impedían ser algo más que un ridículo advenedizo. Mauricio consideraba obligado reconocer que algunos de estos sujetos, en los tres años escasos que duraba la conflagración, habían logrado introducirse no sólo en la buena sociedad, sino en el mundillo de la política, en la oligarquía.

—¿Y eso reporta alguna ventaja?

—Para ellos, sí.

—Aquí tenemos uno de esos —apostilló Mariana—, el del ático izquierda, don José Blasco; el año pasado alquiló también el ático derecha y los unió para hacer un solo piso, pero ya se va a mudar a la calle Velázquez.

Mauricio se enjugaba el sudor de la frente y de las mejillas con el pañuelo.

—¿No quieres un vaso de agua?

—Ofrécele vino, mujer.

No, gracias, ya sabéis que no bebo.

Y aceptó el vaso de agua, que se bebió con ansia. Ramón echó una mirada a la botella de tinto, pero se contuvo.

Ni los ricos de siempre, los ricos por casa, que veían aumentar su riqueza no por su talento ni por su esfuerzo, sino por un avatar de la historia, ni los oportunistas «nuevos ricos» sabían o querían aprovechar el imprevisto giro de la fortuna para renovar las fuentes de riqueza de la nación y poner al día las bases de su economía, incrementando y modernizando el utillaje de su industria, sino que iban ya dilapidando apresuradamente las pingües ganancias en infructuosas inversiones especulativas, en adquisición a bajo precio de divisas de los países beligerantes, en negocios disparatados, en derroche inmoderado sobre las mesas de juego, en ostentación, en la persecución y exhibición del lujo a toda costa.

—En el teatro, por lo menos en el Lara, que tiene un público de lo más burgués, en plena temporada, cuando miro por el agujero del telón, antes de empezar, cada vez se ven más perlas, más diademas, más oro, más plumas... Y en los palcos, el no va más. En el guardarropa no caben los abrigos de pieles.

En aquellos años el público había cambiado, había dejado de acudir buena parte de la nobleza, algunos títulos se habían dado de baja en el abono de los palcos, y en el patio de butacas ídem de ídem, desde que el dinero era tan fácil de ganar no sabía uno con quién se podía encontrar en el asiento de al lado, decían.

En funesta paradoja, el auge de la industria nacional al ensancharse sus mercados, en los que podía operar ya libre de competencias, estaba resultando perjudicial para los obreros españoles.

—No se produce más, sino que banqueros, latifundistas y empresarios, más o menos improvisados, compinchados con los oligarcas, ganan mucho más por lo que producimos.

Empezaba a escasear el pan. Las huelgas y los alborotos eran constantes. Durante ese mismo año la penuria de alimentos y el abusivo precio que los especuladores ponían a los artículos de primera necesidad provocaron frecuentes manifestaciones de protesta, muchas de ellas iniciadas por mujeres, que se consideraban por tradición defensoras del hogar, de la lumbre y el pan. En algunas ciudades la Guardia Civil se enfrentó con ellas sin poder evitar que hubiese víctimas. Las manifestantes, sin prescindir de la violencia, pedían a quienes detentaban el poder unas disposiciones

que impidieran el acaparamiento de víveres y la especulación, en fin, que impidieran a los de siempre enriquecerse convirtiendo el hambre de los pobres en artículo de comercio. Los beneficios de la guerra no se repartían con equidad. Esta era una de las causas de que tanto los que mandaban como los que a la fuerza se veían obligados a obedecer, los explotadores como los explotados, los ricos como los pobres vieran en el horizonte amanecer el sol rojo de la revolución.

Ya desde el siglo anterior existía el convencimiento en la clase trabajadora de muchos países de que por medio de los sindicatos, las federaciones, las organizaciones de solidaridad, y utilizando como arma principal la huelga, podían arrancarse reivindicaciones a la burguesía. Tampoco ignoraban algunos, y más las mujeres que los hombres, que si una huelga se prolongaba podía resultar para los obreros tan cruel como la explotación.

—Sí, Mariana, es verdad. Estamos hartos de saberlo.

—Y de que no lo olvidemos se encargan los patronos.

Los anarquistas, los secuaces de aquellos románticos aristócratas rusos, del desdichado profesor alemán, del modesto filósofo francés, apolíticos y antiautoritarios, enfrentados no sólo a los capitalistas y a sus esbirros, la burguesía media, políticos, abogados, jueces, policías, sino en muchas ocasiones al socialismo posibilista, colaborador de los oligarcas, consideraban que se hallaban en una guerra en la que el Estado era la potencia agresora, y esa circunstancia los autorizaba moralmente a emplear la violencia sin más freno que el que conseguía imponerles la superior violencia del enemigo, pero creían en la huelga como arma adecuada que paralizaría el aparato capitalista y conseguiría liberar a la clase obrera de la esclavitud feudal. Apoyándose en esta creencia, los agentes provocadores del gobierno Dato tuvieron dos grandes aciertos en el comienzo de la huelga general de 1917, que nunca se supo si fue iniciada por los socialistas en connivencia con el poder, o los libertarios se precipitaron, como tantas otras veces, y la declararon antes de tiempo; y ese fue precisamente uno de los aciertos del lameculos de Dato y de su gobierno, que la huelga general revolucionaria, esperanza de tantos, comenzase prematuramente, cuando los preparativos no estaban a punto. Todavía hay quien cree que los socialistas sospechaban la maniobra gubernamental y se lo callaron o, como creen otros peor pensados, se prestaron a ella; en cualquier caso, parece demostrado que decidieron sumarse a la huelga cuando ya iniciada parecía imposible frenarla. El otro acierto del taimado gobernante fue que los mandos intermedios del ejército, representados por las llamadas Juntas de Defensa Militares (que quería decir Juntas de defensa de los militares), hasta entonces partidarias de un acercamiento a las que consideraban justas demandas de la clase obrera, se enfrentaran a los obreros violentamente al hacerse cargo de la represión, que resultó sangrienta en muchos casos.

Mariana estaba interesada en la conversación, pero tuvo que subir a atender la portería, que ya la había descuidado durante mucho rato. Antes de encerrarse en su

cuchitril, salió al portal y desde la acera se asomó y echó una mirada a lo largo de la calle. No en el trecho que iba hacia Fuencarral y la fachada del Hospicio, sino en el que iba hacia la plaza del Dos de Mayo, y no lejos del portal del 9, su hijo Moncho jugaba a la toña con otros chicos.

Los dos hombres, en la cocina, bien cerrados los postigos de la ventana, a la luz amarillenta de la bombilla, seguían comentando los desgraciados acontecimientos de los días anteriores, y también analizaban los fallos y los precedentes, ya irremediables, que a ellos habían dado lugar.

El día 13 de ese mismo mes de agosto se había declarado en toda España la huelga general revolucionaria, cuyo propósito no era, como se sabe, aumentar el uno coma algo los salarios de determinado sector, sino cambiar radicalmente las instituciones, y por lo tanto, las relaciones de convivencia entre los españoles. Desde los sindicatos se recomendó que sólo en caso de legítima defensa, por agresión de las fuerzas represoras, se empleara la violencia. Pero en seguida hubo ocasión de emplearla sin que fuera necesario faltar a la recomendación. El mismo día en que la huelga comenzó, la circulación en Barcelona de tranvías conducidos por soldados ocasionó tumultos y refriegas en los que llegó a haber tiroteos y, a partir de ese momento, no sólo en Barcelona, sino en otras ciudades, habían abundado las escenas de violencia entre los obreros revolucionarios en huelga y las fuerzas de orden público encargadas por el gobierno Dato de llevar a cabo la represión.

Y pocos días después, que para las familias de los huelguistas fueron muchísimos, la intervención del ejército había puesto fin al conflicto con la derrota de los revolucionarios.

En uno de los pocos choques sangrientos que habían tenido lugar en Madrid, el que se produjo en el suburbio de Cuatro Caminos —los soldados dispararon con fuego de ametralladoras contra los obreros y causaron varios muertos y heridos—, encontró la muerte Fausto San Diego, del metal, un viejo militante amigo de Ramón Gómez, y, en la desbandada, Mauricio, de la construcción, consiguió esconderse en una casucha del Barrio del Tejar, entre Tetuán de las Victorias y el pueblo de Fuencarral.

Mariana, en la portería, solía emplear su tiempo en zurcir calcetines, remendar la ropa o hacer ganchillo. Por la mañana, terminada la limpieza de la escalera y el portal y la de su vivienda familiar, y después de la compra, debía alternar la atención a la portería con el cuidado de la cocina, gran ventaja la del cotidiano cocido, que bien pocos cuidados requería.

Algunas vecinas y algunas criadas se detenían a veces a charlar con la portera y dos, una de ellas la ya mencionada Rosalía y otra la señora del segundo izquierda,

doña Benigna, incluso entraban en el chiscón y compartían con Mariana la mesa camilla y un ratito de conversación. Doña Benigna, a la caída de la tarde, de paso para la novena, pegaba la hebra con facilidad. Y también se entretenía por las mañanas, cuando salía de compras o al volver de hacerlas. A veces, esta doña Benigna, cuando había algún acontecimiento que comentar, aun a sabiendas de las ideas de los porteros, tan contrarias a las suyas, bajaba a la portería sólo para cambiar impresiones con Mariana. Si no estuviera tan consumida por las velas, el incienso y el aliento de los confesores, doña Benigna sería una mujer bella. A sus treinta y pocos años, que podrían ser fragantes, su piel tersa, sus labios finos de rosa pálido, la nariz recta y breve y unos grandes ojos acaramelados formaban un armonioso conjunto al que impedía ser atrayente una especie de sutil velo ceniciento que parecía salirle del alma y se interponía entre ella y quien la contemplaba.

Tenía doña Benigna una vieja y fidelísima criada, Florentina Mesas, y una asistente que iba dos veces por semana, mas para lo de pegar la hebra prefería a Mariana, la portera, porque, a pesar de sus ideas, sin duda impuestas por el marido, tenía mejor conversación, sabía escuchar mejor. Pero aquella mañana doña Benigna no había bajado, aunque los acontecimientos se prestaban mucho al comentario. En cambio se detuvo ante la portería como por acaso, ya lo había hecho muchas otras veces, Evaristo Suárez, el hijo varón de los del principal izquierda (su padre era interventor del Estado en los ferrocarriles), un muchacho granujiento, con ojos glaucos y saltones, de unos diecisiete o dieciocho años, que solía, después de saludar afablemente, quedarse unos instantes de pie sin decir nada o diciendo cualquier vacuidad sobre la temperatura, luego se apoyaba en el quicio de la puerta del cuchitril, a veces se adentraba en él y esperaba a que Mariana le invitara a sentarse. A ella le parecía un tanto extraño que aquel muchacho en plena juventud, recién salido de la adolescencia, tuviese interés en charlar con la portera, y, en su vanidad de mujer, pensaba si no le moverían a aquello las llamadas de la carne. Pero la conversación de Evaristo no parecía ir nunca por esos derroteros, ni aunque se le atribuyera la intención de dar algún que otro rodeo para sortear bajíos y rocas ocultas. Aquella mañana, ya sentado a la camilla y tras aceptar el vaso de agua que la portera le ofreció, se mostró interesado en saber cómo había reaccionado la gente del teatro en que trabajaba Ramón Gómez ante los últimos acontecimientos. Dijo sinceramente Mariana que no lo sabía. Observó una ligera decepción en la mirada del muchacho y después éste se extendió en si la gente del teatro estaba un poco al margen de los sucesos que afectaban a la nación por vivir demasiado encerrados en su oficio, por estar apasionados por él o si esto no era cierto, sino sólo una apariencias. Para pregunta tan profunda y delicada Mariana no tenía respuesta y Evaristo pasó a preguntar, como ya lo había hecho otras veces, si a Mariana no le parecía demasiado pequeño el cuchitril —no encontraba el joven Evaristo otra palabra para designarlo, y él fue quien acostumbra a los demás a llamarlo de aquel modo— que le habían asignado para pasar la mayor parte de las horas del día, si no echaba de menos un

ventanuco que, ya que no a la calle como las ventanas enrejadas que daban al ras de la acera, diera, por lo menos, al patio.

—Mi marido y el chico casi nunca están aquí; y para mí sola, esto basta.

Pero el lugar era demasiado estrecho, casi no cabían la mesa camilla y las dos sillas, y de techo bajísimo; el señorito Evaristo, que no era un buen mozo, tenía que agacharse para entrar. Curioso aquel señorito Evaristo, si un día le daba por comentar lo angosto del reducto, otro se interesaba por saber si el tapete granate con flores bordadas amarillas y blancas lo había hecho la propia Mariana o si lo había comprado en una tienda. Y también si de las habilidosas manos de Mariana había salido la cortinilla transparente con encajes que a veces estaba corrida tras la hoja superior de la puerta holandesa.

Aquí falta el aire, señora Mariana, falta.

¿Y qué quiere usted que hagamos mi Ramón y yo? ¿Otra huelga general revolucionaria?

Esforzándose en ser simpático, y no dejaba de resultarlo a pesar de su escasa prestancia, Evaristo Suárez reía.

IV. Aquí, entre otras cosas, se trata de histerismo, enfermedad muy de moda a comienzos de este siglo

Durante el almuerzo, que lo hicieron también con los postigos cerrados y abrumados por el asfixiante calor, Mariana y Ramón destaparon para Mauricio el frasco de los recuerdos. A Mariana le gustaba escuchar a su marido cuando a éste le daba por referir la vida del teatro, detalles de su oficio, cómo sobre la marcha tenía que remediar algunos fallos, la habilidad y experiencia que para ello se precisaban; y las intrigas de entre bastidores, las cizañas, las inevitables envidias que no impedían la amistad, los recursos más o menos rastreros de que se valían los cómicos para salir favorecidos en el reparto de papeles de las comedias nuevas, y también en el de los camerinos al llegar a los teatros durante las turnés. A veces era la propia Mariana quien le daba pie, aun a riesgo de dormir poquísimas horas, para que, entre vaso y vaso de tinto, se enredase en anécdotas y comentarios hasta las tantas de la madrugada. Era también un sistema como otro cualquiera para que el fuego de la convivencia no se extinguiese del todo. En lo que compartían el cocido, a Mauricio el relato de cómo se habían conocido Ramón y Mariana le servía para distraerle de su peligrosa situación, para distenderse. Cuando ocho años atrás la compañía Fuentes-Jimeno llega a Olivera, el traspunte está liado con la dama joven, Luisa del Valle; no es un secreto para nadie.

—Tampoco para mí, nada más conocerle. Fue lo primero que me contaron.

—Ya lo sé.

—Mi padre tenía otra novia —aclaró Moncho, por si Mauricio no lo había entendido.

Pero las cosas ya no marchaban muy bien entre Ramón y Luisa; el traspunte, a pesar de la amplitud de sus ideas, no puede reprimir los celos, ni la actriz la admiración que le despiertan algunos hombres. Durante el viaje en el tren, ya a punto de llegar a Olivera, la bellísima actriz Encarna Goya lleva la conversación hacia ese tema: a ella le tiene sin cuidado cómo van las relaciones entre Luisita —así la llama siempre con cierto retintín— y el traspunte, le da igual que lo pasen muy bien en las camas de las pensiones y en las sillas de los camerinos o que se tiren los trastos a la cabeza cada dos por tres, pero lo malo es que Gómez no está pendiente más que de Luisita, de vigilarla, de espiarla y aunque en su oficio es el número uno se le va el santo al cielo con demasiada frecuencia y cada vez son más las veces que llega tarde a los trucos. Ramón no tenía inconveniente en hablarle de esto a su mujer y le decía que aquella cómica, la Goya, estaba en lo cierto, porque su oficio, el de traspunte, aunque la gente no le diera importancia, requería muchísima concentración, sobre todo en aquel género de las comedias de magia, y Encarna Goya tenía razón cuando

preguntaba sarcásticamente a sus compañeros qué podía ser una «comedia de magia» en la que fallaban las magias. Antonia Fuentes, la primera actriz, interviene, autoritaria, para afirmar que está de acuerdo con la Goya. El día antes, en Salamanca, ella misma, la primera actriz, había hecho el ridículo, porque al abrir la caja misteriosa de la que tenía que salir una gallina, ni salió la gallina ni salió nada. Tuvo que hacer una improvisación y decir que la gallina, por las malas artes del brujo Don Simeón, se había vuelto invisible. Mariana y Moncho reían al escuchar la narración de estos sucesos, aunque ya la hubieran oído varias veces. Quien no debió de reír fue la primera actriz, la Fuentes, cuando se vio obligada a hacer la improvisación. Esos accidentes, según aseguraba Ramón, siempre producían taquicardia. En una compañía como la Fuentes-Jimeno cosas así no se pueden tolerar. Ramón Gómez escucha y asiente, soporta la reprimenda con resignación y paciencia porque está de acuerdo, se ha hecho acreedor a los reproches. Encarna Goya, cariñosa y tierna a pesar de su vanidad de mujer hermosa, le pasa delicadamente los dedos por el entrecejo para que desarrugue el ceño. Tiene Ramón mucha vida y muchas mujeres por delante, con perdón de Luisita, que la escucha, impasible, como si la conversación no fuera con ella.

—Y a vivir, que son dos días, Gómez.

Suelta la Goya una espléndida carcajada, que la embellece aún más, y vuelve a su asiento. El traspunte sentencia, reconcentradamente:

—No son dos: son muchos más.

Y la cómica deja de reír.

—Hijo, le cortas la alegría a un borracho.

Deriva luego la charla hacia qué géneros interesan más al público. Antonia Fuentes prefiere el género romántico, porque es de más lucimiento. Luisa del Valle replica que el público está por el teatro de magia. *El airón misterioso* le vuelve loco, y *La túnica de tres colores*.

—Sí, sí —acepta la Fuentes—. Y *La isla de la Fantasía* y *Los polvos de la madre Celestina*.

Qué le van a decir a ella, de sobra lo sabe. Pero eso no tiene nada que ver con lo que le guste o le deje de gustar a ella como actriz. Medio amodorrado, sin despertarse del todo, el primer actor y director de la compañía, César Jimeno, deja oír su opinión.

—Hace muchos años que la taquilla pide magia; y hay que hacer lo que pida la taquilla —y añade tras una breve pausa—: o dedicarse a otra cosa. Los que estén a tiempo para ello.

—A mí me parece que esto de la magia está dando las boqueadas.

Boqueadas que para la compañía Fuentes-Jimeno serán muy largas. De la Fuentes-Jimeno el público espera magia.

La Fuentes se encoge de hombros, para indicar que no quiere seguir la discusión, Luisa del Valle se ha dormido y el traspunte Ramón Gómez opta por cerrar los ojos.

En aquel mismo tren viaja hacia Olivera el joven Pablo Zamora, el huérfano de los Zamora, estudiante en Salamanca, y que debe pasar los meses de verano con su tía Leticia. Mariana, la doncella de la señorita Micaela, la ayuda a desnudarse, pero la señorita está nerviosa, muy nerviosa, más que nunca, parlotea sin cesar, y la labor de Mariana se hace complicada. La señorita Micaela no se está quieta ni un instante, va de un lado a otro, se sienta, se levanta, parlotea sin cesar. Habla de algo que Mariana no quiere oír. Poco a poco, en el año que lleva a su servicio, Micaela ha hecho de ella su confidente, tal vez a cambio de enseñarle a leer y a escribir con bastante trabajo, pues la señorita Micaela no es una maestra profesional ni mujer que destaque por su paciencia y a Mariana, la moza de Hondonadas, a sus dieciséis años se le va el santo al cielo con gran facilidad. Pero algo consiguen maestra y alumna a lo largo de un año, y en las cortas visitas de Mariana a Hondonadas para ver a su madre, causaba el asombro de sus vecinos con aquella rara habilidad, pues era la única persona de la aldea que la poseía. Pero todo tiene un límite, y aunque Mariana comprende que le deberá a su señorita aquel inmenso favor durante toda la vida —fue uno de los datos que años más adelante utilizaría la marquesa de Buenaguía al recomendarlos como porteros, que se trataba de un matrimonio en el que los dos cónyuges sabían leer y escribir—, no quiere que su señorita la entremezcle en aquel delicado asunto.

Son muchos botones, automáticos, presillas los que hay que desabrochar.

—Señorita Micaela, por favor, perdone que me entrometa, pero no siga hablándome de eso, se lo suplico.

—¿Por qué, Mariana? ¿Por qué no puedo hablar de lo que me interesa?

Mariana duda antes de responder. Bajo la blusa, el corpiño, la chambra, la camisa, el sostén... Y la señorita Micaela no se está quieta ni un instante, va de un lado a otro, se sienta, se levanta.

—Porque... porque si insiste en hablar de ello, usted lo sabe, no tendré más remedio que decírselo a la señora.

—No es la primera vez que te hablo de mis cosas; ni tú a mí de las tuyas.

—Pero esto es muy distinto. No compare usted. Esto no tendría más remedio que contarle. Buena se pondría conmigo la señora, si no.

Con un mohín de reproche, concluye la señorita Micaela:

—Haz lo que quieras. Si ya no estás de mi parte... —y sigue a lo suyo, sin hacer caso de la demanda de la doncella—. A primera hora tenemos que ir a la estación.

Mariana, como para no oír, se tapa las orejas con las manos.

—¡Por favor, señorita, hágame caso, se lo digo de verdad! ¡No quiero oír nada, nada!

—No hagas tonterías, Mariana, y sigue estando de mi parte. ¿Qué quieres? ¿Que me consuma yo sola? Comprenderás que con alguien tengo que hablarlo.

—Pues con alguna amiga; a mí no me enrede.

—Tengo menos confianza en cualquiera de ellas que en ti. No creas que esto es

un capricho. Lo que me pasa me hace sufrir.

—Me lo imagino, señorita Micaela. Sé lo que son estas cosas. Yo también soy mujer. Tengo novio, y esta vez para casarme, y me llevo mis disgustos. Pero me atrevo a recordarle a la señorita, aunque sea demasiada libertá por mi parte, que el señorito Pablo nunca ha dao muestras de interés...

El comentario de Mariana, a Micaela no le parece oportuno y, con sequedad, en un tono distinto al que iba teniendo la charla, interrumpe a la doncella. Ya sabe que el señorito Pablo no ha dado muestras de interés por ella, pero no le hace ninguna falta que se lo recuerden, no le gusta saberlo. Mariana le recomienda que intente dormir, que rece sus oraciones y deje de pensar en él. Está sinceramente afligida al hacer esas recomendaciones a su señorita. Micaela sabe que le dice todo eso por cariño, pero qué más quisiera que dejar de pensar en él. No puede. Cuantas veces lo intenta, comprueba que es imposible. Con la de hombres de la clase de la señorita que hay en Madrid... O allí mismo, en Olivera...

—No puedo, Mariana, te lo he dicho miles de veces.

Desde que estaba en Olivera, Mariana había salido con dos muchachos. Uno de ellos, un paisano, de Hondonadas, como ella. Los dos le gustaban, a pesar de que eran muy distintos, no sólo de carácter, sino de facha. Aunque se habló con los dos, con ninguno de ellos llegó a tener relaciones. Este que tiene ahora, Saturnino, también paisano, parece que viene con buen fin y a ella le cae muy bien. Quizás es el hombre con el que dentro de un año o dos se case, es buen mozo, alegre, baila bien y el señor Amadeo, el dueño del taller de tapicería en que es oficial, dice que se da muy buena maña. Pero...

—Estoy enamorada, Mariana, enamorada; tú no sabes lo que es eso.

No, no lo sabe, porque ve con claridad que lo que la señorita Micaela siente por Pablo no es lo mismo que ella siente por Saturnino ni lo que había sentido por ninguno de los otros. Quizás aquello del amor es algo reservado sólo a las señoritas, a pesar de andar tanto en coplas. La señorita Micaela parece a punto de volverse loca. Alarmada, Mariana adopta una actitud casi suplicante. La señorita Micaela debe entrar en razón. De sobra sabe que al señorito Pablo no le gustan las mujeres. Micaela suspende sus paseos, su ir de un lado a otro, aparta su mirada de la doncella. Mariana cree comprender que sobre cuestión tan delicada la señorita no quiere hablar con el servicio.

—Tenías razón, Mariana. He hablado demasiado. Vete a dormir y no me hagas sufrir más.

Pero Mariana, por el cariño que le ha tomado a su señorita, insiste.

—Además... Va usted a decirme que soy muy pesada... Me da no sé qué recordárselo, pero..., téngalo usted también en cuenta: es su hermano, señorita —y baja la mirada, como si le hubiera asustado lo que acaba de decir.

Ante lo que ha escuchado, ante la afirmación de Mariana, Micaela se revuelve enérgica, convencida.

—¡No vuelvas a decir eso! ¡No es mi hermano! ¡No es mi hermano! ¡No lo es! ¿Quieres que me canse de repetírtelo? ¡No es mi hermano!

—Bueno... No hermano... Pero primo, sí.

—¡Ni primo ni nada! —replica la señorita Micaela en la misma actitud de antes, aún más airada—. ¡No es nada mío! ¡Nada! ¡Nada!

—Si usted lo dice, señorita... A mí, en el fondo, ni me va ni me viene.

—Pues al oírte, cualquiera diría que es lo que más te importa en la vida.

Mariana está sinceramente acongojada. Desea que la discusión termine cuanto antes, irse a dormir, pues no acierta a saber cuál debe ser su comportamiento, pero no puede dejar en tal situación a la señorita Micaela.

—Me importa usted, señorita Micaela.

El arrebato de la señorita parece incontenible. Arroja al suelo las prendas de las que Mariana la ha ayudado a despojarse, las pisotea.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Y tú sabes que te lo agradezco de verdad. Pero no puedo seguir oyéndote. ¡No puedo!

La señorita Micaela no llora. Mariana piensa que le convendría llorar; a ella, sólo de verla y oírla ya se le saltan las lágrimas. Llore, llore, señorita, desahóguese, debía decirle, pero no se atreve a hacerlo. Al fin y al cabo, Mariana no es más que una doncella, una moza de pueblo que ni siquiera alcanza a comprender lo que le está sucediendo a su señorita. Balbucea.

—Si la señorita quiere que me calle... —es todo lo más que dice.

—Claro que lo quiero. ¡Déjame en paz de una repajolera vez y vete a tu cuarto, a dormir!

—Si la señorita quiere que me vaya...

—¡Claro que lo quiero! ¿No me has oído? ¡Yo a ti ya te he oído demasiado! ¿No es verdad? Que Pablo Zamora nunca ha manifestado interés por mí... Que no le gustan las mujeres... Que es mi hermano...

Mariana comprende que debe irse, pero antes ha conseguido poner a la señorita Micaela el camisón de dormir. Aprovecha la proximidad para decirle, esforzándose en contener su congoja:

—Y no es eso lo peor, lo peor es lo otro.

—¿El qué?

—Pues lo que le dije el otro día, señorita; lo que me contaron de casa de la Extremeña.

Lo ha dicho en un susurro entrecortado, casi inaudible, y a la señorita Micaela se le ha desbordado el llanto, se arroja sobre la cama, muerde la almohada con desconsuelo y con furia. Mariana le pasa dos, tres veces la mano por la negra y sedosa cabellera, si la señorita Micaela llora es que todo va mejor.

—Cálmese y rece sus oraciones, señorita —y sale despacio y silenciosa del dormitorio.

A Mauricio Puertas le parecía, por lo que estaba oyéndole contar si Mariana, que

la tal señorita Micaela, además de ser una Somontes de los Somontes de Olivera, también era una histérica; como sus padres eran ricos, podían haberla mandado a Viena, pues decían que allí había un médico que curaba esa enfermedad. Sí, desde luego que era una histérica, y buen testigo de sus frecuentes ataques era Mariana, pero cuando se casó, se le pasó algo. Mientras, apresuradamente, sin seguir el ritmo de la comida de los otros, cambiaba el plato de la sopa por el de los garbanzos; Ramón opinó que lo que había afirmado Mariana se le debería preguntar al marido.

—La verdad es que a nosotros ya ni nos va ni nos viene —replicó Mariana.

—Ahora, al cabo del tiempo, ya no: pero entonces buen trabajo te dio.

—No tanto, a mí me quería mucho y me trataba muy bien. Buena prueba de ello fue lo de enseñarme a leer y a escribir, pocas lo habrían hecho.

Servidos por Mariana, la doncella traída un año antes de Hondonadas, desayunan el padre y la madre de Micaela y Augustito, el hermano menor. La madre escucha con muchísima atención a Micaela, porque el tema que la niña ha planteado le apasiona. En cambio, el padre, mientras desayuna lee el periódico y no parece hacer ningún caso a los demás. A Mariana le preocupa que su señorita, recién levantada, siga con el mismo tema de la noche anterior, como si hubiese pasado la noche en vela.

—Pues no lo entiendo, mamá, le he dicho a usted que no lo entiendo y esa es la verdad: no lo entiendo.

—Sí, Micaela —responde la madre en respuesta a una pregunta de su hija—, aunque a ti te resulte difícil entenderlo, ese muchacho, Pablo, el huérfano de los Zamora, es como primo o hermano vuestro, quiero decir de Augustito y tuyo.

El hermano pequeño, Augustito, aunque con indiferencia, interviene al verse aludido. Él tampoco lo entiende, asegura, pero le da igual. Mariana, que aguarda junto a la puerta por si se requieren sus servicios, se siente más identificada con el niño que con su señorita y su señora. ¿Cómo puede interesarles tanto esa cuestión? Sin duda es una de las muchas diferencias que existen entre las grandes ciudades y los pueblos como Hondonadas. Allí, en Hondonadas, todos son primos o hermanos, y a nadie le importa. La señora de la casa ni siquiera ha escuchado a su hijo y sigue su explicación, dirigiéndose a su hija.

—... porque los Zamora, Dios los tenga en su gloria, eran primos hermanos de Juan Saldaña.

—¿El del Sotillo? —pregunta Micaela.

—Sí, ése, que contra la opinión de sus padres se casó con una Montes, tía de Leticia, mi prima segunda, que es, como sabes, la madrina de Pablo...

—Sí, sí... —murmura Micaela, que empieza a sentirse abrumada.

Con un repunte de ironía, el señor de la casa aconseja a su hija que preste atención porque el asunto es complicado, pero sin hacerle ningún caso a la señora sigue a lo suyo.

—... que, por lo tanto, es hijo de ella, y como es natural, y aunque te resulte

difícil entenderlo, hermano o primo vuestro.

Suspende su desayuno Micaela para replicar, tras pedir perdón a su madre por atreverse a llevarle la contraria, que efectivamente, aunque se lo hubiese explicado veinte veces no lo habría entendido ninguna. Al tiempo que se limpia con la servilleta, la madre añade, con gran suficiencia, convencida de la importancia de sus saberes, que no le sorprende la incomprensión de su hija, porque esas cuestiones de los parentescos y de las afinidades familiares son complicadísimas y sólo con la edad, la experiencia y el trato social llegan a dominarse. Apostilla don Sebastián, el señor de la casa:

—Con la edad, sobre todo con la edad.

Casi a rastras lleva la señorita Micaela hasta la estación a su doncella Mariana. Allí aguardan, medio escondidas, como si hubieran llegado paseando, la llegada del tren. Cuando llega, de él descienden los componentes de la compañía Fuentes-Jimeno y un solo viajero más, el estudiante Pablito Zamora, hermano, primo o nada de la señorita Micaela, una Somontes.

—¡A mí ni me viste, ni me viste! —comenta alborozadamente Ramón Gómez, entonces traspunte de la compañía Fuentes-Jimeno, siempre que recuerdan este primer encuentro, lo mismo entre ellos dos solos que entre amigos.

—¡Ni tú a mí! —retruca Mariana.

César Jimeno, el primer actor y director, saluda correctísimo y un tanto ceremonioso, sombrero en mano, al empresario del teatro. Después atrae hacia ellos a la hermosa Encarna Goya, la nueva adquisición de la compañía, una auténtica promesa, según asegura el cómico. A la primera actriz ya la conoce de otras temporadas el empresario, y los demás no tienen tanta importancia. Don Lauro, el empresario, sin suavizar su adusta expresión, saluda a la bella.

—A los pies de usted, señorita.

La Goya le corresponde con una reverencia.

—Beso a usted la mano.

Desde su escondite, junto al tabique del urinario, Mariana y su señorita siguen con la mirada el recorrido de Pablito Zamora, que quizás aún no está despierto del todo, pues no camina en línea recta, sino haciendo eses, mirando para atrás, con pasos dudosos, hasta que llega adonde le espera el coche de su tía Leticia. El cochero le ayuda a colocar la maleta y tiene también que echarle una mano para que no se caiga al subir, pues tropieza, en su afán de no mirar para donde debe. Micaela ha salido al andén y ha saludado con la mano dos o tres veces a Pablo, pero ha sido inútil. Pablo no la ha visto y ya se aleja en el coche. Tampoco la doncella Mariana ha visto a Ramón Gómez, el traspunte, que ha pasado junto a ella, del brazo de Luisa del Valle, la dama joven de la compañía.

Después del almuerzo, Ramón partió para el ensayo. En vista de la escasez de público se veían obligados a cambiar el cartel todas las semanas. Aquella tarde iban a reponer *El otro mandamiento*, también de Solís Ponce, estrenada en el mismo teatro hacía más de cinco años pero que, debido a su extraordinario éxito, se convirtió en pieza de repertorio, y la habían ensayado seis o siete días para repasar el texto y para que se pusieran al corriente varios actores que nunca la habían interpretado. En el escenario vacío, sin ningún decorado, a la tristona luz de la lámpara de ensayo, sentados en sillas plegables, varios actores aguardaban su salida a escena —las señoras y señoritas no dejaban de abanicarse, y como no era de buen tono quitarse la chaqueta durante los ensayos, algunos actores, para hacerlo, se fueron al pasillo de camerinos—, el traspunte Ramón Gómez pasaba las hojas del libreto que ya se sabía de memoria y la Monsel, Ricardo Cadenas, Cascales y otros actores de cuadro, escuchando al apuntador, hablando deprisa, sin matizar, «pasaban la letra».

DOÑA RUFINA.—Eres demasiado susceptible, Roberto, ya me lo decía tu madre, que en gloria esté, cuando no eras más que un chiquillo. Todo te afecta, te hiere. Siempre piensas que los demás están en contra tuya, que te desprecian o que traman algo contra ti.

ROBERTO.—Al decir que pienso eso supongo que no se refiere a usted, tía. Nunca se me ha pasado por la imaginación que usted me despreciase o que estuviera en contra mía. Y tampoco lo pienso de mi hermano Rafael; él bien lo sabe.

RAFAEL.—Desde luego que lo sé, Roberto. Mal hermano sería yo si te despreciara o si tuviera algo contra ti. Y mal hermano serías tú si me creyeras capaz de ello.

DON BENITO.—Como juez imparcial, función que me atribuyo sin que nadie me haya designado para ella, debo decir que quizá sea verdad que Roberto es demasiado susceptible, aunque él no lo advierta, que con frecuencia piensan mal de los demás, en cuanto a que piensa que los demás piensan mal de él, pero de tales malos pensamientos nos excluye a los miembros de la familia Cifuentes.

RAFAEL.—Muy bien hablado, marqués. A eso le llamo yo precisión, ecuanimidad, buenas intenciones y saber expresarse con propiedad y justeza. Usted siempre donde pone el ojo, pone la bala.

DON BENITO.—Pero son disparos no de guerra, querido sobrino, sino para restablecer la paz.

ROBERTO.—Entre nosotros no hay guerra alguna, no puede haberla.

DON BENITO.—¡Paz entre los Cifuentes, paz!

ROBERTO.—Cuando dije «el undécimo, no estorbar», lo dije a la ligera, sólo por recordar un dicho del pueblo que siempre me ha hecho gracia. Pero de ninguna manera fue mi intención rechazar tu ofrecimiento, Rafael. Sé que si, después de mis años de andanzas por América, me ofreces alojamiento en tu casa, lo haces con la mejor voluntad.

RAFAEL.—No lo dudes, hermano. Y Emilia, a la que ya la he consultado, está de

acuerdo conmigo. Pero no te has expresado con tanta propiedad como tío Benito. No te ofrezco alojamiento en mi casa, sino en la tuya, Roberto, en la tuya, en la tuya.

«Telón», dijo con cierta desgana el traspunte Ramón Gómez. ¿Vamos al acto segundo?

Moncho, ya medio adormilado, se fue a echar la siesta antes de volver a salir a la calle para jugar con los chicos del barrio. Mauricio también se dejó caer sobre el colchón, al pie de la cama, y entre vueltas para un lado y para otro sin encontrar postura que le resultara menos calurosa, se fue desnudando poco a poco. Mariana, antes de subir de nuevo a la portería, aun a sabiendas de que no entraría sino el sofocante bochorno, abrió los postigos y las hojas de la ventana de la cocina para airear la casa.

V. La noche

Los postigos de la ventana volvían a estar cerrados. Mariana echaba harina sobre un plato. Moncho ya se había ido a dormir. Pronto volvería del teatro Ramón a cenar, como siempre, deprisa y corriendo. Sentado a la mesa, apoyado en el mantel de hule, Mauricio bebía a sorbitos un vaso de agua. No podía ayudar, se había ofrecido, pero Mariana le había dicho que no era necesario, que su ayuda no serviría de nada y que los hombres cuanto más lejos estuvieran del fogón, mejor. Eso mismo decía la madre de Mauricio cuando él y su hermano —el que fusilaron en la guerra de Marruecos por desertor eran unos mocosos y Antonio, el padre, se acercaba al puchero, casi nunca para mejorar el guiso, sino para robar una tajada de las pocas que había. A veces, cuando Emerenciana, la madre, abandonaba por un instante la cocina por tener que ocuparse en cualquier otra labor, al volver se encontraba a los tres, el padre y los hijos, junto al fogón, con las narices casi metidas en la cazuela. La madre se enfurecía, pero Antonio explicaba que no estaba robando la comida ni enseñando a robar a los críos, como pretendía Emerenciana, sino dándoles otras lecciones. A la blasfemia de la pobre mujer respondía el padre que no eran lecciones de cocina, pues de sobra sabía él que en esa ciencia no era maestro, sino de ciencia política. Mostraba a sus hijos aquel caldo incoloro, con unas cuantas patatas, en el que navegaba una sola tajada de bacalao, que luego había de convertirse en cuatro como en el irrepetido milagro del pan y los peces, del que tanto hablaba el farsante de don Claudio, el cura del pueblo. Antonio, con la tapa de la cacerola levantada, explicaba a sus hijos que en la cacerola de la cocina de la casa de labor de don Apolonio Fernández, el cacique, el caldo era mucho más espeso y de un color dorado, como la túnica de un santo que había en la iglesia, y que las patatas chocaban unas con otras, casi no tenían sitio y en los hervores bailoteaban gozosas ante la idea de que iban a ser devoradas por don Apolonio, doña Práxedes, el cuñado sifilítico Antolín Piedra, los hijos Apolonio, Tadeo, Guillermo y las hijas Fernanda y Loreto y quizás sobrara alguna de ellas para la cocina. No flotaba en el áureo y espeso caldo una tajada de bacalao, no flotaba ninguna, sino diez o doce hermosos trozos de apetitoso lomo de vaca y todo ello sazonado con abundantes especias, sabrosas o aromáticas, de la tierra unas y traídas otras de los más lejanos países. Esas fueron las primeras lecciones de ciencia política que recibió de su padre, pero pronto le impartió otras más profundas aunque no más eficaces. Al chorro de agua del fregadero Mariana limpió, no a la pata la llana, sino con cuidado, la media docena de pescadillas y luego las secó con un trapo. A ella su padre no le había enseñado ciencia política ni ninguna otra, era un hombre que no veía un palmo más allá de sus narices, ni siquiera sabía si tenía hambre o si el hambre era una sensación natural de las tripas, de las tripas de cualquier persona. Su madre sí era distinta, cuando veía a alguna de las siete criaturas que había echado al mundo —

se le fueron muriendo casi todas—, lloraba. Aunque nunca había visto otra cosa, sabía que no era natural que anduviesen descalzas por las piedras del pueblo, en verano o en invierno, como si fueran bichos. A veces iban a visitar aquellos pueblos —Hondonadas, Covacha, Fronterizo, Malumbre, Huertalconde...— personas de ringorrango, escritores, ministros, cardenales, pero iban calzadas y a lomos de caballerías.

Anunciar en los periódicos que en vez de *El poder de la mentira* se representaba en el teatro Lara *El otro mandamiento*, del mismo autor de moda, no despertó gran interés entre el público veraniego. En vez de la docena y media de espectadores, habían acudido veinte o treinta, pero no más. Ante ellos representaban la «alta comedia» no con entusiasmo, pero sí con convicción y entrega, los actores y actrices de la compañía titular.

RAFAEL.—Mucho se ha hablado y escrito, y por cerebros más capacitados, más brillantes, mejor alimentados que el mío, sobre lo que es el amor, o los amores, que el amor no es uno sólo, sino que son muchas sus especies y modos de manifestarse, y uno de ellos, tenlo por seguro, Roberto, es este que llaman fraterno y del que me enorgullezco, pues lo llevo en el corazón. Y una de las pruebas que puedo darte de que lo que digo es cierto es que nunca pondré, aunque sea el hermano mayor, barreras a tus deseos, ni te cortaré las alas, ni siquiera por medio de consejos, para impedirte emprender el vuelo.

ROBERTO.—No creo caer en el error si digo que al manifestar, hermano, esa intención tuya de no aconsejarme para no constreñir mi voluntad, ya me estás dando solapadamente un consejo. Y me dispongo a aceptarlo y a seguirlo, puesto que lo encuentro sensato.

EMILIA.—No parece haber entendido las palabras de Rafael.

ROBERTO.—Bien que las he entendido.

EMILIA.—No. Él jamás, ¿lo oyes?, jamás te habría no ya pedido, sino insinuado, ni aun eso, ni siquiera habría pensado que pudieras abandonar esta casa.

RAFAEL.—Bien dice Emilia, y bien harás tú en creerla, Roberto.

EMILIA.—Digo que nunca habría pensado que pudieras abandonar esta casa, a pesar de todas las murmuraciones a las que antes te has referido, cuando creías que yo no escuchaba, y que al llegar a mis oídos me han abierto una herida que ya nunca podré restañar.

ROBERTO.—Tú, Emilia, eres quien no ha entendido bien mis palabras, o yo no he sabido expresarme, que ese habría sido mi deseo. No he dicho que Rafael fuera capaz de echarme a mí, su hermano, de su casa, ni de aconsejarme que me fuera.

RAFAEL.—Roberto... No quiero entablar una discusión contigo sobre tema tan delicado. Y si pareció que había prestado oídos a esas murmuraciones, fue en un momento de ofuscación. Pero creo que Emilia sí ha interpretado bien no sólo tus

palabras, sino tu pensamiento. Crees que deseo que te marches.

ROBERTO.—No es este momento de andarse con medias palabras. Ni ese momento debe llegar nunca entre hermanos. Y vosotros lo sois míos. No sólo tú, Rafael, sino también Emilia. He comprendido no ya que debo irme, sino que nunca debí quedarme en esta casa. No debí olvidar el dicho del pueblo; no debí olvidar el otro mandamiento.

EMILIA.—¿Qué mandamiento?

ROBERTO.—El undécimo.

Ramón Gómez dio la orden, cayó el telón y el escaso público aplaudió mucho, como siempre que se representaba aquella obra.

Unas cuantas veces se levantó Mauricio y dio unos pasos por la cocina, muy pocos podía dar, cuatro hacia la derecha y los mismos hacia el otro lado, como si aquello pudiera refrescarle. Se detenía ante el fogón, insistía en ayudar y ella en que no, que no hacía falta.

—Eso que haces tú lo puedo hacer yo, y ya lo he hecho muchas veces, avivar el fuego con el soplillo.

—Anda, anda, sigue paseando, que buena falta te hace. Te vas a quedar entumecido de estar aquí encerrado.

Ella, muy de pequeña, apenas cumplidos los siete años, también sabía encender el fuego y baldear el suelo y otras cuantas cosas más, en fin, ayudar a su madre. Y su madre, cuando Mariana fue mujer y era ya muy grande para jugar con ella al arre caballito, le decía una y otra vez vete de aquí, Mariana, vete de aquí, de aquí hay que marcharse, tienes buen talle, unos preciosos ojos verdes que te vienen de tu abuela, un pelo como el trigo candéal en agosto, vete de aquí, a pocas leguas hay otra vida, la vida, lo dicen los maragatos que vienen de León, de Salamanca y pasan a Portugal. Mauricio volvió a llenar su vaso de agua. Sí, Mariana había hecho bien en marcharse, en irse a servir a Olivera, fugitiva de la miseria, pero no era eso, marcharse, lo que había que hacer; lo que había que hacer era traer la vida aquí, adonde uno estaba, ya fuera en Hondonadas, en Salamanca, en Castilla, en Andalucía, en Cataluña... La vida estaba en todas partes. Y el que se marchara de su tierra que lo hiciera por su gusto, no porque el hambre le echara a empujones. Vida la había en todas partes, y para todos. Lo que había que hacer era acabar con los que viven, prosperan, gozan a costa de robar la vida a los demás. Esa era una de las lecciones que Antonio había dado a sus hijos, allá en el pueblo del sur de la Mancha, pegado a Jaén. Y se podía hacer si todos los que vivían del trabajo de sus manos las unían contra los ladrones.

—No es fácil, no es fácil... —decía Mariana mientras destapaba el pucherito del aceite y vertía una buena cantidad en la sartén que había puesto sobre las brasas. Ya sabía Mauricio que no era fácil. Su padre se lo dijo hacía ya muchísimos años, y él había comprobado que el conseguirlo causaba dolores y sangre y muertes. Los

dueños de todo, de las vidas de los demás, no eran torpes y sabían defender lo que consideraban suyo, su dinero, su libertad, su gozo. Lo había aprendido Mauricio de su padre, que había conocido a Anselmo Lorenzo y había escuchado una vez en Sevilla a Fanelli. Nervioso, cesaba Mauricio en sus paseos y volvía a sentarse, bebía un largo trago de agua. Mariana le miró de reojo, sin suspender su labor. A Mauricio, en su exaltación, se le enrojecían los ojos color miel. Mariana no debía mirarle, debía atender a lo suyo. Se mojó los dedos en el chorro, tras hacer una rosca con cada pescadilla y meterles la cola en la boca para que el agua, al mezclarse con la harina, ayudase a que se quedasen pegadas.

—Nosotros, los trabajadores, tenemos un arma que acabará con el injusto sistema que dura siglos y siglos, la huelga general.

—Sí, ya se ha visto.

—Por favor, no digas eso, Mariana. Que no te lo oiga otra vez.

Mariana volvió a mirarle. Parecía atormentado.

Hemos fracasado esta vez. Y fracasaremos muchas más, porque los hijos de la gran puta saben defenderse. Y porque aunque frente a nosotros, que somos millones en el mundo entero, ellos son cuatro gatos, son los dueños de las grandes industrias, son los jefes de las religiones, son los ejércitos, son ese ente fantasmal y demoníaco que llaman el Estado.

Mariana debía mirar la sartén, en la que ya crepitaba el aceite, que despedía un humo azulado, pero le miraba a él, a sus ojos, y le compadecía.

—Pero al final los aplastaremos.

—Perdóname, Mauricio. No he querido enfadarte.

—No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado con la madre que los parió a todos. Pero... ¿ya vas a freír las pescadillas? Estarán frías cuando llegue Ramón.

No te preocupes. Me sé de memoria el tiempo que tardo. Cuando esté friendo la última, entrará mi marido.

—¿Tu marido? Supongo que es un modo de hablar...

¿Así que Mariana y Ramón estaban casados? Mauricio no lo sabía, ni se lo habría podido imaginar, se llevó una sorpresa. Él comprendía muy bien lo que era el amor libre y la unión libre y sabía diferenciar ambas cosas. Conocía parejas de compañeros que vivían en unión libre desde hacía diez años y más y seguían siendo fieles. Y conocía muchos más compañeros y compañeras que nunca habían formado una pareja estable, que vivían, como él, en amor libre, en placer sexual libre, como él prefería decir, para no andarse con palabras de doble sentido. Pero, casarse... Y no sólo por lo civil, sino con cura y todo, según acababa de saber.

—No creo que seamos los únicos —se defendía Mariana.

—Ya sé que no sois los únicos, pero en los otros que conozco me choca lo mismo.

Mariana creyó que podía explicarlo y, entre sonrisas, dijo que fue un matrimonio de conveniencia, lo que aumentó la perplejidad de Mauricio. Sí, era de conveniencia porque a los dos les convenía y no se casaron por amor. Ellos no creían que el

matrimonio tuviera ninguna relación con el amor.

—Claro que no. El matrimonio tiene relación con el Vaticano, con la familia, con el gobierno, pero no con el amor.

—Eso digo, Mauricio, que nosotros, Ramón y yo, por amor vivimos juntos y por conveniencia nos casamos.

—¿Por conveniencia? ¿Como los ricos?

—No. Como los pobres.

El sueño de Mariana, de toda la vida, era tener una tiendecita en Madrid, en la Puerta del Sol o muy cerca. Ya sueña con ello cuando conoce a Ramón aquella tarde en Olivera. A Ramón le gusta su oficio, el teatro, está hechizado por el teatro y nunca podría abandonarlo. Pero también prefiere trabajar en Madrid en vez de andar dando tumbos por las provincias, que ya ha dado muchos. Ella ha conseguido salir de Hondonadas y entrar de doncella en una casa grande. Es un paso. Cortito, pero un paso al fin y al cabo. La señora de la casa, doña Rosa, tiene muy buenas relaciones en Madrid, entre ellas la condesa de Buenaguía, que es pariente lejana. La condesa de Buenaguía puede ayudarlos. Hasta que ahorren lo suficiente para poner la tiendecita, una mercería, que es lo más adecuado para una mujer, quizás les consiga una portería, porque en Madrid en aquellos años se está edificando mucho y también puede colocar a Ramón fijo en un teatro de Madrid de los que tienen compañía titular y sólo salen fuera un mes durante el verano. Pero tendrían que casarse. No puede la marquesa de Buenaguía proteger a una pareja que vive en concubinato. Además, el niño, Moncho, acaba de nacer... El matrimonio civil no significaba nada, un trámite obligado como otro cualquiera, como empadronarse o sacar la cédula. Y el otro, como ellos, Ramón y Mariana no eran creyentes, qué más les daba soportar aquella ridícula ceremonia.

—Una inmoralidad dijo Mauricio no como quien acusa, sino como quien define.

Mariana no le respondió, se limitó a sonreír.

Acercó al fuego la fuente en la que había rebozado las pescadillas y empezó a dejarlas caer en el aceite hirviendo con cuidado de no salpicarse. Echó una mirada al reloj. Era la hora exacta. Sonó la llave en la cerradura. Había llegado Ramón. Se sentaría deprisa a la mesa, deprisa se comería las acelgas rehogadas de primer plato y después las pescadillas churruscantes, calentitas.

Volvió Mauricio a sacar la conversación sobre el matrimonio, conversación que Ramón siguió sólo con gruñidos, sonidos inarticulados, sin dejar de comer, en lo que escuchaba la exaltada y elocuente alabanza del amor libre que concluyó el refugiado con la reiterada afirmación de que el matrimonio de Ramón y Mariana era una inmoralidad. Ramón alzó la mirada del plato, miró a los ojos a su compañero y dijo:

Sí, una inmoralidá.

Sostuvo un poco la mirada, por si había respuesta. No la hubo y siguió comiendo deprisa.

Sin dejar de sonreír ante la silenciosa perplejidad de Mauricio, Mariana se levantó de la mesa para traer un frutero con tres plátanos. Debió de pensar Ramón que tal vez

había estado demasiado lacónico y seco con su compañero y le pidió que le perdonase, pero no tenía tiempo de analizar pormenores sobre el comportamiento de las personas porque en el teatro Lara el telón se levantaba a hora fija. Mauricio asintió en silencio y aunque era evidente que tenía ganas de hacer un panegírico de la unión libre y del amor libre y posiblemente también de extenderse en una diatriba contra el matrimonio, prefirió aplazar su discurso hasta que Ramón se hubiera ido al trabajo y fuera Mariana su única oyente.

VI. En el que Mariana procura que acontecimientos de su mundo interior no afloren a la superficie

Al día siguiente, con los calores de la siesta, Mariana, en la portería, se quedó mano sobre mano, sin hacer nada, aunque había dispuesto sobre la mesa camilla el cestillo de la labor y la caja de los hilos. Le ocurría a veces, pero muy de tarde en tarde, quedarse así, absorta, como sin pensar o pensando en algo impreciso. Tan pronto se encontraba en el pasado como en el futuro. Cuando Moncho creciera ella no quería que fuera el hijo de los porteros, El triunfo de la idea, de día en día se veía más lejano. No les había tocado vivir el tiempo en que los porteros serían igual que los vecinos. Ahora en los barrios bajos sí lo eran. Pero ella tampoco quería para su hijo Moncho y para alguno más que pudiera venir que fueran chicos zarrapastrosos de los barrios bajos, descalzos y con el culo al aire y luego, de mayores, esclavos en una fábrica o ametrallados en una barricada. Ella había querido siempre, ya en su primera juventud en Olivera y antes en Hondonadas, tener una tienda, una tiendecita. Por eso quiso siempre venir a Madrid. Quería tener una tiendecita en la Puerta del Sol o muy cerca de allí, que era donde estaban los buenos comercios, según había oído decir en Olivera a la gente que volvía de la capital. Cuando conoció a Ramón, hombre de Madrid y poseedor de poderes mágicos, sintió que se hallaba en el buen camino. Él acababa de tener un desengaño amoroso por el que estuvo a punto de cometer un asesinato y ella le sirvió de consuelo al tiempo que él alimentaba sus esperanzas.

Por el pasillo de los camerinos del Gran Teatro Viriato, desasosegado, va Ramón Gómez, el traspunte, llamando a media voz: Luisa, Luisa... Golpea con los nudillos, discretamente, en una de las puertas. En la conserjería, Melquíades, el conserje, está sentado tras una especie de mostradorcito. Llega, agitado, Ramón.

—¿Ha visto usted salir a la Del Valle?

—¿Quién es la Del Valle?

—Pues Luisa del Valle, una actriz de la compañía.

—Ya, pero ¿cuál?

Coge Ramón una hoja de anuncio de un montón que hay sobre el mostradorcito. En esa hoja de anuncio, en sendos medallones, se ven los retratos de César Jimeno, Antonia Fuentes y Encarna Goya; y, formando una orla, en tamaño más reducido, los de los otros actores y actrices de la compañía, entre ellos el de Luisa del Valle, que señala Ramón con tembloroso dedo.

—Ah, sí. Salió en lo que usted ensayaba con los comparsas. Dijo que quería ver la laguna y me preguntó por dónde se iba.

Es la primera vez que Gómez trabaja en Olivera y por eso desconoce la fama de la laguna. Todo el que llega a Olivera por primera vez quiere visitarla, porque tiene su historia. Pero el traspunte Gómez no está para historias; quiere saber si la señorita Del Valle iba sola. El conserje evita la mirada de Gómez y coloca bien el mazo de hojas de anuncio. No sabe si la señorita iba sola o acompañada, porque él no se fija en esas cosas. Ramón va hacia la puerta de la calle.

—¿Va usted a la laguna?

—Sí.

—Al final de la calle Larga, cuando salga al campo, al pasar la ermita, doble a la izquierda y suba por un sendero muy empinado.

Al tiempo que trepa por el sendero, Ramón otea a diestra y siniestra, pero no encuentra nada que confirme sus angustiosas sospechas. Llega a la cima del repecho al que conduce el empinado sendero y allí se detiene. Es muy bello el panorama que se abre ante él. La famosa laguna de Olivera. Escasas nubes se reflejan en las quietas aguas. También los altos álamos del otro lado. Algunas aves vuelan majestuosamente.

Un grupo de zagales arroja cantos a la laguna. Algo gritan cuando los lanzan, con la intención de llegar cada uno más lejos que sus compañeros. Por simple curiosidad, Ramón se esfuerza en comprender lo que gritan, pero no es fácil, el viento va en dirección contraria y se lleva las voces de los chicos. Al fin lo entiende, grita cada uno antes de lanzar la piedra ¡eres mi escudero y tienes que ayudarme!, todos gritan lo mismo. Ramón no entiende el significado de aquello, pero algo más grave para él llama su atención: muy cerca del borde de la laguna, sobre una pequeña elevación del terreno, contemplan el panorama Luisa del Valle y el actor Diego Díaz. Él tiene el brazo sobre los hombros de ella y la estrecha con ternura. Sombrío, desde lo alto del repecho contempla a la pareja el traspunte Ramón Gómez.

Los tramoyistas y el atrecista terminan de colocar el primer decorado. Por allí andan algunos actores y actrices que van a sus camerinos. También el grupo de comparsas. A éstos se dirige Ramón Gómez para saber cuál de ellos puede bajar volando desde los telares con una mujer en brazos. Federico, amigo de Pablo y asiduo compañero en estas peripecias, le señala.

—Este puede; es un forzado.

—¿Volando? —pregunta Pablo, sorprendidísimo.

—Volando como en el teatro —responde Ramón, mientras clava su mirada en Luisa del Valle, que cruza el escenario—. En el teatro nada es verdad.

Sentada a su tocador, Luisa del Valle concluye su maquillaje. Reflejado en el gastado espejo, Ramón Gómez, el traspunte, mantiene entornada la puerta para no perderse la marcha de la comedia. Pero ese no es su sitio ahora, le recuerda Luisa, tiene que estar pendiente de la escena, si no, tendrán razón los que le reprochan que no atiende a su trabajo como antes.

—Estoy a lo mío —responde Ramón sombríamente—, no te preocupes por eso. He venido nada más que un momento a decirte sólo una palabra, Luisa.

La joven cómica suspende lo que está haciendo; se queda quieta, con la borla de polvos en la mano.

—¿Qué palabra?

—Cuidado —responde Ramón, y se marcha hacia el escenario.

Por la puerta del escenario del Gran Teatro Viriato entra al día siguiente el traspunte Ramón Gómez, va hacia el mostrador del conserje.

—Hola, buenas tardes, ¿ha visto entrar a la Del Valle?

—No sé... Yo no me fijo...

Ramón va hacia los pasillos. De uno de los camerinos, el de Luisa del Valle, parece llegar un rumor de palabras, unos susurros. Ramón mira a su alrededor. Busca algo. Por allí cerca hay una silla. La coge. Cada camerino tiene arriba, sobre la puerta, un montante encristalado. Ramón Gómez mira con precaución a un lado y a otro, arrima la silla a la pared, se sube en ella y espía a través del montante. En el camerino de Luisa del Valle, montada a horcajadas sobre las piernas de él, copula la dama joven con el galán Diego Díaz, se agita rítmicamente como si cabalgara al trote.

—Así..., sigue, sigue... —pide el actor con voz entrecortada.

—Diego..., te quiero... te quiero...

Besa al cómico la actriz en las mejillas, en las orejas, sin aminorar su trote.

—No me dejes nunca, nunca, nunca.

—Dame la lengua, Luisa, dámela. Estaremos siempre juntos, Luisa, siempre.

—Sí, Diego —contesta, desfalleciente de placer, Luisa.

Tras el vidrio del montante el rostro de Ramón Gómez se cubre de gotas de sudor. Ramón desciende de la silla con sigilo, temeroso, precavido, también avergonzado, porque él es el culpable.

Llegan al almacén del foso, ininteligibles, las voces de los actores que hablan en el escenario. Sentado en una de las cajas del decorado, Ramón Gómez tiene en sus manos una pistola antigua. Nunca ha estado su rostro tan sombrío. Vuelca la pistola y la vacía. Sólo contenía unos polvos blancos. Ramón va cargándola de nuevo con algo que tenía dispuesto sobre la caja del decorado, junto a él.

En el escenario se encuentran, separados como unos cinco pasos, don César y Diego Díaz. El primero empuña la pistola preparada por el traspunte Ramón Gómez, que entre bastidores, angustiado, está pendiente de la situación.

DON TADEO.—¿Sois capaz de disparar sobre quien está indefenso?

PADRE.—Capaz soy sobre un traidor como vos, vil don Tadeo.

Ramón Gómez no respira. Gotas de sudor brillan en su frente. Jimeno dispara. Un fogonazo sale del arma...

... y Diego Díaz desaparece por el suelo, tragado por un escotillón. Jimeno da

media vuelta y sale por el lateral en que se encuentra el perplejo Gómez. Le devuelve la pistola.

—¿Qué —pregunta el cómico al traspunte—, no me das las gracias?

Y va a su camerino mientras suenan los aplausos del público y Diego Díaz, sacudiéndose el polvo, sube al escenario por la escalerilla del foso.

En el camerino, Jimeno se deja caer en la silla que hay frente al tocador. En ese momento entra el traspunte, cierra la puerta, se apoya en ella y durante unos instantes permanece en silencio, mirando a don César, que respira cansinamente.

—¿Por qué no me dejó que le matara?

—Lo impedí para que... para que no te mataran después a ti, y quién sabe si a mí. Ramón se acerca a César Jimeno y empieza a quitarle las botas.

—A mí también me ocurrió algo parecido —dice el cómico— cuando tenía tus años. Pero no les hice nada a ninguno de los dos. Ha pasado ya tanto tiempo que no me acuerdo bien, pero no recuerdo que sintiera miedo, creo que no les hice nada porque me dio pereza. Fue en Madrid, y me marché a trabajar a provincias.

El matrimonio de Jimeno con una cómica, la Morata, había durado muy poco. Fruto de él fue un hijo que se crió con unos parientes de la madre, aborreció el mundo del teatro, se metió a mecánico y sólo muy de vez en cuando veía a sus padres. El traspunte Ramón Gómez recordó esto, pero siguió a lo suyo.

—El marqués de Olzar ayer mismo ha matado a su mujer de dos tiros en el corazón.

—Sí; y, por si no lo sabías, otro marqués de Olzar, hace mil años, mató a la suya de tres mandobles y la arrojó a la laguna.

Ramón ayuda a quitarse la ropa a Jimeno.

—Pero hay dos diferencias muy grandes entre esas muertes y la que tú querías causar ahora.

—¿Qué diferencias?

—Esos dos marqueses asesinos, el de ahora y el de hace mil años, mataron a la adúltera. No al adulterador. Y los dos... —habla el viejo cómico fatigosa y entrecortadamente— los dos asesinos... eran nobles.

Don César se ha embadurnado la cara con manteca de cacao y se desmaquilla mientras da la lección al traspunte.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunta Ramón.

—Que mataron en defensa de su honor.

—¿Y yo no tengo honor?

—No. Tú eres un jodio traspunte y Luisa del Valle, vamos, Luisa López Vallejo, una cómica como otra cualquiera. El honor es una cuestión de dinero, de muchísimo dinero, que hay que transmitir, multiplicado, de padres a hijos, a nietos, a bisnietos, a toda la dinastía. Y ese honor se guarda en la vagina de las mujeres. Si la esposa de un noble se abre de piernas ante otro que no sea su marido, puede traer al mundo un hijo que heredará, pero que no será el hijo de aquel noble: será un ladrón. Y quizás el

fundador de una dinastía de ladrones. Tú tienes suerte, Ramón. Eres hijo de un peón que no tenía un cuarto y se casó con una verdulera, no tienes herencia que transmitir, ni que defender. Aunque tu hijo sea de otro, no robará nada, porque tú no tienes nada. Por eso mismo no tienes la obligación de matar a nadie.

El traspunte se ha quedado en silencio. El cómico suelta una carcajada que parece impropio.

—Y ahora que caigo en la cuenta, ¡si además no estáis casaos!

Habían pasado muchos años. Tenían un hijo. Estaban en Madrid, no en la Puerta del Sol, pero tampoco muy lejos. Ramón ya no trabajaba en comedias de magia, sino en comedias de salón. También había perdido su entusiasmo por la idea, aunque no dejaba de ayudar cuando podía, como ahora, al esconder en su casa al fugitivo. Ajena a su voluntad, una mano de Mariana voló cerca de su frente como un ala de ave para ahuyentar los pensamientos, porque ¿qué sacaba con quedarse así, ensimismada, engolfándose en ellos como quien navega en un barquichuelo sin gobernarle? La misma mano cogió de la caja de los hilos el huevo de madera y con ayuda de la otra, las dos obrando por su cuenta, lo embutió en un calcetín.

—Madre, me voy a la calle.

—No vayas muy lejos.

—No.

—¿Y Mauricio?

—Está allí, en el colchón, roncando. Ni se ha despertao.

El calor que caía del cielo y subía del asfalto ahuyentaba a vecinos y transeúntes. Ocho o diez chiquillos eran dueños de la calle.

Se sintió asaltada por una sensación que pocas veces había tenido, sensación de soledad. Ramón estaba en el ensayo. Mauricio Puertas dormitaba sobre el colchón en el cuarto de Moncho. Ella zurcía y remendaba. El chico jugaba en la calle. Ningún vecino salía de la casa a esas horas. Ni tampoco nadie venía a la casa, pues en pleno mes de agosto y en la siesta sólo los que tenían una necesidad imperiosa se arriesgaban a echarse a la calle. Era portera, y tal menester consistía en pasarse allí las horas muertas, de sobra lo sabía. Sin embargo, aquella tarde le pesaba más la soledad. No era ninguna labor urgente la que tenía entre manos. Ningún vecino iba a salir. Ya se había marchado Gabriel Rota el del principal, empleado en las Sederías Flores y Cantera, de la Puerta del Sol esquina a Arenal, y también don Ruperto Saavedra, oficial mayor de un notario de la calle Génova. De los otros vecinos, unos no trabajaban por la tarde, otros no trabajaban nunca y otros estaban de veraneo. En la controversia que Mariana mantenía en su interior, con la precaución de que no todos sus pensamientos aflorasen a la superficie, se dejó convencer: recogió el cestillo de la costura y la caja de los hilos, cerró la portería y bajó al sotanillo. Acercó la oreja a la puerta del cuartito de Moncho y escuchó, débiles, los ronquidos de

Mauricio. Fue a dejar en su sitio el cestillo y la caja y volvió al cuartito.

—¡Portera!

La voz sonó imperdonable, improcedente a aquella hora de silencio espeso, sonó como un insulto injusto, como un improperio, como la voz de mando de un coronel borracho. ¿Era posible aquello? ¿Aquel asalto a su intimidad en el momento en que toda la ciudad, asediada por el calor africano, se abandonaba a un reposo febril? Antes de subir, de nuevo aplicó Mariana la oreja a la puerta, el desgarrado grito del infame vociferador podía haber llegado a despertar al fugitivo, pero no, el débil sonido de los ronquidos conservaba el mismo ritmo.

—¿Vive aquí don Sempronio Arteaga, maestro armero?

El que preguntaba era un mocetón fornido, vestido con un blusón negro, cubierto con una gorrilla mugrienta, y que portaba una gran caja de cartón sobre uno de sus hombros y consultaba, acercándose mucho a los ojos, un papelajo.

—No, aquí no vive.

—¿Pues no es este el número diecinueve de la calle del Vergel?

—No, es el nueve.

—Usted disculpe, adiós.

Y echó a andar hacia la calle, al tiempo que se limpiaba el sudor de la frente con el papelajo.

—Me caguen tu madre —dijo no para sus adentros, sino en voz bajita la portera mientras bajaba los escalones que llevaban al sótano.

Fue a la cocina, encendió la luz y cerró del todo los postigos de la ventana. Golpeó con los nudillos, muy suavemente, en la puerta del cuarto de Moncho. Mauricio no respondió. Mariana entreabrió la puerta con cuidado, y a la luz que entraba por la rendija del ventanuco, vio al hombre, medio desnudo. Tenía un hermoso cuerpo de hombre, con brazos musculosos y nalgas prietas. Cerró despacito la puerta y una vez que la hubo cerrado volvió a llamar, pero ahora con mayor firmeza. El fugitivo, entre sueños, le preguntó qué quería. Ella había cerrado los postigos de la cocina para que pudiera estar allí, no le convenía estar todo el día encerrado en un cuartucho tan pequeño.

—Tienes razón, ahora me visto y salgo.

—¿Quieres un café con leche?

—Bueno. Si no te molesto demasiao...

—No, qué va... ¿O lo prefieres solo?

—No, no. Con leche.

—Estarás deseando salir de este encierro, ¿verdá?

—Si, para qué voy a decir lo contrario... Aunque Ramón y tú os portáis muy bien conmigo. Ya me habían dicho los del Barrio del Tejar lo buena gente que erais.

—¿Tú eres de por allí, de Tetuán o del pueblo de Fuencarral?

—No, no. Ni los conocía. Me llevó allí un compañero del grupo que escapó conmigo de lo de Cuatro Caminos.

—Pues, ¿tú de dónde eres?

—De Cabrerilla, un lugar de Ciudad Real casi pegao a Jaén.

Era hablar por hablar, los dos lo sabían, cuántas conversaciones como aquella habrían tenido en la vida con personas que no les importaban nada o que acabaron importándoles muchísimo. Mariana se encontró de pronto contando a aquel casi desconocido cómo llegaron a Madrid recién casados Ramón y ella, él porque su trabajo le llevaba siempre de un lado a otro y ella porque su mayor ilusión era tener una tienda cerca de la Puerta del Sol. A la vista estaba que no lo había conseguido, pero no perdía las esperanzas. Al llegar a Madrid, siete años atrás, se alojaron en casa de los padres de Ramón, que tenían una verdulería con vivienda en el barrio de La Paloma, junto a la calle de Toledo.

—A diez minutos de la Puerta del Sol —dijo Mariana, como siempre que se refería a aquello.

El padre de Ramón, que trabajaba, además, en la fábrica de cervezas El Águila, murió durante aquellos años y la madre, Gabriela, se quedó a cargo de la tienda, lo que no le fue muy dificultoso, pues su otro hijo, Felipe, tenía ya quince años y podía ir a las cinco de la mañana al mercado y acarrear las verduras. Los ayudó mucho la marquesa de Buenaguía, pariente de sus señores de Olivera, que en vez de la tiendecita cerca de la Puerta del Sol les consiguió aquella portería, justo al otro lado de Madrid, pero en lo que ahorraban lo suficiente para montar el negocio, iban tirando, aunque con estrecheces, como todo el mundo.

—Como casi todo el mundo —corrigió Mauricio.

Se había tomado el café con leche y poco antes de las seis volvió a encerrarse en el cuarto de Moncho. No podían estar tanto tiempo con los postigos cerrados, pues también podría resultar aquello sospechoso a algún vecino, ya que solían tener echadas sólo las cortinas, cuando no entreabiertas las dos ventanas, la del dormitorio y la de la cocina. Subió de nuevo Mariana a la portería y de nuevo se sintió oprimida por la soledad, por un sentimiento que no sabía si definir exactamente como soledad o como falta de algo que no acertaba a precisar. A cada instante levantaba la mirada hacia el reloj y abandonaba la costura sobre el regazo. No eran más que las siete. Todavía faltaban más de dos horas hasta que tuviera que bajar al sotanillo para preparar la cena de los tres. Antes, a las ocho, se asomaría a la calle para dar un grito a su hijo, que dejara ya de jugar y viniera a tomar el vaso de leche caliente con la rebanada de pan y a acostarse. Pero hasta entonces el tiempo se obstinaba en no pasar, o en avanzar a paso de carreta, como si le pesasen los pies o le hubieran cortado las alas, o los minutos se le atragantasen en la garganta, y cuando Mariana volvía a alzar la vista al reloj la manecilla del minuterero parecía estar clavada en el mismo sitio; sin embargo, aquel reloj era de péndulo, y el péndulo se movía. A Mariana le vinieron recuerdos de otros momentos de su vida en los que tuvo esta

misma angustiosa sensación, que el tiempo no conseguía andar, precisamente cuando ella necesitaba que volara. Se abismó en esos recuerdos para alejar otros pensamientos de su cabeza. Uno de esos momentos fue cuando, ya en Madrid y casada con Ramón, les llegó la noticia, de parte de la condesa de Buenaguía, de que les habían concedido la portería de la finca de la calle del Vergel, número 9. Faltaban sólo días para que la obra estuviese concluida y pocas semanas para que pudiesen hacerse cargo de la portería. Aquellos días y aquellas semanas tardaron siglos en pasar; amanecía, atardecía, anochecía, volvía a amanecer y los días parecían los mismos. Unos años más atrás, cuando conoció al traspunte de teatro Ramón Gómez, de la compañía de comedias de magia Fuentes-Jimeno, le ocurrió algo parecido. Apenas cumplidos los dieciséis años, algún proveedor de los señores de Somontes, que siempre andaban a la busca de mozos y mozas que quisieran servir en las diez o quince casas principales de Olivera, la recomendó a doña Rosa, la señora de la casa, y fue admitida como doncella de la señorita Micaela. Allí, con más o menos agrado, soporta a unos cuantos pretendientes de su misma clase social, unos que se acercan a ella con buen fin y otros sin pensárselo mucho y, privilegio de mujer solicitada, a alguno le permite más libertades que a otros, aunque consigue siempre tener a raya incluso a los más favorecidos y ante ninguno se rinde al extremo de dejarle pasar la frontera. Pero su deslumbramiento llega cuando conoce al traspunte Ramón Gómez.

Por aquel tiempo se ha apoderado de la señorita Micaela la pasión amorosa inconfesable que está a punto de hacerle perder el juicio, y la señorita hace de la doncella su confidente y cómplice.

En una de las peripecias de esta aventura prohibida, Mariana acompaña a su señorita a presenciar una representación de la «comedia de magia» *La isla de la Fantasía*. Es la primera vez que Mariana Bravo va al teatro. Ocupa junto a su señorita una localidad de gallinero, pues no puede exhibirse la señorita Micaela en el teatro sin ir en compañía de sus padres o de alguna otra persona de respeto, y está allí de escondidas. Desde aquel alto mirador, antes de que el telón se alce, contempla Mariana con rara emoción el lujoso conjunto que presenta la gente más rica de la ciudad, sólo comparable al fasto de la catedral los días de alguna solemnidad religiosa. Aquella tarde conoce al traspunte de teatro Ramón Gómez y repentinamente se enamora de él. A partir de ese súbito flechazo el tiempo que transcurre entre que aquel hombre se va a su trabajo y que vuelve de él, se le hace a la joven doncella Mariana largo y lento, interminable. Advierte Mariana por primera vez lo que es la ausencia.

Se balanceaba el péndulo y la manecilla del minuterero seguía en el mismo sitio. Mariana necesitaba de manera imprescindible que el tiempo volase, que pasasen como en un soplo las dos horas que duraba aquella función estúpida en la que Ramón indicaba a los actores las entradas en escena, ordenaba que se encendieran unas luces, que sonase la bocina de un coche, que descendiera el telón al final del tercer acto, en el momento en que Ricardo Cadenas decía: «El undécimo». Le temblaban un poco

las manos a Mariana cuando por fin las llevó de nuevo a la costura. Debía enhebrar el hilo en la aguja y no pensar en ninguna otra cosa, sólo en encerar el hilo, en introducirlo por el ojo de la aguja. Pero aquel tonto temblor de la mano le impedía hacerlo. Dejó caer las manos sobre el cestillo que tenía en el regazo. Aunque fuera pronto para preparar la cena y también para recoger a Moncho y meterle a la fuerza en casa, podía bajar un rato al sotanillo, sí, sólo un ratito.

—Buenas tardes, Mariana, vengo muerta.

Allí, en el marco de la puerta, acababa de aparecer la enorme silueta negra de doña Raimunda —la tía Raimunda, la llamaban otros—. Había aparecido de repente, cuando ya Mariana se incorporaba y dejaba el cestillo de la labor sobre la camilla.

—¿Me deja usted que pase y me siente para tomarme un respiro antes de subir a casa?

—¿Cómo no, doña Raimunda? Entre y siéntese. Pero ¿a quién se le ocurre salir a la calle a estas horas y con esta solanera?

—Lo mío, ya lo sabe usted, Mariana, es ir de un lado a otro. Y no puedo elegir ni el cuándo ni el cómo.

Mariana, más que con unas palabras respondió con unos sonidos indescifrables. Ella ni sabía ni dejaba de saber a qué llamaba la tía Raimunda «lo mío». Lo que sí sabía, y tampoco podía decirlo, era que su aparición había sido muy inoportuna. O quizás todo lo contrario; quizás Mariana no debía bajar al sotanillo ni siquiera por «un ratito». Madrid estaba muerto, muerto, y no sólo por el bochorno, sino a consecuencia de aquella maldita huelga. La tía Raimunda se había dejado caer con todo su peso sobre la frágil silla, hacia cuyas patas lanzó una furtiva mirada Mariana para comprobar si aún eran capaces de soportar el peso de aquella mole. Las tetas de la tía Raimunda reposaban sobre la camilla como dos mundos enlutados. La tía Raimunda estaba muy bien vestida, debía de venir de alguna visita importante. Falda negra de muaré, y chaquetilla de lo mismo con abundantes adornos de azabache, cuello gris de encaje, airosamente rizado, pequeños pendientes nada ostentosos, también de azabache. Peinaba sus cabellos grises con raya en medio, ondas bien cuidadas y moño recogido. Gastaba lentes de pinza. De una de las mangas, rematadas también con puñitos de encaje, había sacado un pañuelo de batista y con él se enjugaba el sudor de la frente, de las mejillas, del cogote. Se desabrochó la chaquetilla y se remitió el pañuelo para secarse el sudor de los sobacos.

Se puede pensar lo que se quiera, Mariana, lo que se quiera, pero no hacer la puñeta al prójimo, sobre todo al prójimo que, como yo, no se mete con nadie. Con esta mierda de huelga han matao a Madrid. Muerto está, de verdad, Mariana, muerto. Y ya veremos cuándo levanta cabeza.

Si le hubieran preguntado poco después a Mariana qué le había dicho la tía Raimunda, no habría podido responder. Mariana la escuchaba pero no la entendía. Sus palabras le entraban por las orejas pero no llegaban al cerebro. El cerebro lo tenía ocupado por la idea de que ella debía estar abajo, abajo, en la vivienda, en el

sotanillo, aunque no fuera más que una hora o media...

—¿Es que no tienen otra manera de arreglar sus problemas que jodiéndonos a los demás? Lo digo por unos y por otros, por los cabronazos del gobierno y por los hijos de puta de los obreros. ¿A esto le llaman pensar en el prójimo? ¡Pues qué será cuando piensen en ellos mismos!

Pero ¿la tía Raimunda no iba a levantar sus kilos de la silla, sus tetas de la mesa? El péndulo seguía a su mismo ritmo, pero el tiempo se había puesto a galopar como caballo desenfrenado. Dentro de un instante, Mariana tendría que salir a la calle, a recoger a Monchito y darle su leche caliente con barquitos de pan. Y en seguida preparar la cena, que ya casi le faltaba tiempo.

—Esto es sólo por la mala leche, Mariana, se lo digo yo que he andao por ahí y tengo mundo. Gente que caga mal y que jode peor, tanto los unos como los otros...

Primero la teta derecha, luego la izquierda, después el rebosante culo, la vecina del segundo derecha ya se levantaba. Mirada de Mariana a las patas de la silla; seguían en uso. Pero la tía Raimunda había estado en la portería diciendo no se sabía qué, cerca de una hora.

—¡Monchito! ¡Monchito! Ven aquí de una vez.

—¡Ya voy, madre!

—¡Que vengas, te digo!

—¡Sólo un momento, madre! ¡Ya voy!

A rastras, como casi todas las tardes, entró Moncho en el portal del 9 mientras algunos de los otros chicos, más libres, se reían de él.

Ya Moncho se había tomado el tazón de leche con barquitos, y estaba en la cama, en la que nada más caer quedó dormido, como todas las tardes, buen resultado de las cuatro horas de carreras y carreras por la calle con los demás chicos del barrio. Mauricio Puertas, sentado en el colchón, con la espalda apoyada en la pared, cambió dos o tres palabras en voz baja con Mariana y volvió a hojear el periódico.

Al salir del cuarto, Mariana sofocó un suspiro y fue derecha a la alacena de la cocina a servirse una copita de aguardiente. Pero cayó su mirada sobre la carta a medio escribir, la carta a su madre que había interrumpido dos días antes. No había vuelto a acordarse de ella. Seguro que allí, en Hondonadas, la pobre mujer, después de los sucesos, de los que con toda seguridad habrían llegado noticias, estaría inquieta hasta saber algo de Mariana. Cogió el tintero, la pluma, el sobre, la carta empezada. Ahora le sobraba un ratito y podía concluirla. Escribía muy despacio, no como su marido, pero la carta no tenía por qué ser demasiado larga.

... afortunadamente no ha sido así y nada malo nos ha ocurrido, aunque sí a algunos amigos nuestros. Yo he pasado miedo por Ramón pero la verdad es que sabrás que nadie le ha molestado.

Se quedó en suspenso, con la pluma en el aire, el pensamiento se le iba, no sabía qué poner. Otras veces, en lo que escribía —muy de tarde en tarde— la carta a su madre, la veía a ella, a la madre, y veía la casucha de Hondonadas, pero ahora no. Releyó lo que llevaba escrito. Era muy poco, pero ya lo había dicho todo. ¿Qué más podría decirle a su madre que pudiera interesarle? ¿De qué le hablaría en las otras cartas, que le habían salido bastante más largas? Llevó la pluma al papel, pero se había secado la tinta. Volvió a mojar la pluma en el tintero.

Estos días no me encuentro bien del todo, pero no te asustes, que es sólo por causa de los calores que aquí en Madrid están siendo insoportables, no sé allí, en Hondonadas. Si te lo escribo es sólo para que comprendas por qué esta carta es más corta que otras que te he escrito, no tengo fuerzas ni para sostener la pluma. Dales recuerdos a los del pueblo que me acuerdo mucho de ellos, como siempre, y en especial a mi hermano, y a mi prima Eufrosia, que la quiero mucho, y en especial a la familia de Covachuela, que no los olvido aunque hace tantísimos años que no nos vemos, y en especial al señor cura, que le agradezco mucho que te lea mis cartas y tú recibe todo el cariño de tu hija que lo es

Mariana.

VII. La duda

Llevaba cinco días Mauricio Puertas oculto en el sotanillo del compañero Ramón Gómez cuando a media mañana, aún no había apretado el calor, se acercó a la portería una chiquilla un tanto desastrada, como de unos trece años, a preguntar si allí, en el 9 de la calle del Vergel, vivía un tal José Pérez.

—No, aquí no vive ningún José Pérez.

Usted es la portera, ¿verdad?

—Claro que sí.

La chiquilla se metió la mano por el escote de la blusa y sacó una tarjeta que entregó a Mariana.

—Pues me han dicho que cuando no hubiera nadie delante, le diera a usted esta tarjeta; y que la lea en seguida.

Y ya Mariana la vio salir del portal a buen paso, casi corriendo. Bajó la mirada hacia la tarjeta y por un instante se le cortó la respiración. Sólo unas líneas, Mauricio debía abandonar la casa cuanto antes. Marcharse al Barrio del Yeso. Almacén de Granos. La mano que sostenía la tarjeta comenzó a temblarle a Mariana. El Barrio del Yeso... En las afueras de Madrid... Al otro lado de la Puerta del Sol... El temblor era incontenible. Tuvo que sujetarse la mano con la otra. La tarjeta se le cayó al suelo y antes de que acertara a agacharse para recogerla sonó el ruido del ascensor, el de las puertas de hierro al abrirse. Mariana, instintivamente, puso un pie encima de la tarjeta y, a punto de desfallecer, buscó apoyo en la pared de madera del cuchitril. Junto a ella pasó, casi solemne en su indiferencia, la señora de Blasco —ahora Blasco Núñez—, doña Rafaela, para los amigos Fela, la del ático doble, que nunca saludaba sino con un gruñido, mmmmm. Esta vez Mariana agradeció el laconismo, pues no habría podido corresponder al saludo, y sin abandonar su apoyo se agachó para recoger la tarjeta, después consiguió incorporarse, dio un paso para entrar en la portería, acercarse a la mesa y dejarse caer en una de las dos sillas. Todavía le costaba trabajo respirar y de un tirón se desabrochó los botones automáticos que le oprimían el cuello. Como en el cuchitril no había agua corriente, Mariana siempre tenía sobre la camilla una jarra cubierta con un pañito bordado. Se sirvió un vaso y al llevárselo a la boca derramó la mitad sobre el tapete. Bebió unos traguitos, no le era fácil que el líquido pasase por la garganta, logró respirar con más sosiego y se reposó en el respaldo de la silla. ¿Debía bajar al cuarto de Moncho, que a esas horas ya jugaba en la calle, y enseñarle la tarjeta a Mauricio, o debía antes despertar a Ramón? Si le daba la tarjeta a Mauricio, quizás se marchase inmediatamente. ¿No sería mejor despertar a Ramón, que ya estaría a punto de levantarse? Pero la tarjeta no era para él... y tampoco era su hora, no. ¿Qué hora era? Menos de las once. Hasta más de las doce o la una no asomaría Ramón por la cocina. ¿Para qué iba a despertarle antes? Aquella

idea, que Mauricio al leer la tarjeta se marcharía sin más ni más, era disparatada. No se iría sin despedirse de Ramón, esperaría a que se levantara. Sí, lo mejor era bajar al cuarto de Moncho y entregarle la tarjeta a Mauricio. Un pensamiento, rápido como un rayo, le sobrevino a Mariana. ¿Por qué Mauricio tenía que irse con tanto apresuramiento? ¿Había sucedido algo imprevisto? ¡Moncho! Ya estaba Mariana, la portera del 9, en medio de la calle del Vergel mirando a diestra y siniestra. Encendía el sol a aquella hora las múltiples volutas churriguerescas de la fachada del Hospicio, dos coches, uno tras otro, iban hacia la Puerta del Sol y se cruzaban con un moderno automóvil. Pero no era en ese trozo de calle en el que solían jugar los chicos, sino en el otro, en el que enlazaba la calle del Vergel con la plaza del Dos de Mayo. Hacia allá corría ya, desahogada, Mariana Bravo.

—Si una mujer como usted, prenda, corriera así por mí, sería capaz de ponerme a trabajar —le dijo al pasar un chuleta, y se quitó la gorrilla para saludarla.

Pero Mariana no estaba para requiebros, sino para agarrar por un brazo a su hijo Moncho, apartarle a tirones del grupo de golfillos callejeros que jugaban al guá y llevarle a rastras hasta el portal del 9.

—¿Qué pasa, madre? ¡No he hecho nada, nada! ¡Estábamos jugando!

—¡Calla y no abras la boca! ¡No digas ni una palabra más!

—¡Si no he hecho nada, madre, nada!

Mariana estaba transfigurada, como si una bruja de teatro la hubiera convertido en otro ser, no era ella misma, los vecinos del barrio que la hubieran visto no la habrían reconocido, era una furia, una euménide, un virago, una bestia desmandada. Su hijo Moncho, muerto de terror, colgando de uno de los brazos de la madre, parecía un pelele, un trapo sucio, un pingajo; ya no tenía fuerzas para hacer nada, ni para quejarse lastimeramente, ni para protestar y mucho menos para contener la cascada del llanto.

—¡No pegue usted al chico, mujer, que es un inocente!

Cuando Mariana, enceguecida, sudorosa, con la respiración entrecortada, llegó al portal del 9, fue directa hasta su vivienda, sin detenerse en la portería ni contestar a Manolo el zapatero, que se asomó a su ventana para preguntarle qué le ocurría. Una vez en la cocina, volvió a pegar al chico, perdido el control de sus nervios.

—¿Qué has hecho? —le preguntaba sin dejar de golpearle—, ¿qué has hecho?, dímelo de una puñetera vez, Moncho. ¿Con quién has hablado? ¿Qué es lo que has contado? ¡Ni una palabra, te dije que ni una palabra a nadie, y este es el caso que me has hecho!

El niño ni siquiera podía decir una palabra en su defensa, el dolor y el llanto se lo impedían. Quería decir que no le había contado nada a nadie, que no había hecho nada malo, que había obedecido a su madre y a ninguno de sus amigos le había hablado de Mauricio. La madre, incapaz de dominarse, rompió también en llanto. Los dos hombres, uno de ellos, Ramón, a medio vestir, entraron casi al mismo tiempo en la cocina. Ramón, a tirones, arrancó al niño de las manos de la madre, que se dejó

caer en una silla y, sin dejar de llorar y de sorberse los mocos, ocultó la cara entre los brazos, sobre el mantel de hule. Los hombres querían saber qué podía haber hecho el niño para que la madre le maltratase de aquella manera. Mariana, con gran esfuerzo, se incorporó y consiguió sacar de un bolsillo del delantal la tarjeta que le había entregado la chiquilla y dársela. Ellos la leyeron mientras Mariana decía que aquel recado de que Mauricio debía marcharse cuanto antes, sin duda se debía a que Moncho no había sabido guardar el secreto y se lo había dicho a algún amigo del barrio, y alguien habría dado un soplo. Mauricio y Ramón, no sin trabajo, consiguieron convencerla de que no era así, no hacía falta que nadie hubiera dado ningún soplo, porque ya se sabía, desde que Mauricio llegó a ocultarse en la casa, que tendría que marcharse pronto. Ya se había hablado aquel día de que no debía estar muchos días en el mismo sitio. Mariana lo recordó, sí, era cierto. Se fue sosegando poco a poco. Bebió un vaso de agua. Después le dieron una copita de anís. Atrajo hacia sí a su hijo, que no había dejado de llorar, le abrazó y lloraron juntos. Pero esta vez el llanto de Mariana era para pedir perdón.

Al caer la noche, antes de que Ramón regresara a casa para cenar entre función y función, pero pasadas las ocho, cuando ya Moncho estaba en la cama, después de haberse tomado su tazón de leche con barquitos, Mauricio Puertas se despidió en silencio, con un apretado abrazo, de Mariana, y se marchó de la casa en la que había encontrado refugio durante cinco días. Mariana, desde el portal, le vio alejarse no por los meandros de la calle Fuencarral hacia la Puerta del Sol, sino por las callejas estrechas y tortuosas que le llevarían primero a los desmontes de la Gran Vía en construcción, luego al viejo barrio de los Austrias, y bordeando el río, sobrepasado el puente de Segovia, cruzarlo por el de Toledo y llegar por fin al Barrio del Yeso. Era un camino intrincado, con abundantes recovecos, útiles para que se emboscara cualquier perseguidor, pero también para que el perseguido hallase lugares en los que esconderse.

Cuando Ramón volvió, antes que de costumbre, al terminar la segunda función, la de la noche, en cuanto, tras el acostumbrado y sigiloso beso a su hijo Moncho, se metió en la cama, Mariana se despertó. No se despertó en realidad: simuló que se despertaba, pues no se había dormido desde que se acostó, después de fregar los cacharros de la cena —y beberse dos copitas de aguardiente, estímulo que consideró necesario para animarse a hacer lo que se había propuesto—, sino que se esforzó en permanecer despabilada hasta que oyó el ruido de la llave de Ramón en la cerradura. Estaba nerviosa, le dijo a su marido, aquellos días del encierro de Mauricio Puertas, aunque ella no lo advirtiera, la habían trastornado. No se había atrevido a confesárselo ni a Mauricio ni a Ramón, pero había pasado miedo. Ahora que había terminado todo, se abrazaba a su marido, a su seguro refugio, cariñosa, cálida, insinuante, en busca de amparo, pues le alegraba que hubiera concluido aquella

situación angustiosa, que volvieran a estar los dos solos, y se esforzaba en comunicar a Ramón su contento, aunque él remoloneaba, quería dormir; pero la encontraba a ella tierna, ofrecida, y no se decidía a dar media vuelta y cerrar los ojos. Esa noche Ramón había procurado llegar muy pronto, no se pasó por la taberna, a pesar de la insistencia de algunos compañeros, porque quería saber si le había ocurrido algo a Mauricio, y no tomó ni una copa. Así, sereno, Ramón le gustaba más a Mariana, ella y él lo sabían. Pero borracho, no del todo sino a medios pelos, también le gustaba. Cuando le repelía, cuando llegaba a odiarle —y creía que el odio no se le pasaría nunca— y a arrepentirse de toda su vida, era cuando se quitaba el cinto y le pegaba. «Es que me ciego, Mariana, me ciego; no soy yo». Mariana ahora, tras la marcha de Mauricio, le comprendía, le perdonaba y le acariciaba.

—¿Quieres que te traiga a la cama el vasito de vino que no te has tomado en la taberna?

—¿Como otras veces? —preguntó él, que ya había decidido no dormirse, recorriéndola con la mirada.

Rieron los dos, en lo que ella se levantaba de la cama.

—Bueno, como otras veces —aceptó Mariana y volvió en seguida con el vaso de vino ya servido y la botella por si acaso.

La noche en que Mariana, en Olivera, siete años atrás, acompañó a su señorita al teatro y presenció una representación de la «comedia de magia» *La isla de la Fantasía*, cambió radicalmente su vida, su modo de considerar las cosas, los sucesos y las personas con las que databa. Podría decirse no que Mariana Bravo, dieciocho años, natural de Hondonadas, había cambiado, sino que había nacido una nueva Mariana Bravo. Sin tener plena conciencia de ello, había aprendido lo que era la esperanza. Había aprendido que no sólo todo el mundo tenía derecho a la felicidad, sino que existía el medio para alcanzarla.

Aquel sueño albergado en un rinconcito de su cerebro, y al que ella alimentó como una madre amorosa, estaba a punto de realizarse. La Puerta del Sol estaba allí, a un cuarto de hora de su portería. ¿Y acaso en estos últimos días no había gozado instantes de desbordada felicidad? La felicidad era la realización de los sueños, de los deseos. Pero de pronto se le aparecía la felicidad como una bellísima figura de cristal a la que la luz del sol, enriqueciéndola con miles de reflejos, embelleciera aún más, pero que el transparente y limpiísimo cristal de la figura fuera tan fino, tan delicado y quebradizo, que el más leve soplo de vientecillo pudiera hacerlo trizas. ¿No era eso lo que le ocurría a ella? ¿No tenía en sus manos la delicada figura de cristal y se veía en la obligación de soplar sobre ella para destruirla?

En las pocas semanas que la compañía Fuentes-Jimeno había permanecido en Olivera, cuando Mariana conoció al traspunte Ramón Gómez y asistió repetidas veces en la taberna del As de Copas a las conversaciones de él con algunos de los

comparsas del teatro y con dos o tres obreros de allí, de Olivera, había entendido y asimilado sin ninguna dificultad los principios de un nuevo modo de convivencia de las personas, las normas de una nueva moral hasta entonces desconocida para ella, y que le había parecido más natural, más libre, menos hipócrita que la enseñada por el cura de Hondonadas y los de Olivera y que simulaban seguir las familias de las casas grandes de la ciudad. Pero, con arreglo a aquellas normas, libremente aceptadas, Mariana debía confesarle a Ramón, con quien desde entonces estuvo ligada sentimental y carnalmente, lo que había ocurrido entre ella y Mauricio Puertas.

Un inesperado y sorprendente resplandor iluminó de pronto años atrás a Mariana, pero aquel resplandor provenía de una fuente real, el escenario de un teatro que Mariana tenía ante sus ojos. Aquel escenario, segundos antes estaba en penumbra, era el sórdido laboratorio de un brujo, y de pronto se había transformado en la isla de la Fantasía, un paisaje luminoso y de espléndido colorido, pero no por arte de magia, sino, como supo muy poco después Mariana, porque el traspunte Ramón Gómez lo había previamente dispuesto todo y había dado en el momento preciso las órdenes oportunas. Lo que ahora sentía Mariana en su interior ¿era un nuevo resplandor como aquel o, por el contrario, una oscuridad que le dificultaba el pensamiento? Más bien creía esto segundo Mariana, pues no acertaba a discernir con la claridad necesaria cuál debía ser su conducta, ni cuáles eran sus obligaciones. A pesar de no ser analfabeta no había leído en aquellos años, desde la llegada de la compañía Fuentes-Jimeno a Olivera hasta la huelga general revolucionaria de pocos días atrás, ningún libro que la adiestrara en las que suponía sus obligaciones de conducta para las relaciones con los demás; lo que sabía lo había leído en folletos de divulgación, en su mayor parte clandestinos, o lo había escuchado en reuniones de su grupo cuando aún Ramón conservaba la esperanza y no había tomado la decisión de que dejaran de acudir a ellas. Pero, lo que había aprendido ¿le servía de algo en aquel momento, en aquel instante que podía resultar crucial para su vida, para la de Ramón, para la de su hijo? Anselmo Lorenzo era partidario de la unión libre y así convivió él durante muchísimos años con su compañera, sin ninguna infidelidad conocida; Ferrer Guardia, mártir catalán, asesinado —ajusticiado, decían los otros precisamente el mismo año en que Mariana vio la «comedia de magia» *La isla de la Fantasía*, en la fortaleza de Montjuich por las fuerzas represoras del Estado, era partidario del amor libre; Mariana y su marido, a pesar del matrimonio, hasta aquel momento habían vivido en unión libre —con absoluta fidelidad por parte de Mariana, y suponía que también por parte de Ramón; nunca había tenido indicios de lo contrario— pero ella, Mariana, había faltado al compromiso contraído con absoluta libertad y sin mediación de terceros. La moral, la libertad, la solidaridad con los demás eran fundamentos de su doctrina, de su modo de convivir, pero también era uno de esos fundamentos la verdad. Mariana había faltado al libre compromiso, a la unión libre. ¿Debería faltar de nuevo ocultando la verdad? Podían ella y su marido atenerse a la libertaria norma del amor libre, pero ni aun en ese caso era lícito faltar a la moral,

faltar a la verdad. Si el amor —el placer sexual, como prefería decir Mauricio Puertas— era libre para ella, también debía serlo para Ramón, y a causa de la costumbre de aquellos ocho años de convivencia, Mariana no se consideraba capaz de soportarlo. Si, incluso al cabo de tantos años, a veces había sentido celos retrospectivos de aquella cómica estúpida, Luisa del Valle... Y Ramón... Ramón era aún más celoso que ella. Si no hubiera sido por la intervención del primer actor César Jimeno, habría asesinado al galán de la compañía, Diego Díaz. Pero habían pasado muchos años desde entonces, se habían modificado los temperamentos de ella y de Ramón. Ella, aunque a veces se resistiese a reconocerlo, no era una habitante de la isla de la Fantasía, sino una portera, y él no era un hombre con poderes mágicos, sino un traspunte, y del género de la alta comedia. Se revolvía en la cama, no le llegaba el sueño, ni ella quería que le llegase, pues debía permanecer lúcida, debía tomar una decisión. Ramón y Mariana estaban casados por lo civil y por la Iglesia. Ni vivían en amor libre ni en unión libre. Eran un matrimonio burgués, encuadrado en la moral burguesa, en su absoluta inmoralidad hipócrita. «Una inmoralidad», escuchaba de nuevo decir a Mauricio. «Sí, una inmoralidad», había aceptado Ramón. Una inmoralidad, porque no creían en nada de aquello. El Estado y la Iglesia eran dos compinches, dos consortes asociados para, al servicio de los ricos, procurar que no terminase nunca la explotación del hombre por el hombre. No podía ahora Mariana, en conciencia, en conciencia libertaria, en su confesión consigo misma, refugiarse en el mito del matrimonio, ni escudarse en la coartada del hijo; Moncho estaba inscrito como hijo legítimo, pero era un hijo natural, como natural era el amor de Ramón y Mariana, o lo había sido. No debía dormirse antes de tomar una decisión, la decisión, pero los párpados se le entornaban, la línea de sus pensamientos era interrumpida por recuerdos incoherentes, el sueño se acercaba, la rodeaba como una fuerza de la naturaleza a la que ella no pudiera sobreponerse a pesar de lo necesario que le era tomar una decisión, la decisión. ¿El silencio? ¿La verdad? Cuando, dos días antes, se había esforzado en excitar, con precipitación, con urgencia, el deseo carnal de Ramón, no se había planteado ningún problema, su conciencia no se había despertado, había obrado únicamente a impulsos del miedo, un miedo casi animal, pero ahora, pasados esos dos días, no conseguía sofocar la voz de su conciencia. Si mentía —que no otra cosa era ocultar la verdad—, ¿lo haría por Moncho, por no causarle un dolor a Ramón, por conservar la unión de los tres, o por egoísmo? Quizás lo más prudente fuese no analizar tanto sus sentimientos, sus móviles, hacer lo que pudiera resultar más útil, menos doloroso para todos, sin detenerse a investigar por qué lo hacía. Pero cuando sus pensamientos se inclinaban en esta dirección no podía evitar la idea de que se estaba dejando dominar por un sentimiento burgués. Felices los burgueses y los creyentes en cualquier religión a los que todas las dudas respecto a su comportamiento se les daban resueltas de antemano, incluso mucho tiempo antes de que los sucesos, con la tremenda fuerza de la realidad, se presentasen ante ellos. No sentía nacer dentro de sí otra Mariana nueva que sustituyera a la anterior, como

pudo haberle ocurrido cuando la revelación en el teatro de Olivera, sino que ella misma se escindía en dos, enfrentadas la una a la otra, y sin que hubiera juez que pudiese dirimir la cuestión. Nunca supo si su padre, el que creía que el hambre permanente era un estado natural del cuerpo, creía en Dios o no, o si creía que Dios era don Eulogio, el cura de aquellas cuatro o cinco aldeas, pero sí sabía que su madre no creía ni en Dios ni en nada, ni en las ánimas del purgatorio ni en el duque de Alba ni en la Guardia Civil. Quizás era su madre quien, con el afán de endurecerla para la lucha defensiva, le había privado de otros brazos que sustituyeran a los maternos y la había dejado así, viviendo en soledad, indefensa, amparada sólo por los brazos de lo que sus compañeros de grupo llamaban la razón. Sentía arenilla en los ojos... trató de justificarse ante sí misma por no prestarse la ayuda necesaria, por no seguir pensando, razonando, por su falta de fuerzas, se dijo que se había levantado a las seis de la mañana para barrer la escalera, para echarse después a la calle a comprar los churros, tal vez los churros la llevaron a una verbena, y la verbena a un baile a orillas del río... En la romería alguien tocaba un tamboril... Estaba dormida.

VIII. Sobre una noche amarga y la influencia de algunos sucesos en las relaciones matrimoniales

No se despertó como otras noches, para volver a dormirse en seguida, al oír el ruido de la llave en la cerradura del sotanillo, sino que la despertaron los pasos de Ramón en la acera y escuchó después el ruido de abrir el portal y los pasos de Ramón que descendían la escalera y, entonces sí, el girar de la llave en la puerta del sotanillo y los pasos de Ramón que se dirigían a la cocina porque el marido querría echar el último trago, el que, según decía él, por beberlo en casa le calmaba el efecto de los tragos anteriores. De ese tiempo había dispuesto Mariana para tomar su decisión, levantarse de la cama y, sin ponerse nada sobre el camisón de dormir, llegar a la cocina. Había terminado la lucha entre no sabía qué elementos de su cerebro o de su conciencia, el mañana, el amor, la memoria, el sentido práctico, el placer, el miedo y quién sabe cuántos elementos más, y se sentó a la mesa, apoyó los codos en el mantel de hule, cuyo frescor algo contribuyó a serenarle el ánimo, frente al marido, que, tambaleante, se dejaba caer sobre una silla mientras bebía de un trago el vaso de vino. Fija la mirada en los cuadros rojos y blancos del mantel, sin alzarla hacia los ojos del marido, con voz monocorde le confesó su secreto.

La reacción de Ramón no fue inmediata, pero sí terrible. Antes había sobrevenido un silencio que a Mariana le pareció demasiado largo, no se atrevía a moverse, ni casi a respirar. Por hallarse dentro de la nube alcohólica, el marido tardó en comprender, pero en cuanto en su cerebro se abrió un estrecho camino, se levantó tan bruscamente que derribó la mesa. Mariana se precipitó para recoger lo que había caído al suelo, el vaso, la botella, un plato sucio; pero no llegó al suelo, porque ya Ramón la había agarrado de un brazo y de un tremendo golpe la arrojó contra la pared.

Cayó Mariana al suelo, y en lo que se incorporaba vio cómo Ramón se quitaba el cinto —aquello ya lo había visto Mariana con pánico otras veces— y le cruzaba la cara de un terrible cintarazo.

Mariana no gritaba, apretaba los labios para no hacerlo. Pero sí vociferaba Ramón.

—¡Perra, perra maldita! ¡Me caguen tu padre y en tu madre y en toda la podrida leche que te han dao!

Mariana se agarraba a sus piernas.

—¡No grites, Ramón, no grites! Te oirán los vecinos, nos echarán, nos quitarán la portería...

Ramón se detuvo, no para atender las súplicas de su mujer, sino para tomar aliento. Cogió del suelo la botella de tinto, de la que se había derramado la mitad, y se bebió la otra mitad a gollete, de un solo trago, sin respirar. Luego escupió sobre la cara de Mariana lo que no había podido tragar.

—¡Putas, hija de la gran puta! ¿A cuántos tíos te has tirado desde que nos conocemos?

—¡Nunca, nunca te he engañado, Ramón! ¡Te lo habría dicho como ahora!

Los golpes de la correa volvían a cruzarle la cara, los pechos, una y otra vez, con verdadera saña.

—¡No me pegues más, Ramón, te lo pido por nuestro hijo, por Moncho! ¡Vas a matarme, vas a matarme! No puedo más.

Cayó al suelo, junto a las patas de la mesa. Ramón tuvo que apoyarse en una silla, para no caer él también. Intentó ponerse de nuevo el cinto, pero no acertó; dando tumbos se acercó a la pequeña alacena, la abrió y sacó la botella del aguardiente, porque vino ya no quedaba. Bebió dos largos tragos y volvió a escupir sobre la cara de Mariana que, tirada en el suelo, entre las patas de una silla, respiraba con dificultad. Por fin consiguió ponerse el cinto, lo necesitaba para sujetar la pistola, cuya culata acarició mientras murmuraba:

—Le mato, le mato...

En el umbral de la puerta había aparecido Moncho, que lloraba a lágrima viva. Su padre, sin mirarle, le apartó de un manotazo y se marchó de la casa sin cerrar la puerta.

Mientras se alejaba, Mariana le oyó decir entre dientes:

—Barrio del Yeso, almacén de granos...

Salió a la calle, y buscando apoyo en las paredes recorrió las tortuosas callejas que recorría todas las noches para ir al teatro Lara, pero esta vez pasó por delante de sus puertas sin entrar. El aire libre, aunque cálido, le sentó bien, consiguió respirar mejor y sus pasos fueron algo más seguros. Atravesó, como el día antes había hecho Mauricio Puertas, los desmontes de la futura Gran Vía y siguió su camino hacia el Madrid antiguo y hacia los barrios bajos. De vez en cuando llevaba la mano a la culata de la pistola para cerciorarse de que seguía allí, como si hubiera podido desaparecer por encantamiento. Estaba exhausto cuando, ya en las afueras, por el paseo de los Melancólicos, en un tabernucho de gitanos, putas, bohemios, se tomó unas copas más en busca de las fuerzas que le faltaban para rematar su marcha.

Llegó al río, lo bordeó y en el puente de Toledo se detuvo, muy fatigado, casi sin aire en los pulmones. Temió carecer de la energía suficiente para llegar al Barrio del Yeso. Poca agua llevaba el Manzanares en aquel ardiente verano. Era caprichoso el cerebro humano, no cabía duda, cuando en una circunstancia como aquella se podía pensar si el río llevaba poca o mucha agua. La ira, sin embargo, no había abandonado

a Ramón. De ella podía sacar la energía que le faltaba. El furor, el odio los sentía palpar, arder en su pecho. Ya le separaba muy poca distancia de Mauricio, menos de dos kilómetros, y aún el alba no desteñía el oscuro azul del cielo. Ramón estaba agarrado al pretil del puente, reposando unos instantes, tomando aliento para seguir su camino. En el Barrio del Yeso no le sería difícil encontrar el almacén de granos, aunque a esas horas no habría por las calles nadie a quien preguntar; quizás algún sereno, pero a esos prefería no acercarse, y mejor que no le vieran. Llevó su mano a la culata de la pistola. No había nadie en el puente, ni a lo lejos. Ramón cogió el arma por la culata, la miró un instante y la dejó caer en el río. Después se volvió de espaldas y se apoyó en el pretil del puente, consiguió respirar una bocanada de aire que aún no era fresco, sino todavía tibio. Las estrellas empezaban a apagarse cuando siguió su camino, ya desarmado.

Le divertía su hipocresía cuando preguntaba simpáticamente a los guardas del almacén de granos, Pepón y Progreso, ella hija de un anarquista ajusticiado — asesinado por el Gobierno— cuando lo del año 9, por su amigo y compañero Mauricio Puertas, de la construcción. No se veía a sí mismo, ignoraba que el matrimonio, recién sacado de la cama, no tenía ante sí a un hombre trasnochador y simpático, a un amigo de un tal Puertas, sino a un borracho tambaleante, de apesoso aliento, que no acertaba a tenerse de pie y se apoyaba en el quicio de la puerta. Mauricio no estaba allí, le dijeron. Pero él se dio a conocer. Había tenido en su casa refugiado a Mauricio desde los sucesos de Cuatro Caminos, sabía que estaba allí, en el almacén de granos. Se convencieron, y en cuanto Mauricio salió de su encierro y se presentó, Ramón se abalanzó sobre él y de dos fortísimos puñetazos le derribó. Se precipitó después encima de él y siguió golpeándole en la cara. Mauricio no tuvo tiempo de defenderse, ni quizás hubiera sido capaz de hacerlo. Pepón, hombre de gran corpulencia, de ahí lo de Pepón, agarró por los hombros a Ramón para separarle de su víctima, pero no fue necesario, porque el propio Ramón, agotado por el esfuerzo, se había dejado caer sobre el suelo de baldosas, desfallecido. Entre Progreso, Pepón y el mismo Mauricio consiguieron incorporarle y sentarle en una silla, cayó de bruces sobre la tapa de la mesa. Progreso había llenado de agua una palangana y se la arrojó a la cara, le secó con una toalla. Mauricio aconsejó que una copa de aguardiente le pondría a punto. A los alcohólicos les sentaba bien el alcohol. Ninguno de los otros tres bebieron, porque eran abstemios y el aguardiente y el vino lo tenían para los conocidos. Pero sin necesidad de estimulante alguno Mauricio dio suelta a su verborrea moral-revolucionaria. Pedía perdón al compañero por lo que había sucedido, por el daño que podía haberle hecho sin pretenderlo; él practicaba el amor libre, todos los compañeros debían practicarlo, excepto cuando se pudiera herir a un compañero tan profundamente como él lo había hecho sin pretenderlo, sin que fuera su intención. Muchas veces los burgueses se acostaban con la mujer de otro no

para gozar de ella, sino para hacer la puñeta al marido, por un espíritu de revancha o un sentimiento de rivalidad, pero no había sido esa su intención, porque él era un libertario puro y sólo le había movido a hacer lo que hizo la busca de un placer momentáneo, sin ninguna implicación sentimental. Ramón dormitaba y Progreso repitió lo de la palangana. Lo del aguardiente ya no se consideró aconsejable. Pusieron a Ramón en la puerta de la calle, le encaminaron en dirección a Madrid. El alba aclaraba el cielo, un airecillo fresco oreaba la frente de Ramón, que muy despacio emprendió el camino de regreso.

Ramón Gómez llegó a su casa ya con la luz del día. La churrera en su puesto de Vergel esquina a Fuencarral. Los portales abiertos. El mercado de la Corredera a medio brotar del suelo. El sol lamiendo las tejas. San Fernando aún en sombra, en su hornacina, rodeado de angelotes, angelitos, pájaros, plantas, flores. Mariana Bravo, la portera, ya había abierto el portal, si no su marido no habría acertado con la cerradura. Pudo entrar y bajar al sotanillo y dejarse caer a plomo, derrengado, sobre la cama aún sin hacer. Mas en seguida tuvo que incorporarse, al tiempo que su mujer entraba en la habitación; se incorporó todo lo deprisa que pudo, pero aun así la vomitona cayó a los pies de la cama. Mariana la pisó al acercarse a su marido.

—Llévame... llévame... —decía éste tartajeando.

Le llevó deprisa, todo lo deprisa que pudo... Pero no fue suficiente, Ramón se agachó, como traspasado por un profundo dolor y se cagó allí, en el pasillo, cuando estaba a punto de alcanzar con su mano el picaporte del retrete. Mariana limpió el suelo del pasillo y el del dormitorio, limpió también a su marido, le desnudó, le metió en la cama. Le refrescó la frente con una toalla húmeda. Y se marchó a seguir barriendo la escalera.

Temía que aún no estuviera recuperado por la tarde y no fuera capaz de acudir a su trabajo. Por suerte, durante dos o tres días, después de la reposición de *El otro mandamiento*, no tendría ensayo y no era necesario que estuviera en el teatro hasta las cinco y media. Pero aun así, su sueño era tan profundo, tenía el cuerpo tan sudoroso, empapadas las sábanas, que quizás a las cuatro o las cinco aún no se hubiese recuperado. Mariana pasó la mañana entre el dormitorio y la portería, pendiente de los vecinos, de su trabajo y del estado de su marido, y también muerta de miedo ante la imprevisible reacción de éste al despertar. Cuando a la una y media puso la mesa sólo con dos platos, uno en el sitio de Moncho y otro en el de ella, se limitó a decirle al chico:

—Tu padre está un poco malo.

—Ya —respondió Moncho.

Y empezó a tomar la sopa de fideos.

Después de comer, el chico se fue a dormir la siesta, se echaba de menos en el cuartucho el colchón de Mauricio junto a la cama. Mariana echó una mirada a

Ramón, los ronquidos eran estrepitosos, aquello podía ser una buena señal, ya otras veces lo había sido. ¿Cómo le funcionaría la memoria a Ramón cuando despertase? Mariana cerró despacito la puerta de la habitación y subió a la portería. Allí se quedó mano sobre mano, no tenía gana de coser, tampoco el calor ayudaba a tener ánimos para nada, pero ella no quería ni siquiera pensar, aunque eso le resultaba imposible. Si bajase alguna vecina, de aquellas a las que les gustaba echar una parrafada... y eso sucedió, apareció en la portería la señorita Charo, del principal izquierda, una de las dos hermanas mayores de Evaristo Suárez, el joven que también de vez en cuando se sentaba a charlar con la portera. Mariana en aquella ocasión la recibió como agua de mayo, a pesar de no caerle bien; era una joven casadera no muy agraciada, aunque tampoco fea, amable, bien educada, pero con un defecto que si a otras personas podía parecerles divertido, a Mariana le causaba repugnancia: era la mayor cotilla de la calle del Vergel, quizás del barrio. Desde los áticos hasta los sotanillos, sabía, o creía saber, la vida y milagros de todos los inquilinos de la finca y de las fincas aledañas, hasta alargarse a los de la plaza del Dos de Mayo, y no digo de los del Hospicio de San Fernando, porque esos ya eran demasiado y de sus vidas había poco que contar. Aquella tarde la señorita Charo llegaba llovida del cielo, y antes de echarse a la calle, a sufrir el bochorno, aceptó sentarse a la camilla y beber el vaso de agua y mordisquear un bollito de tahona. Tenía la señorita Charo que hacer una visita de cumplido a una pobre señora a la que el marido había abandonado hacía una semana para marcharse a Cuba con la hija de un militar de alta graduación, cuyo nombre la señorita Charo no quería decir por discreción, pero aquella visita podía hacerla media hora después, era igual, ya que la soledad de la esposa abandonada duraría toda la tarde, pues uno de sus hijos había huido al extranjero después de cometer una estafa y el resto de la familia estaba reñido con ella por turbios asuntos económicos. Pensó Mariana que aquella historia, más otras de la vecindad, que como siempre la señorita Charo traería bien calentitas, servirían para apartarla de sus torturantes pensamientos, pero se equivocó. Sus pensamientos ocupaban todas las volutas y recovecos de su cerebro, de su memoria. La atenazaban, la cegaban, la tenían como encadenada a un potro de tortura. Bastante más de media hora estuvo la señorita Charo Suárez largando por aquella boca, a la que mejor uso se le podría encontrar, noticias ciertas o imaginarias, precisas o aumentadas, de primera o de cuarta mano, de las que muy de vez en cuando llegaban a los oídos de la absorta portera nombres sueltos, la tía Raimunda, Manolo el zapatero, doña Benigna, la señora de Blanco, el de los áticos... sin que Mariana se enterase de nada. Moncho había cruzado el portal como una centella para incorporarse al juego de sus amigos sin sentir el calor ni los dramas familiares. Quizás Ramón ya se hubiera despertado. ¿Y la vida de Mariana Bravo estaría rota para siempre? ¿Dentro de unos días Mariana Bravo, su marido Ramón Gómez, el traspunte, el fugitivo Mauricio Puertas, serían personajes trágicos o ridículos de un chismorreo de la señorita Charo? La señorita Charo se había levantado y se despedía.

—Voy a zambullirme en la solanera, Mariana, a ver si llego a la calle del Almirante sin derretirme del todo. Y gracias por el agua y por el bollito.

—No me dé las gracias, señorita Charo. Al contrario, yo se las doy a usted por su compañía, que aquí a veces buena falta me hace, pues en la portería hay mucha soledá.

Se quedó Mariana igual que estaba, con su mismo agobio, con su mismo temor, o miedo. Pegada a la mesa camilla, con las manos cruzadas sobre el regazo, esperando lo que pudiera suceder. Se concedió diez minutos de tregua. Pasados los diez minutos bajaría al sotanillo y no tendría más remedio que despertar a Ramón, pues la hora del trabajo se le echaba encima. Y allí estaba Ramón, en el marco de la puerta del cuchitril.

—Me voy al teatro.

—Buenas tardes, Ramón —era un saludo estúpido y Mariana sintió que se le enrojecían las mejillas.

—¿Y la pistola?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Pues eso, que no sé.

—¿No la has visto?

—No.

—¿Ni en la mesilla? ¿Ni debajo del colchón?

—Anoche no la trajiste.

—¿No la traje?

En los ojos negros, profundos, de Ramón, Mariana trataba de penetrar todo el misterio de la noche anterior. Dónde había estado, qué había ocurrido. ¿O tendría que leerlo en los periódicos de la tarde? Un velo oscuro empañaba la mirada de Ramón, como si tras ese velo, aunque se esforzase, le fuera imposible distinguir ningún recuerdo. Se utiliza en el teatro a veces un efecto parecido. Tras una gasa hay luz y el fondo es visible porque la gasa es transparente, se apaga la luz de detrás, y el fondo desaparece. Mariana respondió a la pregunta de Ramón.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Adiós, Mariana.

—¿Vas a venir a cenar?

Mariana advirtió que Ramón no esperaba esa pregunta. Aún estaba medio inconsciente y no tenía preparada respuesta. Miró a los ojos a su mujer y se marchó sin contestar.

IX. En el que la novela *Corazones en el arroyo* cumple una misión que no le estaba destinada

Aquella noche no fue a cenar a casa, pero sí a dormir, con el alba, pero no bebido. Quizás le dio miedo el oscuro recuerdo de la última borrachera y entretuvo su tiempo de cualquier modo para llegar tarde a casa. Se encerró en un estricto laconismo, y Mariana no se esforzó en sacarle de él ni cuando dos meses después, poco más o menos, le sobrevino la sospecha de que pudiera estar embarazada. Tardó bastantes días en decírselo, no compartió su sospecha con nadie, incluso pensó en hablar con la tía Raimunda, pero en ese caso ¿para qué hizo lo de la noche en que se marchó Mauricio?: «¿Quieres que te traiga a la cama el vasito de vino que no te has tomado en la taberna?» «¿Como otras veces?» «Bueno, como otras veces». Al fin se lo dijo, cuando estuvo más segura, y él se limitó a decirle:

—Cuídate.

Pero un acontecimiento fortuito, que nada tenía que ver con aquel suceso pasional, vino a suavizar necesariamente su relación. Evaristo Suárez, el hijo granujiento de los del principal izquierda, interesado siempre en los más diversos temas, el tamaño de las porterías, la incidencia de la política en el pensamiento de los actores, la fabricación de tapetes, y tantos otros más, como el funcionamiento del mercado de la Corredera, que en esa labor le había sorprendido Mariana algunos días, ahora quería saber cómo era un ensayo general. Había dado muchos rodeos hasta expresarle a Mariana de una manera concreta su deseo, un ratito de pie fuera del cuchitril, otro ratito ya en el cuchitril pero todavía de pie y otro rato, ya más largo, sentado a la camilla.

—No es un simple capricho, tengo gran interés en ello, Mariana, algún día sabrá usted por qué.

Mariana quería evitar la conversación con su marido y trató de disuadir al muchacho.

—Es muy aburrido, señorito Evaristo.

Pero el señorito Evaristo, vencida la inicial timidez, propia de su edad y de su aspecto, dio muestras de ser un hombre obstinado.

—Puede resultar aburrido a otras personas, pero no a mí, estoy seguro.

—Usted sabrá qué motivos tiene para estar tan interesado.

—Desde luego que lo sé. Y he leído en el periódico que un día de estos estrenan otra obra... —hizo una pausa, para esperar la confirmación por parte de Mariana.

—Sí, creo que sí.

—*La oculta mirada*, se titula, y mañana o pasado será el ensayo general.

—Pero es aburridísimo —insistió Mariana—, se lo digo yo que, por llevar la cena

a mi marido, he estao en algunos.

Le resultaba violento hablar con Ramón, ya que él le negaba la palabra, pero no podía dejar que se sospechase la situación en que se hallaba el matrimonio.

—Estoy seguro de que a mí no me va a aburrir, me va a interesar.

—Pero usted ya sabe que en los ensayos generales no se admite público.

—Sí, lo sé, pero supongo que su marido, al ser el traspunte, a una persona como yo, que va sola y que promete no causar ninguna molestia, sí podrá llevar.

—No sé...

—Si usted quisiera hablar con él... Yo no me atrevo. Con usted tengo más confianza.

Mariana pensó que no podía negarle aquel favor, a pesar de sus malas relaciones con Ramón, aunque sólo fuera por el apuro que el muchacho estaba pasando. No dejaba de estrujarse las manos y se sonrojó desde que empezó a plantear la petición. Con el mínimo de palabras, para no quebrar la costumbre que tácitamente se había impuesto, trasladó a su marido el extraño deseo del muchacho.

Le encontró mejor dispuesto de lo que se temía.

—Tendré que pedir permiso al autor, pero bueno, si va a ir él solo...

—Me ha dicho que sí.

A la mañana siguiente del ensayo general, aunque Ramón se levantó cansadísimo y más tarde que de costumbre, no pudo cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo de no hablar con su mujer más que lo estrictamente necesario, pues el comportamiento del joven Evaristo Suárez había sido para contarlo. Solamente soportó en el patio de butacas, en una de las últimas filas, el primer acto de los tres de que constaba la obra. Luego, en el entreacto, en lo que cambiaban el decorado, se metió en el escenario, buscó a Ramón y le dijo que desde el patio de butacas no se enteraba de nada, sólo de que al autor no le había gustado el traje de un actor que hacía de médico, de que un timbre no había sonado a tiempo y de que la primera actriz, por algo del peinado, llegó tarde a escena y hubo que suspender el ensayo unos diez minutos. Pedía permiso para ver el resto del ensayo desde el escenario y reiteró su promesa de no molestar absolutamente nada. Y no molestó, gracias a que no debía de ser tonto, pues aprovechó para charlar con los actores y los tramoyistas los ratos en que se aseguró de que no tenían nada que hacer, y dirigió su atención en especial al actor cómico, Pedro Calderón, en quien se unían las circunstancias de ser el más amable y el que menos intervenía en la obra. Le interrogó sobre sus comienzos y los motivos de especializarse en el género cómico, y supo que fue por su aspecto, pues ya desde joven era más bien bajo y regordete y que esa fue la causa de que en una de las primeras compañías en que trabajó, el director le recomendase que cambiara ese nombre tan serio de Pedro Calderón, que recordaba al glorioso autor del siglo de oro, por el de Pedro Calderilla, más adecuado para el género cómico y que utilizó durante algún tiempo, incluso para intervenir en espectáculos de variedades, hasta que otro director le convenció de que para actuar en compañías de alta comedia, aunque en el

puesto de actor cómico, aquello de Calderilla era ridículo. Habló el joven Evaristo con todos los que pudo, y según comprobó después Ramón preguntando a algunos de ellos, les hizo las preguntas más insólitas, algunas no referidas para nada al ensayo general, como si madrugaban o si se levantaban tarde, si vendían la ropa después de usada, si cumplían con los preceptos religiosos, si estaban casados o solteros, si sabían cocinar, o cuáles eran los oficios de sus padres.

Ramón le pidió a su mujer que, ella que tenía más trato con el muchacho, se enterase de a qué venía todo aquello; se marchó a su trabajo después de comer, y Mariana tuvo que esforzarse para que no se le saltaran las lágrimas cuando vio llegar de la calle al señorito Evaristo Suárez con un ramo de violetas para ella. No se atrevió a preguntarle nada, ni aquel día ni en muchos días más, aunque Ramón la acuciaba; le parecía una impertinencia, que una portera no se podía permitir con un vecino. Y si al cabo de unos cuantos meses se enteró, fue porque la información, sin que ella hubiese llegado a atreverse a preguntarle nada, partió de él, del señorito Evaristo, que un día abrió sobre el tapete de la camilla una carpeta de cartón y de ella extrajo un pequeño fajo de cuartillas cosidas por un lado al tiempo que le preguntaba a Mariana:

—¿Usted sabe quién es Balzac?

No, Mariana no lo sabía, pero la pregunta no le causó ningún estupor, pues por su cometido de portera estaba habituada a que le preguntasen si vivía allí tal señor o cuál otro, y los nombres raros no le causaban sorpresa. Balzac, según el señorito Evaristo, era el mejor novelista del mundo y de todos los tiempos. Se inclinó hacia Mariana y añadió, sonriendo pícaramente, como quien hace una gran confidencia:

—Y ¿a que no sabe usted, Mariana, quién era la primera persona que leía sus novelas?

—¿Cómo voy a saberlo, señorito Evaristo? —replicó, sorprendida, la portera—. Yo no sé nada de esas cosas.

—La primera persona que leía las novelas de Balzac —aclaró el señorito con el mismo aire confidencial—, era la portera de su casa.

—Ah —emitió con absoluta indiferencia Mariana.

—Aquí tiene usted —dijo Evaristo Suárez, y le entregó a Mariana el fajo de cuartillas—. Léalo a ratos perdidos.

Ya con el fajo de cuartillas en las manos y al tiempo que lo miraba por delante y por detrás, preguntó Mariana:

—¿Es una novela de Balzac?

Enrojeció el semblante de Evaristo Suárez; hasta el momento todo había sido inútil, tendría que empezar su discurso y no había conseguido evitar la vergüenza de su confesión.

—No... No, Mariana... Es una novela que he escrito yo...

—Ah, ¿la ha escrito usted?

—Sí.

—Yo no sabía que era usted escritor. Tan joven...

Mariana parecía no darle ninguna importancia a aquello que para Evaristo Suárez era una hazaña como el paso de los Alpes por Aníbal, como la conquista de México. Quería que Mariana le hiciera el favor de leerla, era una novela corta y pensaba enviarla a un concurso, pero antes deseaba conocer la opinión de Mariana.

—Pero si yo no entiendo nada de esto... —se defendía Mariana, temerosa, sin dejar de dar vueltas al fajo de cuartillas.

—No hace falta entender. Usté ya habrá leído alguna novela, pues lee esta como si fuera una más y luego los dos charlamos sobre lo que le haya parecido.

Mariana miraba las cuartillas con aprensión, como si fueran un monstruo terrible y amenazador. Una idea le vino de repente: ¿tendría aquello alguna relación con la extraña manía del señorito Evaristo de ir preguntando a todo quisque sobre las cosas más diversas? Su curiosidad de mujer derrotó a su discreción y a su conocimiento de lo que debía ser la relación entre portera y vecinos, y también preguntó. Y la respuesta fue que sí, que naturalmente, que esa era una de las necesidades del novelista, el enterarse de los pormenores de las vidas ajenas, de los oficios, de los temperamentos, de los modos de vida, nunca una sola persona podía tener dentro de sí o en su experiencia vital tal cúmulo de datos, de conocimientos como los que debían aparecer en una novela. Y Evaristo Suárez quería ser, por encima de todo, novelista, aunque de momento estudiase la carrera de Derecho para no disgustar a su padre —interventor del Estado en MZA—, y su verdadera vocación debiera guardarla en secreto, secreto que compartía sólo con su hermana Charo, con otros dos amigos de su misma vocación y desde ahora con Mariana, la portera, pues de aquellas cuartillas que le entregaba no debía decir nada a nadie, ni a su marido, el portero. Fue obediente en todo lo que se refería a las cuartillas, a la novela, pero sí le explicó a Ramón la afición del señorito Evaristo y el porqué de ir averiguando pormenores de las vidas ajenas. Sin comerlo ni beberlo, el hijo varón de los vecinos del principal izquierda había sido uno de los agentes que propiciaron el deshielo de las relaciones entre Ramón y Mariana. Si habían hablado de aquello ¿por qué no iban a hablar de otras cosas, de los demás vecinos, del trabajo de Ramón, de los acontecimientos políticos, de la comida, de cómo marchaba el embarazo de Mariana? Porque Mariana, cuando el señorito Evaristo la hizo depositaria de su secreto y de sus esperanzas, andaba ya por el quinto mes. Se acostumbraron a vivir juntos como antes, a no hablar de aquel suceso que los había brutalmente separado. Al fin y al cabo, lo que había hecho Mariana en aquel caluroso verano estaba dentro de su código moral. Pero no volvieron a repetir aquel diálogo: «¿Quieres un vaso de vino? ¿Te lo traigo a la cama?» «¿Como otras veces?» «Sí, como otras veces».

En cuanto a la novela corta de Evaristo Suárez —*Corazones en el arroyo*, se titulaba—, Mariana se la leyó de una sola sentada y su veredicto fue que era muy bonita, a ella le había gustado mucho.

—Pero los defectos, los defectos —quería saber el autor—, si usté, Mariana, no me dice los defectos, yo no los puedo corregir, no puedo mejorar la novela. La

portera de Balzac le decía los defectos.

¿Cuáles serían los defectos?, se preguntaba en su fuero interno Mariana. Se esforzó en encontrar alguno, y aquel esfuerzo le recordó los que tuvo que hacer de pequeña para confesarse con don Eulogio y contarle algún pecado. Un defecto... quizás fuera que la hija del carbonero se escapase de casa para dedicarse a la prostitución... No estaba segura, pero quizás aquello era un defecto. El señorito Evaristo dijo que lo tendría en cuenta y que le agradecía su opinión. Pero también quería saber si a Mariana le parecía que debía enviar la novela a un concurso.

—Desde luego que sí. Y seguro que lo ganaba.

El señorito Evaristo envió al concurso de la publicación mensual *Los Actuales* su novela *Corazones en el arroyo*, emboscado en el seudónimo —para no causar el enojo de sus padres— de Armando Gautier. El fallo sería tres meses después. Pero antes de los tres meses apareció una carta publicada en la sección «Consejos buenos y malos». Sobre el tapete de paño granate de la camilla dio Evaristo Suárez el ejemplar de la revista a Mariana, para que leyera la carta.

«Sr. D. Armando Gautier

por el apellido vemos que está usted emparentado con la protagonista de una obra inmortal, pero no con su autor. Esto no le da derecho a hacernos perder el tiempo. Hemos leído con el cuidado a que no obliga nuestro trabajo y el sueldo que nos paga el editor su novela Corazones en el arroyo. Si hay profesiones liberales como las de médico, ingeniero, abogado, arquitecto, tan bien remuneradas, y oficios como los de ebanista, minero, tapicero, fumista, que permiten no sólo ir tirando, sino en algunos casos mantener a una familia, ¿por qué ha elegido usted dedicarse a la literatura?».

—No comprendo nada —dijo la portera, y alzó la mirada y se encontró con que el joven granujiento Evaristo Suárez, el hijo varón de los del principal izquierda, no estaba sonrojado, no sentía ningún rubor al dejar correr las lágrimas.

X. Sobre el color de los ojos y la persistencia de los recuerdos

Al año siguiente, en mayo, nació su segundo hijo, Miguel (le pusieron ese nombre en memoria de Miguel Bakunin). El parto había sido doloroso. Su hijo acababa de nacer pero aún no lo había visto. Estaba desvanecida o dormida. Soñaba o recordaba que envuelta en la humedad que despedían las paredes de su pequeña habitación, agobiada por el calor de la noche de agosto, no conseguía enhebrar el sueño, cualquier ruido se lo impedía y estaba atenta a todos. Escuchaba el tictac del despertador. Pocos minutos habían pasado desde que Ramón, después de cenar deprisa y corriendo, había salido para su trabajo. Moncho dormía desde una hora antes. Ella se había quedado un instante, sólo un instante, con Mauricio Puertas, en la cocina, y había bebido una copita de aguardiente; él no. Ahora estaría sobre el colchón, junto a la cama de Moncho, tratando de conciliar el sueño, como ella. Y quizás como ella, sin lograrlo. En el teatro Lara, Ramón se dispondría a dar la «tercera» para que se alzase el telón y comenzase una representación más de *El otro mandamiento*. Aquella obra Mariana la había visto años atrás, cuando el estreno, y luego una vez más, con Rosalía, la criada del segundo izquierda; Ramón a veces le traía vales de favor y ella quedaba bien con alguna amiga o con los tenderos del barrio.

—**E**MILIA.— Justina, ¿habéis preparado ya el dormitorio de invitados?

JUSTINA.—Desde las ocho de la mañana limpiando y fregando, que no sabe la señora cómo estaba de polvo y de porquería por todas partes.

EMILIA.—Pues ya me dirás de quién es la culpa. En cuanto no se usa, se descuida, y no debe ser así.

JUSTINA.—A mí no me culpe la señora, que eso es cosa de la Pepita; le corresponde a ella.

EMILIA.—¿Y qué hace ahora? ¿Ha salido a la calle a ver a ese paisano con la disculpa de que se ha olvidado algo de la frutería?

JUSTINA.—No, me estaba ayudando, y ahora está haciendo la cama.

RAFAEL.—Buenos días, Emilia. Buenos días, Justina.

EMILIA.—Muy buenos días, señor.

RAFAEL.—Supongo, Emilia, que no se te habrá olvidado que hoy llega mi hermano Roberto.

EMILIA.—¿Qué dices, Rafael? ¿Cómo se me va a olvidar? Toda la casa está pendiente de ese acontecimiento. Precisamente de eso hablaba con Justina.

Entre bastidores, Ramón Gómez echó un vistazo a su reloj. Habían empezado con cinco minutos de retraso, según la costumbre. Aunque la verdad era que para los cuatro gatos que había en el patio de butacas, y que parecían los mismos desde que empezó la huelga, mejor era haber suspendido la representación.

La puerta de la habitación estaba justo frente a la cabecera de la cama, y allí era donde de la oscuridad había surgido un torrente de luz, un juego de múltiples colores. Mariana se incorporó asombrada, si no había conseguido dormirse ¿cómo podía soñar? Un mar de azul transparente rodeaba la superficie coloreada y luminosa, del cielo descendía por arte de magia una mujer bellísima, de sus manos llovían diminutas estrellas, la mujer abrió su sonrisa y miles de flores abrieron sus pétalos. ¿Estaba Mariana en el sótano de la calle del Vergel o en el teatro de Olivera? La aparición se esfumaba, una lenta sombra grisácea, oscura, borraba el luminoso paisaje. Sin duda Mariana sí había conseguido dormirse y la había despertado cualquier ruido, el de la puerta al entreabrirse. En el marco de la puerta, una silueta borrosa. Mauricio. Era muy difícil percibir su silueta en la oscuridad, a la escasa luz que llegaba de la calle a través de la cortina. Instintivamente, Mariana se llevó las manos al pecho para cubrirse. Creyó percibir una luz, la de los ojos claros, color miel, del hombre, y otra luz más, la de sus dientes cuando sonrió para decir:

—No consigo dormirme...

—RAFAEL.—¿A un hotel? ¿Qué dices, hermano? ¿Crees, por ventura, que el hecho de ser hermano mío te autoriza a ofenderme pensando que puedo negarme a abrirte mi hogar? Emilia, haz como si no hubieras oído lo que Roberto ha dicho. Olvídalo, olvídalo.

EMILIA.—No lo recordaré nunca, te lo prometo. Pero no veo en ello motivo para tu enojo. Creo que el propósito manifestado por tu hermano de alojarse en un hotel en vez de en nuestra casa obedece a su deseo de no causar molestias.

ROBERTO.—Hermano, veo, y no sin cierta amargura, que Emilia, para mí hasta hoy una desconocida, me conoce mejor que tú. Esto reitera mi opinión de que no es la vida en familia la mejor forma para conocerse.

Está a punto de concluir el primer acto. Ramón Gómez, en voz baja, dice al tramoyista que se acerca a la cuerda del telón: prevenido.

Un siglo hacía que Mauricio y Mariana estaban mirándose el uno al otro. El mismo calor sofocante, la misma humedad los envolvía. Mauricio, en el marco de la puerta, esperaba algo, un movimiento, una mirada, o quizás un apartar la mirada, una palabra, cualquier signo. Parecía que nada iba a traspasar la penumbra y Mauricio

inició volverse, cerrar del todo la puerta entornada, cuyo picaporte no había soltado. En aquel momento, escuchó, muy leve, enronquecida, la voz de Mariana:

—Ven, Mauricio.

Mariana ya tenía en brazos a su hijo. La primera mirada de Mariana fue para sus ojos. Al nacer, todos los niños son casi iguales, aunque siempre alguien se obstina en decir que el recién nacido es igualito igualito al padre o a la madre; pero los ojos...

Los tenía muy cerrados, era difícil percibir el color, acababan de entregárselo, le oprimía junto a su pecho, pero hacía por verle los ojos, la criatura lloraba, y era imposible percibir nada entre sus párpados apretados, en el brazo materno fue calmándose poco a poco, Mariana le acarició la carita con las yemas de los dedos, mas su intención era levantarle el párpado... Lo intentaría con cuidado, con suavidad... Si le causaba el mínimo dolor, volvería a llorar. No se atrevió a llevar los dedos hasta uno de los ojos del niño, los retiró. Y entonces fue cuando el niño abrió los ojos de repente y la miró, la miró con unos ojos color castaño oscuro, casi negros.

Mariana está espantada ante el atrevimiento, la desvergüenza —no se atreve a pensar: la locura— de su señorita. Allí están las dos, terminada la representación de *La isla de la Fantasía*, en la taberna del As de Copas, donde entre muchos hombres sólo se ven tres mujeres, que a saber quiénes serían. Pero allí espera la señorita Micaela encontrar a Pablo Zamora, y allí le encuentra. Y allí conoce la doncella Mariana Bravo al traspunte Ramón Gómez.

—Este es Ramón Gómez, el traspunte —dice sonriente Pablo Zamora—, sin él no habría isla ni fantasía.

Y Mariana ve por primera vez a aquel hombre no corpulento, de mediana estatura, moreno, con mostacho grande de guías retorcidas, vestido correctamente, más como un cómico que como un obrero. Mariana ya había oído decir que, en realidad, no existían los ojos negros, sino que los que así se llamaban eran de color castaño muy oscuro; los de aquel hombre, Ramón Gómez, son de un castaño tan oscuro que el iris se confunde con el negro de la pupila.

Espontánea, feliz, abierta la sonrisa, Mariana se volvió hacia Ramón, que estaba de pie, junto a la puerta, al lado de Moncho, al que tenía medio abrazado.

Mariana alzó al niño y le volvió para que su marido pudiera verle bien.

—¡Mira, Ramón, mira, tiene tus mismos ojos! ¡Tus mismos ojos! —lanzó un gran suspiro y se dejó llevar por una alegría desbordante—. ¡Tus mismos ojos!

Ramón la miraba desde la puerta sin compartir su alegría, pero si no la miraba

con amor, tampoco con odio ni con desprecio; se volvió despacio, quitó la mano del hombro de Moncho y sin decir palabra salió de la habitación. En el recuerdo de Mariana los negros ojos de Ramón miraban con pena.

Al bautizo de Miguel (no hubo más remedio que bautizarle, había que conservar la portería) asistieron, aparte de la escasa familia de Ramón, doña Benigna, algunas criadas de la casa, Manolo el zapatero y su hija, Pedro Méndez —el carpintero— y, del teatro Lara, Acisclo Pérez, el apuntador, César Jimeno y Pedro Calderón. Este último comentaba divertidísimo, imitando sus ademanes y su modo de hablar, los sustos que se llevó Evaristo Suárez por obstinarse en presenciar un estreno desde el escenario. Todo el personal estaba nervioso, inquieto, tanto actores como tramoyistas, y nadie le hacía caso cuantío quería hacer alguna pregunta, le miraban como a un ser de otro mundo y algunos casi ni le veían. Otros le empujaban, le apartaban, en silencio, pero con malos modos. Cuando, durante el primer acto, quiso cambiar unas palabras con Jorge Piñal, el joven autor de la obra que se estrenaba, *La promesa cumplida*, éste, en voz baja y agarrándole de un brazo para alejarle hacia el pasillo de camerinos, le mandó a hacer puñetas. El propio Calderón tuvo que decirle que no molestase cuando Evaristo Suárez le preguntó por qué algunos actores y actrices se santiguaban al salir a escena. A pesar de ello, en el segundo acto volvió a la carga y le preguntó si ese ruido que se oía era que figuraba que había tormenta. «¡No señor; es que están pateando!», le aclaró Calderón, metiéndole la cara. La dama joven salió de escena, sonriente, como exigía su papel, y al momento se echó a llorar y corrió hacia su camerino. En el tercer acto el pateo arreció. Los actores no podían hablar; es decir, hablaban pero no se les oía. Algunos, al hacer mutis, murmuraban: «Ya lo decía yo, ya lo decía yo». El joven autor Jorge Piñal se golpeaba la frente contra la pared del escenario. El empresario Yáñez, siempre afable, le daba palmaditas en la espalda para consolarle: «Usted tiene porvenir, tiene porvenir», le decía. Al caer el telón final pareció que el coquetón teatro Lara («la bombonera», se le llamaba) iba a hundirse. Evaristo Suárez, lívido, sudoroso, se asomó al camerino de Pedro Calderón para decirle: «Novelas, novelas, escribiré sólo novelas. Teatro, no».

Después los años se hicieron monótonos. Moncho crecía sin complicaciones, sin crear grandes problemas, sólo los normales en un chico de su edad. El pequeño, Miguel, se criaba bien. El péndulo del reloj de la portería oscilaba. Ramón seguía en el teatro Lara, cambiaban algunos actores, algún tramoyista. El apuntador se había retirado, no por los años, sino por enfermedad, había contraído una tuberculosis pulmonar a causa del «polvo de escenario»; entró en su lugar un joven algo inexperto, ya aprendería. Don Jacinto Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Solís Ponce seguían alternándose en la cartelera. Mariana compraba los churros, calentaba el café

de recuelo, barría la escalera o la fregaba —un día a la semana—, iba al mercado de la Corredera, buenos días, señora Mariana, buenos días Úrsula, Genoveva, Regina..., preparaba el cocido, a alguien que preguntaba le decía en qué piso vivía doña Raimunda o la familia Suárez, o don Ruperto Saavedra, oficial primero de una notaría. «No, don José Blasco ya no vive aquí, se mudó a la calle Velázquez, 18...». El principal derecha está vacío, en sus balcones pueden verse los albaranes, porque falleció Gabriel Rota, encargado de las sederías Flores y Cantera, y su viuda se fue al pueblo, a Navarra, con su familia. Ramón llegaba pasadas las tres de la madrugada, cuando no más tarde, casi siempre borracho, y ya nunca se quitaba el cinto y le pegaba. Cuando el cartero dijo:

—Carta para usted, y ella vio que era de su antigua señorita Micaela, y que le anunciaba su llegada a Madrid, al tiempo que le brotaba una sonrisa con la esperanza de que aquella llegada en algo remediara la monotonía, los recuerdos le nublaban los ojos.

A las cinco será el chocolate que doña Rosa Ibáñez de Somontes ofrece en su casa, en esta ocasión para celebrar la llegada del estudiante de Salamanca Pablito Zamora, el ahijado de doña Leticia Muñoz, prima segunda de doña Rosa. En la mañana de ese día van a algún recado Micaela y Mariana, o nada más que a tomar el aire, las señoritas de la edad de Micaela no deben estar todo el santo día encerradas, y saludan a los bien vestidos, no a los artesanos o menestrales. Se cruza con ellas el matrimonio Ríos con sus dos hijas. Ella es una señora amable, de muy buen trato, y él, hombre de risa fácil y estimulante. Buenos días, doña Rosario. Y buenos días, doctor. Buenos días, Micaela. ¿Se repuso ya del resfriado su señora mamá? Sí, ya hace días que está bien, muchas gracias. ¿Le dieron buen resultado los vahos de eucalipto? Buenísimo. Ya lo sabía yo. El matrimonio Ríos sigue su camino, mientras la señorita Micaela saluda de pasada a unas amigas. Buenos días, Aurorita. Buenos días, Irene. Hola, Micaela. Hola, Micaela. Pero con ligeros empujones, que Mariana no entiende a qué vienen, Micaela va apartándola del paseo. Quiere Mariana saber qué le ocurre a su señorita, pero ésta le manda callar. Ha descubierto, no muy lejos, a Pablo Zamora, que va solo.

—Ahí va, ahí va... —murmura exaltada Micaela.

—¿Quién?

La señorita no se digna responder a la pregunta de la sirviente, y en cambio le ordena que la espere allí.

—Dentro de un ratito vuelvo.

Pero Mariana ya ha visto también al señorito Pablo y se resiste a obedecer la orden.

—No, señorita, eso sí que no, de ninguna manera. No puedo separarme de usted. De sobra lo sabe.

Enrabiada, repite su orden la señorita, pero sin levantar la voz por no llamar la atención.

—¡Que me dejes, Mariana! Es sólo un ratito.

—Usted no puede ir sola por la calle, señorita —insiste, atribulada, la doncella—, menudo escándalo. Mañana todo Olivera lo comentaría —ha agarrado a su señorita por un brazo, intenta llevarla de nuevo a la calle por donde iban—. Venga, venga...

—¡Suéltame de una vez! ¡Que me sueltes, te digo! ¡El escándalo lo darás tú si no me sueltas!

La doncella está sofocadísima, a punto de llorar. Ya se ha detenido a mirar algún curioso.

—Como usted quiera, señorita Micaela —se resigna.

La señorita se desprende con violencia de su doncella y va hacia Pablo, se empareja con él como por casualidad. Qué solo está Pablo. ¿Cómo no ha salido a pasear con su madrina? Mariana no ha obedecido la orden de su señorita, pero tampoco se atreve a desobedecerla. Sigue a la pareja a una discreta distancia, si alguien los ve puede decir que iban los tres juntos, oye casi todo lo que hablan. El señorito Pablo acaba de llegar y ha tenido que ir a instalarse en casa de su madrina, doña Leticia. En cambio, no se ha pasado por casa de los Somontes, le reprocha la señorita Micaela. Pablo no parece mirar en ningún momento a Micaela que, por el contrario, le devora con la mirada. Dan unos pasos, muy pocos, en silencio. Mariana se esfuerza en escuchar, ¿habrán bajado sus voces para que ella no les oiga? Pero no puede ser, Mariana sabe de muy buena tinta que el señorito Pablo se resistirá a las descaradas insinuaciones de la señorita Micaela. Mariana vuelve a oír la entrecortada conversación. La señorita quiere preguntarle una cosa a Pablo y le pide que no se sorprenda. ¿Es verdad que son hermanos? A pesar de la recomendación, Pablo no puede evitar detenerse, lanzar una mirada de sorpresa a Micaela. Es la primera vez que oye semejante cosa.

—Pues fíjate, mi madre, que entiende mucho de parentescos, y presume de ello, dice que somos hermanos o, por lo menos, primos hermanos.

Tras pensar un instante, responde Pablo.

—No sé por qué lo dice. Pero, no... No es posible —y reanuda su camino.

—Dice que como tú eres ahijado de doña Leticia Muñoz, la viuda de Montáñez...

—Ah, ya comprendo. En cierto sentido, sí.

Micaela no intenta disimular su decepción. Al contrario, pretende que el señorito Pablo lo advierta.

—Entonces... Según tú... Puede que seamos hermanos.

—No, yo no he querido decir eso.

Han llegado a una esquina y Pablo Zamora se detiene, dando por terminada la conversación con la señorita Micaela, que intenta seguir el diálogo.

—Pues...

Perdóname, Micaela. Yo voy por aquí.

Y sin más, dobla la esquina. Mariana llega junto a su señorita, gimotea, suplicante.

—¡Por Dios, señorita Micaela...!

Un temblor recorre el cuerpo de la señorita.

—¡Pablo es un monstruo!

Comienzan a castañetearle los dientes.

—Me va a dar, Mariana, me va a dar.

El temblor es cada vez más intenso.

—¡No, señorita Micaela, que no le dé! ¡Aquí, en la calle, no!

—¡Que me da, que me da!

—¡Que no le dé, que no le dé! ¡Que no le dé, por favor, aquí, en plena calle! ¡Hágalo usted por mí, señorita Micaela!

Mariana pasa un brazo sobre los hombros de su señorita y la refugia en un portal inmediato, para evitar que la vea alguno de los escasos transeúntes. Sabe Mariana que entre las señoritas son frecuentes esos ataques, pero la señorita Micaela, hasta ahora, no era muy propensa a ellos, por eso Mariana está desconcertada, perdida, no sabe qué hacer. Por fortuna no hay nadie en el oscuro portal, al fondo se ve la portería, y en ella no están los porteros. No sube ni baja ningún vecino, no se oyen pasos en la escalera. Mariana procura que su señorita se apoye en la pared, le desabrocha la blusa.

—Respire, respire, señorita, tome aire...

Parece que la soledad del portal, la oscuridad, le han venido bien a la señorita, que poco a poco se va calmando, en voz muy baja dice:

—Gracias, Mariana, gracias, qué buena eres.

Entra Micaela en la sacristía de la iglesia de San Eugenio, acompañada por Mariana, y se acerca al padre Covisa, que cómodamente sentado en una esquina del bien pulido banco, fuma con delectación un cigarro puro. El padre Covisa, hombre de buen aspecto, entrado ya en la madurez, y de carácter abierto y afable, es el confesor de Micaela y director espiritual de su madre, doña Rosa, además de visita de casa, y por consiguiente la señorita Micaela tiene confianza para hablar con él sin demasiados protocolos, a pesar de lo cuál no quisiera interrumpirle sin haberle anunciado previamente su visita, pero el sacerdote no hacía en aquel momento nada importante, meditación, sólo meditación. Como Micaela no pretende hablar en confesión, el padre Covisa la invita a sentarse en el mismo banco, ni muy cerca ni muy lejos de él. La doncella permanece de pie, no importa que esté allí porque lo que la señorita quiere consultar al sacerdote no es ningún secreto. Aún poco repuesta de su ataque de histerismo, Micaela da muestras de nerviosidad, estruja entre sus manos un pañuelito, abre y cierra el abanico. En definitiva lo que quiere saber, y con bastante premura, es si una amiga suya de Bilbao y que vive allí, puede contraer

matrimonio —en el caso de que el muchacho se decida a pedir su mano— con el ahijado de una tía suya, a lo que, chistoso, responde el cura que no ve ningún inconveniente en que la posible futura esposa sea de Bilbao, pues Micaela sabe muy bien que católico quiere decir universal, y aunque abunden los carlistas separatistas, en ese caso la política no tiene nada que ver con el vínculo matrimonial. El padre Covisa deja caer la ceniza del cigarro sobre la sotana, pero a eso no le da ninguna importancia. Sí, la señorita Micaela sabe de memoria que católico es universal y que lo mismo da Bilbao que Olivera, que Londres o que París, pero lo que quiere saber es si la circunstancia de que el posible cónyuge sea ahijado de una tía le convierte o no le convierte en hermano. Así había entendido la pregunta el sacerdote, y lo que debía hacer Micaela cuando escribiera a su amiga bilbaína era decirle que para un matrimonio de esa índole se precisaba dispensa, pero que la dispensa se concedía siempre, puesto que no había consanguinidad.

—Muchas gracias, padre Covisa, así se lo escribiré esta misma tarde a mi amiga —y se levanta para marcharse.

—Podía haber preguntado en Bilbao, allí hay muchos curas.

—Pero mi amiga no conoce a ninguno tan amable y comprensivo como usted, padre Covisa.

—Hasta luego, Micaela. Nos veremos esta tarde en el chocolate de su señora madre, para dar la bienvenida a Pablito Zamora, qué buen muchacho.

La señorita Micaela besa la mano al sacerdote y sale de la sacristía seguida por su doncella. No hace demasiado calor, pero se abanica frenéticamente. A las cinco de la tarde es el chocolate que ofrece su madre para recibir al recién llegado. Irá el padre Covisa, según acaba de decir y, desde luego, no puede faltar Pablo Zamora.

—Sé lo que está usted pensando, señorita... No piense más en eso, por Dios, no piense más en eso.

En lo que van hacia casa, Mariana insiste en apartar de la cabeza de la señorita Micaela su idea fija. Le recuerda lo que ya le ha contado en otra ocasión. Lo sabe no por su pretendiente de ahora, Saturnino, sino por uno de los del año anterior, Andrés, que aunque parecía bueno, en el fondo era un golfo. Y la señorita ya sabía que los hombres se lo contaban todo unos a otros. Un grupo de muchachos, dos o tres de la gente bien, como Pablo Zamora, pero los otros de cualquier pelaje, se fueron una noche a celebrar el santo de alguno a casa de la Extremeña, ya sabía la señorita, en el barrio de la catedral. Y allí se enteraron todos de que el señorito Pablo no servía, la señorita entendía lo que Mariana quería decir. Se fueron cada uno de ellos a un cuarto con una de aquellas mujeres. Alguno tuvo que esperar a que otro terminara, porque eran muchos y las mujeres menos. Esperaron en el comedor, atendidos por la Extremeña, mientras el ciego Camilo tocaba el piano, y allí, al comedor, llegó el señorito Pablo, antes de diez minutos de haberse ido al cuarto, pálido como la cera, queriendo hablar pero sin poder abrir la boca y se marchó al retrete a vomitar. Alguno de los mozos que estaban esperando decía que tenía lágrimas en las mejillas, pero

otros no las vieron. Al instante entró en el comedor la mujer de la vida, medio desnuda, y muerta de risa, y les contó a los demás que el señorito Pablo no servía.

—Usted me entiende, señorita Micaela, que no servía. La Extremeña, por lo visto, le dio un bofetón y le dijo que esas cosas no se contaban, que su casa era una casa muy discreta.

Es la segunda vez que la señorita Micaela escucha esta murmuración de labios de su doncella. Cuando la doncella calla, su señorita, sin dejar de caminar, le lanza al sesgo una mirada, pero una mirada impenetrable.

XI. Tampoco es para ponerse así

La señorita Micaela (desde 1909, doña Micaela Somontes de Zamora) fue tan gentil en su tercera visita a Madrid desde que Mariana y Ramón vivían en la corte, la primera fue con ocasión del viaje de bodas, rápida como visita de medico, que a pesar de haber indicado por carta a su antigua doncella Mariana Bravo que la esperaban tal día de tal mes en el palacio de Buenaguía, se presentó en el número 9 de la calle del Vergel, para saludar a su amiga, la portera, que como es natural, al verla cruzar el umbral de la puerta del cuchitril, se dejó abrazar por ella mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. La señorita Micaela no comprendió el motivo de aquel llanto, pues en las otras dos ocasiones en que se habían encontrado, Mariana también se conmovió, pero nunca hasta ese extremo. Algo había cambiado en el interior de Mariana, era cierto, siempre se cambiaba, se estaba cambiando constantemente aunque una misma no lo percibiera, quizás Mariana, con el paso de los años se estaba haciendo más sensible, quién sabe si el día de mañana no acabaría siendo una vieja llorona; en su pueblo, en Hondonadas, en los corros que formaban las viejas a las puertas de las casas o a la entrada de las cuevas, si una vieja lloraba, terminaban por llorar todas. Con esto rieron las dos y se acabaron las lágrimas. La señorita Micaela se sentó a la mesa camilla sin hacerse de rogar, dejó caer sus brazos sobre el tapete de paño granate, estrechó las manos de Mariana, aceptó el vaso de agua y también aceptó dos o tres bollitos de tahona de los que siempre tenía Mariana en una pequeña fuente de loza, sobre el tapetito bordado que protegía una mesa pequeña con entrepaño, construida y barnizada por Colás Paquina, el atrecista del teatro Lara.

El marido de doña Micaela no sabía nada de aquella visita de su mujer a la portería, pues había sido una idea secreta de ella, que quería ver en su salsa, vis a vis, sin nadie por medio, no a su antigua doncella, sino a su antigua amiga y, conmovida, volvía a estrecharle las manos. La señorita Micaela había venido sola hasta la portería de Vergel, 9, no sólo para ver a Mariana en su ambiente, sino para que las dos pudieran hablar en confianza, contarse con libertad lo que había sido de ellas en aquellos años, sin la brevedad de la primera visita, y sin los obligados testigos de la segunda, pues se habían visto en el palacio de Buenaguía, en presencia de los condes y de Ramón Gómez. Sabía Mariana —o creía saber—, por algo fue criada de casa grande, que a las personas de superior condición no se les debía preguntar, sino esperar a que ellas preguntasen —era uno de tantos injustos privilegios, pero Mariana tenía conciencia de vivir en una sociedad injusta— y así lo hizo en aquella ocasión. La joven señora preguntó y Mariana explicó que a ella y a Ramón seguía yéndoles bien, como desde que llegaron a Madrid, gracias a la ayuda que encontraron en la condesa de Buenaguía que, como ya sabía la señorita Micaela, perdón, la señora doña

Micaela, atendió en seguida con gran amabilidad las recomendaciones de la familia Somontes y demás casas grandes de Olivera, pero mejor les iba desde que hacía cuatro años les concedieron la portería. Ramón, si no satisfecho, por lo menos se sentía cómodo en el teatro Lara, que estaba a un paso, y donde el empresario, señor Yáñez, y el primer actor y director, Ricardo Cadenas, le tenían mucho aprecio, pues la verdad era que para él, adiestrado en el difícilísimo trabajo de las comedias de magia, lo de la alta comedia era coser y cantar. Ella, Mariana, se había habituado pronto a aquella actividad de la portería, un poco escasa para su temperamento, y a veces se ayudaba con labores para afuera, ya sabía la señorita Micaela que se le daba muy bien la costura y no era mala bordadora. En los primeros tiempos de su convivencia con Ramón Gómez, Mariana había sido muy dichosa. Pero, todo había que decirlo, a él pronto se le agrió el carácter, no por nada que tuviera relación con ella, sino por sus ideas y su trabajo. Dejó de hacerse el teatro de magia y Mariana advirtió que a Ramón le faltaba algo. No era lo mismo ordenar truenos y relámpagos, escuchar las risas del público porque un príncipe se transformaba en gallo, llenar el escenario de luminosas bengalas, hacer desaparecer por el escotillón a un malvado y organizar que la Fantasía, en el momento oportuno, descendiese en su trono, desde las nubes hasta la tarima del escenario para propiciar un final feliz para todos los buenos, que limitarse a dar las salidas a escena a un grupo de cómicos disfrazados de marqueses, de andaluces o de madrileños castizos. Por otro lado, la idea, el reparto, todo aquello que, como no ignoraba doña Micaela, era media vida para Ramón Gómez, cada vez se veía más lejano, más imposible.

Ramón se había separado del grupo, y aunque no renegaba de su pensamiento, había renunciado a toda actividad, pero como lo había hecho contra su verdadero sentir, no estaba a gusto consigo mismo y lo pagaba con ella, con Mariana; se había dado a la bebida y a veces, con la menor disculpa, casi siempre injusta, se quitaba la correa y le golpeaba furioso, como si se hubiera vuelto loco. Luego se le pasaba y, con ternura, la abrazaba y le pedía perdón. Tampoco a Mariana le gustaba su trabajo, no era su ideal, pero le bastaba para ir ahorrando hasta que pudieran establecerse. Y aquí aparecía la duda más grande de Mariana: ¿podría adaptarse Ramón a estar siempre detrás de un mostrador? Él decía que sí, pero ¿lo decía de verdad?

Había esperado la señorita Micaela encontrar a una Mariana más feliz. Era feliz, era feliz, protestaba Mariana; pero ya se sabía que nunca había felicidad completa. No les faltaba nada, iban ahorrando, se querían, los dos hijos se criaban bien...

Cuatro hijos tenían ya doña Micaela y don Pablo. Y toda la familia se sentía dichosa, aunque su vida era todo lo contrario de lo que la señorita Micaela en su loca juventud había pensado. Entonces ella se imaginaba la vida y el amor como la felicidad en medio de una tormenta. La vida iba a ser para ella una frenética aventura. Con frenesí amó a Pablo Zamora, el don Pablo al que ahora quería con algo muy distinto a la pasión y que como sentimiento quizás fuera mejor, más reconfortante. Aunque nadie les escuchaba, bajó la voz y se acercó más a su amiga para decirle que

aquel defecto que los amigachos le habían descubierto a Pablo Zamora la funesta noche de casa de la Extremeña no era cierto, no existía. Pablo Zamora de joven era tímido y tenía unos sentimientos muy delicados y era hombre de muy buen gusto, por eso aquella mujer de la vida le repugnó, y eso era todo. Pero en cuanto se encontró a solas con la señorita Micaela se despertó en él el hombre que llevaba dentro. Mariana conocía, por confidencias de su marido, otra explicación de este fenómeno, pero a pesar de la confianza y de la mutua sinceridad, no era oportuno revelársela a doña Micaela Somontes de Zamora.

Olivera seguía igual, nada había cambiado. El Gran Teatro Viriato. Los chicos tirando piedras a la laguna. La taberna del As de Copas. El paseo antes del almuerzo y a la caída de la tarde, por la calle Larga. Madrid sí cambiaba. No en la Puerta del Sol y sus alrededores, que parecían los mismos que cuando llegaron Ramón y Mariana, hacía siete años, pero sí en otros barrios, como ese en el que vivían ahora. No llevaban en la calle del Vergel más que cuatro años y ya no quedaba ni una casa antigua de las que había cuando llegaron, ni un solar por edificar, y pasada la glorieta de Bilbao casi todo eran nuevos edificios.

Tal como había escrito doña Micaela en su carta, esperaban a Mariana con su marido y con los niños en el palacio de los condes de Buenaguía.

Como hacía en algunas ocasiones, pidió a Julia, la hija de Manolo el zapatero, que se ocupase una o dos horas de la portería, y después de comer, antes de que empezase la función en el teatro Lara, tomaron el tranvía los cuatro y, endomingados, se fueron al palacio de Buenaguía, en la calle del Sacramento.

Los cuatro hijos del matrimonio Zamora no habían viajado a Madrid con sus padres, y Moncho se aburrió como una ostra, pues a sus diez años ya no estaba en edad de andar a gatas por el encerado suelo, y su hermanito, con sólo dos años, aún no era buen compañero de juegos. Le soltaron un momento por el jardín, pero allí se aburrió lo mismo. La reunión de los mayores tampoco fue muy amena, lo habían pasado mejor Mariana y Micaela el día antes, en la portería. Pablito Zamora se había convertido en un don Pablo Zamora de treinta años que parecían más de cuarenta y la presencia de la amabilísima y educadísima condesa de Buenaguía también contribuía, seguramente contra su voluntad, a enfriar la reunión. Dos días después el matrimonio Zamora regresaría a Olivera y la próxima vez que viajaran a Madrid se reunirían todos de nuevo.

La portera Mariana Bravo y el traspunte de teatro Ramón Gómez habían vuelto a acostumbrarse a vivir juntos, como en los años anteriores, a no hablar de aquel desdichado verano; al fin y al cabo, lo que Mariana había hecho estaba dentro del código moral de ambos. Nunca lo hablaron así, tan a las claras, pero los dos debieron de pensarlo, puesto que reanudaron sus hábitos, aunque ninguna noche se atreviera Mariana a repetir el juego amoroso de «¿quieres que te traiga el vaso de vino a la

cama?». Esperaba que partiera del marido el primer acercamiento, el primer intento de reanudación de su convivencia sexual aunque fuera una de aquellas noches en que, al meterse en la cama, se le notaba un poco más inconsciente que de costumbre; pero tal momento no llegaba. Si la pasión amorosa de Mariana por Mauricio había sido quizás pasajera, la pasión de los celos debía de haber echado raíces en el corazón o en la memoria de Ramón. Por lo demás, en la vida cotidiana parecía perfecta la soldadura con tiempos pasados. Ramón desayunaba tarde churros fríos con café con leche caliente; casi sin digerir el desayuno, y después de haber echado una ojeada a *El Imparcial* y charlado un ratito con Manolo el zapatero, con Pedro Méndez el carpintero ebanista, o con cualquier otro amigo del barrio al que se encontrase al dar la vuelta a la manzana para bajar la harina y el aceite de los churros, se sentaba a la mesa con su mujer y su hijo a comer el consuetudinario cocido.

—¿Qué es esto? —se refería a un pequeño envoltorio de papel que vio junto a su plato en el momento en que se disponía a tomar la sopa de fideos.

—No lo sé, lo han traído para ti.

—¿Quién?

—No se ha dado a conocer, se ha marchado corriendo. Pero, fíjate lo que son las cosas, a mí me ha parecido que podía ser, aunque mayor, claro, convertida en una muchacha de buen ver, aquella niña que nos trajo hace años, cuando la huelga general, el recado de que Mauricio Puertas tenía que esconderse en el Barrio del Yeso.

Ramón abrió el paquete, un montón de octavillas, cosa de unas cincuenta, todas con el mismo texto.

«La llamada ley de fugas está dando muy buen resultado en la lucha político social emprendida por el Gobierno y las organizaciones patronales. Desde que comenzó a aplicarse, en 1919, muchos han sido los dirigentes obreros, especialmente de la CNT, que han muerto. En los últimos días, más de veinte detenidos han sufrido la ley de fugas. El poder asesinar ilegalmente, aunque sin ser perseguidos, enrarece día a día el ambiente social. Los atentados y enfrentamientos con los patronos se recrudecen, como respuesta a la situación de indefensión que sufren los obreros. Las luchas entre pistoleros patronales y obreros adquieren, cada vez más, mayor semejanza a un enfrentamiento de clases».

—¿Para qué te mandan tantas?

—Ya te lo puedes imaginar, para que las reparta.

Pero ¿no saben que nosotros ya no nos metemos en nada?

—Claro que lo saben, pero como seguimos pagando las cuotas...

—¿Y qué vas a hacer?

Pues tirarlas, ¿no?

La verdad es que ni las tiró ni dejó de tirarlas, pues les dio algunas, sólo como curiosidad, a los oficiales del carpintero y al de Manolo el zapatero, otras se las dejó olvidadas en la taberna de frente al teatro y las otras en el cuarto de los tramoyistas;

las cuatro o cinco que le quedaron, restadas las que le pidió Mariana para enseñárselas a unas amigas, tal como había dicho, las tiró a una alcantarilla. Porque Mariana, cuando el trato con Ramón entró en aquella larga etapa de frialdad y distanciamiento, creyó que debía buscarse unas amigas. Nunca las había echado de menos, pero entonces creyó que le hacían falta, que podrían suplir parte del calor que le faltaba en casa. Las eligió y no se sintió rechazada por ninguna de ellas, tal vez porque llevó la operación con prudencia, primero habló con ellas un poco más de lo acostumbrado, luego le enseñó su vivienda a la que no la conocía, Braulia, una vendedora de la Corredera, casada con un barrendero del Ayuntamiento, y la presentó a la otra, Rosalía, la criada del segundo izquierda. Se reunían en la portería; a casa de Braulia, la verdulera, no fueron nunca, porque estaba muy lejos, de lo que la pobre mujer se quejaba siempre; pero cuando nació su tercer hijo se celebró el bautizo en la Bombilla y allá fueron las tres con sus mejores trapos y lo pasaron muy bien.

—¿E l portero de esta casa se llama Ramón Gómez?

No sólo por su edad, por su indumentaria, por su aspecto, sino por un inclasificable olor que despedían y que el matrimonio Gómez conocía bien desde tiempo atrás, aquellos dos hombres que acababan de llegar a la portería eran dos policías de la secreta. Uno de ellos llevaba un abrigo ligero y el otro se protegía el cuello y la boca con una gruesa bufanda, pero la presencia de los dos era inconfundible, quizás de una forma deliberada, pues sabían ellos y sus jefes que si una de sus armas era el secreto, la otra era el temor.

—Sí, pero yo soy quien lleva la portería; soy su esposa.

Los de la secreta querían hablar con Ramón, que aún no se había levantado. Lo hizo a toda prisa y los recibió en la cocina. Se trataba de una visita obligada, de puro trámite, y esta vez no había disimulo en tal exposición, pues en la policía ya se sabía, por los soplones, que Ramón *el Traspunte* no era activo desde hacía años. Les constaba, además, que a la hora en que se cometió el atentado, *el Traspunte* se encontraba trabajando en el teatro Lara. El motivo de la investigación era la muerte de Eduardo Dato. La noche antes regresaba a su casa Dato —a la sazón, de nuevo jefe del Gobierno— cuando le mataron a tiros unos individuos que iban en una moto con sidecar y se dieron a la fuga por la calle Serrano. Los de la secreta se marcharon en seguida sin causar ninguna molestia a Ramón. Las pesquisas de la policía se dirigieron hacia un complot anarquista. La represión de la huelga general revolucionaria y posteriormente el nombramiento de Martínez Anido como gobernador civil de Barcelona, con la consiguiente aplicación de la ley de fugas, habían hecho perder a Dato su incipiente y escasa popularidad entre los obreros, y la actitud de la clase proletaria española hacia el gobernante se hizo claramente hostil. Fueron hallados culpables los terroristas Matheu, Casanellas y Nicolau.

—Y ahora tienen tres, tres trajes iguales, que se lo digo yo, que lo sé de muy buena tinta.

—Pero ¿cómo que tienen tres trajes?

—Lo sé porque cuando se marcharon de aquí, de los dos áticos unidos, a la calle de Velázquez, a un piso de trescientos cincuenta metros, también con azotea, pero una azotea espléndida...

—Sí, estas de aquí la verdad es que quedan pequeñas. Ya lo decía don José Blasco.

—Ahora se apellida Blasco de Núñez.

—Bueno, sí. Ya lo decía cuando unió los dos áticos, que si las dos azoteas hubieran estado juntas sería otra cosa, pero que así, separadas, una a un lado y otra a otro, eran un poco raquíticas para un piso que una vez unidos los dos, quedaba tan hermoso.

—Y no le faltaba razón.

—Pero, señorita Charo, ¿qué quiere usted decir con eso de que tienen tres trajes?

—¿No se acuerda, Mariana? Quiero decir que tienen tres de cada. Si se lo conté a usted cuando todavía vivían aquí. Él, cuando empezó a ganar dinero con lo de la guerra, se hizo muchos trajes, muchos trajes. Y ella también, claro. Pero él tenía unos cuantos que le gustaban más que todos los otros y que eran los que se ponía casi siempre y los que se llevaba cuando iban al chalet que se hicieron en Alicante, que según me han dicho es una birria, de lo más cursi, lo sé por unas sobrinas de una amiga de mi mamá, que son de allí y me lo han escrito porque yo se lo pregunté. Pero o llegaban arrugados o siempre le faltaba el que se quería poner. Total, que como le sobraba el dinero, tomó una decisión: cada vez que se hacía un traje, o dos, o tres o los que fueran, se hacía uno para Madrid y otro igualito para Alicante. Así solucionó el problema.

—¡Es verdad, señorita Charo, ahora me acuerdo de cuando usted me lo contó, que nos moríamos de risa aquí las dos!

—Claro, mujer. Y también le conté poco después, porque a nuestra criada se lo contó la de ellos, que a la señora de Blasco de Núñez, a Fela, le pareció muy bien la idea y decidió hacer lo mismo: cada vez que se hace ropa, o sea dos veces al año, como sus vestidos son más caros que los de él, elige dos o tres y de esos le encarga al modisto uno para acá y otro para allá.

—Me acuerdo, me acuerdo, sí señorita.

—Bueno, pues lo que le decía es que desde hace dos años, desde que pusieron casa en Biarritz, porque allí tiene una villa el suegro de Óscar Larrumbide, el socio de Blasco de Núñez, y eso para él es una espina, no se hacen dos iguales, ¡se hacen tres! O sea, del de cuadros príncipe de Gales, el de Madrid, el de Alicante y el de Biarritz; del azul marino, otro tanto... y Fela, de los de «soirée»...

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad! Con la de miseria que hay por ahí... La de niños que andan descalzos, que no tienen nada que llevarse a la boca...

—Si lo sé, no le cuento nada. Ande, beba un poco de agua. Tampoco es para

ponerse así...

XII. Pintura al óleo, chocolate en casa de los Meló y otro ataque de histerismo

Mariana ha ayudado a su señorita a colocar en el jardín el caballete y sobre el caballete un lienzo; le ha traído la caja de las pinturas. La mañana veraniega es templada y apacible. Doña Rosa borda en un bastidor. El padre, don Sebastián, lee la prensa. El pequeño Augustito, muy cerca de los padres, se entretiene con un juguete. Micaela, más que pintar, se ha quedado con el pincel en la mano, en alto, pensando en Dios sabe qué. Mariana también lo sabe, pero doña Rosa, la madre, no, y pregunta:

—¿Qué haces mirando a las musarañas, Micaela?

Pero Micaela no mira a las musarañas, sino que está tomando medidas, al menos eso dice. Doña Rosa recurre al señor de la casa, su hija, cuando se pone a pintar, no pinta; y en la mesa, cuando llega la hora de comer, no prueba bocado. Don Sebastián asiente, sin dar ninguna importancia a los problemas artísticos y alimenticios de su hija, son cosas de la edad y del verano. La señorita Micaela, que, por lo visto, ya había tomado la medida necesaria, dio una pincelada.

—Estos días no tengo apetito, mamá.

—¿Por qué?

—Yo qué sé, mamá, ¿por qué tengo que saberlo yo?

—Pues si no lo sabes tú...

—Será por la primavera —dice Augustito—; en la primavera las chicas jóvenes pierden las ganas de comer, yo lo he oído decir.

Doña Rosa no tiene tiempo de manifestar su asombro ante los conocimientos de su hijo, porque un criado había llegado al jardín y susurrado algo al oído de don Sebastián, que fue rápidamente hacia la casa y ahora volvía con el semblante demudado. Habían asesinado a la marquesa. Doña Rosa, espantada, sofoca un grito. Cosa de los anarquistas, seguro. Pero no, había sido el marqués, su marido. La había matado ante testigos. Oyeron unos criados un disparo y gritar a la marquesa: «¡No, Ramiro, te juro que...!»». Entraron en la habitación a tiempo de oír al marqués: «No mueras jurando en falso». Disparó por segunda vez y la marquesa cayó muerta. No sabe más don Sebastián, que tiene que partir en seguida hacia el Ayuntamiento. Ya llega el ayuda de cámara con el bastón y la chistera del señor. Compadece don Sebastián a la marquesa difunta y doña Rosa al marqués asesino.

—¿Se ha entregado?

—No. Ha desaparecido inmediatamente.

No sabe nada más don Sebastián. Quizás del Ayuntamiento pueda traer más noticias.

—¿Qué crees que le ocurrirá ahora? —pregunta doña Rosa.

—Nada.

—¿Nada?

—Lo que a don Lauro, en fin, nada.

Parte veloz don Sebastián, pero doña Rosa le detiene.

—¿Habrá que suspender el chocolate de la tarde?

—¡Van a venir doña Leticia y su ahijado! —recuerda con vehemencia la señorita Micaela.

Su doncella le lanza una rápida mirada.

—Y el padre Covisa —añade doña Rosa.

Desconcertado, don Sebastián no dice nada.

—Y esta noche tenemos teatro. Cuando es un crimen pasional ¿hay luto?

—No sé, puñeta, no sé y don Sebastián, ya no desconcertado, sino desesperado, opta por marcharse.

A la puerta trasera del Gran Teatro Viriato llega un coche cerrado del que descienden don Lauro, el empresario, y un embozado, un hombre que se cubre la cara con una media capa y un sombrero cuyas alas le tapan hasta la nariz. Entran en el teatro, y Melquíades, el conserje, al ver a don Lauro sale del mostrador y saluda sumiso, servil. Don Lauro no corresponde al saludo.

—¿Está Jimeno, el cómico?

—Sí, don Lauro, debe de estar en el escenario.

Sin más, don Lauro y el embozado van hacia el escenario ante los reiterados saludos del conserje.

En el almacén que hay bajo el escenario, junto al foso, lleno de los más diversos objetos y muebles, Gómez dispone lo necesario para la representación, cuando por la escalerilla llegan don César Jimeno y el caballero embozado.

—Gómez, tienes que esconder a este hombre.

—¿Dónde?

—Donde quieras. Aquí abundan los escondites.

El traspunte ya aparta unas cajas de mimbre y algún biombo. El embozado ha dejado de ocultarse.

—Cuando salgamos de Olivera, tomará el tren con nosotros, como un cómico más. Se bajará en Montecillo. Allí tiene quien le pase la frontera.

Ramón muestra un hueco.

Aquí puede ser.

El caballero, después de verlo, se retira con algo de aprensión. Aquello parece un nicho. Efectivamente, es un nicho. Jimeno recuerda al marqués que ese teatro, antes de la desamortización de Mendizábal, era un convento. Ramón invita a entrar a su excelencia, que entra con aprensión, y vuelve a colocar biombos, cajas de madera y otros trastos que tapen el nicho. Tiene curiosidad Ramón por saber si aquel caballero

ha hecho algo malo. Jimeno le informa de que es el marqués de Olzar, y sí, ha hecho algo malo.

—¿De política?

—No.

—¿De... de cuernos?

—Por ahí.

—¿Y si viene la Guardia Civil y... y me interroga?

En la escalerilla ha aparecido don Lauro.

—Que pregunten por don Lauro —da media vuelta y vuelve a desaparecer.

—Es el dueño del teatro, ¿no? —pregunta Gómez.

—Es el dueño de la provincia.

En uno de los salones del palacete de los Somontes están ya acomodados, en espera de que se sirva el chocolate, doña Carlota y su marido, a los que acompañan sus dos hijas, jóvenes casaderas, don Lauro y su esposa, la señora de la casa —doña Rosa— y su hija Micaela. Jacinta y Mariana, las doncellas de doña Rosa y de la señorita Micaela, y el mozo de comedor están disponiendo lo necesario y toda la reunión acaba de descomponerse con la llegada de doña Leticia y su ahijado, Pablo Zamora. Hablan todos a un tiempo, se saludan, se estrechan las manos, se besan en las mejillas al estilo francés. Doña Leticia pensaba que por el horrible suceso de la mañana suspenderían los de Somontes el chocolate, y la verdad es que en un tris estuvo doña Rosa de suspenderlo. Si no lo hizo fue en atención al ahijado de doña Leticia, Pablito Zamora, recién llegado a Olivera. Opina doña Leticia que a veces una no sabe qué es lo mejor ni lo peor. Doña Carlota, la señora del doctor, está de acuerdo y añade que, según le dice su experiencia, hay ocasiones en que se haga una cosa o la contraria, las dos son malas. Como ejemplo de lo delicado que es tomar una decisión vale lo que le sucede en ese momento a la señora de Somontes, que no sabe si deben esperar al padre Covisa o servir ya el chocolate. Hay un murmullo general en el que todos se muestran partidarios de esperar al sacerdote. Pero el que llega, acompañado por un criado, que le retira la chistera y el bastón, es don Sebastián, el señor de la casa. Aún no se sabe nada del marqués de Olzar, se le ha tragado la tierra. Todo Olivera está pendiente de ese crimen... Mariana oye al señor pero no presta atención a sus palabras, está pendiente de su señorita, que tiene la mirada fija en Pablo Zamora y no escucha nada de lo que se habla.

—Hoy nadie piensa en otra cosa insiste don Sebastián.

El joven Pablo Zamora no mira a ninguno de los que componen la reunión: tiene la mirada fija en un punto del suelo, en un dibujo de la alfombra.

—Como digo, nadie piensa en otra cosa, y no hay ni una sola pista.

En ese momento llega el padre Covisa, que se disculpa por su retraso. El sargento de la Guardia Civil, sabedor de su amistad con los marqueses de Olzar, ha querido

conversar con él. Todos se han levantado, y en un confuso palabrerío disculpan al clérigo. Sobresale la voz de la señora de la casa:

—¡Ya se puede servir el chocolate!

Se cruzan las miradas de Mariana y la señorita Micaela. La mirada suplicante de la doncella pide a su señorita que se reprima, que no muestre en público sus sentimientos, sus vergonzosos sentimientos, piensa. La mirada de la señorita Micaela pide perdón a su doncella por dos cosas, por ser tan breve y por no poder obedecerla, pues debe volverse inmediatamente hacia Pablo Zamora, aunque los demás lo adviertan, aunque piensen de ella lo que quieran.

—Se diga lo que se diga, un crimen es un crimen —ha dicho doña Carlota, la esposa del doctor Ríos, don Serafín.

—Eso le digo yo a mi marido —corroboraba doña Rosa.

—Sí, Rosa, pero hay crímenes y crímenes.

Mariana está acercando al médico un platito con pastas cuando se queda en suspenso, con el plato en el aire. Su señorita está agitándose en la butaca, tiembla. Mariana deja caer el platito sobre la mesa.

—No te preocupes, no te preocupes... —dice el médico.

—Usted perdona.

La señorita Micaela se ha levantado. Una vez en pie, prorrumpe en carcajadas. Se hace en el salón un silencio total.

—¿Qué te pasa, hija? —pregunta doña Rosa.

Todos los reunidos se levantan. Mariana es quien antes se acerca a la señorita Micaela, que ahora, sin cesar en los temblores, en las convulsiones, llora a lágrima viva.

—¡Hija, Micaela! —ha exclamado don Sebastián al ver cómo su hija cae al suelo, pero no desvanecida, sino presa de espasmos.

—No se alarmen, no es nada —dice el doctor Ríos.

A doña Rosa parece ofenderle la tranquilidad profesional del doctor.

—¿Cómo que no es nada? —y se abalanza sobre su hija—. ¡Mire cómo está!

Vuelve a reír Micaela, al tiempo que grita algo incomprensible.

—Histerismo, histerismo nada más —diagnostica don Serafín—. Vamos a llevarla a su cuarto. Ayúdenme.

Micaela, ya en la cama, sigue con los temblores, las convulsiones, los balbuceos.

—Pero ¿qué dice? —pregunta, desesperada, doña Rosa—. ¿Tú la entiendes, Mariana?

—Muy mal. Creo que dice que levante la mirada.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta impaciente la señora.

—No lo sé, doña Rosa.

El doctor ha sacado el reloj y toma el pulso a Micaela. En un rincón del dormitorio el padre Covisa comienza un padrenuestro.

—Deje los exorcismos, padre Covisa —pide el médico—, la niña no está

endemoniada.

Pero el cura se limita a bajar la voz y sigue a lo suyo. Algo irritado, don Sebastián reprocha al doctor, como antes lo ha hecho doña Rosa, su tranquilidad, y el doctor insiste en que la cosa no es para inquietarse. Don Sebastián señala a su hija, que ríe y llora mordiendo la almohada.

—¿Ese aspecto no es para inquietarse? ¿No puede usted hacer nada?

—Lo poco que se puede hacer —informa el doctor— tiene que hacerlo ella. Es histerismo. Ha caído de espaldas para no dañarse el rostro. Es histerismo —y suelta una de sus habituales carcajadas.

Doña Rosa ha oído que en París hace años que esa enfermedad la curan con hipnotismo.

—Sí —confirma el doctor—, Charcot y los suyos lo hicieron. Y sus secuaces siguen haciéndolo. Pero yo no sé hipnotizar. Tendrá usted que esperar a la feria, a ver si en alguna barraca viene un hipnotizador —nueva risotada.

Grita Micaela con voz desgarrada, distorsionada, pero de forma algo más comprensible.

—¡No levanta la mirada!

Don Sebastián apremia al doctor.

—Pero ¿no se puede hacer nada..., así, de urgencia...?

—Si ustedes quieren... —acepta don Serafín—. Vamos allá; con su permiso.

Se despoja de la levita y se sienta en el borde de la cama. Cierra los puños y los aplica a la zona ovárica de Micaela; presiona fuertemente, con violencia, con ferocidad. Mariana se lleva instintivamente, como para contener un grito, las manos a la boca, solidaria con el dolor de su señorita, que se incorpora como un autómatas y lanza un alarido quejumbroso. El doctor la contempla sólo un instante y en seguida le sacude una tremenda bofetada en la mejilla izquierda y a continuación otra aún más violenta en la derecha. Micaela ya no ríe ni tiembla espasmódicamente, sino que llora con llanto infantil, bañado el rostro en un torrente de lágrimas. Todos los que se encuentran en la habitación la contemplan en suspenso y ven cómo la respiración de Micaela se hace poco a poco más sosegada.

—Bueno, ya está —dice el doctor tras un suspiro de satisfacción, y va hacia la silla en que ha dejado su levita y comienza a ponérsela.

—¿No le receta usted nada? —pregunta la madre.

—Sí, a eso iba.

Se sienta ante un mueble escritorio y saca un cuadernillo de recetas. En el pasillo, frente a la puerta, algo apartadas de los demás, se habían quedado las dos hijas del médico, Irene y Aurorita, que parece más temblorosa que su hermana.

—Sujétame, Aurorita, sujétame, que me va a dar.

—¿Cómo voy a sujetarte, si me va a dar a mí?

—De verdad. ¡Que me da, que me da!

Enérgico, su padre, el doctor, va hacia ellas.

—Aquí no le da nada a nadie. ¡Fuera, a la calle!

Las dos hermanitas, agarradas la una a la otra, lloran y ríen, mientras su madre, impotente, se limita a enlazar las manos en actitud de súplica y a repetir:

—Hijas, hijas, hijas...

El doctor se dirige, de pasada, al dueño de la casa.

—Con su permiso, don Sebastián.

Y llama hacia el pasillo:

—¡Un criado, un criado!

Se acerca el mozo de comedor.

—Diga, doctor.

—Saque a esas dos señoritas a la calle.

Pero el criado, perplejo, tras echar una mirada a Irene y Aurorita, que siguen en la misma disposición, no sabe cómo hacerlo.

—Las agarras por los pelos y tiras de ellas hacia el jardín, y luego ¡a la calle!

El mozo de comedor, muerto de miedo, trata de dominarlo y, agarrando a cada una de las señoritas del moño, hace lo que le han ordenado.

—¿Así, doctor? —pregunta en lo que las arrastra hacia la puerta.

—Así —afirma entre carcajadas el doctor—, ¡rápido, rápido!

Vuelve a entrar en la habitación, ante el silencio de los demás, y a sentarse al escritorio para terminar de extender la receta. Doña Rosa se acerca a él.

—¿Ha recetado usted algo?

—Sí, doña Rosa. ¿No lo ve usted? —y le entrega la receta—. Unas sales, sales de bromuro.

—¿Bromuro? —pregunta con desagradable sorpresa la señora—. ¿Lo que les dan a los soldados?

—Naturalmente. Tiene lo mismo que los soldados, pues le damos lo que a los soldados.

Y lanza el doctor una de sus sonoras carcajadas.

—¿Debe guardar cama?

—No, al contrario. Aire, aire, que le dé el aire —abierta su ancha y espléndida sonrisa, se acerca a Micaela—. ¿Verdad que le gustaría a usted dar un paseíto?

Al ver que el doctor vuelve a acercarse a la señorita, Mariana da instintivamente un paso en su defensa y Micaela, aterrorizada, se cubre el rostro con los brazos.

Como hace buen tiempo, hay dos o tres mesas en la calle, fuera de la taberna del As de Copas. Sentados a una de ellas están don César Jimeno, el primer actor y director, y dos o tres cómicos de su compañía. Hacia el interior se dirigen algunos de los que van a hacer de comparsas. Con su aire cansino habitual, comenta don César que bien jodidos están, como casi siempre, los cómicos. Pero no lo dice, como alguno de los suyos piensa, por los sucesos de Barcelona, que eso les pilla muy lejos. Lo dice

por el asesinato de esa mañana. Ni un alma iba a acudir al teatro. César Jimeno ha estado a punto de suspender. Sorprendidísimo, interviene uno de los cómicos, Basilio Torno:

—¿Suspender?

Sí, aunque parezca imposible, el primer actor y director ha pensado suspender y así se lo ha propuesto a don Lauro, el empresario. Todavía, si el muerto hubiera sido un obrero... ¡Pero la marquesa! ¿Quién va a ir al teatro? Algún republicano, algún liberal... En lo que charlan, han pagado; cada uno lo suyo. Se levantan y van hacia el teatro, que está allí cerca.

—¿Y hay pocos? —pregunta Revenga, otro cómico.

—¿Pocos qué?

—Liberales y republicanos.

—Con los dedos de la mano se cuentan. Aquí todos son conservadores y absolutistas. Esta comarca es muy rica. Y con lo que está sucediendo en Barcelona, si quedan aquí, en Olivera, liberales y socialistas, no saldrán de casa.

Se han unido a ellos, aunque formaban grupos separados, los otros cómicos y los comparsas. En lo que entran en el teatro se forman dos filas de curiosos, muy poco nutridas, para verlos entrar. Aunque en esas filas abunda la chavalería, hay también algunas personas mayores. Micaela, que con su inseparable Mariana, está en una de las filas, llama con el codo la atención de la doncella para que vea que en la fila de enfrente, mirando a los cómicos, está su primo —o lo que fuera— Pablo Zamora. Micaela se adelanta, se empina, para que su pariente lejano la vea. Pero es inútil. Ella no existe para el muchacho, que ahora entra por la puerta del escenario, pues, con su amigo Federico, va a actuar como comparsa. Pero en vez de entrar, abandona el grupo de sus compañeros y se sitúa en la fila de los curiosos para ver entrar de frente a Encarna Goya, que avanza, pisando con firmeza, segura de sí misma, resplandeciente en toda su hermosura. Micaela ha observado la maniobra de Pablo. Ya han entrado en el teatro los cómicos y en último lugar los seis comparsas. Los grupos de curiosos se deshacen, pero Micaela permanece con la mirada fija en la puerta del escenario.

—Señorita Micaela... —dice a media voz Mariana.

—La miraba a ella, la miraba a ella... —murmura Micaela, no con celos, no con resentimiento, sino con aparente indiferencia.

—No la miraba a ella —se atreve a corregir Mariana—; estaba ensimismado...

—La miraba a ella —repite la señorita Micaela.

Casona en el campo. Amplia ventana al fondo. Mobiliario rico. Al levantarse el telón, dos bellas muchachas, enlazadas de las manos, bailotean alegres en el centro del escenario. Gabina, vieja, mientras cose, comenta para sí misma:

GABINA.— (*Aparte.*) ¡Juventud, quién te pillara

de nuevo, fuente del goce,
manantial de la alegría,
luciérnaga de la noche!
¡Bailaría yo también
sin música ni canciones,
que músicas no hacen falta
cuando cantan los amores!

LADIA.— Hermana Lisia, ¿de un potro
no estás escuchando el trote?

Las dos jóvenes dejan de bailar.

¡Tu novio llega a la casa!

LISIA.— Lo que oyes es el galope
de mi corazón, hermana.

GABINA.— (*Aparte.*) Lisia tiene buena dote,
es joven, bella y dispuesta,
guisa, lava, borda y cose;
no es raro que haya encontrado
un galán que la despose.

Tras la ventana del fondo han pasado algunos comparsas. Entre ellos, Pablo Zamora, irreconocible bajo un sombrero de paja de ancha ala y con unas pobladas barbas.

Por la escalera que conduce a los palcos suben precipitadamente doña Rosa, su marido, don Sebastián, y su hija Micaela, que aún conserva en la mirada un brillo nuevo, está alegre, transfigurada. Don Sebastián no tiene la culpa de que desde París ordenen a las mujeres —a las de buena sociedad— peinarse de una manera por la mañana y de otra por la noche. Tampoco tiene la culpa doña Rosa de que su marido haya tardado en tomarse el café el doble que cualquier día, a sabiendas de que tenían teatro. Pero cuando un matrimonio llega tarde a cualquier sitio, la culpa siempre es de la mujer. En fin, eso dicen, don Sebastián ni entra ni sale, no es hombre al que le guste significarse; por no ser, no es ni de Cánovas ni de Sagasta.

LADIA.— Abuela, quiero en secreto
pedirte un favor muy grande.

GABINA.— Si está en mi mano el hacerlo...

LADIA.— Lo está, abuela; si me lo haces,
prometo que he de quererte
como la luna a los mares,
que no deja de besarlos
desde que a la noche nace
hasta que muere en el alba.

GABINA.— ¿De verdad vas a besarme

como cuando eras pequeña,
como cuando iba a contarte
en tu cuna cuentos de hadas,
de duendes o de gigantes?
¿Cuándo decías; abuela,
vuelve de nuevo a contarme
el de la gallina fea
que no podía casarse,
pues se enamoró de un príncipe,
pero tú le transformaste,
porque eras un hada buena,
en un gallo, gran cantante?

Han aparecido por un lateral del escenario una gallina muy triste y por el lateral opuesto un príncipe oriental, joven, vestido de azul y oro, arrogante, atrayente, que, despectivo, no dirige ni una mirada de soslayo a la gallina triste. Surge a los pies del príncipe una nube de humo que al instante se disipa. El príncipe se ha transformado en un gallo que lanza un poderoso, armonioso y estentóreo kikirikí y emprende la persecución de la gallina, que huye coquetonamente escandalizada. Corretean por el escenario hasta desaparecer. El público ha recibido la escena con sonoras carcajadas y aplausos. También aplauden en su palco doña Rosa y don Sebastián. Micaela sigue abstraída, ajena al mundo exterior, que para ella ha dejado de existir. Sin mirar al escenario, no lo mira desde que se ha sentado en su butaca, murmura, aprovechando el ruido de los aplausos y las carcajadas:

—La miraba a ella.

Doña Rosa, sorprendida, le pregunta en voz baja:

—¿Hablas sola, Micaela?

—No, repetía una frase de la comedia.

LADIA.— Te besaré como entonces,
te mimaré, y por las tardes
me quedaré aquí contigo
a escuchar tus soledades.

GABINA.—Dime cuál es el favor,
que has llegado a impacientarme.

LADIA.— Este es el favor...

GABINA.—Di, Ladia.

LADIA.—Abuela, ¿puedes prestarme
veinte monedas de plata?

GABINA.—¿Para qué?

LADIA.—Quiero comprarle
a mi hermana un gran regalo

que la ayude a recordarme
cuando estemos separadas,
Lisia más allá del valle,
con su marido, y yo en casa
con mis muy queridos padres.

GABINA,—Ladia, corazón tan noble
veinte monedas bien vale.

De su faltriquera saca una bolsa y de ella las monedas de plata, que entrega a Ladia.

LADIA.— Deja que bese tus canas
como la luna a los mares
en la noche. Y en el día
pídeme que te acompañe.

Concluida la representación, don César, aún maquillado y vestido para escena, se deja caer en la silla del tocador, al tiempo que el diligente Ramón Gómez se dispone a quitarle las incómodas botas.

Estoy derrengado —se lamenta el viejo cómico—. Estas comedias de magia van a acabar conmigo. Comprendo muy bien a los que han ido dejando de hacerlas en los últimos años. Mucho ajetreo, Gómez, mucho ajetreo. ¿Por qué no me habré dedicado a la alta comedia? El teatro de Benavente parece que empieza a dar dinero, y es muy descansado. Un salón, unas butacas y venga a decir filosofías.

—Tiene usted razón, don César. Esto es mucho tute.

No sólo le ayuda a quitarse las botas, sino el resto de las prendas.

—Gracias por ayudarme, Gómez. Ya sé que no es tu obligación.

—Lo hago muy gustoso, don César.

Hombre que se sabe al borde de la ancianidad, don César, al pensar que debe corresponder con algo, lo hace con un consejo.

—Cuida tu memoria. Tienes algunos fallos, y en tu oficio eso es grave.

—Ya lo sé... —acepta el traspunte, pero prefiere cambiar de conversación—. Mal andan las cosas de la política, don César.

—¿Y cómo quieres que anden, si las manejan los políticos?

—En eso estamos de acuerdo.

Mariana ayuda a ponerse el camisón a la señorita Micaela, que dice, ahora muy contenta, ante la sorpresa de su doncella:

—¡La miraba a ella! ¡La miraba a ella! ¡Le gustan las mujeres! ¡Le gustan! ¡Tú y tus amigos estabais equivocados, Mariana!

—Señorita Micaela, tranquilícese. Rece sus oraciones y descanse. Descanse...

Hasta mañana, si Dios quiere.

Micaela se arrodilla al borde de la cama y empieza a rezar velocísimamente. Sin dejar de mirar con temor a Micaela, la doncella cierra tras sí la puerta. Micaela, sin disminuir la velocidad del rezo, trepa hacia la cama. Se santigua a la velocidad del rayo y murmura sonriente, mientras se acaricia las mejillas con la mullida almohada:

—La miraba a ella...

XIII. Si esto es el amor, Mariana no quiere sentirlo nunca

A la puerta del palacete de los Somontes hay un coche descubierto, y junto a él están la señorita Micaela, su doncella Mariana, el señorito Pablo Zamora y el cochero, Gerardo.

—El caballete puede ir ahí.

—Sí, señorita.

—Y ahí debajo puedes poner la caja de pinturas.

Mariana, que tiene en sus manos la caja de pinturas, se la entrega a Gerardo, quien la coloca donde Micaela ha dicho. La operación no tiene nada de espectacular, pero al suceder ante el palacete de los Somontes, eso la reviste de importancia y cinco o seis curiosos se han detenido en la calle para observarla, así tendrán algo que contar. La tarde es apacible, soleada, invita a quedarse quieto, en la calle, aunque se tenga algo que hacer, y dejar que pase el tiempo sin causar mayores molestias. La señorita ha ordenado al auriga que no vaya demasiado deprisa porque tienen toda la tarde por delante.

—La señora me dijo que estuviéramos de vuelta antes del atardecer.

—También a mí me lo dijo añade Mariana.

—Y a mí —dice la señorita Micaela—, pero estaremos de vuelta antes, porque cuando empieza el crepúsculo ya no puedo pintar.

De pronto, se da con la mano un golpe en la frente.

—¡La cesta de la merienda! ¡Mariana, por favor, la cesta de la merienda!

—Es verdad, señorita, perdóneme —y corre hacia el portal, donde ha quedado la cesta.

—Hala, Pablo —ordena Micaela—, vamos subiendo.

Llega Mariana con la cesta y se la entrega al cochero.

—No sé dónde tengo la cabeza —se lamenta—, señorita Micaela. Si no fuera por usted, que está en todo... Será muy buen ama de casa.

Ya se han acomodado en el coche Pablito Zamora, Micaela Somontes y su inseparable Mariana Bravo. También el cochero, que arrea el caballo. El coche se aleja a lo largo de la calle y se disuelve el pequeño grupo de curiosos.

En el coche, el espacio para dos personas es el justo, Mariana toma asiento junto al cochero, pero va pendiente de lo que pueden hablar su señorita y el señorito Pablo, no por insana curiosidad, sino por ver cómo se las arregla su señorita para sacar el tema que le interesa, cómo consigue transformar aquella excursión campestre-pictórica en la antesala de unas relaciones amorosas. Mariana es muy joven y aún cree que las señoritas de la clase alta dominan artes que las mozas del pueblo pobres,

como ella, ignoran.

—¿Y a ti, Pablo, te gusta eso de ser abogado?, oyó que preguntaba de pronto su señorita, y se quedó perpleja. ¿Qué conseguiría con aquella pregunta? ¿Cómo conduciría, a partir de ahí, a su hermano o primo o nada hasta una petición de mano o hasta una cita clandestina?

—Para un hombre ambicioso, quedarse encerrado en un bufete en Olivera no creo que sea un gran porvenir.

—Yo no soy ambicioso.

—Pero ¿no te gustaría más ejercer como abogado en Madrid?

—Sí.

—Es una profesión para la que es necesario, según he oído decir, si quieres tener prestigio, estar casado, tener una familia, buenas relaciones sociales...

Los ojos de Pablito Zamora parecen de hielo cuando se digna mirar a su compañera de viaje para responder que si todo aquello es necesario para ejercer como abogado en Madrid, prefiere ser mendigo en Olivera. Micaela, después de lanzar una dura mirada a su pariente lejano, no correspondida por éste, que hurta la suya, decide no seguir la inútil conversación. Poco después hacen los viajeros un alto en el camino, en un agradable, umbrío lugar. Cerca corre un riachuelo. Allí abren la cesta de la merienda. Cuando Micaela, distraída en disponer platos y vasos sobre el mantel sujeto con piedras, no la ve, Mariana acerca el mantel de los criados mucho más al de los señores. Su obligación es no estar nunca lejos de su señorita, y está dispuesta a cumplirla. En lo que lo disponen todo, comenta el cochero, en voz no muy alta:

—No sabía yo que íbamos tan lejos; la charca, por la trocha está muy cerca.

—Ya debe de faltar poco —responde Mariana.

Después de recorrer un nuevo trozo de carretera los viajeros llegan a su destino. Cerca del coche, sentados sobre la hierba, descansan Mariana y el cochero. No muy lejos, Micaela ha montado su caballete, sobre él, un lienzo, y, con la laguna al fondo, posa Pablito Zamora. Micaela traza al carboncillo el esbozo de su retrato.

—No hace falta que estés quieto como una estatua. Puedes moverte, y hasta respirar. Ya ves que te doy facilidades.

—Pero debo estar siempre mirando hacia donde me has dicho, ¿no?

—Sí, eso sí. Mira hacia acá. Hacia mí.

En voz baja, pregunta a Mariana el cochero:

—¿Y para pintar un retrato de ese señorito teníamos que venir hasta aquí?

—Sí, porque mi señorita quiere que la laguna esté al fondo.

—¿Qué laguna?

—Aquella. ¿No la ves?

—Sí... La charca. ¿Y por qué quiere que esté al fondo?

—No lo sé. Será porque allí el marqués arrojó a la marquesa muerta.

—Ah, sí... —recuerda entre risas el cochero— «Eres mi escudero y tienes que ayudarme» y ¡zas!, cantazo. Yo les ganaba a todos.

La señorita Micaela ya tiene algo abocetado el rostro de Pablo.

—No, no mires al lienzo. Se cambia el ángulo, ¿comprendes?

—Sí, sí.

—Mírame a mí.

—Si te miro, te miro.

—Pero se te va la mirada al cuadro.

—Es natural. La curiosidad...

—¿Eres curioso?

No creo que sea mi mayor defecto.

—No tiene por qué ser un defecto. Si yo no fuera curiosa, no podría gustarme esto de hacer retratos. Ahora siento curiosidad por ti. Por saber cómo es tu cara, cómo son tus labios, tus ojos, tu mirada... A propósito: ¿siempre miras con esa mirada de hielo?

En efecto, la mirada de Pablo es totalmente fría, indiferente.

—¿De hielo?

—Sí, aunque no sea más que para el retrato ¿no puedes mirar con más fuego, como si estuvieras deseando algo?

Pablo sigue impassible.

—Inténtalo.

Pablo intenta complacer a Micaela, pero tiene conciencia de su ridículo.

—No puedo mirar así, Micaela, yo no soy un cómico.

—Y a la artista ¿cómo la miras?

—¿A la artista?

—Sí, a la Goya, a la Fantasía.

—Ah, sí —responde dudoso, y se toma un breve tiempo para responder—. No la he mirao.

El descaro de Pablo subleva a Micaela.

—¿Que no la has mirao? —grita, lanzando a Pablo una fogosa mirada.

—No responde el muchacho sin perder la impassibilidad.

—¿No la miraste cuando entró en el teatro, ni durante la representación, ni en el almuerzo en casa?

—No la miré.

La señorita Micaela se desentiende del boceto, se vuelve decididamente hacia Pablo. Mariana se incorpora, temiéndose lo peor.

—Repítelo por tercera vez —dice la señorita con aire amenazador.

—No la miré —repite, obstinado, el imperturbable modelo.

—¡Se acabó! ¡Ya no hay retrato! —con el carboncillo tacha con una enérgica aspa el rostro medio abocetado de Pablo.

Mariana no sabe qué hacer, da un paso hacia su señorita.

—Pero, Micaela... —musita Pablo.

La señorita Micaela no escucha lo que Pablo dice o empieza a decir, porque ya la ha emprendido a patadas con el caballete, ha cogido la caja de los colores y los

desparrama por el suelo, entre la tierra y las briznas de hierba.

—¡Ya no hay retrato! —grita una y otra vez.

Mariana y el cochero cambian entre ellos una mirada y corren hacia su señorita.

—¡Señorita Micaela! ¡Señorita Micaela! —suplica, asustada, Mariana.

—¡Ya no hay retrato! ¡Ya no hay retrato!

Cuando regresan en el coche, después de un largo rato en silencio, sin mirarse el uno al otro, es Pablo el primero que se decide a hablar, y lo hace en un tono susurrante, reconcentrado, como para sí mismo, pero no tan bajo que sus palabras no puedan ser percibidas no sólo por la señorita Micaela, sino por la doncella Mariana, desde el pescante.

—Sé que pensarás, Micaela, que me estoy comportando de una manera desagradable contigo. Es verdad, y creo que te debo una explicación.

La señorita Micaela, que aún no puede contener su furia ni los apresurados latidos de su corazón, le lanza una mirada despectiva, pero trata de serenarse y sin decir una palabra se dispone a escucharle.

—Yo he renunciado a algo muy importante para todos los jóvenes de mi edad: el contacto físico con las mujeres. Pero no me ha llevado a ello ningún impulso religioso, pues en religión soy más bien frío. Cumpló, más o menos, con los preceptos, porque así me han educado, y nada más. Lo que me ha llevado a esta renuncia es una llamada interior, una llamada de mi conciencia. Creo que yo soy más yo mismo si prescindí de ese contacto con el otro sexo, y que una de mis obligaciones en esta vida es no traicionarme a mí mismo. Hace unos años, en plena adolescencia, me tracé el propósito de que buscaría a mi mujer ideal y que a ella le entregaría mis primicias, sin mancillarlas antes con alguna acción a la que no me hubiera llevado el ideal, el amor. Creí que esta ofrenda de mi pureza era el mayor don que podía entregar a la mujer que me amara. Sé que esta es la actitud que se le exige a la mujer y no al hombre, pero no acertaba a comprender por qué debía existir esa diferencia, y sigo sin comprenderlo. Durante los años que han pasado desde entonces hasta ahora varias veces me he sentido atraído por los placeres de la carne, y perdona, Micaela, que te hable en estos términos quizás muy crudos para ti, pero lo hago para hacerme entender, para que no te queden dudas del motivo de mi comportamiento. Sí, me han atraído algunas mujeres, su aspecto físico, pero al comprender que lo que me atraía era sólo eso, lo físico, sin que el espíritu tuviera ninguna participación, he procurado siempre reprimir mi instinto animal, y hasta ahora lo he conseguido. Entiendo que una cosa es el amor y otra la pasión insana. El amor puede elevar al hombre, hacerle mejor, pero si ese amor se transforma en pasión, o si empieza por ser pasión, lo que hace no es sólo enloquecerle, sino rebajarle. Y lo que puede transformar el amor puro, espiritual, en pasión enfermiza es la carne, los placeres que ella promete. Al pensar esto comprendí que si, engañado por el atractivo de cualquier mujer, atractivo

que al principio podía provenir de la limpieza de su mirada, de su ternura, de su modo de comportarse con los demás, me acercaba a ella, aceptaba entrar en su círculo, podía sentirme atraído por la voluptuosidad inmediata. Todo lo que estaba en mi corazón o en mi cabeza podía descender a estar en mis manos, en las yemas de mis dedos, y comprendí que la mejor defensa contra esa posibilidad era alejarme de las mujeres, no entrar en su círculo, no caer en su red, no dejarme prender por su tela de araña, aunque lo que me hubiera atraído en principio fuese la luz del espíritu.

Pablo Zamora no dice más. Da por concluida su explicación, que la señorita Micaela ha escuchado en silencio, sin mirarle una sola vez, dejando vagar su mirada por los álamos, los robles, por las aguas del riachuelo, por las lejanas montañas, de color violeta apagado a la luz crepuscular. Ahora sí le mira, él lo percibe y alza los ojos hacia ella, que con ternura le estrecha una mano. Pero, en contraste, la mirada de la señorita Micaela a Pablo Zamora no es tierna, sino dura, despectiva.

—Qué tonterías dices, Pablo.

Cuando a la noche, ya en casa, Mariana ayuda a desnudarse a la señorita Micaela, ésta, airada, arroja las prendas al suelo.

—No le quita la mirada, no le quita la mirada, no le quita la mirada —repite de modo tan obsesivo que a Mariana le da miedo.

—¿Qué dice usted, señorita?

—¡Y habla de alejarse de las mujeres! ¡Y dice que reprime su instinto animal! ¡Y que si el espíritu y no sé cuántas mentiras más! ¡Pero si no le quita la mirada! ¡En la estación, en la entrada del teatro, en el almuerzo, donde sea! ¡No le quita la mirada, Mariana!

La doncella está desconcertada, el comportamiento de su señorita le parece incomprensible, ha hablado con otras colegas suyas, criadas de las casas grandes de Olivera, y casi todas están de acuerdo en que las señoritas de la edad de Micaela son poco más o menos igual de raras, eso debía de ser a resultas de haberse criado en una ciudad grande, y no digamos en el caso de la señorita Micaela que, con su familia, ha hecho algún viaje a Madrid. Apenas hacía veinticuatro horas, la noche anterior, la señorita Micaela estaba contenta, sin que tampoco a Mariana esto le pareciera natural, porque el señorito Pablo había mirado con insistencia, y con aparente admiración, a la cómica Encarna Goya.

—¿Tú crees que estaba contenta, Mariana, me notaste alegre?

—Se reía usted, señorita, como si fuera una niña y le hubieran hecho un regalo que no esperaba, a mí me pareció que se sentía feliz.

—Pero la mira sólo a ella, sólo a ella —dice enrabiada la señorita—, ¿no lo has visto, Mariana?

—Sí, señorita Micaela, pero lo que yo digo es que...

Lo que fuera a decir Mariana, por muy razonable y oportuno que fuese, ya no

sirve para nada. La señorita Micaela se desborda, se desmanda, no es dueña de sí, grita, incontrolada, como poseída por algo superior a su voluntad.

¡Dime que no lo has visto, dímelo! ¡Dime que no has visto que la mira siempre, que en cuanto la tiene cerca no aparta los ojos de esa cómica!

Tampoco Mariana puede apartar de su señorita la temerosa mirada. Su señorita, como todas las señoritas educadas en Olivera y otras ciudades grandes, no deben de ser de este mundo, del mismo mundo que Mariana y sus amigas, nacidas y criadas en Hondonadas, en Corvejosa, en Mazalbache. La señorita Micaela le recuerda a Basilisa, la niña de ocho años hija del tío Perniles y de Eutiquia, la pelirroja, que la poseyó el demonio y después de retorcer el cuello a su hermanito recién nacido se arrojó por el barranco. La señorita Micaela se esfuerza por no gritar, pero eso hace que los ojos se le desorbiten, que se le hinchen las venas del cuello, se clava las uñas en la carne de los brazos. Si aquello era el amor, Mariana no quiere sentirlo nunca.

—¡Y para mí no tiene ni una sonrisa!

A medio desnudar, la señorita Micaela se arroja sobre la cama vociferando, pataleando.

—¡Ni una palabra! ¡Ni una mirada!

—¡El histérico, el histérico! —exclama espantada la doncella, y echa a correr fuera de la habitación, va por el pasillo gritando—: ¡a la señorita Micaela le ha dado el histérico! ¡Las sales, las sales!

XIV. Ensalmos, conjuros, maleficios...

Don Sebastián Somontes está en el Casino Agrario, doña Rosa Ibáñez de Somontes, ayudada por su doncella Jerónima, se ha embutido en el vestido malva con esclavina de encaje y abundantes adornos negros de pasamanería y ha salido de casa para devolver dos o tres visitas, tras despedirse con un beso de su hijo Augustito, que juega en el jardín con unos amigos de su edad que han venido a pasar con él la tarde mientras la soledad provinciana se cuele a través de los visillos de brujas en las estancias del palacete, y en la sala de música Micaela interpreta al piano para sí misma *Tristeza de amor*, hasta que consigue evadirse de la magia de la música y cae de nuevo en la magia de la realidad y, con desmayo de sus manos, deja de tocar, se queda abstraída en su ensueño, perdida la mirada, cambia de pronto la expresión de su rostro, deja que un cercano recuerdo invada su memoria y evoca el momento en que ella y su inseparable Mariana estaban en una de las dos filas de curiosos que presenciaban la entrada de los cómicos por la puerta del escenario del Gran Teatro Viriato y ella llamaba la atención de su doncella, para que viera que en la fila de enfrente, mirando a los cómicos y las cómicas, estaba Pablito Zamora. Micaela se erguía, se adelantaba para que su pariente lejano la viera, pero fue inútil, ella no existía para el joven —como si fuera transparente o todavía no hubiera nacido—, que había abandonado el grupo de los comparsas para ver entrar de frente a la atractiva, bellísima, esplendorosa Encarna Goya, ignorante de que Micaela había observado la maniobra, y después, cuando ya habían entrado en el teatro los cómicos, se sumó al grupo de comparsas y entró con ellos.

Micaela se levanta y sin cerrar la tapa del piano sale del salón de música, va, sigilosa y rápida, por el pasillo hasta la zona de servicio y al llegar allí llama en voz baja, en un susurro:

—Mariana... Mariana...

Llegan las dos al teatro poco antes de que comience la representación, a tiempo de que Mariana contemple el prodigio inexplicable de que un príncipe se convierta en gallo. Ahora, en el escenario, para Mariana no el escenario de un teatro sino la casa de unos labradores más o menos acomodados, una mujer vieja, de aspecto desagradable, no la simpática abuela de Ladia y Lisia, abre una bolsa, de ella saca un precioso vestido y se lo muestra a Ladia, que no reprime un grito de admiración.

LADIA.— ¡Oh! ¡Qué lindo es el vestido!

BRUJA.— Es el más lindo del reino,
puedes creer a esta vieja.
Y se ceñirá a tu cuerpo
como caricia de amado

desde los pies hasta el cuello.
En la boda de tu hermana,
está bien segura de ello,
serás la mejor vestida.

LADIA.— Pero... tendrá un alto precio.

BRUJA.— Veinte monedas de plata,
no puedo dejarlo en menos.

LADIA.— Comprarlo quisiera yo,
mas tanta plata no tengo.

BRUJA.— Soy bruja, Ladia, lo sabes,
por eso sé que el dinero
del vestido no te falta.
Va el color con tus cabellos,
los encajes con tu piel.
Acaricia el terciopelo
y la seda de los lazos.
Mira qué lindos arreos.
Aunque se case tu hermana
con un noble caballero,
serás con este vestido
tú la reina del festejo.

LADIA.— Déjame el vestido, bruja,
y llévate los dineros.

Desaparece de pronto toda la luz, suena un redoble de tambor. Al cesar el redoble vuelve la luz, el decorado es el mismo, la casa de Ladia y Lisia, pero, ante la sorpresa de Mariana, ahora están en la casa un grupo de campesinos, Lisia, el bello Reyán, el padre, la madre y el criado Juan Camorra.

PADRE.— Me habéis conocido a mí
y a Rosamunda, mi esposa,
que vuestros padres seremos,
hijo Reyán, desde ahora.
Conocéis a mis obreros
y al criado Juan Camorra.
Y a Lisia, luz de esta casa,
cuya mano se os otorga.
Sólo os falta conocer a Ladia,
nuestra otra joya.
Camorra, dile que pase.

Va el criado a una puerta y la abre.

JUAN CAMORRA.— Ama Ladia, ya es la hora.
Os reclama vuestro padre.

Entra Ladia, deslumbrante de belleza en el vestido nuevo. Un ¡oh! de admiración surge de la concurrencia. Reyán, al verla, va hacia ella, ocupa el centro de la escena y se arrodilla.

REYÁN.— Escuchad, Ladia: me asombra
que pueda conseguir veros,
pues me deslumbra la gloria,
la luz de vuestra belleza,
superior a cualquier otra,
y ciego temo quedarme
y no veros desde ahora.
Vuestra mano es la que pido;
y vos. Lisia, me perdona mi voluble proceder;
si vuestro padre me otorga
la mano de vuestra hermana
habrá fiestas y habrá boda.
Si me la niega, lo juro:
¡jamás casaré con otra!

Lisia lanza un grito desgarrado y cae desvanecida. Los demás corren a ayudarla mientras la luz desaparece y suena otro redoble. En la oscuridad, pregunta susurrante la señorita Micaela.

—¿Has reconocido en alguno de esos campesinos a Pablo Zamora?

—Yo no he estado atenta a eso, señorita, sino a si la hermana se quedaba con el vestido.

—Pues debes estarlo, que es a lo que hemos venido.

—Usted perdone, señorita Micaela. Ahora me fijaré.

—Yo creo que es el que lleva unas barbas larguísimas, que no son de campesino.

Cesa el redoble, vuelve la luz, pero mucho más escasa que antes, pues la acción se desarrolla en la cueva de una bruja. Por las paredes corren lagartijas y, para terror de Mariana, hay gatos, búhos y murciélagos con ojos fosforescentes. En el fuego de la cocina algo hierve en una olla de la que surge un humo de color rojo. En el centro de la cueva hablan la bruja y Lisia.

LISIA.— Sé, bruja, que le vendiste
de seda y de terciopelo
un vestido con bordados,
con encajes, con arreos,
a mi hermana menor, Ladia,
y horror me da lo que pienso,
que está hechizado el vestido
y que cualquier hombre al verlo
cae rendido enamorado
de la que lo lleva puesto.

Por ello pide su mano
Reyán, noble caballero
que a pedir la mía vino,
pues me conoció primero.

BRUJA.— (*Aparte.*) (Cuán equivocada está;
pero en este error husmeo
que el asunto ha de traerme
alguna ocasión de medro.)
Hechizado está el vestido,
pues tu hermana pagó el precio.

LISIA.— De Ladia quiero vengarme;
dame, bruja, un sortilegio,
un embrujo, un maleficio,
un cruel encantamiento,
algún ensalmo o conjuro,
una magia, un amuleto.
¡Que nunca sea feliz!
Te pagaré en buen dinero.

BRUJA.— El buen dinero no sirve
para mi oficio; lo siento.
Ha de ser dinero malo,
logrado por malos medios.

LISIA.— El dinero lo he robado
a mis padres. Esto tengo.

De su faltriquera saca unas monedas y las deja sobre la mesa.

BRUJA.— Como paga es suficiente.
Yo con poco me contento.

Mientras hace una invocación se acerca a la cocina y echa unos polvos sobre el fogón.

BRUJA.— Satán, Satanás,
Luzbel, Lucifer,
Mefisto y Belcebú.

Surge del fogón una gran llamarada y toda la luz de la escena se enrojece. Del suelo, del techo, de los laterales surgen seis u ocho diablillos con patas de cabra, rabo y cuernos que corretean, brincan y bailan. Allá, en la delantera de gallinero, Mariana se lleva las manos a la boca, presa de asombro y terror.

BRUJA.— Que Ladia nunca conozca
los placeres de su cuerpo.
Que lo mejor de la vida
se le convierta en un sueño,
que no goce de los hombres,

de sus abrazos y besos.
Que nunca pueda mirarse
con alegría al espejo.
Que nunca sea feliz,
ni siquiera en el recuerdo.
Demonios que sois mi guía,
habitantes del Averno,
si estáis de acuerdo conmigo,
respondedme con un trueno.

No cabe la menor duda de que los demonios están de acuerdo con la bruja, pues se deja oír inmediatamente un gran trueno y toda la escena se oscurece. Mariana no puede contener un grito y algunos espectadores cercanos a ella sueltan la carcajada.

—Todo esto es mentira, mujer, no te asustes, son trucos del teatro susurra la señorita Micaela al oído de su temblorosa doncella.

—Señorita Micaela, yo no podía imaginarme que el teatro era así... Como usted y sus señores padres cuando vienen llegan a casa tan contentos...

En el entreacto, cuando de nuevo se encienden las luces de la sala y muchos hombres salen a fumar y algunas señoras a estirar las piernas, señorita y doncella discuten, aunque con alguna dificultad, pues cada una tiene sus pensamientos en mundos muy distintos. Mariana está sentada en una nube, flota, sueña despierta desde que se acomodó en aquel duro banco del gallinero, transformado en seguida en almohadón de plumas, y descubrió al público de la platea, que componía una sola joya luminosa, radiante, cuya luz llegaba hasta los pisos altos del teatro y cegaba a los espectadores de arriba, a unos de admiración y a otros de resentimiento. Entre los primeros se encontraba Mariana. Después, al alzarse el gran cortinón adamascado con flecos de oro, había comenzado el desfile de prodigios, de imposibles hechos realidad; volando en alas del asombro, Mariana, la moza hambrienta de Hondonadas, cuando creía vivir una aventura que no era la suya, había traspasado las puertas de un mundo nuevo, un mundo desconocido, ni siquiera soñado. La señorita Micaela en cambio se halla bien sentada en su mundo de siempre. Ningún deslumbramiento le ha provocado más ceguera que la suya habitual. De la riqueza ostentosa de la platea, de la pobreza del gallinero, de los prodigios, magias o tramoyas teatrales que se suceden en el escenario, ella no tiene ojos más que para los lejanísimos rostros de los seis u ocho comparsas que hacen de campesinos y luego de diablillos. ¿Aquel campesino gordo podía ser Pablo Zamora, al que le hubiesen puesto una botarga? No, estaba segura, a pesar de lo mal que se le distinguía a esa distancia, de que era el del ancho sombrero y las larguísimas barbas.

—¿No me has dicho tú misma, Mariana, que se disfraza lo más que puede para que no le reconozcan y le vayan con el cuento a su madrina?

—No sé, señorita, no sé...

—¿Cómo que no sabes? Estás en Babia. En cuanto termine la función me

acompañas a la taberna del As de Copas.

—Eso sí que no, señorita.

—¿Cómo que no? Me acompañarás porque yo te lo mando.

—Pero la señora, su señora madre, señorita Micaela, me tiene dicho...

—Mi señora madre manda en casa, pero ahora no estamos en casa. Ese tal Federico que está ahí de comparsa, según tú me has dicho, es amigo de uno de tus muchos novios...

—Ay, señorita.

—Y también es amigo de Pablo Zamora. Tú has ido con tu novio y con él a la taberna del As de Copas.

—A merendar, señorita Micaela, a merendar. Pero lo mío es distinto.

—Lo tuyo es igual. Las dos somos mujeres. Seguro que al acabar la función van los dos, con los demás comparsas y algunos cómicos y cómicas a la taberna del As de Copas. Tú me acompañas como si tal cosa y ya está.

—Yo hoy no entiendo nada, señorita Micaela... No se me ocurre qué decirle... No comprendo cómo a usted no le preocupa lo que pueda ser de esas dos hermanas, Ladia y Lisia...

—No digas bobadas, Mariana.

—Lo que usted quiera, señorita Micaela, haré lo que usted quiera.

Antes de que se celebre la boda, Lisia, siguiendo las indicaciones de la bruja, da a su hermana un beso en cada mejilla, y después otro en la frente. Al instante, Ladia se convierte en vieja, pero no en una viejecita agradable, sino en una vieja repugnante. La propia Lisia se aparta de ella, espantada. Un ¡oh! de asombro y temor sale de las bocas de toda la concurrencia. Todos retroceden un paso hacia la pared, como bien disciplinada tropa. La única que no comprende lo que le ha sucedido, al ver la actitud de todos y en particular la del bello Reyán que también retrocede y se tapa los ojos, horrorizado, es la vieja Ladia. Va de uno a otro, pregunta a gritos qué sucede, por qué se apartan de ella, por qué le dan la espalda, por qué la huyen incluso sus padres. Nadie se atreve a decir nada, todos están aterrados. Desde el gallinero, conmovida por la angustia de la desdichada mujer, grita Mariana.

—¡Estás embrujada! ¡Estás embrujada!

Una gran carcajada llena el teatro.

—¿De qué se ríen? —pregunta, perpleja, la doncella a su señorita.

—¡Calla, mujer!

El criado Juan Camorra, regateando entre las piernas de unos y otros sin dejar de hacer guiños confabulatorios al público, ha salido de la escena y retorna ahora. Trae en sus manos un espejo que primero muestra a los espectadores y luego coloca frente a la perpleja Ladia, que no bien se ve en él, lanza un grito. Corre para un lado, enloquecida. Sus padres no saben si acercarse a ella, si alejarse. El bello Reyán está

atontado, en primer término del escenario, y algunos espectadores se ríen de él. Al fin, en una desmelenada carrera, Ladia va hacia la puerta del foro, le abren calle y desaparece entre gritos horribles. El traspunte Ramón Gómez da la orden en el momento preciso, se hace un oscuro y suena una gran ovación que se enlaza con el redoble del tambor. Cuando el redoble cesa y vuelve la luz, la repugnante vieja Ladia en su desmandada carrera llega a la cueva de la bruja, quien sin manifestar ningún temor, porque está hecha a cosas como esta, le explica lo de siempre, que únicamente recobrará su belleza y su juventud si un hombre le da un beso de amor en la boca, en aquella boca desdentada y maloliente (la acción de la magia se desarrolla en el siglo XVII), pero un beso de amor, no simplemente un beso fugaz, por cumplir, como el que podría dar un pícaro para llevarse la dote, un beso en el que se una el más elevado afán espiritual a la más terrenal lascivia. ¡Es imposible!, exclama, en verso, la repulsiva vieja, y cae desmayada sobre el suelo de la cueva. Pero, con un conjuro, la bruja la devuelve a su casa. Lisia de nuevo roba dinero a sus padres y así consigue, a lomos de un caballo con alas (¡qué indescriptible asombro el de Mariana cuando le ve traspasar la pared de la cueva y galopar/volar frente al público hasta perderse por el fondo del patio de butacas! La señorita Micaela tiene que sujetarla para que no se caiga de bruces y se estrelle), abandonar este sucio mundo. Un viejo avariento opta a la mano de Ladia pero no consigue vencer la repulsión que la vieja le causa, que es, aproximadamente, la misma que él causa a Ladia entre las carcajadas del público. Los espavientos del actor y la actriz incorporando a los dos viejos, también hacen reír a Mariana. Un ambicioso que quiere ser el dueño de toda la comarca y para eso le convienen no sólo la dote de Ladia sino la posible herencia el día de mañana, opta también a su mano. Mas ya sabe que no sólo debe superar él la repugnancia que la vieja despierta, sino que él debe agradar a la vieja, y, por desgracia, es un hombre patizambo, estrábico, de poco pelo y enorme nariz. Recurre también a la bruja, cuyo trabajo puede pagar de sobra, y ella le consigue un disfraz de hombre apuesto que durará cuatro o cinco días, los suficientes para engañar a la infeliz Ladia y a sus padres. Pero la bruja es bruja mala y le va con el cuento al padre. Y le proporciona una pistola cuyos disparos no matan, sino que hacen que las víctimas desaparezcan por el fondo de la tierra, con lo que ni hay asesinato ni quedan huellas del delito. De ahí el suceso, que ya conoce el curioso lector, en el que el traspunte Ramón Gómez estuvo a punto de causar la muerte del actor Diego Díaz. El criado Juan Camorra, que siempre anda zascandileando de un lado para otro, recomienda a la infeliz y repulsiva vieja que recurra al sabio Pep, el que vive retirado en el sótano de las ruinas del castillo. Dicho sabio le dice a la vieja Ladia que su caso no tiene más que una solución, que únicamente si llega a la isla de la Fantasía y conoce a la Fantasía y consulta con ella podrá resolver su problema. Pep les da a beber un licor maravilloso y envía a Ladia y al criado Juan Camorra a la isla de la Fantasía. Ante la atónita mirada de la doncella Mariana Bravo, lo que era el lóbrego sótano de un castillo abandonado, con cuatro o cinco retortas y alambiques, un banco y una mesa de

madera sin desbatar, se transforma súbitamente en el más bello lugar que ella nunca haya visto o haya podido imaginar. Aguas de un azul transparente rodean un espacio de tierra que no es áspero ni gris como el que ella conoce, sino de un pálido dorado que no hiere la vista y en el que bosquecillos frondosos y praderas de apacible verdor, salpicadas de florecillas de múltiples colores, se ofrecen como mullidas alfombras. El agua parece abrazar la tierra con amoroso deseo. Las nubes, blancas y con suaves tripas de gris pálido, cuelgan sólo como adornos. Senderos ondulados. Trochas no muy empinadas. Riachuelos cantarines. Delicadas dunas. Y en el centro de todo, el deslumbrante esplendor del palacio de la mismísima Fantasía, coronado a la plena luz del día por las estrellas que en el resto de los mundos conocidos sólo lucen en la noche.

Cuando Ladia y Juan Camorra llegan a la isla no ven por ningún lado a la reina, la Fantasía. Les informan de que en ese momento da su diario paseo por las nubes. Los comparsas y algunos cómicos alzan los brazos y llevan las miradas a lo alto.

COMPARSAS Y CÓMICOS.— (*A coro.*)

¡Ya llega la Fantasía!

¡La Fantasía ya llega!

¡Saludadla, saludadla!

¡Salve, reina! ¡Salve reina!

Desde el telar, desde el cielo, llevada en brazos por un ángel —que es Pablo Zamora— desciende la bellísima Fantasía —Encarna Goya—. El ángel mira extasiado el rostro de la bella, que también le contempla a él con deleite.

En la delantera de anfiteatro la señorita Micaela, en un susurro, exclama, excitadísima:

—¡Mírale, ese es, el ángel!

—Tenía usted razón, señorita, y la verdá es que parece un ángel, qué guapo está.

El ángel y la Fantasía llegan al suelo. La repulsiva vieja Ladia expone su problema: precisa que un hombre le dé un auténtico beso de amor y de lascivia en la boca para así recuperar su belleza, su lozanía, su juventud. La Fantasía, para darle la solución de su problema, se la lleva aparte y le habla en secreto: lo que pretende, lo que necesita, sólo puede conseguirlo de un borracho. Cae rápidamente el telón y suenan aplausos. Ya no se ve el escenario, el telón lo oculta, no sucede en él ninguna maravilla, pero Mariana permanece con la mirada fija, la boca abierta, esperando algún nuevo portento, cuando advierte que la señorita Micaela se esfuerza en contener el llanto.

—¡Se ha metido a comparsa para no dejar de verla, Mariana! ¡Para verla de cerca!

—Vamos, señorita Micaela, no lo tome usted así, ya le he dicho que el señorito Pablo hace esto por ganarse unos cuartos y no pedirle a su madrina.

—Por favor, Mariana, no intentes consolarme.

En el escenario los tramoyistas, muy rápidamente, cambian el decorado. Mientras

tanto, Encarna Goya, camino de su camerino, pasa junto al ángel Pablito Zamora, que no ha dejado de mirarla. La escena representa ahora de nuevo la casa de Ladia y Lisia, en donde se celebra la fiesta de la segunda petición de mano. Ladia le dice al criado Juan Camorra que incite a beber al bello Reyán, pero sin contarle Ladia el secreto al criado. El bello Reyán es hombre que resiste muy bien el alcohol y presume de ello. Pero el criado, para acompañarle, bebe también. Y a él le va haciendo efecto. El público ríe ante esas borracheras. De repente, el bello Reyán se desvanece y cae al suelo, y su desplome es acogido con una gran carcajada. En cambio el criado se mantiene en pie, aunque trabajosamente, y sin dar dos pasos en la misma dirección. Pero acierta a llegar cerca de la vieja Ladia.

JUAN CAMORRA.— Ladia, flor, estrella, diosa,
escúchame mi secreto,
¡oh bella entre las más bellas!
en el corazón lo llevo
desde el día en que te vi.
A ti te amo, por ti muero.
Pero soy sólo un criado,
ni noble ni caballero,
por eso mi gran amor
lo he condenado al silencio;
mas si me ofreces tus labios
te los llenaré de besos.

Sobre la desdentada vieja, que se ofrece placentera, se abalanza Juan Camorra y le da un prolongado y profundo beso en la boca. Cuando se separan para respirar, Ladia es de nuevo la joven bellísima que era al principio de la comedia. Se transforma el decorado en la isla de la Fantasía, y allí, el criado, que no era mal parecido, pierde su aire tosco y campesino, y estirado y con el pecho henchido, casi parece un señorito de ciudad. Surge de pronto el sabio Pep para recordar a la feliz pareja de enamorados que deberán vivir siempre en la isla de la Fantasía, porque si vuelven a su tierra se deshará el hechizo. La reina de la isla se adelanta y se dirige a los espectadores, abre para ellos su sonrisa, sus brazos, su belleza.

LA FANTASÍA.— Cuando hagan presa en vosotros
las desgracias de la vida,
os ofrezco mi refugio:
me llamo la Fantasía.

Unos en silencio, otros comentando, salen los espectadores, entre ellos la señorita Micaela y su doncella Mariana. La señorita se medio oculta para no ser reconocida y atenaza de un brazo a la doncella. Quiere ir a la taberna del As de

Copas, donde acuden algunos cómicos cuando acaba la función. Allí seguro que va también el señorito Pablo con su amigo Federico, Mariana se lo ha dicho. La doncella se escandaliza, pero la señorita se empecina. Estarán sólo media hora y llegarán a casa para la cena, como siempre que vuelven del paseo de la tarde.

Don Lauro, el cacique, ha bajado al almacén del sótano del teatro y ha apartado un poco el cesto de mimbre y el biombo, y a través del montón de tablas que oculta el nicho, habla con el marqués.

—¿Cómo se encuentra, señor marqués?

—Jodido, Lauro, muy jodido. Ya hablaremos tú y yo cuando salga de aquí.

—Pronto será. Yo no he podido hacer más, se lo aseguro. Ni la Guardia Civil ni el juez harán nada. Ya está arreglado. No tienen pistas, y el suyo ha sido un delito de honor. Saldrá usted de Olivera con los cómicos, y en Montecillo se apea.

En la taberna del As de Copas señorita y doncella se han sentado a una mesa desde la que se ve bien la entrada y han pedido dos cervezas. Mariana casi no se entera de nada, sigue en éxtasis. En el local, entre bastantes hombres, sólo se ve a tres mujeres, que a saber quiénes serían. Pero allí espera la señorita Micaela encontrar a Pablo Zamora, y allí le encuentra. Y allí conoce la doncella Mariana al traspunte Ramón Gómez. Si no hubiera entrado el comparsa Zamora al mismo tiempo que el traspunte Gómez, el destino de la doncella Mariana Bravo no habría cambiado, pero, por casualidad, entraron juntos; una casualidad como otra cualquiera, ya digo.

—Este es Ramón Gómez, el traspunte de la compañía Fuentes-Jimeno —presenta sonriente Pablo—, sin él no habría isla ni habría fantasía.

—¿Por qué? —pregunta Micaela.

—Porque él es el encargao y el responsable de que el sótano del castillo se transforme en el momento preciso en isla paradisíaca; él produce la lluvia y los truenos; él da la orden para que se abran los escotillones y aparezcan los diablos; él transforma a los príncipes en gallos...

—Bueno, no tanto, no tanto... —corrige modestamente el traspunte Gómez.

Pero ya no puede evitar que a Mariana se le afloje la mandíbula y clave en sus ojos oscuros su mirada verde claro. Mariana ve por primera vez a aquel hombre no corpulento, de mediana estatura, moreno, con mostacho grande de guías retorcidas, vestido correctamente, más como un cómico que como un obrero. Mariana ya había oído decir que, en realidad, no existían los ojos negros, sino que los que así se llamaban eran de color castaño tan oscuro que el iris se confunde con el negro de la pupila.

No están los cuatro más de diez minutos en la taberna y la conversación gira en torno a las magias del teatro y al asombro que han producido en Mariana. En unos

minutos más, antes de que señorita y doncella se vayan a casa, el traspunte Gómez enseña a Mariana el escenario del teatro, a la luz de una sola bombilla, y el almacén del sótano. De asombro en asombro, Mariana descubre el rodillo que hace el ruido de la lluvia y Ramón le deja que dé unas vueltas a la manivela y otras a la de la caja de los truenos; al fondo del escenario está el modernísimo aparato con el que se crea la ilusión de que las olas del mar se acercan lentamente a la playa; se parece, aunque de mayor tamaño, al juguete que conserva de su niñez la señorita Micaela, y que lo llaman zootropo o algo así. Bajan por la escalerilla de madera al foso, enciende otra bombilla de amarillenta luz Ramón y muestra a Mariana los mecanismos que hacen abrirse y cerrarse los escotillones, la gran trócola con la que se manobra el telón de boca y las otras once poleas para los demás telones, los que forman los decorados. En aquel tiempo, en los teatros de las ciudades importantes el almacén estaba muy abastecido, pues las compañías no viajaban con el mobiliario, y los teatros debían estar prevenidos para obras de época actual y para las históricas, tanto como para las de magia y las zarzuelas. Así, con aperos de labranza se mezclaban muebles góticos, dieciochescos, tronos, bancos de iglesia, una barca, caballos de cartón, esqueletos falsos, monstruos de cartón piedra... Aunque en un teatro no se representasen nunca comedias de magia, el almacén de un teatro de provincias era siempre un espacio mágico. Podría haberse decepcionado Mariana al contemplar de cerca las trampas de aquel prodigioso juego de manos, pero ocurre lo contrario: crece su admiración por el hombre que gobierna aquel increíble artificio.

Suena una voz humana, profunda, ahogada, como si surgiera del fondo de la tierra. No se perciben las palabras, pero es evidente que alguien habla. Alguien que no es ni Mariana ni Ramón; y la señorita Micaela y el señorito Pablo se han quedado fuera, en la calle, esperando que concluya una visita que para ninguno de los dos tiene interés. Mariana, espantada, no puede impedir agarrarse a un brazo del traspunte Gómez, que sonrío en silencio, sin manifestar ningún temor. La voz sigue hablando. ¿Es un truco teatral más cuyo mecanismo Ramón va a explicarle? O acaso él no ha oído la voz...

—¿No lo oye usted, Gómez? —pregunta la doncella con un hilo de voz—. Alguien habla.

—Chist. No hable usted al mismo tiempo, y escuche.

Gómez dirige la mirada hacia el sitio en que escondió al marqués asesino y va hacia allí. Escucha, efectivamente, la voz del marqués, pero no consigue entender lo que dice.

—Parece una voz de ultratumba —dice, temblorosa, Mariana.

—Sólo de tumba. Acérquese, no tenga miedo.

Mariana le obedece. Se acercan los dos a las tablas que hay sobre el nicho.

—Todo va bien, señor marqués —dice, alzando la voz, Gómez—; cuando acabe la función de la noche, me lo ha dicho don César, le traeremos a su excelencia algo de cenar.

Luego se vuelve hacia Mariana y le dice en voz más baja:

—Perdóneme, pero esta magia no se la puedo explicar.

De camino al palacete de los Somontes, van emparejados Pablito Zamora y la señorita Micaela y tras ellos la doncella y el traspunte, que continúa asombrándola con las maravillas de su oficio.

La cuestión que trata Pablito Zamora es más delicada.

—Creo que te debo una explicación, Micaela, por una mentira que te dije ayer.

Micaela le pregunta con la mirada a qué mentira se refiere.

—A todo aquello de mi renuncia al contacto con las mujeres para seguir siendo yo mismo.

—No era una mentira, Pablo. Ya te lo dije: era una tontería.

—Era una mentira. Estoy convencido de que tú sabes lo que se dice de mí. Todo el mundo lo sabe en Olivera. En estas ciudades en que todos nos conocemos y en las que hay tan pocas diversiones es imposible guardar en secreto una cosa así, aunque resulte humillante; a los demás no les importa. Micaela... No es verdá nada de aquel discurso que te eché el otro día... es verdá que una noche fui... Bueno, me llevaron, a casa de la Extremeña... Federico, ese que sale conmigo de comparsa, y unos amigos suyos. Bebí bastante. Estábamos en el comedor, sentaos unos cuantos a la mesa, a alguno no le conocía, no era de mi grupo; sobre la mesa, cubierta por un tapete de hule, tumbaron a una mujer desnuda, era muy flaca, se le marcaban los huesos, le faltaba un diente y otro lo tenía de oro, se reía con risa de estúpida, borracha como una cuba, le echaban vino en la boca, unos de una botella, otros de sus propias bocas y le daban vueltas sobre la mesa, como si jugaran a la ruleta, caía su cabeza junto a uno y ese la besaba, y haciéndola girar se la pasaba a otro que también la besaba, se detuvo aquella cabeza junto a mí y tuve que besarla, pero al advertir que casi no lo hacía, el que estaba a mi lao me apretó el colodrillo y me metió hasta el fondo en la boca de la mujer, sentí como un trapo húmedo y repugnante en la lengua y empecé a sentir arcadas, en ese momento la Extremeña se asomó a la puerta y dijo que me tocaba a mí, que el otro ya había terminao, entré en un cuarto muy pequeño, casi sin luz, con una cama y un lavabo, la luz no era tan escasa que no se advirtiesen la suciedad y los desconchaos de las paredes, la cama estaba deshecha y sobre ella había una mujer que me pareció muy mayor, como vio que me quedaba quieto, y que apartaba de ella la mirada, debió de pensar que tenía miedo, se incorporó sin dejar la cama y me cogió de la mano, yo sentía que me volvían las arcadas, la chaqueta se había quedao en el comedor, y también el cuello, el chaleco y la corbata, me bajó los tirantes y me quitó la camisa, quiso besarme en el pecho y yo le aparté la cabeza con las manos, me preguntó si era la primera vez y me desabrochó el pantalón...

—Por favor, Pablo, no soy tan moderna.

—Perdóname, Micaela, cuando me vuelve ese recuerdo no sé lo que pienso, ni lo que me digo.

—Ya lo veo, ya.

—Lo que quería decirte, en fin, es que todos mis amigos reían, bebían, cantaban... Lo pasaron en grande con aquellas mujeres... Pero yo... Yo fui incapaz... No sentí más que asco. Sufrí un schock. ¿Tú sabes lo que es un schock?

—Sí, creo que sí.

—Pues eso, sufrí un schock y he quedao inútil.

Micaela alzó la mirada hacia Pablo, pero él miró hacia otro lado.

—Ya ve usted lo que son las cosas —le decía Ramón a Mariana—; yo hago todo eso, las tormentas, las apariciones, las olas que van y vienen, los decoraos que se transforman, hago que los personajes bajen volando, corro durante la tarde y la noche de un lado a otro del escenario, de unos bastidores a los otros, de topes a arrojés, de arrojés a topes, del primer término al foro, subo y bajo al foso, al almacén. Pero estoy siempre detrás, detrás de los decorados, o en un lateral o en el otro, pero nunca de frente, si abandonara el escenario y me fuera al patio de butacas para verlo, la función se detendría, no habría tormentas, ni apariciones, ni cambios de decorados. Me dicen, como usted, Mariana, que todo queda muy bien, muy bonito, pero yo no lo veo nunca. Ya ve lo que son las cosas.

Ya se sabe que tanto ahora como en los tiempos en que la compañía de teatro de magia Fuentes-Jimeno recorría las plazas de Zamora y Salamanca, los periódicos no son muy de fiar si uno pretende enterarse por ellos de lo que sucede en el mundo y en especial de los motivos de los sucesos. Pero hay pocos medios más de saber algo. En una ciudad como Olivera se reciben cartas también, que algo ayudan. Pero con sistemas de gobierno tan opresivos como el español de aquellos tiempos, la gente no se expresa en la correspondencia con absoluta libertad. También llegan viajeros con noticias de primera mano, pero estos viajeros tardan mucho en llegar. Mas, a pesar de todo, recogiendo un poco de acá y otro poco de allá, tanto los grandes señores de las familias Olzar, Somontes, Montáñez, Meló, Zamora, Ruiz-Astuero..., o las criadas como Mariana Bravo, obreros como el oficial de tapicería y buen bailarín Saturnino, curtidores como Andrés, o cómicos, aves de paso, como los de la compañía Fuentes-Jimeno, gerentes, tramoyistas, apuntadores y traspuntes como Ramón Gómez, llegan a enterarse de lo que sucede en su país, aunque sea solamente de manera aproximada. Y una de las cosas que sucede es que la vieja guerra de moros y cristianos del siglo XIX en el vecino país de Marruecos, vuelve a reproducirse en los albores del siglo XX con más perfeccionado armamento por ambas partes; por ejemplo, desde hace unas décadas, tras la guerra de secesión norteamericana, puede matarse a los hombres con ametralladoras, maravilloso invento, aunque de vieja tradición, que presta muy buenos servicios.

En el año al que me refiero, un moro llamado *el Rogui*, que significa «el pretendiente», jefezuelo de las cabilas próximas a Melilla, había vendido unas minas de hierro a una empresa fundada ex profeso por un grupo de potentados españoles,

entre ellos algunos políticos del momento. Otros moros de la zona —según ellos, legítimos propietarios— no secundaron la operación y se enfrentaron al *Rogui*, que hubo de escapar. No bien comienzan los trabajos, los rifeños atacan a los obreros españoles, lo que motiva —o sirve de justificación, según otros— la intervención del ejército español, y así se reanuda la guerra de siempre, la iniciada doce siglos antes con la traición de don Julián. La agresión de los moros es el origen de gravísimos sucesos que inciden en la historia de la nación, de ambas naciones. Se ven precisadas a llevar a cabo las tropas españolas una maniobra de protección para establecer nuevas posiciones pasado el monte Gurugú, en el que se ha hecho fuerte el enemigo, y pronto se agota la dotación militar de Melilla.

Mariana Bravo, criada de casa grande ya con alguna experiencia, había estado bastantes veces en la taberna del As de Copas con los que la señorita Micaela llama «sus novios», y ahora, en cuanto puede escaparse durante la siesta, en menos ocasiones de las que ella querría, antes de que comience la representación de la tarde en el Gran Teatro Viriato, se sienta a la mesa del rincón en la que Ramón Gómez se reúne con dos comparsas, dos o tres obreros de Olivera y la novia de uno de ellos a comentar, la verdad es que tendenciosamente, los acontecimientos históricos que vive el país.

En Madrid se celebra un mitin contra la guerra, al que siguen otros en ciudades de primera categoría. Pero en Marruecos es necesario apoderarse del monte Gurugú, y el Gobierno, precipitadamente, envía tropas que, mal alimentadas y sin descanso, desembarcan para ir directamente a la línea de fuego. Resultado de esta improvisación es un tremendo desastre militar; en él pierden la vida no sólo gran parte de la tropa y de los oficiales, sino dos tenientes coroneles y un general. Como consecuencia del desastre se llama a filas a soldados de la reserva activa, muchos de ellos hombres casados que deben separarse de su familia, procedentes, en su mayoría, de la clase obrera. El populacho llegará a cantar por las calles:

*«Esta guerra ya no es guerra,
que esto es un desolladero;
se nos llevan a los viudos,
los casados y solteros».*

Una tumultuosa manifestación tiene lugar en Madrid, y a continuación en Barcelona se declara la huelga general. Se organizan en toda España mítines y manifestaciones de protesta, y la represión por parte del Gobierno es durísima. La guarnición de Barcelona no es muy nutrida, y los huelguistas, en solidaridad con los soldados de la reserva activa, se lanzan a la revuelta, levantan barricadas, incendian edificios religiosos y se enfrentan repetidas veces al ejército. Según las últimas noticias recibidas en Olivera, habían llegado a Barcelona refuerzos enviados por el Gobierno y, a costa de numerosas víctimas de uno y otro bando, la situación había

sido dominada. Son los días en que Mariana, como ya he dicho en otro lugar, queda deslumbrada al conocer al traspunte Ramón Gómez, rey de la magia, señor de las tormentas, hacedor de maravillas y portentos, cuando el tiempo que transcurre desde que él se va a su trabajo hasta que regresa se le hace a la joven doncella Mariana largo, lento, interminable. En la mesa de la taberna del As de Copas mucho de lo que hablan aquellos hombres no llega a comprenderlo, se esfuerza en escuchar a todos, cambia su mirada de uno a otro, siente una ligera envidia de la otra moza que asiste a la reunión y que, de vez en cuando, se decide a tomar parte en la charla.

—Se atreven a decir que como en Barcelona se sublevaron las tropas que iban a embarcar para Melilla, esa ha sido la causa del desastre del Barranco del Lobo.

—Esta guerra la han provocao el rey y los militares, los únicos a los que les conviene, y el que crea otra cosa es un ignorante.

—Los capitalistas, los capitalistas, Romanones y los suyos, que han compraó esas minas del Rif para hacer el negocio padre; esos son los verdaderos culpables.

—Pues eso digo yo.

—No, tú decías que...

—Yo digo que los capitalistas lo han montao todo y que el rey y los militares están vendidos al gran capital. Y el pueblo, como siempre, el más jodio. Por eso hay que oponerse a la guerra como sea.

—Pablo Iglesias lo ha dicho: que el enemigo no son los moros, sino el gobierno de España.

En las alturas se teme que las algaradas y los motines que se han propagado a otras poblaciones de Cataluña se extiendan a toda España y se desencadene el ciclón revolucionario. Pero la semana trágica de Barcelona acaba al fin con la victoria del ejército, que consigue sofocar la rebelión obrera; los brotes revolucionarios de Madrid y Bilbao tienen el mismo desenlace. Según alguna carta y algún viajero clandestino que desde Madrid llega a aquellos campos de Salamanca y Zamora buscando cruzar la frontera de Portugal, se ha empezado a castigar con el máximo rigor y sin ninguna clemencia a los agitadores, y al buscar un Azazel, un macho cabrío expiatorio, se ha encontrado al fundador de la Escuela Moderna, Ferrer Guardia, que, aunque anarquista difuso y masón, no había intervenido para nada en la preparación de las protestas que dieron lugar a los sucesos.

Por lo demás, en el otro mundo, en el de *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*, *La isla de la Fantasía*... las cosas salen más a gusto de Ramón Gómez, para quien la cómica Luisa del Valle ha pasado a ser eso, nada más que eso, la cómica Luisa del Valle, a la que, como a cualquier otra, hay que avisar tres o cuatro veces durante las representaciones, depende de la obra que este en cartel, cuál es el momento exacto en que debe entrar en escena y apuntarle, según costumbre de aquellos tiempos, su primera frase: «Os esperaba, Froilán», o algo por el estilo, y ni siquiera recuerda los sentimientos que unos días antes despertaba en él la cómica, capaces de empujarle al asesinato. ¿Tendrían razón aquellos teóricos de la idea, que

afirmaban que el amor no es sino una enfermedad, y a veces muy pasajera? Ordena relámpagos el traspunte Gómez, y relámpagos iluminan el escenario; es el momento de la lluvia, y él mismo hace girar el rodillo; un mundo lóbrego, hediondo, miserable debe transformarse en una isla paradisíaca, y al instante, a una orden de Gómez, aparece la isla; siente necesidad de compañía, de ternura, y allí, en la puerta trasera del Gran Teatro Viriato, al terminar la función de la tarde, después de que él mismo ha ordenado telón, encuentra los brazos abiertos de Mariana.

XV. Donde se narra una historia de amor que acaba mal y empieza otra

Ramón es escuchado con atención en las reuniones, no por saber más que los otros de la materia que les interesa, ni porque tenga madera de jefe o sea buen orador, sino porque gracias a su oficio vagabundo siempre trae noticias de compañeros de otros lugares. Sabe quiénes necesitan ayuda y quiénes están en disposición de ayudar. Cuando ha llegado a Olivera, venía de Salamanca y de Madrid, y ahora, dentro de muy pocos días, sale para Zamora, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Cáceres y Don Benito. También a esas plazas llevará noticias de los compañeros de Olivera. Cuando no hablan concretamente de tal o cual compañero, comentan temas como la libertad, la autoridad, la solidaridad, el individuo... Un guarnicionero comenta *La isla de la Fantasía*, pero sólo el título, porque comedias de magia vio sólo una hace años, y no le gustó nada.

—La fantasía es el ángel del corazón, el cielo de la tierra... —dice el guarnicionero.

Y añade el traspunte:

—El espejo del mundo.

—Porque responde a los deseos del hombre —remacha el guarnicionero.

—¡Qué bonito eso que habéis dicho! —exclama la asombrada Mariana.

El traspunte ríe y alza los velos del enigma.

—Muy bonito, pero no lo hemos inventao nosotros. Lo escribió uno de los precursores.

Por primera vez escucha Mariana este tipo de conversaciones, pero casi nada de lo que oye le suena a nuevo. Tiene la impresión de que todo eso lo sabía ya, no exactamente de que lo sabía, sino que lo tenía dentro de su cabeza o de una memoria anterior a la vida, a su vida, y que ahora se lo van descubriendo; la mayoría de las cosas que les oye decir a aquellos hombres le hacen pensar que sí, que ella ya lo sabía, aunque no acertara a expresarlo. Tiene el sentimiento contrario al que tuvo cuando don Eulogio, el cura del pueblo, le enseñó la doctrina junto a otras niñas. Entonces le pareció que todo aquello le llegaba de fuera y que era muy difícil de comprender, don Eulogio les decía que no era necesario comprenderlo, sólo creerlo, y tampoco aquello lo entendía bien; ahora le sucede lo contrario, esas nuevas ideas, esos proyectos para el futuro, esos modos de convivir las personas, le resultan nuevos a sus oídos, pero en su interior carecen de novedad, es como si estuvieran allí dormidos y lo único que han hecho ha sido despertar. Le resulta a veces difícil comprender el lenguaje, porque algunos de aquellos hombres hablan de manera enrevesada o por lo menos que a ella se lo parece, y cuando Mariana y Ramón no

están en grupo en la taberna del As de Copas, sino dando una vuelta por la ciudad, le pide que le aclare lo que no ha entendido. No sólo le resulta difícil entender la palabrería de la idea en que creen aquellos nuevos amigos, sino otras palabras que ya las venía oyendo desde pequeña, pero que la mayoría de ellas no las empleaba en la conversación, como estado, gobierno, régimen, patria, ministro, alcalde, cacique... Ella sabe que el alcalde de Olivera se llama don Isaías y el cacique don Lauro y que el alcalde de Hondonadas era *el Manazos* y el cacique, el de toda la comarca, un tal don Marciano, a quien nunca se había visto por el lugar. Pero no llega a diferenciar lo que hace el cacique de lo que hace el alcalde, el Gobierno o el cabo de la Guardia Civil. Ramón procura resumir las respuestas, hacerlas concisas para que sean más fácilmente comprendidas por Mariana: todos aquellos, se llamen de una manera o de otra, lo único que hacen es ayudar a los ricos a que sigan explotando a los pobres. Mariana es una mujer del campo; en el campo, en un montón de casuchas y cuevas que no llegan a aldea, se ha criado, y sabe qué es lo natural, cómo crecen la hierba y los árboles, cómo nacen, se crían, se aparean los animales, cómo se desarrolla el ciclo de las estaciones, cómo vienen al mundo los hijos, los hermanos, y cómo mueren de muerte natural: de hambre, de miseria, de suciedad, de abandono. Aquello es lo natural, la forma natural de vivir y morir los pobres, la inmensa mayoría de la humanidad; lo otro, estados, gobiernos, patrias, ministros... son medios artificiales de ir criando y matando a los pobres para alimentar con su sangre a los ricos. ¿Y cómo evitarlo? Con una sociedad en que todos los hombres sean libres y solidarios unos de otros, una sociedad sin patrias, sin fronteras, en que el amor y el placer sexual sean libres, sin tener que dar cuenta al alguacil, al pregonero, al cura del pueblo o al papa de Roma, en que la herencia no la disfruten, porque sí, por el azar de la sangre, los hijos, los parientes próximos o lejanos, sino todos los miembros de la sociedad o los que más lo merezcan, una sociedad en que la convivencia no consista en la lucha de todos contra todos, sino en la que cada uno quiera el bien para sí mismo y para los demás y en la que no se premien la agresión, el cinismo, la astucia, la brutalidad salvaje. Pero a Mariana, a pesar de su sencillez de espíritu, de su simplicidad, le sorprende lo que a ella le parece ingenuidad de Ramón; cuando le explica estas cosas o cuando las comenta con sus compañeros en la taberna del As de Copas ¿todo aquello creen que es nuevo, a eso es a lo que llaman la idea, creen que son ellos los únicos que piensan así? Pero ¿no es eso que Ramón describe lo que todo el mundo desea? Y ahora es Ramón quien considera ingenua a Mariana. Eso es lo que todo el mundo debería desear, y lo que desearía si en la infancia y en la primera juventud no les fueran corrompiendo el cerebro con las religiones y las falsas leyes opuestas a la verdadera justicia.

Hoy Ramón no ejerce su magisterio, hoy es él quien pregunta. Han ido a pasear hasta la laguna porque Ramón tiene curiosidad por conocer la historia, o la leyenda, que todavía nadie le ha contado. Para su personal placer, la escucha de labios de Mariana.

Aunque a Gómez le parezcan demasiados, todo el mundo está de acuerdo, incluso don Faustino Revuelta, el cronista oficial de Olivera, en que la cosa ocurrió hace más de mil años, cuando la morisma andaba por aquellos campos. Una noche el marqués de Olzar encontró en el lecho a su esposa, la marquesa de Olzar, con un escudero. Desenvainó la espada el marqués y los aterrorizados adúlteros saltaron del lecho en situación precaria y dolorosa, en especial para el varón. La marquesa se puso a gritar, a correr de un lado a otro por la cámara y el encorajinado marqués no la acertaba con sus mandobles, no conseguía hierla. Entonces fue cuando ordenó al escudero adulterador: «Sujétala, eres mi escudero y tienes el deber de ayudarme». El escudero, obediente y sumiso, sujetó a la marquesa por los brazos, y el marqués, de tres certeros mandobles, acabó con la vida de la esposa adúltera. Pero al escudero no le mató, no: porque el marqués solo no tenía fuerza suficiente para llevar el cuerpo de la infeliz pecadora hasta la laguna y arrojarla allí, que es lo que había premeditado, para que no la cubriese tierra cristiana. Le repitió al escudero: «Eres mi escudero y tienes que ayudarme», y entre los dos llevaron el cadáver hasta la laguna y allí lo arrojaron. Ahora los rapaces juegan a tirar piedras, gritan «¡Eres mi escudero y tienes que ayudarme!» y tiran las piedras a ver cuál cae más lejos. Las gentes de Olivera, y de toda la comarca, hasta pasada la raya con Portugal, dicen que si es noche de luna y la piedra cae en el centro de la laguna, al formarse las ondas se ve el cuerpo de la marquesa muerta.

—Pero eso no es verdá, Mariana.

—¿Por qué sabes que no es verdá, si tú acabas de llegar aquí?

—Porque no hay más magias que las mías, Mariana: las que hago yo en el escenario.

Encarna Goya había escrito algo en un billete que ahora entrega al traspunte Gómez.

—Ahí lo explico todo, como si fuera el plano de un tesoro. Os reunís en la taberna del As de Copas, ¿verdá?

—Sí, allí van casi todos.

—Pues en este billete le explico que desde la galería del primer piso, si salta por el patio, puede llegar a mi cuarto de la Fonda Nueva. Ya sabes a cuál se lo tienes que dar: al que me saca en brazos.

El traspunte no coge el billete, aparta la mirada de la actriz y dice:

—No, señorita Goya.

—¿Qué?

—Que no se lo pienso dar —y ahora sí coge el billete, para dejarlo en el tocador.

—¿Por qué? ¿Reparos de conciencia?

—No es eso.

—Otras veces lo has hecho.

—Sí.

—En Carrión de los Condes...

El traspunte interrumpe a la actriz.

—Aquello fue distinto. Era un ricacho que iba a pagar. Pero este chico no le quita a usted la vista de encima desde que la vio en el tren. Se ha enamorado.

Muy divertida, comenta Encarna Goya:

—Pues mejor para él. Y para los dos.

—No, señorita Goya. Usted es una mujer muy guapa, muy atrayente. Nunca la han abandonado. Usted no sabe lo que se sufre cuando está uno enamorado de verdad y se siente despreciado.

—Pero ese comparsa que me saca en brazos también es muy guapo. Y a mí me atrae.

—Sí, pero de todas formas usted se irá mañana. Y yo no quiero contribuir al sufrimiento de ese muchacho, a su amargura.

Encarna Goya se acerca al traspunte y le acaricia levemente la mejilla. Vuelve a darle el billete.

—¿Por qué no pensar —pregunta en un susurro— que esto será un bello recuerdo que alegrará toda su vida?

—Puede ser...

—¿Te acordarás de dar el recazo?

—¿Cómo no voy a acordarme?

—Tienes razón, desde hace unos días has recobrado la memoria.

Cuando Ramón Gómez entra en la taberna del As de Copas ve en una mesa del fondo a los comparsas, entre ellos Federico y Pablito Zamora. A otra mesa se sientan algunos cómicos de la compañía Fuentes-Jimeno. Ramón hace a Pablito señas de que se acerque. Se levanta Pablito y va al encuentro de Ramón, cerca de la puerta.

—Tengo un recazo para usted —dice el traspunte.

—¿Un recazo? ¿Qué es?

Ramón saca del bolsillo el billete que le ha confiado Encarna Goya y se lo entrega a Pablo, que se dispone a abrirlo. Pero Ramón le toma de la mano y le impide hacerlo.

—Espere. No lo abra todavía. Ahí le piden algo. Aunque no somos amigos, puesto que apenas nos conocemos, me voy a permitir con usted una confianza, y usted perdone. Me creo en la obligación de darle un consejo. ¿Puedo?

—Sí. ¿Por qué no?

—No haga usted lo que le piden ahí, no acepte lo que le ofrecen.

—¿Es algo malo, algo prohibido?

—Peor. Es algo muy peligroso. Por lo menos, para algunas personas.

Sin mirar a Pablo, sin decir una palabra más, se marcha de la taberna, mientras

Pablo abre el billete.

Segunda parte
La Puerta del Sol

XVI. «¿Cómo era, Dios mío, cómo era?» (J. R. J.)

Mi muy querida madre:

Espero y es mi deseo que al recibo de esta se encuentre usted bien y lo mismo mi hermana y mi hermano, como nosotros bien, que a todos los sigo queriendo como cuando estábamos juntos, y también para mi fallecido padre tengo los mejores recuerdos, aunque en vida estuve algo desapartada de él porque éramos algo diferentes o porque como yo era muy niña, creía que él no la trataba bien, no sabía lo que eran las relaciones de los hombres y las mujeres, pero ahora creo que también le quería, la muerte duele mucho, pero descubre muchas cosas. Sabrá que me causó un disgusto muy grande saber por la última de las suyas que no estaba muy bien de salud, no se asuste, porque eso del reuma parece que es cosa que padecen todas las personas de sus años, y que casi no es enfermedad sino una cosa natural que le sucede al cuerpo con el paso del tiempo como le digo. Lo que va bien para eso, no sé si se acuerda, porque en Hondonadas ya se sabía, es sacudirse sin llegar a hacerse daño las partes del cuerpo doloridas con hortigas recién arrancadas, que abundan por allí. También me han dicho aquí, en Madrid, que es bueno el cocimiento de hojas y flores de pinillo. Peor es lo que me contó de las dos hijas de Casilda la de Corvejosa, que las dos han muerto tóxicas y en lo mejor de la edad. Sabrá usted madre que Ramón y yo ya marchamos muy bien pues ya le dije a usted en mis anteriores que no todo eran flores en el camino y que las flores, las más bonitas, tienen sus espinas. Pero ahora él me trata muy bien y yo a él le quiero y le cuido porque su trabajo es muy esclavo y duro y malo para los nervios, y los dos estamos tranquilos con la paz que va dando el paso de los años. Mi pequeño, el Miguel, le manda todo su cariño y no olvida los días que pasó en Hondonadas cuando fuimos a verlas a usted y a mi hermana y siempre dice que quiere volver pero no es fácil que volvamos pronto porque los viajes cuestan un ojo de la cara y yo no puedo abandonar la portería ni mi Ramón el teatro, que siempre hay otros más pobres que uno que están esperando el menor descuido para quitarle el trabajo, que también aquí, en la capital, escasea mucho. Además que no debemos gastar nada fueraparte lo imprescindible para la alimentación y el vestido, pues sabrá que ya nos falta muy poco para lo de la tienda y la marquesa de Buenaguía nos ha prometido que ella nos proporcionará el resto por medio de un crédito y tendremos el aval del empresario del teatro señor Yáñez que es muy buena persona y aprecia a mi Ramón, que es el que entiende de eso, pero yo no. Puede decirse que tenemos el dinero pero nos falta el local porque hemos encontrado uno cerca de la Puerta del Sol, en una calle que se llama de

Pontejos, pero no está vacío y por el traspaso piden un ojo de la cara porque está muy acreditado. Nos ofrecen uno en una calle que se llama de Olid, muy cerca de donde han puesto el Salón de Proyecciones, donde voy yo algunas noches con Moncho a ver películas, que me gustan mucho, mi Ramón no puede porque es a la misma hora que el teatro. Me dicen que para la mercería es un barrio de mucho porvenir, pero yo creo que no nos conviene, porque para esto del comercio, donde esté la Puerta del Sol que se quite todo. Yo sé que el día de mañana si mis hijos se encuentran dueños de un comercio allí, serán personas importantes y se librarán de ser obreros, que es lo que hay que procurar. Repito que lamento no poder ir a verla a usted más veces y también repito lo mucho que la quiero, así como a mi hermana, y a las dos les mandan muchos cariños y recuerdos mi Ramón y mis hijos Moncho y Miguel. Dele de mi parte las gracias al señor cura por leerle la carta y no se olvide de decirle también a mi prima Eufrosia lo mucho que la recuerdo, que al fin nos hemos criado juntas, y también recuerdos a todos los que me recuerden a mí.

Reciba todo el cariño de su hija que lo es

Mariana Bravo.

Doña Benigna, la del primero izquierda, había bajado a charlar con la portera, costumbre que no podía abandonar, aunque no era muy del gusto de su marido, hombre que se las daba de demócrata, y que quizás lo era, pero al que no le caían bien los porteros, no porque fueran de clase inferior, sino por aquel tufillo libertario que despedían a distancia; ya estaba bien tolerarlos y no oponerse a que tuvieran la portería, pero convertirlos en amigos era otra cosa. Al cabo de los años ya podía el hombre haberse dado cuenta de que no era fácil doblegar la voluntad de su señora esposa, pero al fin y al cabo aquel contraste de pareceres también era un tema de conversación, y en el matrimonio no sobraban. Llevaba un ratito doña Benigna en el umbral de la puerta observando a la portera, que zurría unos calcetines sin advertir la presencia de la vecina del primero izquierda. ¿Y si fuera una ladrona o una pedigüeña que pensara subir piso por piso? Pidió perdón azorada la portera, ya sabía doña Benigna que ella siempre estaba pendiente de su obligación. Pero no era la primera vez que doña Benigna la encontraba así, no lo decía por coser los calcetines, sino porque estaba como abstraída, como lejos, con la cabeza en otro sitio. No le faltaba razón a la señora, y Mariana volvía a disculparse porque era verdad que tenía ese defecto, con frecuencia se quedaba así, como en otros sitios o en otros tiempos. Doña Benigna, sentada ya a la camilla, y dispuesta a beberse el vaso de agua que la portera le ofreció, la disculpaba de buena voluntad; aquel defecto, si lo era, también ella lo

tenía, y era común a muchas personas. Doña Benigna lo llamaba viajar. A veces, en la cama, su marido la sorprendía con los ojos abiertos y la mirada fija en el techo. Le preguntaba qué hacía, y ella contestaba: viajo. A Mariana le era muy fácil trasladarse a Hondonadas, su pueblo, que estaba a cientos de leguas y en el que sólo pasó su niñez y unos años, muy pocos, de su juventud, y sin embargo cuando la voz de doña Benigna la sacó de su letargo las casuchas estaban allí, a la salida del portal, en la mismísima calle del Vergel. Y era curioso, observó doña Benigna, que con el tiempo ocurriera lo mismo. Las dos estaban de acuerdo en eso. Mariana sabía en qué año se encontraban y cuál era su edad, pero de pronto, en lo que esperaba la llegada del sueño, o al fregar la escalera o al remendar la ropa, sentía que estaba en otros años, en los que pasó en Olivera o en el barrio de La Paloma a su llegada a Madrid, y como en la portería no había espejo, tenía que palpase la cara para encontrar alguna arruga y comprobar que no tenía ya veintitantos años o que no era una niña. Lo que ocurrió hace treinta años el tiempo no lo ha borrado, en eso estaban de acuerdo las dos mujeres. Para Mariana todo tenía la misma intensidad que lo que le estaba sucediendo en aquel momento. Allí, en la portería, en aquel mes de julio del año veintitantos, estaba todo, todo lo que le había sucedido. Y quizás también, ojalá, algo de lo que ella soñaba para el día de mañana.

—Mire usted, doña Benigna, aún no he conseguido la tiendecita de la que tantas veces le he hablado y, sin embargo, la veo, ahora mismo podría salir de aquí, de la portería, a la calle, bajar por Fuencarral hasta Sol y abrir sus puertas.

Unas risas interrumpieron la conversación de las dos mujeres. Acababan de llegar las amigas de Mariana, Braulia, la verdulera, y Rosalía, la criada del segundo izquierdo. Las risas se debían a una idea que acababan de concebir: acercarse a la verbena, que estaba allí, a dos pasos, la verbena del Carmen, una de las mejores de Madrid, que empezaba en la glorieta de Quevedo y llegaba hasta la valla trasera de los lavaderos de Bravo Murillo. ¿Quería doña Benigna sumarse al grupo?

—Por Dios, qué disparate. Ustedes perdonen, pero tengo que marcharme, se me ha hecho tardísimo.

Y al instante ya estaba dentro del ascensor. Las otras comprendieron muy bien su actitud, una cosa era estar un rato de palique con la portera, en particular una señora como ella, que nunca tenía nada que hacer, y otra irse a la verbena con una verdulera y una criada, menuda diferencia. Pero ¿cómo iban a ir ellas solas a la verbena?, preguntó Mariana. Irían con el marido de Braulia, el barrendero del Ayuntamiento, y con Ramón. Pero si Ramón trabajaba por las noches... Ya lo habían pensado todo, irían después de la función, a la una, que era cuando la verbena estaba en todo su apogeo y estarían sólo una hora o poco más, porque las tres tenían que madrugar.

Las amigas de Mariana, Rosalía y Braulia, no le caían mal a Ramón y tampoco Antonio, el barrendero, que desde el primer momento le pareció un buen hombre,

aunque nada interesado en los problemas sociales que tanto preocupaban a los obreros de entonces. A Ramón, que presumía de estar ya totalmente apartado de la idea, le dio por adoctrinarle y daba suelta a sus reprimidos fantasmas revolucionarios explicándole que la acción directa consistía en conseguir las mejoras necesarias enfrentándose directamente con los patronos, con los capitalistas, sin recurrir a la mediación del Gobierno, del Estado, rechazándola plenamente; y que «sin ética no se puede vivir en libertad» y otras cosas por el estilo. El barrendero no le oía como el que oye llover, sino que prestaba atención a todo aquello. Por estas razones, Ramón no vio motivo alguno para negarse a aquel desahogo de la verbena, donde podría, además de tirar al blanco y al pimpampum y montar en algún carrusel, beber un chato de tinto en este puesto y un aguardiente en la caseta de más allá. Como la verbena estaba, efectivamente, en su mejor momento, y la alegría es en muchos casos contagiosa, algo de eso hicieron entre risas y ocurrencias de unos y otras, tras pasar por el imprescindible requisito de los churros, que compraron poco más allá de la glorieta de Quevedo, cuando dejaron a la derecha el reciente edificio del Monte de Piedad y a la izquierda el Hospital Homeopático de San José. Los taberneros habían sacado a la calle mesas en las que servían cenas —tortillas de patata, huevos fritos con chorizo, chuletas— y algunos habían montado tenderetes con bocadillos y fritangas. Pasada ya la hora de la cena, corrían en abundancia el vino peleón, la cerveza y los aguardientes. Mariana, sus amigas y los varones que les daban escolta habían decidido aprovechar el tiempo y sólo hicieron un alto en una barraca de pimpampum para dar suelta a su resentimiento social arreando pelotazos a los monigotes que representaban políticos famosos, ministros, obispos y caballeros y damas empingorotadas. Luego siguieron su marcha hacia el fondo del espacio feriado, entre casetas, carruseles, tióvivos, hasta llegar donde estaba montada la kermés, delante de la valla del lavadero, con ánimo de marcarse unos chotis y unos pasodobles, porque con el tango, que era la moda, ninguno de los hombres se atrevía. Una charanga y un organillo alternaban en la ejecución de las piezas bailables. Se acomodaron a una mesa, pidieron unas consumiciones y entre la bulliciosa alegría general, se lanzaron a la polvorienta pista. Y allí, de la manera más tonta, surgió el altercado. A Ramón, cuyas relaciones íntimas con Mariana eran, según ya se ha referido, de lo más frías —en realidad, no existían— le dio por sentirse celoso y a un jovenzuelo achulado de morro prominente, nariz chata y ojuelos negros y sumidos le largó aquello de ¿y usted qué mira?

—Lo que se me apetece —respondió el otro sin achicarse, sino engallándose.

Ramón dejó de bailar al apretado chotis, se soltó de su pareja.

—Pues a esta mujer no la mire.

—¿Por qué? —dijo el chulillo, y alzó la cara con provocadora insolencia.

—Porque lo digo yo.

—¿Y a santo de qué?

—Porque es mi señora.

—Pues no la traiga usted al baile.

—La traigo donde me sale de los cojones.

—Habrá que ver si usted los tiene.

Ninguno de los testigos presenciales recordaba poco después cuál de los dos posibles contendientes ment  por primera vez la madre al otro, pero es sabido que en este género de disputas dicha menc n marcaba el límite para pasar de la oratoria y la controversia a la acc n y la agres n, y empezaron los agarrones, los puñetazos y las voces de la concurrencia; pero sobre los gritos se impuso la voz de alarma de Mariana:

— Cuidao, Ramón!, porque en la mano del otro había aparecido una navaja.

Ramón dio un paso atrás, al tiempo que Mariana se abrazaba a él y algunas mujeres se pusieron a chillar.

Pero la mano con la navaja se detuvo en el aire, un puño atenazaba la muñeca, la retorc a, y la navaja cayó al suelo.

En el primer momento, tanto Ramón como Mariana y las otras dos mujeres, Rosalía y Braulia, creyeron que quien había apresado la mano del muchacho era el barrendero, pero éste se hallaba interpuesto entre los dos contendientes, buscando paz. Quien había hecho que la navaja cayera al suelo era Mauricio. Mauricio Puertas, al que hacía años ni Mariana ni Ramón habían vuelto a ver y en quien ahora Mariana, estupefacta, tenía fija la mirada.

Los de la pandilla del matoncillo derrotado no se añadieron a la gresca, sino que arrastraron hacia la salida de la kermés a su compañero, en busca de otras aventuras. La charanga atacó un pasodoble más jaranero que los anteriores, los mirones deshicieron el corro que habían empezado a formar y las parejas volvieron a arrastrar los pies a ritmo y a levantar polvo.

Mauricio Puertas se acercó a Ramón Gómez, sin mirar a ninguno de los que le acompañaban, ni a Mariana.

—Hola, Ramón.

—Hola, Mauricio.

Mauricio señaló a un hombre que iba con él, poco más o menos de su misma edad, ya pasados los cuarenta, y que gastaba ropa por el estilo y llevaba un pañuelo negro anudado al cuello.

—Este es Benito Mora, cajista, un amigo y compañero. Ramón *el Traspunte*.

Los nuevos conocidos se estrecharon la mano.

Ramón presentó a sus acompañantes y, esforzándose por no hurtarle la mirada, le pregunt  a Mauricio:

— Quer is sentaros con nosotros?

— Qu  te parece? —pregunt  Mauricio al compañero cajista.

—Por mí...

—Bueno —aceptó Mauricio la oferta de Ramón—. Si no os molesta... Estamos solos.

—No nos molesta, al contrario.

Llamó con un ademán al camarero. Los dos hombres se miraban, impassibles, sin sonreírse.

—Muchas gracias por lo que has hecho, Mauricio.

—No hay de qué, hombre. Ese matoncillo era una mierda. Pero hay que andarse con ojo con ellos. No se controlan. Tú has estao imprudente, Ramón.

—Venía provocando. No dejaba de mirar a esta.

Una de las mujeres, no sé cuál, habló del riesgo de ir a esos sitios. Una se divertía, pero siempre había peligro. Claro, que no iba una a privarse de todo. La conversación se generalizó y se repitieron las consumiciones. Durante un buen rato Mariana no pudo apartar la vista de Mauricio, aunque procuró hacerlo, pero no le miraba con admiración, o conmovida por los recuerdos, sino con curiosidad, porque le había reconocido, no podía negarlo, desde el primer momento, cuando retorció la muñeca del muchacho, era Mauricio Puertas, sin duda, pero sus rasgos, uno por uno, no los identificaba. ¿Le habían aparecido unas pequeñas bolsas, poco pronunciadas, bajo los ojos, que se le habían oscurecido y ya no eran de color miel, como ella los recordaba? ¿O nunca fueron de ese color? ¿Tenía las cejas así de pobladas? La nariz era aguileña, sí, de eso estaba segura, pero no era la que ahora veía. Del color de la piel no podía opinar, porque hacía años, cuando ocurrió aquello, sólo había visto a Mauricio a la luz amarillenta de la bombilla de la cocina, ya que de día tenía buen cuidado de cerrar los postigos, y ahora, en la kermés, había luces de colores que venían de las bombillas pintadas y de los farolillos chinos. Su voz debía de ser muy distinta, entonces hablando casi en susurros y ahora a gritos, para sobreponerse a la música y al barullo general. Cómo eran su boca, sus labios lo había olvidado, y también cómo eran sus manos. Fueron tan pocos los días que estuvieron juntos... ¿Era posible que aquellos pocos días, aquellos débiles recuerdos que en realidad eran olvidos hubieran cambiado su vida, hubieran mudado el amor de Ramón en indiferencia, desprecio, rencor?

El traspunte Ramón Gómez, por efecto del vino y el aguardiente, y de las vueltas del chotis, o por una especie de sosiego que le había llegado al tener de nuevo cerca de sí a Mauricio, sentado a su mesa, como si el fugaz pasado no hubiera existido nunca, no sólo sonreía, sino que reía a carcajadas, y les contaba al barrendero y al cajista anécdotas de su vida teatral. Salieron a bailar otro chotis. Ramón con Mariana, Mauricio con Braulia, la verdulera. Los otros, Rosalía, el barrendero y Benito Mora prefirieron descansar. En las vueltas del chotis, Ramón, mientras ceñía contra su cuerpo a Mariana, miraba sonriente a Mauricio. Quizás Mauricio no lo entendiera, pero con la mirada le estaba diciendo: es mía, es mía.

Llegaron a casa algo más tarde de lo previsto, ya se las arreglarían para despertarse temprano, mañana será otro día, y si la escalera no estaba limpia, si el puesto de

verduras abría tarde, o si no abría, o si a Rosalía, la criada, la despedía don Emeterio por encontrarla borracha en la cama, que se buscara otra criada, que el servicio no estaba tan fácil. Y también ella le permitía a don Emeterio pequeñas libertades de vez en cuando.

Ramón Gómez se dejó caer en la cama, la chaqueta por un lado, la camisa por otro, a aquel rincón un zapato, el otro junto a la cama, sin dejar de canturrear el tango que había oído en la kermés, fume compadre, fume y charlemos que mientras fuma recordaremos que como el humo del cigarrillo ya se nos va la juventú, pero lo cantaba muy alegre, entre carcajadas, mientras en un ejercicio circense se quitaba los pantalones y los arrojaba al aire, como si aquello de «se nos va la juventud» fuera para morirse de risa.

A Mariana también le hizo efecto el anís, por eso se atrevió a preguntarle a Ramón desde la puerta de la alcoba, como en otros tiempos, si quería tomarse el último vasito de tinto en la cama, a lo que su marido y compañero respondió con un estentóreo ¡sí!

XVII. Hacia la Puerta del Sol

Aquellas cuatro semanas de la compañía de teatro de magia Fuentes-Jimeno en Olivera, las representaciones de *La isla de la Fantasía*, *La redoma encantada*. *Los polvos de la madre Celestina* cambiaron su vida. ¿Para bien o para mal? Imposible saberlo. ¿Habría sido mejor si no hubiera tomado aquella repentina decisión de venirse a Madrid? Se abandonó a los recuerdos, a los mejores recuerdos de su vida, como hacía muchas veces desde que se acostaba hasta que le llegaba el sueño.

Ramón Gómez le aconsejó que se comprase una maleta grande, porque trasladarse de un lado a otro con el baúl resultaría más incómodo.

A esa hora de la tarde no solía salir casi nadie de la casa, ni tampoco era frecuente que llegase gente de la calle. Podía recordar con tranquilidad y hasta era posible que se borrasen los contornos de las cosas cercanas, la camilla, las sillas, el calendario de escarcha, el ascensor, el arranque de la escalera...

Tal como le ha aconsejado Ramón, Mariana ha comprado una maleta grande, de madera, como las que suelen utilizar los soldados, y en ella mete lo que considera más necesario de sus escasas pertenencias. El baúl abierto y la maleta cerrada, los dos junto a la cama, a la escasa luz que llega desde el ventanuco, atraen su mirada casi toda la noche, noche que se le hace larguísima. No consigue pegar ojo. Aunque ha consultado su decisión con la señorita Micaela y con doña Rosa y las dos, cada una a su modo, han escurrido el bulto y le han dejado a ella la responsabilidad de la decisión, a pesar de haber cambiado el baúl por la maleta, no consigue que esa decisión llegue a ser firme. Da vueltas y vueltas en la cama. Agradece que el tren no pase cerca de su pueblo, pues así se evita enfrentarse a su madre y le comunicará por carta la noticia de la nueva vida que va a emprender.

Ramón Gómez ve abrirse uno de los balcones del otro lado del patio de la taberna del As de Copas. Desde la galería en que se encuentra, Pablo alcanza a divisar la silueta de una mujer cubierta con un vaporoso salto de cama. La mujer se acerca al balcón, lo entreabre. Es Encarna Goya. Pablo salta la baranda de la galería y cae ágilmente en el patio. Corre hacia una pilastra y, trepando por ella, llega al balcón donde ya le aguarda Encarna Goya. Se enlazan en un apasionado abrazo.

Micaela se revuelve inquieta en la cama, aparta, con movimiento brusco, sábana y colcha, se levanta, da unos pasos a un lado y a otro por la oscura habitación, iluminada tan sólo por la leve luz de la luna. Abre el balcón, aspira el aire de la

noche. Ha desaparecido su energía. Vuelve a la cama, se arroja sobre ella y llora, con el rostro aplastado contra la almohada.

Tampoco doña Leticia, la madrina del estudiante Pablito Zamora, consigue conciliar el sueño. Sale de la cama, se pone una bata y se calza unas babuchas. Despacio, procurando no hacer ruido, sale del dormitorio y recorre el pasillo. Llega hasta el dormitorio de su ahijado, escucha con la oreja pegada a la puerta y, al no percibir ningún rumor, se decide a abrir lentamente. Ve la habitación vacía, el lecho de Pablo sin deshacer. Se santigua, escandalizada, y murmura:

—Jesús, Jesús...

Con el mismo sigilo con que ha llegado, como si anduviese furtivamente por casa ajena, regresa a su dormitorio.

Ramón Gómez duerme a pierna suelta, sin ninguna preocupación. Los meses vividos con Luisa se le antojan como pertenecientes a un pasado lejanísimo. Está seguro de que Mariana se presentará en la estación.

Cuando la luz del alba se asoma a la ventana, aún no sabe Mariana lo que va a hacer. Se levanta despacio y se queda sentada en el borde de la cama, con la mirada fija en una de las baldosas del suelo. Luego la levanta hacia la pálida luz, como si por allí, desde el cielo, pudiera llegarle una respuesta. ¿Entraría de pronto por la ventana, envuelto en el haz luminoso, el ángel con la Fantasía en brazos? ¿Se convertiría su pequeña habitación en el trono del palacio de la Fantasía? Si así fuera, ella se arrodillaría ante la gran reina para que resolviese su duda. Pero ese prodigio no sucedería. Ya le había explicado Ramón Gómez que todas aquellas maravillas, todas aquellas apariciones y transformaciones portentosas eran cosa suya, cuestión de carpintería y mecánica, lo que en el teatro llaman tramoya.

Pero ha sucedido un portento, un prodigio. El alba no dura casi nada, un instante, un minuto. Tras el alba, amanece; el sol asoma por el horizonte, de llanura o de montaña. Sus rayos entran por la ventana, inundan la habitación de Mariana de una luz nueva, se extingue la luz incolora del alba y sobre el baúl abierto y la maleta cerrada se derraman los oros del día.

Apresura el paso Mariana todo lo que puede por las calles desiertas. El peso de la maleta le dificulta la marcha.

—Ya se han ido todos —le dice el conserje cuando entra en el teatro por la puerta del escenario.

—¿También el traspunte, Ramón Gómez?

—Sí, también. Ha sido el último en salir, pero ya se ha marchado.

—Quedamos en que yo viajaría con la compañía.

—A lo mejor si va usted a la estación, los pilla. No queda mucho para que pase el tren, pero casi siempre se retrasa algo.

Si no hubiera permanecido aquel rato indecisa, sentada en el borde de la cama,

esperando que apareciese la Fantasía...

El camino hasta la estación no es largo, pero la maleta pesa cada vez más.

Pablo, adormilado, con una sonrisa beatífica impresa en su rostro, sigue abandonado en brazos de Encarna Goya, que le acaricia despacio, con ternura, le besa los hombros sin intención de despertarle, le pasa la lengua, con mimo, por los pezones. Pero no prolonga sus efusiones, sino que se deja caer suavemente sobre la almohada, entregada al sueño.

Al mismo tiempo, el traspunte Gómez, inquieto, sube con pasos precipitados la escalera de la Fonda Nueva y hace sonar repetidas veces, con apresuramiento, la campanilla de la puerta. Le abre una mujer de mediana edad, vestida para hacer la limpieza, a quien Ramón ya ha visto alguna vez por el teatro, y que lo mismo puede ser la dueña de la fonda que una criada. Ramón Gómez se lleva la mano al sombrero, como insinuando un saludo, y dice:

—Buenos días. Soy el traspunte de la compañía Fuentes-Jimeno, la que actúa en...

—Sí, ya sé —interrumpe la mujer al advertir la premura con que el recién llegado habla.

—¿Sabe usted si ha salido ya para la estación la señorita Goya, Encarna Goya?

La mujer, instintivamente, echa un vistazo hacia dentro.

—A mí me parece que no. Desde luego, la cuenta no la ha pagao; lo sé porque tengo que cobrarla yo.

—Pues va a perder el tren, si no sale en seguida —dice con cierta alarma el traspunte.

—Si quiere, llámela usted mismo —dice la mujer, y señala uno de los dos pasillos que arrancan del vestíbulo—. Es la segunda puerta de ese pasillo.

—Muchas gracias.

Ramón se dirige rápido a la puerta que le han indicado y golpea en ella con los nudillos.

—Señorita Goya, señorita Goya...

Despierta la cómica bruscamente y al oír los golpes y su nombre, de manera automática pregunta:

—¿A escena?

Responde al otro lado de la puerta, Ramón.

—No, señorita Goya, a la estación. Ha debido de dormirse usted, ya es muy tarde.

A la hora de la mañana en que el tren pasa por la estación de Olivera el sol de julio ya caldea el andén. Todos los miembros de la compañía Fuentes-Jimeno suben al tren y meten en él sus equipajes. A las actrices, las ayudan el traspunte y el jefe de

tramoya. El gerente, Aníbal Márquez, cuida de que en el vagón de mercancías entren todos los bultos, los equipajes y las cajas de los decorados. Han acudido a despedir a los cómicos, don Lauro, y un poco más alejados, Pablito Zamora y su amigo Federico. Ramón Gómez, a pesar de emplearse en ayudar a las actrices, no puede evitar que a cada momento se le vaya la mirada hacia la puerta de la estación, por donde debe aparecer Mariana Bravo.

Y en una de esas miradas, la ve aparecer, sudorosa, fatigada, con claras muestras de no poder soportar ya el peso de la maleta. Al comprobar que ha llegado a tiempo, que aún el tren está detenido, deja caer la maleta. Ramón abandona lo que está haciendo y corre hacia Mariana. Se abrazan sin pronunciar una sola palabra. Ya suena la trompetilla del jefe de estación, anunciando la inmediata salida. Resopla la locomotora. Ramón coge la maleta y ayuda a Mariana a subir.

En una carrera, llega el gerente desde el mercancías hasta el vagón de segunda, y antes de subir, pregunta:

—¿Estamos ya todos?

—Sí, señor Márquez —responde el traspunte.

Cómicos y cómicas, el jefe de tramoya, el apuntador, el traspunte y la invitada Mariana han subido ya al tren. Pablo Zamora, desde el andén, cambia una mirada con Encarna Goya, que se ha asomado a una ventanilla y le sonrío. El tren se pone en marcha.

Pablo ve alejarse la imagen de Encarna Goya en el marco de la ventanilla, primero lentamente; luego, con fugacidad, evaporándose en la distancia, como en un truco de magia. Y, de pronto, parece que a Pablito Zamora se le cruzan otros pensamientos. En una rápida decisión, da media vuelta y echa a correr velozmente hacia la ciudad. Los que están cerca de él le miran sorprendidos. Especialmente, su amigo Federico, que intenta llamarle.

—¡Pablo...!

Pero se queda con la palabra en la boca. La llamada es inútil, porque el amigo ya está muy lejos, fuera de la estación. A Mariana siempre le hacía sonreír el recuerdo de aquella enloquecida carrera del señorito Pablo Zamora. Siempre, desde que supo su causa, desde que supo a dónde iba Pablo. Tardó mucho en saberlo, hasta la segunda visita a Madrid de la señorita Micaela, hacía ya tantísimos años, cuando estuvieron las dos charlando, como unas amigas, de sus recuerdos de Olivera.

Sin importarle nada llamar la atención de los escasos transeúntes, que para él no existen, Pablo corre como un loco por las calles. La carrera que le espera es larga, porque el sitio adonde va no está muy cerca de la estación. Llega en su recorrido a la parte trasera del palacete de los Somontes y, una vez dentro del jardín, se encarama, ágil y atléticamente, a un árbol, de él pasa a la pared, trepa por ella ayudándose con la enredadera de hiedra, se deja caer en un balcón de la planta noble, y sin tomarse ni un segundo de respiro para reponerse de la fatiga, golpea con los nudillos en los cristales.

El balcón es el del dormitorio de Micaela, que en aquel momento, recién despierta, se estira para desperezarse y al oír la llamada, tras un instante de duda, corre al balcón y descubre a Pablo, que sigue llamando apresuradamente. A Micaela se le ilumina la mirada al ver a Pablo al otro lado del cristal, siente que el pulso se le acelera, pero hace un gran esfuerzo para contener su emoción y muestra en la expresión de su rostro y en el tono de su voz lo contrario de lo que en realidad siente.

—¿Qué haces aquí, Pablo?

Desde el otro lado del cristal, Pablo no responde a la pregunta, sino que pide, alzando la voz para ser oído desde el dormitorio:

—¡Abre, Micaela!

—¡Vete, vete!

Pablo suplica, apasionado:

—¡Abre, Micaela! ¡Déjame entrar, déjame entrar!

Contiene Micaela sus deseos de obedecer la petición de Pablo, para insistir en su falsa actitud.

—¡No digas locuras, Pablo!

—¡Por lo que más quieras, Micaela, déjame pasar!

—¿Es que no me oyes, Pablo, no me oyes?

Al mismo tiempo ruega y ordena:

—¡Vete, te digo que te vayas!

—¡Ábreme, ábreme!

—No grites, van a oírte.

Pero Pablo sigue golpeando el cristal, cada vez más fuerte. Micaela teme que Pablo no la oiga y entreabre el balcón.

—Por favor, Pa...

Pablo, incapaz de contenerse, la interrumpe:

—¡Ábreme, Micaela! Y con un enérgico golpe empuja las dos hojas del balcón, abriéndolo de par en par. Mas el golpe es tan violento, que la señorita Micaela cae al suelo.

—¡No seas bestia! —recrimina, pero con la voz sofocada, para no ser oída fuera de la habitación. ¡Me has hecho daño!

Pablo irrumpe en la habitación, no puede contenerse ni lo desea. Durante toda la carrera desde la estación hasta el palacete de los Somontes ha ido construyendo en su memoria la belleza de Micaela, que ahora, caída en el suelo, desordenado el camisón, se le muestra en su plenitud. Da unos pasos y se deja caer junto a ella.

—¡Perdóname, Micaela! —dice sordamente—. ¡No quise hacerte daño! ¡Al verte tan cerca no pude contenerme! ¡No quiero hacerte daño, no! ¡Quiero abrazarte, besarte, tenerte!

La abraza, la estrecha contra sí, la levanta del suelo y de nuevo la abraza, la besa, la derriba sobre la cama, la desnuda a tirones, con torpeza. Ella se resiste falsamente y no tarda en corresponder a los besos y los abrazos que ha esperado durante tanto

tiempo; ríe y llora, feliz. Él la besa en la cara, en la boca, en los pechos desnudos, en el cuerpo.

En el almacén del sótano del Gran Teatro Viriato, los muebles, las alfombras y todos los demás cachivaches, también los que cubrían el fúnebre escondrijo del marqués asesino, están en la misma disposición que cuando el traspunte Ramón Gómez preparó alevosamente la pistola y que cuando el cacique, don Lauro, mantuvo el breve diálogo con el emparedado. Las mujeres encargadas de la limpieza andan ahora por el anfiteatro y el vestíbulo, al almacén sólo se acercan una vez al mes, si acaso. El silencio de la antigua cripta es el mismo que debió de reinar en aquel lugar antes de desacralizarlo la desamortización de Mendizábal. Pero unos ruidos tenues, como si alguien se rebullese y arañase una pared, suenan en el almacén sin que nadie los escuche, sin que perturben la impassibilidad de unas máscaras de cartón piedra que penden de una ménsula. Tampoco escucha nadie la voz profunda, pero ahogada, que pronuncia algo ininteligible. Parten esos sonidos, como sin duda ya ha adivinado el paciente lector, del sepulcro en que se solapa el marqués de Olzar. La voz es angustiada, anhelante, pero incomprendible en sus balbuceos, aunque nada habría ganado con ser más clara y precisa, puesto que en la soledad del abigarrado almacén sólo les llega a unos cuantos fantoches inanimados. Y el tren que se lleva de Olivera a la compañía Fuentes-Jimeno, y con ella a la Fantasía, está ya muy lejos.

En él se estrechan, amorosos, mirada con mirada, susurrando proyectos, la antigua doncella de los Somontes, Mariana Bravo, y el traspunte de la compañía Ramón Gómez, cuando la voz melodiosa, pero en este momento impertinente, de Encarna Goya, les corta las ternezas.

—¿Así, Gómez, que en cuestión de dos o tres semanas, has enredao a esta pobre chica y la vas a meter de cabeza en trenes, diligencias, camerinos roñosos, escenarios, tabernuchos y pensiones de mala muerte? ¿Has tenido en cuenta que vivía en un palacio?

Mariana se separa un poco de Ramón. No está habituada a oír hablar de aquella manera y, sobre todo, no sabe si aquella cómica es una mujer trabajadora, como ella, como la doncella Mariana, o una señorita, como la señorita Micaela. Mira a los dos, a la cómica y al traspunte, sin saber si era ella misma quien debía hablar, pero lo hace Ramón Gómez.

—No, es todo lo contrario, señorita Goya; todo lo contrario de lo que usted ha dicho. Yo me voy a marchar de las pensiones de mala muerte, de los trenes, de los escenarios, de los fosos...

Al decir esto último, se interrumpe de repente. Los tres quedan en silencio. Mariana y la Goya interrogan a Ramón con la mirada. Mariana advierte que se ha demudado.

—Dejarme pasar —dice el traspunte levantándose con premura—, vuelvo ahora

mismo. Tengo que ver a don César. Se me había olvidado darle un recaudo muy urgente.

Las dos mujeres retiran las piernas, para que el traspunte pueda salir al pasillo. Mariana, aunque le conoce desde hace muy poco tiempo, comprende que algo grave le ocurre.

Ramón se acerca al compartimiento en que viaja César Jimeno y le hace señas de que salga al pasillo.

—Nos hemos olvidado del marqués, don César.

Medio adormilado, César Jimeno mira a su traspunte como si fuera una persona totalmente desconocida.

—¿Qué dices, Gómez? ¿De qué me hablas? —le pregunta con voz enronquecida.

—Del asesino, el marqués, el marqués de Olzar... —habla Gómez con precaución, en un susurro, para no ser oído por cualquier otro viajero—. Tenía que viajar con nosotros, según lo dijo don Lauro, y se nos ha olvidado.

—Se te ha olvidado a ti.

—No diga usted eso, don César. Se nos ha olvidado a los dos. Y se ha quedado allí, en el nicho, enterrado en vida.

César Jimeno mira fijamente a los ojos de su traspunte, del que no sólo conoce su vida, sino sus ideas.

—¿De verdad, de verdad... se te ha olvidado?

—¿Qué está usted pensando, don César?

—De sobra lo sabes.

—Yo sería incapaz...

—Tú eres capaz de eso y de mucho más. Y a mí no me importa. Allí cada uno con su idea, y con su conciencia. Pero ahora... ¿qué hacemos?

—¿Qué quiere usted que hagamos, si estamos aquí, en un tren en marcha?

El actor inclina la cabeza y murmura, con aire atribulado, vaya usted a saber si fingido o verdadero:

—Pero ese hombre..., sepultado vivo, sin alimentos..., sin aire para respirar...

Como un conspirador de teatro, Ramón mira a derecha y a izquierda, y baja la voz.

—Al fin y al cabo, es un asesino. Y puede que el cacique le saque; si le echan de menos, él sabe dónde está.

—¿Y si le encuentran demasiado tarde?

—Que se joda. Bastante ha disfrutado ya, ¿no le parece? Y ha trabajado menos que usted y que yo.

Vuelve Ramón Gómez junto a Mariana y se ponen a hablar de lo suyo, los papeles para la boda, el barrio en que van a vivir al llegar a Madrid, las cartas de recomendación que llevan de todas las personas importantes de Olivera...

—Yo lo primero que quiero hacer en Madrid, en cuanto lleguemos, es ver la Puerta del Sol.

A lo mejor te llevas un chasco.

—Tú me has dicho que es muy bonita.

—Sí, pero también te dije que era muy distinta de lo que tú te imaginabas.

XVIII. En el que se refiere la llegada de Mariana a la gran ciudad

Pienso Mariana que nada más llegar a Madrid se dará de manos a boca con la Puerta del Sol, aunque ya Ramón la ha prevenido en sentido contrario, y por eso le sorprenden las calles del que va a ser durante algún tiempo su barrio, tan parecidas a otras de Olivera, como la de Toledo, casi igual a la calle Larga, pero un poco más ancha, cuyas casas tienen el mismo aspecto y los mismos tres o cuatro pisos, y algunas, muy pobres, sólo dos; también, a media calle, está la Catedral. Esta calle de Toledo es más alegre que la Larga, de Olivera, aunque, según le explica Ramón, no es la calle de paseo, pues para eso tiene Madrid la calle de Alcalá, el Prado, el Retiro..., que ya Mariana los irá conociendo. La calle Larga de Olivera cruza toda la ciudad de un lado a otro, atravesando la Plaza Mayor, de la estación al río, mientras que la de Toledo no recorre ni la quinta parte de la capital. Encuentra Mariana en esta calle madrileña varias tiendas de ropa interior femenina igualitas a otras dos que hay en Olivera; en sus escaparates, medias de rayas, camisas, corsés, pantalones blancos rematados con puntillas. Algunas de estas prendas no están en los escaparates, sino que cuelgan en el exterior, a la altura de la muestra de la tienda, y el viento las mece. Esto no se veía en Olivera, y a Mariana le divierte que algunos camiones parezcan fantasmas. En cambio le decepcionan los caserones nobles, de lóbregos portales, menos adornados y en apariencia menos lujosos que los de Olivera. Ramón le dice que esa fuente de piedra, grandota y pobretona, plantada en un cruce de calles y decorada con un oso, un león y un animal fantástico, un grifo, se llama La Fuentecilla y en ella se abastecen los aguadores. La alegría que advierte en la calle y que le entra por los ojos y los oídos, opuesta al aire un tanto solemne pero tristón de la calle Larga, le viene de las tiendas y los talleres con portadas de colores, en los que predominan el verde y el almagra, talabarterías, esparterías, verdulerías, herrerías, cerca de un centenar de tabernas y bodegones y unas cuantas posadas como las de la Cruz y de Medina y el célebre mesón del Maragato. Ramón la lleva un día al café de San Isidro, aunque no es café de cómicos, como los de la Puerta del Sol, para que lo vea. Es grande, con espejos y divanes de peluche, como el Español, de Olivera, al que nunca iban las criadas ni los obreros. Todos estos establecimientos, los paletos recién llegados y los presuntuosos madrileños de primera o segunda generación que en ellos van a comprar y a vender, a comer, a beber, a hospedarse o a birlar carteras o equipajes al descuido, son causa del constante tráfigo, del bullicio que recorre la calle desde la Puerta de Toledo hasta la Plaza Mayor. Los vendedores callejeros lanzan al aire sus pregones, pero las voces que más llegan al cielo son las que para blasfemar emplean los carreteros, cocheros, aurigas, postillones de los cientos de carros,

carretas, coches, diligencias, ómnibus, que circulan o intentan circular por la calle, cuando a las fatigadas mulas se les doblan las patas y se dejan caer derrengadas sobre el suelo de adoquines. En su arranque, junto a la Plaza Mayor, la calle tiene soportales a ambos lados. Al amparo de estos soportales hay cererías, tiendas de baratijas, de gorras y boinas y algunos plateros de portal. A los grandes señores que deben de habitar las casonas de anchurosos y lóbregos portalones, no se los ve por la calle, pues sus coches no se detienen en la calzada, llegan hasta el pie de la ancha escalera, el patio o el jardín. Quienes transitan por las aceras y la calzada, entran y salen en los establecimientos, se apean y suben a los carruajes son pequeños burgueses, comerciantes, industriales modestos, obreros, estudiantes del Instituto de San Isidro, aledaño a la Catedral, modistillas, criados y criadas, arrieros, mozos de cuerda, viajeros que vienen a los mesones y posadas, gente alegre y bulliciosa, y también golfillos desharrapados y descalzos, y los que andan a la gallofa, mendigos, ciegos, lisiados, cojos y mancos de las guerras de Cuba y de África, verdaderos y falsos, y, solapados entre el gentío, según le previene Ramón, una digna representación del hampa, descuideros, carteristas, timadores, matones de a tanto la puñada, chulos de putas. Todo aquello no le trae a Mariana el recuerdo del buen pasar de Olivera, en donde la pobreza escandalosa quedaba limitada a unas cuantas chozas de más allá del río, sino el de la miseria de su aldea, a pesar de lo poco que se parecen las casas de tres y cuatro pisos y los comercios a las casuchas y cuevas de Hondonadas. ¿Cómo es posible que en Madrid abunde tanto la pobreza y esté tan a la vista? ¿Cómo puede verse junto a la casona noble, palaciega, con escudo de piedra, ese chamizo de una sola planta, de tejas hundidas y ventanas desvencijadas? ¿Cómo es posible que ante los escaparates en que se muestran modelos de París pasen esas mujeres harapientas, esos críos con el culo al aire? ¿Y los mendigos, los ladrones, los chulos en esa calle principal de la capital de España? Precisamente esa es la causa de lo que espanta a Mariana, que Madrid es la capital de España, el lugar donde llegan a la busca todos los que no tienen nada, los que nunca han tenido nada y los que han perdido lo que tenían. A la villa y corte, desde hace siglos, en los primeros para aprovecharse de sus triunfos y en los siguientes para rebañar las sobras de la derrota, vienen a medrar todos los desmedrados. Ramón lo dice de manera muy clara: Madrid es el vertedero de España. La Puerta del Sol no decepciona a Mariana, pero tampoco le entusiasma. Le sorprende que tenga forma de raja de melón, o de media luna, nadie se lo había dicho, y ella la ve así, como una media luna —aunque se llame Puerta del Sol— o como una gigantesca raja de melón. También le sorprende su color. Las casas de la Puerta del Sol son de color pálido —salvo la de ladrillo de Gobernación—, color de piedra pálida, como las de Olivera, y Mariana se las imaginaba totalmente distintas. Cuando Mariana vivía en Hondonadas se imaginaba las ciudades cercanas de las que oía hablar, entre ellas Olivera, muy distintas a Hondonadas, y así le resultó Olivera. Cuando vivió en Olivera se imaginó Madrid muy distinto a Olivera, no serían iguales las casas, ni parecidas; ni tampoco serían parecidas, por lo tanto, las

calles. Le daba vergüenza decirlo, pero ella se había imaginado que las casas de Madrid eran doradas, rematadas muchas de ellas por torrecillas onduladas en tirabuzón, muy brillantes, y que casi rascaban el cielo. Era una imaginación de niña, lo comprendía; pero que las casas y las calles fueran tan iguales a las de Olivera... Ramón discute con ella. Olivera no tiene ningún lugar que se parezca al Prado, ni los palacetes de los Somontes, los Meló, los Montáñez pueden compararse con el Palacio de Oriente. Sí, aquello es verdad, en eso tiene razón su marido. Y Mariana reconoce también que la Puerta del Sol es muy grande, más que la Plaza Mayor de Olivera, enorme. Pero a pesar de su tamaño, en ella no queda ya lugar para ningún comercio, incluso las aceras están ocupadas por vendedores, es como una gran tienda; habrá que buscar por las calles cercanas. No le será muy difícil estar al tanto, pues la Puerta del Sol no queda lejos de la calle Calatrava, apenas a diez minutos.

Lo que más sorprende a Mariana es que en Madrid los solares, los terrenos baldíos, los terraplenes, los restos de las casas viejas se encuentran en el centro de la ciudad, al contrario de lo que ella ha visto en Olivera, que están en los alrededores. En Madrid, a pocos tiros de piedra de la Puerta del Sol, parece que la ciudad ha sido arrasada, víctima de un cataclismo o de un tenaz bombardeo. A un lado y a otro, escombros, promontorios de tierra, huellas de una atroz destrucción, ruinas. Pero más que las ruinas de la capital de un imperio que fue, parecen las de un destartado poblachón. Multitud de chiquillos aprovechan para jugar, envueltos en nubes de polvo, las explanadas, cuevas y barrancos, pues entre estos escombros, entre estos montones de cascote que forman inútiles barricadas, hay más aventura que en los remilgados parques del Oeste o del Retiro.

La razón de este insólito fenómeno está en las obras de la Gran Vía, recién iniciadas. Entre los grandes desniveles del terreno puede verse a los obreros encargados de la destrucción que allanará la superficie sobre la que se alzarán los edificios del primero de los tres tramos que compondrán la gran avenida. Carros y volquetes llenos de tierra, tirados por mulas, van y vienen. Muchos madrileños curiosos de los que tienen poco que hacer y que tanto abundan en la villa y corte han adoptado como entretenimiento acercarse a ver las obras de la Gran Vía. Aún quedan bastantes casas en pie, pero con las tripas al aire, mostrando habitaciones amuebladas a las que les falta una pared, como decorados de teatro. También en algunas se ven escaleras que no llevan a ningún piso. Hay ventanas que por un lado dan a una calle que ya no existe y por el otro a un lejano horizonte de tejados, cúpulas y torres. Trastos así, de tela pintada y armadura de listones, los ha visto Mariana apoyados en la pared del escenario del Gran Teatro Viriato, en Olivera.

Al llegar, se hospedan en casa de los padres de Ramón, en la verdulería de la calle Calatrava, que tiene vivienda, pero en seguida se mudan a una pensión cercana, porque allí no hay sitio para tantos y Moncho está a punto de nacer. Los recibe muy

bien la condesa de Buenaguía, después de que Juan María Herranz, su secretario, ha leído las cartas de recomendación de los Meló, los Somontes, los Montáñez... No los recibe sólo la condesa, sino también su marido, el conde, que se desentiende muy pronto. A Mariana le parece que eso ha sido porque la condesa es más amable que el conde, a Ramón le parece que ha sido porque la condesa se aburre y el conde tiene otras diversiones fuera de casa.

Aquel mismo año, en franco declive ya el teatro de magia (en las plazas importantes no dan fechas a las compañías de este género), la Fuentes-Jimeno se disuelve y el traspunte Ramón Gómez se queda parado. Se acaban los ahorrillos en unos meses rematados por las fiestas de la boda y el bautizo, más cercanas de lo habitual. Pero la presencia del hijo hace que Ramón no se atreva a aceptar algunas ofertas de contratos para trabajar en provincias y se ve obligado a hacer lo que se había prometido no hacer nunca: pedir dinero a sus padres. Mariana cría al niño, cuida a Ramón y además va a servir como asistente o como costurera a algunas casas del barrio. Por fin, surge de nuevo el hada buena, como en *El arcón de las tres llaves* o en *La redoma misteriosa*, o como descendió de los cielos la Fantasía. Por mediación de la condesa de Buenaguía Ramón entra como traspunte fijo en el teatro Lara y casi por las mismas fechas les conceden la portería del número 9 de la calle del Vergel.

XIX. «Por estas tierras pasa la sombra de caín» (A. M.)

Andaba ya Moncho por sus trece años, recién admitido como aprendiz en el taller de carpintería y ebanistería, y cumplía cinco el pequeño, Miguel, sin haber ocasionado grandes quebraderos de cabeza a sus padres, cuando, ante el deterioro de la vida nacional —constantes crisis de gobierno, luchas armadas entre obreros revolucionarios y pistoleros a sueldo de las patronales; en la inacabable guerra de Marruecos, el desastre de Annual—, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, decidió reunirse en Madrid con un grupo de generales y plantear, con el consentimiento del rey, la necesidad de un golpe de Estado. Halló oportuno pretexto en una manifestación separatista de Barcelona, en la que se arrastró la bandera nacional, y se alzó contra el Gobierno. En el manifiesto que dirigió al país se comprometía a salvarlo de los profesionales de la política y a evitar su fin próximo, trágico y deshonesto. El Gobierno se consideró incapaz de contener el alzamiento y presentó al rey su dimisión. Salvo en los medios obreros y entre los intelectuales revolucionarios, que temían en la actitud de Primo de Rivera algo semejante a lo que ocurría en Italia con el dictador Mussolini, la acogida que tuvo la implantación de la dictadura militar fue de asentimiento. Incluso mucha prensa de izquierdas y algunos intelectuales de primera fila se sumaron a esa buena acogida al pensar que concluía una etapa nefasta.

Ya los dos años, poco más o menos, de que Mariana y Ramón, en la gloriosa noche de la verbena del Carmen, reanudaran sus relaciones sexuales, la portera del 9 de la calle del Vergel se sintió encinta y meses después nació su hija Aurora. Se llamó así al ser rechazados los nombres de Progreso, Porvenir, Mañana, Idea... Alguien dijo:

—Llamarla Aurora o Esperanza. Son nombres libertarios y, sin embargo, están en el santoral. Las marquesas beatas que os ayudan no podrán decir nada.

Se aceptó la propuesta y por mayoría de votos a mano alzada se eligió Aurora. No había nadie en la familia que se llamase así, mientras que una tía segunda de Ramón Gómez se llamaba Esperanza. Eso fue una ventaja decisiva en el momento de la votación. Un chistoso dijo:

—Llamarla Esperanza sería como llamarla Familia.

Y con Aurora se quedó. También Miguel estaba en el santoral, aunque el pequeño llevase el nombre en homenaje a Bakunin.

Evaristo Suárez, el joven escritor frustrado, quiso hacerse cargo del gasto del bautizo.

—Pero ¿a santo de qué? —preguntó asombrada Mariana.

—Una sorpresa, Mariana. En *Los Actuales* he quedado finalista en el concurso mensual con mi novela *Entre piedras y nubes*.

—¡Pero no me la dao usted a leer! —protestó la portera.

—No quise molestarla, como la otra vez. Y quise evitarle el disgusto de que fuera un fracaso como el otro.

—Pero ¿de verdá ha ganao usted el premio? —y sonreía feliz Mariana, como si aquello fuese cosa suya.

—El premio, no: he quedado segundo. Pero la novela se publica, la semana que viene. Por eso le pido que me deje celebrar juntos los dos bautizos y sufragar los gastos, el de su hija y el de mi novela.

No tardó mucho en saber Mariana, la propia señora Charo, la hermana de Evaristo Suárez se lo dijo, que a la mamá de Evaristo, la señora de Suárez, le había costado Dios y ayuda convencer a su marido de que hablase con el oficial del notario del segundo derecha, para que éste a su vez hablase con el notario y el notario con un hermano del editor de *Los Actuales*. Lo del premio resultó imposible, pero lo de finalista y la publicación no ofreció demasiadas dificultades. Quizás alguna vez el señor Suárez, interventor del Estado, podría devolver el favor.

El tiempo pasaba despacio, o las cosas no cambiaban. Los hijos sí cambiaban, sólo ellos. Lo demás, la fachada churrigueresca del Hospicio, como telón de fondo, con San Fernando, espada desenvainada, en su pedestal, las casas de la calle del Vergel, ya todas edificadas desde años atrás, los chicos jugando en la calle, al final, donde desembocaba en la plaza del Dos de Mayo; el mercado de la Corredera; las huelgas de vez en cuando. Los hijos sí eran ya muy distintos. Moncho, con dieciocho años, se había ido transformando en un desconocido que vivía en casa. Seguía trabajando en el taller de carpintería y ebanistería del señor Pedro Méndez, ya era oficial y estaba siempre maldiciendo su suerte, harto, decía, de alimentarse de virutas y serrín; pero no había heredado el espíritu revolucionario que en su juventud tuvieron sus padres. A él, aquello de la idea no le parecía más que una serie de paparruchas, ganas de perder el tiempo.

—Pues ¿qué quieres?

—No lo sé, no lo sé. Dejadme en paz.

El pequeño, Miguel, el que llevaba ese nombre en recuerdo de Miguel Bakunin, sí había cambiado y, según les parecía a sus padres, a la velocidad del rayo, desde que nació, al año siguiente de la huelga general revolucionaria, hasta ahora que ya era un crío de siete años y podía jugar con los otros chicos de la calle del Vergel.

Una tibia tarde primaveral de 1931, la del 13 de abril, al saberse que, como resultado de la derrota monárquica en las elecciones municipales, el rey se

marchaba de España, empezaron a recorrer Madrid unos automóviles descapotados en los que grupos de activistas de los distintos partidos de la coalición vencedora, republicanos y socialistas, participaban la victoria a la gente agolpada en los balcones. Comenzaron a aparecer algunas colgaduras con los colores de la República, y también banderas; pero en mayor número surgieron sobre las barandillas mantones de Manila, colchas, alfombras y tapetes de colores. En el 7 de la calle del Vergel unos vecinos engalanaron sus balcones y otros no. Uno de los automóviles descapotados, con un grupo de personas vociferantes, apareció por la esquina de Fuencarral y recorrió la calle hacia la plaza del Dos de Mayo. Gritaban a los vecinos que se agolpaban en los balcones.

—¡El rey ha abdicado! ¡Se va de España!

Algunas voces contestaban ¡Viva la República! Era la hora en que Ramón debía salir hacia el teatro; después de abrazar y besar a su mujer, hacia allá se marchó, corredera de San Pablo abajo, como si fuera a perder un tren. A la mañana siguiente vistieron de domingo a la pequeña Aurora; los otros dos, hacía años que se vestían solos.

¡Viva la República!, gritaba el pueblo de Madrid con un único grito proferido por miles y miles de gargantas unánimes en aquella dorada mañana de primavera, la más alegre de su historia. Radiantes colores, voces populares, triunfales, alegres. Luminosos colores y colorines de farolillos de baile callejero, de barracas de verbena, de cartel de toros. La detonante combinación de colores de la bandera republicana, el casi desagradable emparejamiento del morado con el amarillo, le iban bien a aquella fiesta gloriosa y chabacana, en la que la zafiedad, la charanga y la pandereta eran guiones deliberadamente izados para señalar los nuevos caminos a los atildados burgueses de buen gusto. Casaba bien aquel violento contraste de colores con las disfónicas, desgañitadas voces que cantaban el Himno de Riego y proferían soeces insultos contra el rey, sus ministros y los curas. Pero de aquel día en adelante, así lo indicaban la razón y la esperanza, el gualda de la bandera ya no debía ser el amarillo del dinero, sino el del trigo; el rojo no debía ser el de la sangre derramada, sino el de la que recorre las venas.

Aurora tenía siete años; su hermano Miguel, catorce; el mayor, Moncho, estaba a punto de cumplir veintidós. Los porteros del 9 de la calle del Vergel, con sus tres hijos, se habían lanzado a la calle, habían abandonado la portería, allá se las arreglaran los vecinos, un día es un día, y un día como este no lo volverían a ver nunca. Su credo libertario no les obligaba a elegir entre república y monarquía, puesto que el verdadero enemigo era el Estado, pero desde el punto de vista social estaban convencidos de que la monarquía derrotada era menos partidaria de las reformas, de las reivindicaciones obreras, de la igualdad, de la justicia, de la Revolución, que la República triunfadora. Manolo el zapatero les preguntó adonde

iban. ¿Dónde habían de ir?, a la Puerta del Sol, como toda aquella riada de gente alborozada que marchaba por la calle Fuencarral abajo. Y Manolo el zapatero cerró el taller y se sumó al grupo.

—¡Viva la República! —gritaron todos al pasar ante el taller del carpintero ebanista.

Pero el carpintero ebanista no quiso ir, no le parecía bien significarse, porque tenía en el barrio, y en la propia casa, clientela a la que aquello podría parecerle mal. Se limitó a cerrar su establecimiento y dejarles a los dos oficiales y al aprendiz — Moncho ya se había tomado el permiso por su cuenta— que hicieran lo que quisieran. Por la calle Fuencarral una verdadera multitud —unos a pie, muy pocos en coche y muchos en camionetas y tranvías— bajaba hacia la Puerta del Sol cantando a voz en cuello el Himno de Riego, no con la letra auténtica, sino con la populachera:

*«Si las monjas y frailes supieran
la paliza que les van a dar,
subirían al coro cantando:
¡libertad, libertad, libertad!».*

Coreaban también vulgares estribillos, alusivos al rey Alfonso XIII:

*«¡No se ha ido,
que le hemos barrido!
¡No se ha marchao,
que le hemos echao!».*

A Aurorita le colocaron un gorro frigio de papel y una banderita tricolor de los que vendían en la Red de San Luis. No la consultaron, pero a su edad le parecieron juguetes como cualquier otros y estaba contentísima con ellos. Mariana tenía la impresión de que todos los habitantes de Madrid —poco más o menos, medio millón, según decían— se habían echado a la calle o estaban apiñados de bruces sobre las barandillas de los balcones cantando, riendo, vitoreando y también insultando a los perdedores. Por Montera, como ellos, o por Carretas, Arenal, Mayor, Alcalá, San Jerónimo la multitud confluía en la Puerta del Sol. Antes de que dieran las doce en el reloj de Gobernación, ya no cabía nadie más. Con aquel delirante entusiasmo no se celebraba solamente la llegada de la libertad, sino la llegada de la felicidad para todos, del placer inacabable y, ¿cómo no?, de la riqueza. Se celebraba que a partir de aquel día ningún problema se quedaría sin solución, todos los deseos se verían satisfechos. Y eso era motivo más que suficiente para que aquellos miles de madrileños el 14 de abril de 1931 montaran en la Puerta del Sol la gran verbena de la alegría y de la esperanza.

La alegría siguió brotando como siempre, donde y cuando menos se la esperaba; la esperanza en cambio pronto comenzó a desvanecerse, primero tamizada por una tenue neblina, volviéndose pronto cada vez más difusa y más lejana, convertida la neblina en niebla espesa, que amortiguaba y después extinguía, como en los caminos, las lucecitas que se entreveían a lo lejos. Mariana, para conservar algo de ilusión, se refugiaba en lo que una noche ya casi perdida en el olvido le oyó decir al compañero Mauricio Puertas. «No es necesario tener esperanza; basta con tener razón». Según Ramón Gómez aquella frase no podía haberse cocido en el caletre de Puertas, debía de ser de algún clásico pensador anarquista de los primeros tiempos. Pero la consideraba acertada y útil para los que sintieran el deseo de permanecer en la lucha y necesitaran una justificación para ello.

Los porteros del 9 de la calle del Vergel y sus tres hijos, tras la proclamación de la República, en contra de lo que habían supuesto, vieron en peligro la estrecha seguridad en que vivían. Los ricos se apresuraron a llevar su dinero al extranjero, o a emigrar ellos mismos. En el bando contrario, muy pronto hubo revueltas libertarias en Andalucía, en Aragón, en Cataluña, provocadas por la impaciencia. La Revolución había comenzado el 14 de abril del 31, aunque muchos se obstinaron en no verlo, pero tardaba en dar sus frutos, y el gobierno de la República sofocó las revueltas con la fuerza de las armas, como habría hecho cualquiera de los gobiernos del antiguo régimen. También había comenzado la gran conspiración monárquica, cuya primera manifestación ostensible, próxima al ridículo, fue el inútil pronunciamiento del general Sanjurjo en 1932. Al negocio del teatro el nuevo régimen y el inicio de la Revolución le afectó de manera muy grave. El público burgués, que era el habitual y el que proporcionaba los ingresos necesarios —la aportación de las localidades de gallinero era insignificante— disminuyó en gran medida. El popular no vio aumentados sus salarios, y por lo tanto para él, excepto en espectáculos muy especiales, el teatro siguió siendo un lujo inasequible. La fuga de capitales ocasionó una deflación económica general, una escasez de dinero, que se sumó al reflujo de la gran crisis económica estadounidense del 29. Para Mariana y Ramón sería una desgracia que la compañía titular del teatro Lara se disolviera y Ramón Gómez se viese obligado a contratarse en otra de provincias, si se le presentaba la oportunidad, dejando sola a Mariana en la portería. Pero el habilidoso empresario Yáñez rebajó de cinco pesetas a tres el precio de las localidades más caras, logró capear el temporal, la compañía titular siguió en pie y Ramón Gómez no perdió su empleo de traspunte en un teatro de Madrid.

El vecino más simpático, más amable de la casa, el señorito Manuel Cámara, de la familia que había ocupado uno de los dos áticos tras la marcha del enriquecido señor Blasco a la calle de Velázquez, se había hecho de Falange Española, un partido

político que acababa de fundar el hijo del general Primo de Rivera, José Antonio, joven abogado con fama de muy inteligente. Sentía curiosidad Mariana por saber qué era aquello de Falange que había atraído al señorito Manuel. Pertenecía éste a la rama de una importante familia, los Cámara de La Rioja; pero él era de los Cámara de Albacete y el estar emparentado con los de La Rioja sólo podía servirle para presumir, a lo que no era muy dado, pues era un muchacho sencillo, con un escaso sueldo como empleado del catastro y no parecía tener grandes aspiraciones. Lo que atraía de él, alto, flaco, de pelo castaño claro, era su alegría espontánea, su sonrisa siempre fácil y luminosa y la corrección y buen trato con todo el mundo. Por la portería nunca pasaba sin un afable buenos días, Ramón; buenos días, Mariana. Cuando Mariana preguntó a su marido quiénes eran aquellos de Falange, el traspunte estuvo demasiado lacónico:

—Unos señoritos de mierda, unos canallas.

Mariana tuvo que recurrir a Manolo el zapatero, siempre tan bien informado, por el sencillo procedimiento de leer varios periódicos en vez de uno solo. Hombre fiel al socialismo de Pablo Iglesias, no dejaba ninguna mañana de leer *El Socialista*, pero leía también el *ABC* y sacaba sus conclusiones. La Falange Española tenía como objetivo trasladar a España el sistema que en Italia había implantado el dictador Mussolini. Cuando el avance revolucionario de las clases obrera y campesina en Italia era incontenible, Benito Mussolini, un antiguo socialista, se pasó al bando contrario, al de los grandes industriales y comerciantes y combatió a los obreros no con razonamientos ni con votos en las urnas o leyes en el Parlamento, sino con la violencia, asaltando los centros sindicales, asesinando a los directivos, cercando a los revolucionarios por medio de terror. Mussolini triunfó, reprimió la Revolución y consiguió establecer el orden, un orden. José Antonio Primo de Rivera intentaba hacer lo mismo aquí, en España. Después de esta información la mirada de Mariana al señorito Manuel Cámara cuando éste la saludó muy sonriente:

—Buenos días, Mariana, está usted guapísima hoy, fue de perplejidad, de incompreensión.

Mayor fue su incompreensión cuando poco después llegó la noticia de que con la orden o la tolerancia del ministro de la guerra, Manuel Azaña, había sido asesinada por las fuerzas del Gobierno una familia anarquista en el poblado de Casas Viejas.

A pesar de todo, la vida seguía su curso más o menos normal, y como ejemplo de ello, el escritor Evaristo Suárez, colaborador ya en algunos periódicos y revistas, publicó a sus expensas una novela. *La calle del mercado*, que mereció la atención de una parte de la crítica. Y, según él decía, pronto se habría agotado la edición de no haber coincidido su aparición con las huelgas revolucionarias de Asturias que acapararon la atención de todo el mundo. Este brote revolucionario fue reprimido duramente por tropas de Regulares y de la Legión traídas de Marruecos.

Moncho ya había abandonado el taller del carpintero ebanista y, asociado con un señorito del barrio, se había establecido no lejos de allí. Tenía un taller de cuatro o

cinco bancos y había conseguido uno de sus ideales: que otros trabajasen para él, ocupándose él únicamente de la parte administrativa, para la que parecía bien dotado. Su antiguo patrono había prosperado mucho más en los últimos tiempos, tenía dos carpinterías en la parte alta del barrio de Chamberí y no vivía en el semisótano, sino en un buen piso de la cercana calle de Barceló. Por este motivo había evolucionado políticamente y procuraba no tener mucho contacto con la familia de los porteros, pues él ya era una persona de derechas.

Se sucedieron rápidamente acontecimientos políticos que, en su etapa inicial, poco afectaron a la vida de los porteros. Straus y Perlo, hábiles estafadores extranjeros, enredaron a personas allegadas a algunos gobernantes en un turbio asunto de juego (la explotación de una ruleta denominada «estraperlo»), a consecuencia del cual cayó el gobierno y se convocaron elecciones. Las fuerzas de izquierda y los sindicatos obreros se unieron en el llamado Frente Popular y derrotaron a los contrarrevolucionarios de Gil Robles en febrero del 36. Y empezó de nuevo la Revolución. La derecha la denunciaba constantemente, y tenía razón al hacerlo; la Revolución reprimida durante todo el siglo XIX había iniciado por fin su marcha, que ahora parecía irreprimible a pesar de la conspiración monárquica, ya nada soterrada, y de la agresividad del pistolero fascista de Falange. Las fuerzas regresivas, aristocracia monarquizante, capitalismo, alto clero, mandos superiores del ejército, latifundistas, se unieron en el esfuerzo contrarrevolucionario y paradójicamente se dispusieron a justificarse con el derecho a la revolución.

No solamente hombres de acción y escritores, sino juristas considerados como personas de orden, incluso propagandistas de la política conservadora, habían defendido, desde siglos antes, el derecho del pueblo a la revolución.

—Juzgan que la revolución —dijo Miguel, llamado así en homenaje a Bakunin— además de lícita, es un gran vehículo de progreso, es útil, necesaria y obligatoria cuando desde el poder no se proyectan reformas o las proyectadas son insuficientes para remediar los males que se padecen, cuando uno no ve alrededor más que desorden, injusticia...

—O sea, casi siempre —dijo Manolo el zapatero con una risita.

—No te falta razón, casi siempre. Quizás por eso los revolucionarios de verdad parecen por lo general más admirables y gloriosos que malvaos.

—Pero no todos los revolucionarios son iguales —precisó Antonio, el barrendero.

—Claro que no —corroboró Moncho, el hermano mayor.

Para el joven Miguel, el revolucionario auténtico era todo entusiasmo, ardor, valor...

—Y candor —intercaló Moncho.

Podía ser. Pero también fe, no necesariamente ciega, sino lúcida, en la posibilidad de lo que se defendía. Los teóricos defensores del derecho a la revolución estaban de

acuerdo en que el revolucionario debía estar convencido de sus posibilidades de triunfo.

Con la lengua algo estropajosa, Ramón Gómez, el traspunte, tras apartar de su boca la copa de aguardiente, consiguió decir:

—Lo que distingue al verdadero revolucionario es que, aunque llegue a la acción violenta, es humano y generoso... Lucha por sí mismo, es egoísta, pero también lucha por los demás... Si no, no es un verdadero revolucionario...

Sonrió con la boca torcida y se encogió de hombros.

—Y yo... —prosiguió—, yo ya no soy un revolucionario... Ni verdadero ni falso... Porque a mí los demás... —y se frotó sus partes.

—Cállate, padre —dijo Miguel—, no sabes lo que dices.

Enardecido, quizás por la inadecuada intervención de su padre, Miguel se volvió hacia los demás.

—Los revolucionarios sienten afán de justicia, pero lo convierten en pasión. Para ellos la justicia no es algo frío, como puede serlo para los jueces o los curas. Es una pasión y están dispuestos a sufrir persecución por ella. Y sin Revolución no puede haber justicia, porque estamos en el imperio de la injusticia, estamos en pleno feudalismo en que unos hombres son propiedad de otros. La Revolución es absolutamente necesaria, porque es necesario que los de abajo, los desheredados, los proletarios, los que no tienen más riqueza que su prole, y ni esa, porque en cuanto es productiva...

—Sáltate eso, Miguel —intervino el hermano mayor—, que nos lo sabemos de memoria; no te entrenes aquí para la próxima asamblea, estamos en familia.

Mariana iba de un lado a otro de la cocina atendiendo a los reunidos. A uno le servía una copita de aguardiente, a otro un vaso de vino, a otro café de recuelo. Era la siesta y se había levantado antes de que Ramón se fuese al teatro, tenía que procurar Mariana que no bebiese más. Procuraba también enterarse de lo que hablaban, aprender, como siempre. Pero muchas veces, a pesar de los años, le resultaba difícil entender.

—Es necesario que los de abajo tengan ocasión de disfrutar de los placeres con la misma libertad y en la misma medida que los otros, los favorecidos por la fortuna... —había vuelto a concederse a sí mismo el uso de la palabra Miguel, sin hacer caso de los sarcasmos de su hermano mayor, a los que estaba habituado—. Yo no quiero para los demás un mañana austero y sacrificado, sino alegre, lleno de placeres.

—Eso lo queremos todos —dijo el barrendero.

—Lo quiero para los demás, digo. Pero sé que para alcanzar ese mañana se necesita poner el mundo patas arriba, y eso no lo puede hacer un hombre solo, sino que es necesaria la unión de todos; los privilegiaos, los que han heredao la fuerza de las leyes y de las armas, no pueden ser derrotaos más que por el pueblo, por la masa.

—Todos tenemos los mismos ideales —dijo el zapatero, que siempre intentaba justificarse por no haber abrazado el credo libertario—: justicia, igualdad de

oportunidades, libertá...

El barrendero tomó la palabra.

—A mí no me parece justo que mi padre, obrero hijo de obreros, y tantos como él, hayan estao sentenciao desde niños a llevar una vida miserable, llena de privaciones, tan distinta a la que llevan otros, los que nacen ricos. Abolición de la herencia, reparto de la riqueza, supresión de las fronteras, amor libre, a eso vamos. ¿De qué otra manera podemos llegar nosotros a vivir la vida que queremos? Hay personas que me dicen cuando me expreso así que soy envidioso. Sí, es verdad, lo reconozco. Pero la envidia puede ser el motor que nos empuje a la Revolución.

Ramón solía escuchar, más que tomar parte en las conversaciones, pero aquella tarde volvió a decir algo.

—En la sociedad en que vivimos la revolución fracasó hace tiempo. Los privilegiaos han sabido defender sus privilegios y ahí siguen. Y sus hijos siguen heredándolos. En esta sociedad hay realeza, nobleza, clase alta, clase media, baja clase media, clase baja y pobres de solemnidad.

—Un hombre que trabaja puede ganar cinco pesetas diarias y no tener ni un céntimo ahorrao, y otro percibir miles de pesetas de beneficios diarios y poseer bienes por valor de cien millones de pesetas.

—Sí, pero cuando alguno de nosotros dice eso ya sabes que hay muchas frases para contestarle: como el caviar no llega para todos, mejor que lo coman siempre los mismos; a los pobres les cae mal la buena ropa, no la saben llevar, no tienen estilo; de tal palo, tal astilla.

—Miguel, tú y tus compañeros os olvidáis de otro tipo de revolucionario —dijo Moncho—, el que no vive tan mal como vivieron sus padres y sus abuelos y los chicos del barrio que se criaron con él. Ahora tiene un tallercito y un piso que no está mal. Sus hijos van a un colegio de pago. Su mujer tiene abrigos de pieles. Cenar en restoranes de lujo con otros matrimonios. Tiene criadas. Veranea toda la familia en San Sebastián. Y todo eso porque lo de la política lo fue dejando poco a poco y se entregó más al trabajo. Primero el tallercito y ahora el taller grande. Abandonó el trabajo manual para dedicarse a la especulación. Y lo está haciendo bien. Trabaja duro. Ha elegido bien a los socios. Le ha ayudao la suerte. Y no ha olvidao la revolución. Sin ella no habría conseguido nada de eso. Lo recuerda siempre que encuentra a un viejo correligionario. Le invita a mariscos y se lo dice: él sigue creyendo en la revolución; sólo que comprendió a tiempo que era más fácil la revolución individual que la colectiva.

—Muy bien, hermano —dijo Miguel tras unas cuantas palmadas con las que aplaudió el discurso de Moncho—, has trazao perfecta mente tu autorretrato. Admiro tu sinceridá y tu cinismo.

—Tienes razón, Miguel. Con lo que he dicho he intentao ser esas dos cosas: cínico y sincero.

El asunto de la mercería marchaba bastante bien, gracias a que sus amigas habían convencido a Mariana de que no debía emperrarse en que el local debía estar muy cerca de la Puerta del Sol. Aquello era imposible. Pero se traspasaba una pequeña librería en una bocacalle de Fuencarral, Hernán Cortés, no lejos de la Gran Vía, que ya estaba concluida y era una gran avenida comercial. El local era adecuado para mercería, con amplio escaparate, necesitaba muy poca reforma y además tenía vivienda con ventanas a un patio de luces no demasiado angosto. Los ahorros del matrimonio Gómez eran casi suficientes para el traspaso. Las mercancías, unas iban en depósito y para otras sería útil el aval de los marqueses de Buenaguía. Sólo faltaba vencer algunas reticencias por parte de Ramón. De cara al verano, no parecía el mejor momento para abrir una tienda. Pero si se esperaba dos o tres meses, quizás se adelantase alguien y se perdiese la oportunidad.

En su ejercicio de la acción violenta, pistoleros de Falange asesinaron cuando salía de su casa para dirigirse al trabajo al teniente Castillo, de la Guardia de Asalto. Al día siguiente fue asesinado Calvo Sotelo, líder de la oposición parlamentaria. Pocos días después tuvo lugar el pronunciamiento del general Franco en el Llano Amarillo de Ketama. La Revolución obrera y campesina de la que había muestras más o menos ostensibles desde 1931, mucho más acusadas a partir del triunfo del Frente Popular en febrero del 36, se hizo del todo evidente como durísima réplica al alzamiento militar. Fracasado éste a los pocos días, se transformó en guerra civil. Madrid iba a conocer los años más trágicos de su historia. Asaltos a cuarteles, escasez de alimentos, «paseos» —el padre del escritor Evaristo Suárez fue asesinado por «incontrolados» en el Hotel del Negro, y también el marido de doña Benigna en Paracuellos del Jarama—, terror, hambre, cerco de la ciudad que duraría casi tres años.

Viejos compañeros convencieron a Ramón Gómez de que, aunque ya no fuera un libertario activo, debía formar parte de un comité del sindicato de espectáculos. Su labor no sería difícil. También se ocupó de poner en marcha el teatro Lara, incautado por la CNT. Contribuyó a la formación de una compañía improvisada con actores de los que aquel verano se hallaban en Madrid y fue luego, además de traspunte, delegado sindical.

Moncho se bandeó muy bien y consiguió que le enviaran a Valencia en los primeros meses de la contienda. Allí desempeñó trabajos de oficina.

El pequeño, Miguel, ya con dieciséis años, se inscribió en seguida como voluntario en el batallón de Cipriano Mera. Estuvo en Guadalajara cuando la derrota de los italianos.

XX. La traidora realidad lucha contra la fantasía

A pesar de ser ya las seis de la mañana y estar a mediados de mayo, la luz que llegaba al sotanillo era muy escasa y las paredes, los muebles, la estera, tenían el mismo tono grisáceo de los amaneceres invernales. Mariana se sobrepuso a los dolores del reuma y con mucha ayuda de manos y brazos se levantó de la cama. Con escasa pulcritud se enjabonó y se chapuzó en la palangana y tras echar una mirada indiferente a Ramón, el marido, que aún dormía, salió de la habitación y, tanteando las paredes del oscuro pasillo, fue hacia la de su hijo, que por fin estaba en casa y la noche antes le había pedido que le despertase a las seis. Desde que empezó la guerra aquel hijo siempre estuvo en danza y cuando pasaba unos días en casa para Mariana eran como una fiesta, a pesar del hambre, de las bombas, del miedo. Siempre había una botella de vino o de aguardiente para celebrarlo y para que Ramón, el marido, agarrase una de sus irremediables borracheras. Desde hacía más de dos años Mariana tenía la impresión de que sobre su hijo Miguel, el más pequeño, caía todo el peso de la Revolución, de la guerra. Había estado en la sierra, conteniendo a los fascistas y a los militares sublevados, también en Guadalajara y en el frente de la Ciudad Universitaria. Luego, hacía ya dos años, porque aquello no acababa nunca, se le llevaron no sabía dónde. Después había estado algunos meses, muy pocos, en Valencia, con su hermano Moncho, más tranquilo, y por lo que contaba en una de las escasas cartas que pudo mandar, mejor alimentado, aunque, según él decía, a las tropas no les faltaban víveres. Alguna vez apareció por Madrid fugazmente y trajo algo para sus padres y su hermana. En este último viaje aseguró que venía para quedarse en la ciudad cercada y que la guerra iba a terminar de un día para otro. Y de pronto aquella mañana, cuando Mariana llamó a la puerta de su cuarto para despertarle, no respondió nadie. Abrió y encontró la cama deshecha, pero la habitación vacía. Sobre la almohada había un papel escrito. En él se leía solamente: «Tengo un servicio. No sé si volveré hoy».

Mariana fue de nuevo hacia su cuarto, en el que, sobre la cama, boca arriba, roncaba estrepitosamente Ramón, el marido. Comprendió Mariana que sería inútil despertarle, pues la resaca le impediría entender nada de lo que ella le dijera y se dejaría caer de nuevo derrumbado sobre la almohada, si no arrojaba un chorretón de vómito como otras veces. En el colchón que le acomodaban en la cocina, la pequeña ya estaba desperezándose. La tímida luz que entraba por la ventana entreabierta iluminaba las ondas de su pelo y estaba a punto de llegarle a los ojos. Así, desperezándose, con el entrecejo fruncido, los labios apretados, no era tan bonita como dormida, cuando su madre se quedaba unos minutos quieta, frente a ella, y la miraba casi sin respirar para no despertarla, y ver en ella, en su cara, a la niña que había sido hasta muy pocos años antes. Pero esto, reconocía Mariana, era para el

gusto de su madre; seguro que los hombres ya consideraban a Aurora una mujer apetecible, pese a lo poco pronunciadas que eran sus curvas, como les ocurría a casi todas las muchachas del Madrid de aquellos tres años, y aunque la viesan con el entrecejo fruncido. En seguida comprendió Aurora que su madre había llorado o estaba a punto de llorar. ¿Tan temprano? ¿Recién levantada? ¿Qué podía haberle pasado, si todavía no había pasado nada? Mariana no respondió a las preguntas de su hija, se limitó a alargarle el papel que había encontrado sobre la almohada del hijo. Pero Aurora ya lo sabía. Después de medianoche, cuando ni Miguel ni ella se habían acostado, porque se quedaron a escuchar las últimas noticias de la radio, había llegado Porvenir Mendieta, un compañero de Miguel, y era quien le había comunicado que a las cinco de la mañana debía estar en Recoletos, frente a la casa-palacio en que tenía el despacho Melchor Rodríguez, el delegado especial de Prisiones. El compañero Porvenir se marchó en seguida y a los dos hermanos les pareció que no había motivo para despertar a los padres y por eso dejaron la nota sobre la almohada.

Pero ¿otra vez les hacía falta su hijo? ¿No podían seguir aquella mierda de guerra sin él? Aurora no sabía si regañar a su madre o consolarla. ¿Tenía o no tenía razón en su queja? Debía comprender que Miguel estaba movilizado, que pertenecía al ejército del pueblo, que ahora era un soldado, no un miliciano, como en los días de la militarada y de la Revolución. Además era libertario activo. Podían requerirle tanto los mandos del ejército como sus compañeros. Ella, Mariana, la madre, lo sabía. Sí, lo sabía, pero no comprendía por qué tenía que perder a sus hijos ni por qué se atrevía a explicárselo aquella mocosa de catorce años.

En cuanto dieron las nueve, después de barridos de prisa y corriendo los cuatro pisos de escalera y el portal —si se quejaban los vecinos, que se quejasen, no estaban los tiempos para contemplaciones— y recalentada la malta con achicoria para Aurora y para ella corrió a ver a Manolo el zapatero, aquel hombre que siempre estaba enterado de todo. Agradeció la visita de doña Mariana y le dijo que no debía andar contando aquellas cosas, que tal vez fueran secretos militares. Él, Mariana ya lo sabía, durante la guerra no podía enterarse de las cosas leyendo periódicos de opiniones opuestas, porque, en apariencia, no los había. Pero en los últimos días las diferencias entre *Mundo Obrero*, el comunista, y *CNT*, el anarquista, habían sido muy acusadas, eso todo el mundo lo sabía. Los anarquistas querían terminar la guerra como fuera porque ganarla era imposible; los comunistas querían seguirla obedeciendo dictados de Moscú, aunque había cesado la ayuda soviética. La divergencia había llegado a un punto insostenible y acababa de estallar la guerra callejera entre las dos facciones.

Pocos días después, y al seguir sin noticias de Miguel, Mariana convenció a Ramón de que fueran a preguntar a la comandancia. Aurora podía quedarse atendiendo el

portal. Partieron a primera hora de la mañana hacia la «zona protegida», el barrio de Salamanca. Las calles de la ciudad estaban casi desiertas, en cambio en el palacio incautado en que estaba instalada la comandancia había mucho movimiento; tuvieron que esperar más de una hora, hasta que alguien se dignara recibir al compañero Ramón Gómez, del espectáculo, y a su compañera. En resumidas cuentas les dijeron que no se preocuparan, que hasta el momento su hijo Miguel estaba bien, pero que no podían decirles nada más, puesto que el movimiento de las tropas era secreto de guerra. Que las fuerzas de Cipriano Mera habían entrado en Madrid y combatían contra los comunistas, ya era de dominio público. En el regreso, las calles ya parecían más animadas. Tan habituado el pueblo de Madrid —lo que quedaba de él— estaba a la guerra, a los bombardeos, a escuchar el ruido de las batallas en la Ciudad Universitaria y en el sector de la Casa de Campo, que un tiroteo más o menos, aunque fuera en las calles, ya no le impedía seguir su vida cotidiana. De lejos, llegaba ruido de disparos, tableteo de ametralladoras. Pero no venían de las zonas en que estaban las tropas de Franco, sino de otros lugares de la ciudad; sin duda, era el enfrentamiento entre anarquistas y comunistas. Cuando Mariana y Ramón estaban a punto de cruzar la Castellana, les dieron el alto, les pidieron que se identificaran. Quizás resultara peligroso mostrar los carnés de la CNT. Pero los que ejercían la vigilancia eran del cuerpo de carabineros. Los dejaron seguir su camino. Recorrieron la calle Martínez Campos. El tiroteo que se escuchaba era más intenso, de cualquier lado podían llegar las balas, pero no eran Mariana y Ramón los únicos que, indiferentes al peligro, circulaban por la calle. Sin que se supiera por qué, fueron los carabineros los encargados del control de los ciudadanos. Había un puesto en la glorieta de la Iglesia, otro en Quevedo. En la calle Fuencarral, cerca ya de la glorieta de Bilbao, en la acera en que está el cine, había crecido durante los años de guerra una feria de libros de viejo, debía de haber entre veinte y treinta puestos, unos en tenderetes, mostradores de tijera o sobre caballetes y otros sobre telas de saco extendidas en el suelo. Aquella mañana la feria estaba igual de concurrida que siempre. Compradores y vendedores alzaban de vez en cuando la cabeza cuando sobre el tiroteo sonaba algo que podía ser un disparo de cañón o la explosión de una bala de obús, pero seguían con sus transacciones. Al cruzar la glorieta y ya casi a punto de llegar a su calle del Vergel, por última vez debieron enseñar la documentación. Esta vez la exigieron unos soldados con brazaletes blancos pertenecientes al Consejo Nacional de Defensa.

Salió a recibirles a la calle, en una carrera, Aurora.

—Nada, hija, no se sabe nada.

—No hagas caso a tu madre, Aurora. En la comandancia nos han dicho que no podían decirnos dónde estaba Miguel, porque, como es natural, hay que guardar secreto sobre las operaciones, pero que estaba bien.

Entraron los tres en el cuchitril, y Mariana, destrozada por la fatiga y el desconsuelo, se dejó caer en una silla.

—Tengo un presentimiento, Ramón. No volveremos a verle nunca más.

—No digas disparates, Mariana. ¡Tú qué sabes! Un presentimiento... Pues anda que no has tenido desde que te conozco presentimientos que no se han cumplido nunca.

Fue a la alacena a buscar la botella de aguardiente.

En la puerta estaba doña Benigna.

—¿Qué le ocurre, Mariana?

Mariana se levantó al instante, apoyándose en la mesa camilla.

Mi Miguel... Nuestro hijo... Venimos de la comandancia... No saben nada, nada...

Doña Benigna abrazó a la portera, la estrechó contra sí. Aurora y Ramón cambiaron una mirada de sorpresa.

—Vengo de la Cruz Roja... —dijo doña Benigna con voz entrecortada—. Me engañan, Mariana, me engañan... Llevan dos años engañándome... Dicen que pronto recibiré una carta... Pero le mataron... A mi marido le mataron... El corazón me lo dice.

Gran parte del pueblo de Madrid tributó una acogida triunfal a las tropas vencedoras cuando entraron en la capital el 28 de marzo de 1939. Desde el portal de la calle del Vergel número 9, Ramón Gómez, Mariana Bravo y su hija Aurora veían cómo nutridos grupos de gente que cantaba, reía, se abrazaba, iban calle Fuencarral abajo, hacia la Puerta del Sol. Como telón de fondo, la fachada del Hospicio, que a esa hora de la mañana aún permanecía en sombra.

Las manifestaciones de júbilo y entusiasmo con que la población civil de cualquier país del mundo acoge la llegada de la paz, se vieron aumentadas en la capital de España por los sufrimientos —hambre, bombardeos, persecuciones sangrientas— padecidos durante los tres años que duró el sitio de Madrid. El final de la guerra —desde hacía más de un año la gente común pensaba que no podía ser otro sino la victoria del ejército sublevado—, era esperado con angustiosa impaciencia por los habitantes de Madrid, incluso por muchos que se consideraban de izquierdas, partidarios de la República. Corrían por las calles, como enloquecidas, personas a las que no se había visto durante los tres años de guerra. Parecía que la población de la ciudad, de repente se hubiera multiplicado por diez. Sin conocerse, se saludaban unos a otros, se abrazaban. La intensa explosión de alegría era unánime, pues los derrotados ocultaban su tristeza. Ramón, Mariana y Aurora vieron pasar por la calle Fuencarral camionetas cargadas de jóvenes uniformados que gritaban muy a coro ¡Franco, Franco, Franco! y ¡Arriba España! Perteneían a la Falange clandestina, que se había incubado en Madrid durante los últimos meses, y sus gritos eran respondidos con entusiasmo por los vecinos de la capital que se dirigían a la Puerta del Sol. Mediada la mañana, entraron en la ciudad algunos soldados del ejército victorioso los

vencidos habían abandonado sus posiciones en la madrugada desde los frentes de Ciudad Universitaria, Casa de Campo y Carabanchel, en camionetas, en tanques y a pie, y fueron recibidos con vítores y gritos de alborozo. Poco antes del mediodía, cuando ya estaban encendidos por el sol los churriguerescos adornos de la portada del Hospicio, hicieron su entrada las tropas de Franco, acogidas de forma clamorosa por buena parte de la población civil. El resto permaneció prudentemente encerrado en sus casas.

Mientras desde la acera de la calle del Vergel los porteros del 9 contemplaban el espectáculo, los pensamientos de Mariana, pasada la primera impresión, iban por otro lado. Aquello que estaban viendo era la victoria de sus enemigos; sobre todo para ella, para Mariana, la victoria de los enemigos de su hijo Miguel. También eran los enemigos de ella y de su marido, pero Franco había prometido que nada les sucedería a los que no tuvieran las manos manchadas de sangre. Ella no se había ocupado más que de atender a la portería, de fregar la escalera, de tener muy limpio el portal y su vivienda y Ramón, a pesar de sus ideas, ya no era desde hacía años más que un borracho inútil, inofensivo. Ahora estaba acobardado, temeroso. En cualquier momento podía presentarse la policía o uno de esos «falangistas clandestinos». Registrarían la casa. Poco podrían encontrar, pero por si acaso, Ramón decidió quemar los diez o doce libros que, con un diccionario y los del colegio de los chicos, tenían en el estante y que podían resultar comprometedores. Pero en el momento de echarlos al fuego se arrepintió. Pidió la ayuda de Mariana y de Aurora. Retiró la cama, levantó cuatro o cinco baldosines de los que estaban bajo ella y, trabajosamente, escondió allí los libros y volvió a colocar los baldosines.

Durante más de un mes, desde la guerra callejera entre anarquistas y comunistas, no se había vuelto a saber nada de Miguel. Ramón aseguraba que si hubiera muerto, algún compañero les habría traído la noticia.

—Al fin y al cabo, esa guerra pequeña dentro la guerra grande, la hemos ganao nosotros. Nadie habría impedido que nos informaran.

—Yo creo que lo más probable es que haya salido de Madrid con las brigadas de Cipriano Mera —el que así opinaba era Manolo, el zapatero.

—Pero una carta, por lo menos; tres palabras...

—Huy, pues no pide usted nada, Mariana. De sobra sabe que hay quien lleva tres años sin saber nada de sus padres, o de sus hijos.

Todos aquellos días, cuando escuchaba desde la portería pasos que sonaban en el portal, no podía evitar imaginarse que alguien llegaba con noticias del hijo desaparecido. Tardaba sólo unos segundos en levantarse y acercarse a la cristalera, pero en esos segundos inventaba el contenido de una carta breve y cariñosa; o las palabras que diría un compañero o un soldado herido que regresaba al hogar. Miguel se encontraba bien, había salido de Madrid sin tiempo para escribir a su madre,

pronto volvería a casa y se acogería al perdón de los vencedores.

Un saludo de un vecino, y los pasos seguían hasta el ascensor.

El otro hijo, Ramón, el mayor, no le preocupaba tanto —se resistía a pensar que le quería menos—, era más frío, más calculador, más positivo, nada dispuesto a sacrificarse por ninguna idea, incapaz de un acto de heroísmo. Supo arreglárselas para salir de Madrid en noviembre del 36, cuando la ofensiva de los militares sublevados parecía incontenible. En Valencia se había casado con la hija de un fabricante de alfombras que estaba en la cárcel. De él sí recibió algunas noticias, aunque no escribía Ramón, sino su mujer, a la que Mariana no conocía. Seguro que ahora, terminada la guerra, lo mismo que había toreado a unos sabría torear a otros. Pero Miguel, el pequeño, tan rebelde, tan convencido de su fuerza y de su idea, ¿tendría la astucia necesaria para defenderse de sus enemigos, los vencedores? No quería hacerse la otra pregunta: ¿estaría vivo?

—¿Ustedes no van? —preguntó doña Benigna, que salía del portal.

—¿Adónde? —preguntó a su vez Mariana.

—¿Adónde va a ser? A la Puerta del Sol.

—No, doña Benigna. No puedo dejar la portería.

—¿Que no puede usted dejar la portería en un día como hoy? Yo le doy permiso en nombre de todo el vecindario.

—Muchas gracias, doña Benigna, pero no, no me atrevo. Me da no sé qué. Ya sabe usted cómo soy.

—Claro que sí —dijo con retranca la del segundo—; de sobra lo sé. ¿Qué? ¿Sigue en sus trece?

—No voy, doña Benigna, no voy.

—Pues usted se lo pierde. Ya le contaré luego cómo está Sol —se volvió hacia Aurora—. ¿Y tú, Aurorita, tampoco quieres acompañarme?

—No es que no quiera acompañarla, pero no me apetece meterme en todo ese barullo.

Era tal la emoción de doña Benigna que no pareció importarle demasiado el desaire de los porteros.

—Pues ustedes se lo pierden. Ya les contaré, ya...

Y echó a andar hacia la calle Fuencarral, por la que cada vez era más nutrido el gentío que bajaba hacia la Puerta del Sol sin dejar de cantar himnos y de vitorear. No había llegado a la esquina, cuando gritó Aurora:

—¡Doña Benigna!

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó, sorprendida, Mariana.

Aurora no respondió a su madre, sino que gritó de nuevo hacia la vecina.

—¡Que sí voy, doña Benigna!

Y echó a correr hacia la esquina.

—¡Pero, Aurora...! —exclamó Mariana, desolada.

Aurora siguió su carrera sin volver la cabeza, hasta emparejarse con doña

Benigna y doblar la esquina.

Mariana se volvió hacia su marido, para interrogarle con la mirada.

—La curiosidad —respondió, sombrío y con una sonrisa amarga, el portero. Y en seguida añadió—: No sé cómo puedes seguir viendo eso —se refería al espectáculo de la calle Fuencarral—. Yo voy a Casa Celestino, a echar un trago.

—Pero ¿tú crees que Celestino habrá abierto hoy?

Ramón se encogió de hombros.

—Voy a comprobarlo.

—Haz lo que quieras —se resignó Mariana.

El derrotado Ramón Gómez, *el Traspunte*, humilló la cabeza, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y con pasos lentos echó a andar hacia la taberna, en dirección contraria a la calle Fuencarral. Su mujer había acertado, la taberna no había abierto. Pero Ramón necesitaba con ansia dos cosas: unos cuantos vasos de vino y no estar en su casa. Entró por el portal y Celestino le abrió la puerta de la trastienda.

Mariana permaneció unos instantes en la acera, mientras Ramón se alejaba, luego echó un vistazo hacia el patriótico jolgorio de la calle Fuencarral y entró en la portería. Lo más probable era que su marido volviera borracho, pero ya no le daría una de aquellas palizas de años atrás; si acaso, uno o dos bofetones. Para las palizas, al pobre hombre ya le faltaba vigor.

Aurora volvió de la Puerta del Sol desconcertada. Se había visto envuelta en el entusiasmo del pueblo de Madrid recibiendo a los vencedores. No había tenido más remedio que gritar alguna vez, muerta de miedo y de vergüenza ¡Franco, Franco! y ¡Arriba España!, para acompañar las voces de triunfo de doña Benigna. La Puerta del Sol estaba casi llena. De Arenal y de Mayor hacia Alcalá y la carrera de San Jerónimo la cruzaban camiones blindados en los que cantaban himnos las tropas de la Casa de Campo y de los Carabancheles. Los madrileños los vitoreaban y algunas mujeres les lanzaban flores. Ondeaban banderas monárquicas, de Falange Española y del Requeté. Con asombro, pensaba Aurora que todo aquel gentío que aclamaba a los vencedores estaba compuesto por sus enemigos, por los enemigos de los republicanos, los comunistas, los socialistas, los anarquistas... Por los enemigos de ella y de su familia. No acertaba a describir a sus padres lo que había visto ni la confusión que se había formado en su interior. Se había acostumbrado a creer que la razón estaba de su parte, que ese era el sentir de la inmensa mayoría de los españoles y que si la guerra se había perdido era porque los otros, una minoría de ricos y de curas, tenían las armas. Pero entonces, ¿quiénes eran todos aquellos que en la Puerta del Sol aclamaban al ejército y a los señoritos fascistas? Mariana y Ramón veían en los ojos de Aurora, en la inseguridad de su voz, en la dificultad para encontrar palabras, el mal trance en que la muchacha se encontraba.

—Estás temblando, Aurora —dijo Mariana.

—No comprendes lo que has visto, ¿verdá? —preguntó Ramón.

—Estaban todos tan alegres... Parecían felices...

—No es fácil comprenderlo, así, de repente —dijo Ramón—. Eres muy joven. Lo irás comprendiendo poco a poco... O quizás no lo comprendas nunca.

Dos muchachos con uniforme de la Falange clandestina se presentaron al día siguiente para preguntar por Miguel. No mintieron los padres al responder que no sabían nada de él. Preguntaron también a Manolo el zapatero y en la carpintería. No sacaron nada en limpio. Y tres o cuatro días después llegaron, con el mismo propósito, dos policías profesionales que también se fueron de vacío.

Entró en el cuchitril de la portería, se sentó a la mesa camilla y cruzó las manos sobre el tapete. Llegaban muy escasos ruidos de la calle, el motor de un coche desde Fuencarral, el grito de un niño... No eran muy frecuentes los ratos en que Mariana podía quedarse así, cruzadas las manos sobre el tapete, evocando el pasado, porque todo el trabajo de la portería y de la vivienda iba a parar a ella, en lo que Ramón pasaba el tiempo en la taberna, y la chica, Aurora, iba a clase de cultura general en la Academia Bilbao o a dar una vuelta con las amigas por los jardines de Barceló. Entre sus recuerdos solía elegir los de su juventud, especialmente los años pasados en Olivera, los que con más firmeza se habían grabado en su memoria, y se quedaba así, en éxtasis, cruzadas las manos sobre el tapete de la mesa camilla. Allí, en Olivera, cuando fue al teatro por primera vez, para acompañar a su señorita Micaela, dieron un vuelco su cabeza y su corazón; allí concibió la esperanza de una vida mejor y el deseo de tener hijos, muchos hijos a los que criar y que después la acompañaran, cuando ya el mundo fuese de otra manera. Le vino el recuerdo de su hijo Miguel. ¿Volvería a verle? La leve sonrisa que había iluminado por un instante su rostro, desapareció, y un velo de pesadumbre empañó su mirada.

XXI. La isla de la realidad

A los pocos días de liberada Madrid por las tropas de Franco desfilaron por sus calles céntricas los oficiales del ejército de la República hechos prisioneros en la capital, vigilados a derecha y a izquierda por sendas filas de milicias falangistas. Corrió Mariana a ver el desfile en la Gran Vía con la esperanza de ver a su hijo Miguel entre los prisioneros, pero no le vio, o no estaba con ellos, pues aguantó hasta que los vio desfilar a todos entre el silencio sobrecogedor de los curiosos que en muy escaso número observaban desde las aceras.

En aquellos primeros días de paz, no la alegría o la tranquilidad, sino el miedo se había apoderado de Mariana, de Ramón, incluso de la joven Aurora. Eran del bando derrotado, y los vencedores estaban dentro de la ciudad. Estarían durante muchísimos años. Tenían un miedo al futuro, que era el más leve, pues estaba superado por el miedo al inmediato presente, a los militares, a los falangistas, a los guardias, a los policías que se presentarían de un momento a otro para llevarse a Ramón *el Traspunte*, teniendo en cuenta sus antecedentes. Confiaban en la ayuda de los vecinos, en sus testimonios. Ellos sabían que durante los tres años de guerra ni Mariana ni Ramón, a pesar de sus ideas, habían hecho ningún mal. Al contrario, dentro de sus escasas posibilidades, habían echado una mano cuando llegó el caso. Mariana, en prevención de lo que pudiera ocurrir, fue a ver a la hija de la marquesa de Buenaguía —la marquesa había fallecido años atrás—, que la recibió con ostensible frialdad. No bien iniciada la conversación, entró en la sala el anciano marqués de Buenaguía. No dejó hablar a Mariana.

—¿Viene usted a pedir algo? Los de ustedes, los rojos, han asesinado a mi hijo Arsenio, de veintidós años, en el Hotel del Negro. A mis hermanos Ricardo y Luis, de sesenta y cincuenta y ocho, en Plasencia. ¿Qué quiere usted pedirnos?

Mariana no pudo resistir la frialdad de la mirada del marqués. Le había saludado con una inclinación y ahora ni siquiera se atrevía a volver a mirar a la hija. Inclino la cabeza y sin alzar la mirada del suelo salió del palacio.

En cambio, con su afabilidad de siempre, alegre, sonriente, no sólo por la victoria, sino porque era su expresión habitual, les atendió el señorito Manuel Cámara, el del ático izquierda. Había recibido del portero Ramón Gómez favores que no podía olvidar y correspondería a ellos como fuera necesario, porque por encima de las ideas estaba la hombría de bien. Acababa de regresar de la zona nacional y tenía unas botellas de rioja de las mejores cosechas. Llamó a sus padres y a Práxedes, la criada, y entre todos despacharon las botellas animados no sólo por el alcohol, sino por las sonrisas y la simpatía del señorito Manuel.

En cuanto a la obsesión de Mariana, dejar de ser porteros para pasar a ser comerciantes, que sus hijos no fueran obreros, sino herederos de un pequeño comercio que ellos podrían engrandecer, transformar con el paso del tiempo, y con su trabajo y su talento, en unos grandes almacenes, todo se desvaneció. Una parte de sus ahorros se consumió durante la guerra en comprar víveres de estraperlo y la otra la inutilizó Franco al decretar que aquel dinero, el de la zona republicana, no era más que papel mojado, estampitas, cromos, y que el único dinero que valía era el que él había hecho en Burgos.

A doña Raimunda —la tía Raimunda—, la del segundo derecha, no debía de irle tan mal, pues por su casa preguntaban a Mariana con frecuencia mujeres de buen aspecto y hombres de uniforme, de los que ponían una nota característica en aquel Madrid de la posguerra.

Preparaba Mariana la comida cuando entró en la cocina Ramón y sin soltar palabra abrió la alacena y sacó la botella del aguardiente, lo que sorprendió a Mariana, pues a esas horas solía tomar unos vasitos de tinto. De un sólo trago consumió Ramón la primera copa y se sirvió otra; después tapó la botella y cerró la alacena, como si quisiera apartar de sí la tentación. No, no había ocurrido nada grave, como se temía Mariana, pero Ramón acababa de enterarse de algo —que ojalá fuera mentira, aunque él daba por supuesto que era verdad— que trastornaba todo su conocimiento de los seres humanos. Las torturas de la mala conciencia, de los remordimientos no se reflejaban en el rostro. Acababa de saberlo, de comprobarlo. De ser así, aquel hombre tan alegre, tan bien educado, tan cortés, cuya risa acogedora y contagiosa se extendía como una bandera blanca de paz y de amistad ante cualquier recién llegado, el señorito Manuel Cámara, no podría haber arrojado al desván de la desmemoria el momento en que, meses antes de estallar la guerra civil, y presto a darse a la fuga desde el interior de un automóvil, asesinó a tiros, creyéndose vengador cual un héroe homérico, a una joven obrera que, entonando canciones revolucionarias, regresaba con su grupo de amigos de celebrar su día de descanso modestamente con una especie de miserable orgía bucólico-política en una de las riberas del también modesto Manzanares.

—El asesino vive en tu casa —le había dicho a Ramón, a título de rumor, un compañero.

Se conservó durante semanas la luna de un escaparate rota por las balas del señorito fascista; durante meses, las manchas de sangre de Vicenta Lara —cuyo nombre dio título a un batallón de milicias populares— y durante años, en la fachada de la casa, junto al portal, los impactos de dos o tres balas desaprovechadas. Aquel hombre sin conciencia fue el que de más buen grado se prestó a ayudar a Ramón *el Traspunte*, si se encontraba en dificultades.

—El señorito Cámara... —musitó Mariana, al tiempo que apartaba la mirada de

su marido y la llevaba hacia la puerta del cuchitril, como si quisiese reconstruir allí, donde tantas veces la había visto, la seductora imagen del simpático muchacho—. Es imposible.

—Parece imposible —rectificó Ramón.

Aquel hombre sin conciencia fue el que prestó a los porteros la ayuda que el marqués de Buenaguía les había negado.

Por decisión de los vencedores, Ramón Gómez, afiliado a la CNT, no podía ejercer su oficio de traspunte. No tenía, por lo tanto, que acudir al teatro, era un hombre libre. Podía quedarse allí, en la portería, con Mariana y compartir la tristeza y el miedo.

—Volveré pronto, Mariana. Voy a Casa Celestino.

—No bebas mucho.

—¿Con qué dinero voy a beber mucho?

Mariana le miró marchar hasta que salió del portal y dobló en dirección a la plaza del Dos de Mayo. Luego inclinó la cabeza y dejó vagar la mirada por el tapete granate, por las flores, los remiendos. Y entre ellos veía la sonrisa luminosa del señorito Manuel Cámara, le veía inclinarse en aquel leve saludo, tan cordial, tan cortés que le dedicaba al pasar.

En ese momento se asomó a la portería, sin que Mariana, absorta, la hubiera sentido llegar, una mujer de mediana edad, vestida con descuido, sin nada en su aspecto que pudiera llamar la atención, y a la que ella no recordaba conocer.

La recién llegada dijo:

—Es usted Mariana, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Su hijo Miguel está bien. Perdona que no le diga más.

Y antes de que pudiera preguntarle algo, la mujer había desaparecido.

La noticia llevada por aquella mujer, la mensajera casi fantasmal, supuso media vida para Mariana. Pensó correr a la taberna para decírselo a Ramón, pero no se atrevió a dejar abandonada la portería, y Aurora, que acostumbraba a llegar más tarde de su paseo, no estaba allí para ocupar su puesto. Esperó, impaciente, sin poder apartar de su pensamiento la imagen de su hijo Miguel, que llegara la hora de la comida, cuando los tres estaban reunidos, para compartir con ellos la renacida esperanza. Pero fue inútil. A su hija Aurora sí le conmovió la buena nueva, incluso se le humedecieron los ojos y estrechó a su madre en un abrazo. Pero el marido, Ramón, en su nube alcohólica, todo lo veía oscuro, irremediable. El vino y el aguardiente que combinaba sin cesar no servían para levantar su espíritu, sino para hundirle cada vez más en un túnel sin salida.

—No te hagas ilusiones, Mariana —chapurreó como buenamente pudo.

Mariana clavó en él la mirada, sorprendida, y exclamó:

—Pero ¡qué dices!

¿Qué te ha contaó esa mujer?

—No me ha conta nada. Me ha dicho: su hijo está bien. Y nada más. Sin duda, no quería comprometerse.

Ramón se dejó caer en una silla.

—Eso quiere decir que está libre, a saber dónde. Pero los fascistas cazarán a nuestro hijo...

Mariana se echó a llorar.

¡No digas eso, Ramón!

—Le cazarán después de hacerle correr a campo traviesa, ocultarse, pasar noches a la intemperie sin probar boca...

Aurora se arrojó a los pies de su padre, le agarró por los brazos, le sacudió.

—¡Cállate, padre, cállate! ¿No ves que la estás matando?

Ramón no escuchaba, no veía, no sentía que su hija le sacudía como a un pelele. Escupió en el suelo y prosiguió:

—Le cazarán como una alimaña y le acribillarán a balazos o le llevarán ante un tribunal para tomarle a chacota... y después condenarle a muerte... Lo están haciendo con muchos...

—¡Que te calles, que te calles!

Aurora le pegó con un puño en la boca. Su padre quiso responder con un bofetón, pero no acertó con la cara de su hija y él mismo se golpeó con la mesa camilla.

Durante los meses de abril y mayo dos veces más apareció la mujer mensajera. La segunda vez su recado fue tan lacónico como la anterior.

—Miguel está bien.

Un poco más de alimento para las esperanzas de Mariana, como si un alma caritativa echase cañamones en la boquita abierta de un gorrión desfalleciente.

—Miguel está bien —dijo en su tercera visita la mensajera—. Anda por el campo de Salamanca.

¿Habría ido a buscar ayuda de los viejos conocidos de Olivera?, se preguntaba Mariana, una vez que la mujer había desaparecido. A ella y a su marido la policía los había molestado mucho, pero quizás convencidos de que no sabían nada del hijo desaparecido, habían dejado de visitarlos o de llevarlos a la comisaría. Todos los vecinos dieron testimonio de que terminada la guerra no se había vuelto a ver por allí al hijo de los porteros, Miguel Gómez. Ni siquiera en los últimos meses de la conflagración.

Uno de aquellos días la visita de los policías tuvo peores consecuencias. Se llevaron al portero Ramón Gómez, ante el desesperado llanto de Mariana, que le vio alejarse entre dos guardias, con la cabeza vuelta hacia ella, suplicante, los ojos empañados, sin fuerza para dar los pasos necesarios hasta llegar al coche policial

detenido frente a la fachada del Hospicio. Los guardias no llevaban agarrado por los brazos a Ramón para que no huyese, sino que le sujetaban por los sobacos para que no se derrumbase sobre el empedrado.

Manolo el zapatero y los carpinteros salieron de sus talleres y se acercaron a Mariana, a proporcionarle un consuelo imposible. Ella ni siquiera los miraba, se limitaba a gritar:

—¿Por qué?! ¿Por qué?!

Y su pregunta quería decir que aquel hombre no había hecho nada durante aquellos tres años, ni desde unos antes de la guerra civil. Quería decir que ya no era un hombre, sino un desecho, y buena prueba de ello era el modo en que le arrastraban los guardias y le metían en el coche, como si en vez de un ser humano fuese un montón de trapos.

A punto de desvanecerse, la ayudaron a entrar en el taller del zapatero, donde se dejó caer en una silla. Se golpeaba el pecho con un puño, mecánicamente. El zapatero le trajo una copita de anís.

—Esto la reconfortará, Mariana.

Pero no fue capaz de beberlo. Aspirando aire con dificultad, consiguió decir, entre ahogos:

—Aurora... Aurora... Por favor, avisen a mi hija... Está en el sotanillo, trabajando.

El chico del carpintero corrió hacia el sotanillo y unos instantes después Aurora caía arrodillada junto a su madre y la abrazaba.

—No le pasará nada, madre, ya lo verás, nada. El Caudillo ha dicho que no habrá represalias contra los que no hayan cometido crímenes, y mi padre no ha hecho nada.

Recurrió a los caseros, a don Emeterio, el del segundo, al señorito Cámara, a la tía Raimunda, a doña Benigna, la viuda de guerra (ya se sabía que los rojos habían asesinado a su marido en Paracuellos, en los primeros días de agosto del 39).

Todos la acogieron cariñosamente y le prometieron ayuda.

—Disculpe que me atreva a venir a su casa sin que usted me lo haya pedido, doña Benigna...

—No hay nada que disculpar, puede venir cuando quiera.

La tomó del brazo y la hizo sentarse en una butaca cuyo respaldo estaba protegido por un pañito bordado.

—Ya sé de lo que quiere hablarme, Mariana. Y puede usted contar conmigo para lo poco que yo pueda hacer.

Sin poder evitar un gemido, dijo Mariana:

—Se lo agradezco infinito, doña Benigna.

—Pero deje usted de llorar, mujer, que me encoge el corazón.

—No puedo evitarlo, doña Benigna, compréndalo —dijo Mariana, y se enjugó las

lágrimas con un pañuelo—. Usté sabe que Ramón ha ayudao a muchas personas en la guerra. A muchas personas, quiero decir, de derechas.

—A muchas, no sé; pero a algunas, me consta.

Ramón Gómez, el portero, fue quien proporcionó la recomendación para que el anciano don Narciso, el del ático derecha, pudiera hablar personalmente con Melchor Rodríguez, el director de prisioneros —al que la gente de derechas, en Madrid, llamaba *el ángel rojo*—, y se evitó así que al hijo de don Narciso le dieran el paseo y pudo marcharse a Valencia y vivir allí camuflado hasta que vencieron los suyos.

—Ramón no ha hecho ningún daño... —insistía Mariana.

—Sí lo ha hecho, Mariana.

—¡Qué dice usted, doña Benigna!

—No por mala fe, eso no me atrevo a decirlo. Pero por error. Su marido es un equivocao, como tantos otros. Y no se ha privao durante muchísimos años de divulgar sus ideas, totalmente falsas, siempre que ha podido. No digo que haya matao a nadie...

Mariana sofocó un grito, se llevó las manos a la boca y exclamó:

—¡Doña Benigna!

Doña Benigna no pudo disimular el leve susto.

—He dicho que no ha matao a nadie.

—Desde luego que no.

—Pero ya ve usté, Mariana, a lo que han conducido esas disparatadas ideas, propias de endemoniaos.

Comprendía Mariana que no era el momento más adecuado para replicar a doña Benigna, para enzarzarse con ella en una discusión. Por la fuerza de las armas o por la del dinero o por la voluntad de Dios que, a lo peor, sí existía, doña Benigna y su clase habían vencido, y ella, la portera, no era más que una derrotada que había subido al segundo a suplicar.

—Ha llegao el momento —prosiguió doña Benigna— de que compruebe usté de qué lado estaba la razón, si del de los creyentes en Dios o del de los criminales. Yo hablaré con mi cuñao Antón, que uno de estos días vuelve de Burgos y con el coronel Villalta, primo mío, y veremos lo que se puede hacer. Pero, a cambio de estos favores, que los haré de muy buen grado, le pido que usté me haga otro.

—¿Cuál, doña Benigna? Cuente usté con él.

—Que no deje usté de acudir a la Audiencia, el día en que juzguen a su marido. Para que pueda usté comprobar por sí misma la justicia y la generosidá de nuestro Caudillo salvador. Ya sabe que los juicios se celebran en Las Salesas.

XXII. Donde en malos tiempos asoman confusos recuerdos

Las tres pes, periodistas, policías y porteros, pagaron sus culpas y las de muchos otros, fueron de los perseguidos con más saña. Permaneció Ramón escaso tiempo en el campo de concentración y pronto fue trasladado a la cárcel. Le juzgaron antes de concluir el año de la Victoria, en un juicio sumarísimo de urgencia. Los juzgaban de diez en diez, de veinte en veinte. A Ramón le tocó con otros colegas de oficio, con uno que se había incautado del taller en que trabajaba, con dos periodistas, un obrero que había incendiado la iglesia de su pueblo con el cura dentro, uno que estuvo en una cheka...

En lo que Mariana escuchaba el informe del fiscal, crecían su perplejidad y su asombro. El fiscal era un joven capitán; parecía recitar una lección con un tono frío y un ritmo monocorde que desentonaban de los duros dictionarios: asaltantes desalmados, horda inhumana, violadores de la propiedad, chacales, siervos del marxismo internacional...

Ramón buscó con la mirada a su mujer y a su hija, que debían de estar entre el público. Al verlas, intentó forzar una sonrisa, pero no lo consiguió: ¿habría notado su hija que tenía miedo? Aurora estaba sentada en uno de los primeros bancos, junto a su madre, y permanecía impasible.

En cuanto Mariana oyó los primeros insultos en boca del acusador no pudo entender una palabra más. Cada palabra suelta que llegaba a sus oídos le traía recuerdos de los primeros años pasados con Ramón, del tiempo en que le conoció, cuando la compañía Fuentes-Jimeno, especializada en comedias de magia, actuó durante unas semanas en Olivera. Intentó cruzar una mirada con su hija Aurora, sentada allí, a su lado, pero la muchacha no tenía ojos más que para el fiscal, al que miraba sin parpadear, con una mirada que podía ser de asombro o de terror.

El fiscal pidió algunas penas de muerte, dos o tres cadenas perpetuas y varias condenas menores, una de ellas para Ramón.

Para Mariana nunca estuvo totalmente clara la cuestión política, siempre había sentido desconfianza hacia los que creían poder solucionarlo todo, y en esto iban incluidos —aunque nunca lo confesase— su marido y demás compañeros libertarios.

Pocos días después, cuando se le comunicó que su marido había sido condenado, Mariana sintió algo así como aquello que dicen que le pasó a San Pablo cuando iba camino de Damasco. Una luz potentísima la deslumbró y vio con absoluta claridad de qué lado estaba la justicia, lo terrible que era el que un grupo de hombres estuvieran legalmente armados y todos los demás inermes; todo lo que había escuchado a su marido y a los compañeros, los más ilustrados y los ignorantes que sólo sabían sentir,

pero no explicar lo que sentían. Mujer práctica, al fin y al cabo, se daba también perfecta cuenta de que el hecho de comprender todo aquello de repente, no significaba que ella pudiera hacer nada por seguir el camino en el que tampoco su marido podía haber dado un paso más desde hacía muchos años.

Mariana, hasta aquel momento, había sido sólo una mujer ignorante que quería algo mejor para sí misma, para los suyos, para todos los demás, para casi todos los demás, no para aquellos que de una manera o de otra tenían no sólo lo que les pertenecía, sino una buena parte de lo que pertenecía a los demás. Pero ahora, después de la guerra y después de aquel juicio, veía que era simplemente una derrotada, una persona derrotada para siempre, derrotada por otras personas. Ahora que comulgaba con las ideas de su marido, se hallaba en una situación en la que no podía ir gritándolo por las calles. No la Fantasía, sino la realidad le había robado poco a poco los mejores años de su vida. Tenían que haber sido —con los hijos ya mayores— los años que acababa de destrozar la guerra y temía que también los que la esperaban en un oscurísimo porvenir. Aurora compartía la desesperación de su madre, pero le pedía que se contuviera cuando fuera a casa de doña Benigna, que había hecho lo posible por ayudarla, pero tenía otras ideas. Mas ella insistía. Su temperamento había sufrido un cambio súbito, profundo, radical. En su presencia no podía ni mencionarse el nombre de Franco. Era un hombre que lo había hecho todo —la guerra, las muertes, el hambre— por su interés. «Y a los demás que los parta un rayo». Poco después llegó a herirle la prudencia, o la indiferencia, de su marido, cuando salió de la cárcel envuelto en una nube de silencio. En los meses que siguieron al juicio. Mariana no podía evitar el pensamiento de que Ramón, en la cárcel, sin sus cuidados, moriría muy pronto. Esta amenaza le quitaba el sueño, y la angustia la asaltaba con frecuencia durante el día.

Se le llenaron el cuerpo y la cara de furúnculos.

—Eso es de los sufrimientos, Mariana le decía doña Benigna.

—Es del hambre, mamá —opinaba su hija Aurora—; a causa de la avitaminosis, los tejidos no tienen defensas.

Alguna vez su hija apartó de ella la mirada con repugnancia que no conseguía disimular. Vivían solas Aurora y ella, porque Miguel continuaba desaparecido y Ramón, el mayor, no había vuelto de Valencia, donde se había casado y parecía asentarse. Era su hija quien, dominado el asco, al inicio de la enfermedad le aplicaba las cataplasmas sobre las tumefacciones purulentas. Doña Benigna opinaba que si Mariana rezara más, si fuera alguna vez a misa, sentiría más consuelo. La furunculosis duró cerca de un año y como recuerdo dejó ocho o diez cicatrices en el cuerpo y cuatro o cinco en la cara.

El precio de los alimentos, a causa del estraperlo, y no había otra manera de encontrarlos, pues lo de la cartilla de racionamiento no daba para nada, estaba por las nubes. Aunque tenían la portería, Mariana y su hija Aurora se pusieron a coser y a tejer para algunas tiendas; con todos esos pocos se iban defendiendo, pero sin

remediar el hambre.

¡Qué espléndida fue en Madrid la primavera! La primavera del 39. Un suave vientecillo del Guadarrama mecía el arbolado de los jardines del Hospicio. Ondeaban las copas de los árboles como banderas de la Victoria. Un sol tibio doraba las aceras en las que las sombras eran transparentes pinceladas de acuarela. Los entristecidos por la derrota ocultaban su tristeza, la alegría parecía contagiarse de un semblante a otro. Qué dulces eran las mañanas de los domingos, a la salida de misa, con las hijas de los vencedores bien vestidas, bien peinadas, proclamando su triunfo y su belleza del brazo de los alféreces, tenientes, capitanes. Invadían el aire los sonos de las típicas zarzuelas y piezas del género chico. También se escuchaba «Volverá a reír la primavera...». Y era cierto: la primavera reía.

¿Lo había hecho durante los tres años de guerra en el Madrid asediado? ¿Se poblaron de hojas las copas de los árboles? Nunca hubo primavera como la del 39. ¿Habían estado escondidas todas esas chicas tras los cristales protegidos de los bombardeos con tiras de papel? ¿Estaban recién traídas de Burgos, de Salamanca, de San Sebastián, de Sevilla? Aquel incitante estallido de belleza era el fruto de la Victoria. La Victoria de los señoritos y las señoritas. Y entrañaba la promesa de que con buena voluntad y esfuerzo común todos podrían llegar a ser señoritos. A veces, Aurora se avergonzaba de sí misma cuando se descubría pensando que ella también quería ser como una de aquellas señoritas.

Se quedó atónita al presenciar el juicio contra su padre. Los denuestos, los desprecios, las humillaciones, se le grababan uno a uno. Pensaba: algún día tendré que olvidar todo esto.

Mientras su padre estuvo en la cárcel, ella ayudó a su madre en los trabajos de la portería y de su casa y también en las labores que hacían para las tiendas, en las que se daba muy poca maña. Algún vecino la llamaba cariñosamente *la rojita*, mas, a pesar del tono cariñoso, a ella le daba miedo.

Unos cuantos chicos del barrio, entre los que eran algo mayores que ella, se fueron a la División Azul. Unos impulsados por sus ideales; otros por espíritu de aventura; otros para no perder puestos en el escalafón de sus empleos; otros para lavar la mancha de haber estado en la zona roja... Uniformes del Ejército, uniformes de Falange... A Aurora le gustaban los uniformes, y a sus amigas. Las chicas de aquella Victoria sólo querían ir con los de uniforme. Octavio, el hijo de los lecheros, que no era un dechado de hermosura ni de atractivo sexual, hizo de tripas corazón y se atrevió a preguntarle:

—Si me voy a la División Azul, ¿cuando vuelva de uniforme me mirarás como al hijo de don Leandro, el del once?

A don Leandro el del once y a toda su familia los había pillado la guerra en pleno veraneo, en zona nacional, y el hijo mayor, Enrique, había vuelto con un flamante

uniforme de alférez provisional. Tuvo mejor suerte que su primo José Luis, muerto en la batalla del Ebro, y que sus tíos Arturo y Enrique, asesinados en los primeros meses, uno por los rojos y otro por los fascistas.

Tienes cosas de crío. Octavio —respondió Aurora, desde la cima de sus quince años—. El alférez Enrique Sobejano tiene ya novia para casarse y además yo le miro como a cualquier otro del barrio.

No era verdad.

De todos los muchachos del barrio que se fueron a la División, sólo volvieron dos. Uno de ellos algunas noches se despertaba totalmente ciego, se arrojaba de la cama, conseguía bajar a tientas la escalera, salía a la calle y corría de un lado a otro palpando las paredes de las casas, sin dejar de gritar «¡bombardeo, bombardeo!».

Las conocidas de Aurora todas eran de su misma clase social, las hijas de los comerciantes y artesanos modestos del barrio. Pero habían crecido y ella era «la hija de la portera», como otra. Ninguna de ellas era amiga de Aurora. No les parecía normal que en un grupo de amigas, cuatro o cinco, hubiera dos hijas de porteras.

Ella quería ser algo más. Todos, todos los de su clase debían ser algo más, opinaba Mariana, la madre. Y ahí surgía entre ellas un punto de fricción.

Miguel Gómez andaba, tal como su madre pensó, por tierras de Salamanca después de haber buscado ayuda en Olivera. Sólo dos o tres veces había ido a aquella ciudad, porque su madre quería ver a su antigua señorita, doña Micaela Somontes de Zamora, que, pasada la fogosidad de la primera juventud, se había convertido en una señora respetable, esposa del no menos respetable abogado don Pablo Zamora, pero en la última de esas ocasiones, en los primeros meses de 1936, había establecido relación con algunos correligionarios. Esas relaciones le estaban sirviendo ahora de valiosa ayuda.

Olivera, por su situación cercana a la frontera portuguesa, era una ciudad propicia para escurrir el bulto en determinadas circunstancias. Bien que recordaba Mariana el incidente de aquel asesino, el marqués de Olzar, aunque esta fuera la primera vez que lo recordaba sin sonreír. El marqués, al que el entonces traspunte Ramón Gómez y el primer actor y director César Jimeno habían olvidado en su sepulcral escondite, fue liberado a los pocos días, medio muerto de hambre y de terror. Y pronto pasó la frontera. Si él la había pasado ¿por qué no iba a poder pasarla ahora, años después, su hijo Miguel? Es cierto que no es lo mismo la familia de unos porteros que la de unos marqueses, ni son las mismas sus relaciones, pero, aunque hubieran perdido la guerra, los revolucionarios tendrían en todas partes medios para ayudarse unos a otros.

Ahora, cuando a la caída de la tarde, Mariana casi se encontraba en la misma actitud que cuando recibió la primera noticia de que Miguel estaba bien, cruzadas las manos sobre el tapete de la mesa y abandonada a sus recuerdos y sus desesperanzas —estaba a sus cincuenta y tantos años muy cerca de esa edad en que los recuerdos

lejanos se confunden con los aconteceres cotidianos—, vio que en el marco de la puerta acababa de aparecer un hombre de edad imprecisa, vestido con modestia y descuido, que dijo lacónicamente:

—*Bakunin* ha sido detenido cuando intentaba pasar la frontera de Portugal. Perdone que me vaya inmediatamente. Quizás estén siguiéndome.

Mariana no pudo ni siquiera sofocar un grito, ni tuvo fuerzas para llevarse la mano a la boca; quiso incorporarse, pero las piernas le fallaron y se dejó caer, derribada la cabeza en los brazos, sobre el deshilachado tapete. Ramón, el hijo mayor, se llamaba así porque aquel era el nombre de su padre, pero el pequeño, al que llamaron Miguel en homenaje a Bakunin, era el más guapo de los hermanos, el más fuerte, el más inteligente, según el parecer de su madre —no el del padre, que prefería a Ramón—, quizás porque era el más joven, el último que había llegado. Ramón se independizó muy pronto, casi no era de la familia desde hacía años y la hija, Aurora, al fin y al cabo era mujer; la esperanza de la familia, o al menos de Mariana, era el hijo pequeño, Miguel, al que la policía o los soldados de Franco habían detenido en la frontera cuando estaba a punto de escapar.

En el tiempo que Ramón pasó en la cárcel, quizás como amoroso homenaje, Mariana empezó a beber demasiado anís. Solía abusar un poco las tardes en que se encontraba sola, en el chiscón de la portería, cuando Aurora se iba a pasear con otras chicas del barrio, y ella se quedaba allí, mano sobre mano, sin nada que hacer más que escuchar la radio. En esas tardes deseaba la compañía de doña Benigna, que entrase en la portería para echar una parrafada; pero delante de ella no se atrevía a beber.

Cuando Mariana pasaba de la segunda palomita sentía un alegre olvido, un abandono feliz, reía a carcajadas y bailoteaba por la habitación. Pero a los pocos meses esa sensación dichosa fue durando cada vez menos; si bebía a última hora, ya en la cocina, antes de acostarse, le sobrevenían en seguida ataques de furia que aterrorizaban a Aurora, y antes de la vomitona, vociferaba, derribaba las sillas, se golpeaba la cabeza contra las paredes. Le entró un temblor en las manos y tuvo que dejar de coser para las tiendas. No hubo más remedio que internarla. Aurora telefoneó a su hermano de Valencia y éste vino aquí a hacerse cargo de todo. Salió al poco tiempo muy recuperada. Sólo tomaba una copita de vez en cuando, si no la veían. El administrador de la finca le dijo que no podía seguir en la portería, pero ella recurrió al señorito Manuel Cámara, a doña Benigna, a don Emeterio, alegó que su hija podía ayudarla y consiguió que la tuvieran algún tiempo más.

El trabajo redentor de Ramón no fue demasiado desagradable. Formó un Cuadro Artístico con cinco o seis presos y dirigió las representaciones de entremeses de

los Quintero y de Muñoz Seca y las escenificaciones de poemas laudatorios del triunfo de Franco o de temas religiosos que, en un alarde de cínica sumisión, escribieron otros presos políticos. Gracias a estas actividades, y a la evolución de la política internacional, salió antes de lo que podía pensarse.

Pasó mucha hambre en la prisión, además de otras calamidades, porque, aunque el estraperlo estaba extendido entre los presos y los celadores, era para los que recibían dinero de fuera, y Mariana y su hija Aurora bien poco le podían dar.

Los meses de cautiverio le dejaron nuevas amistades, el recuerdo de varios cientos de compañeros fusilados al amanecer y una bronquitis crónica.

Nunca había sido un hombre muy locuaz y como la guerra, la cárcel, las ejecuciones, la represión, la idea, los ocho o diez parientes muertos fueron temas que se prohibió a sí mismo, le quedó muy poco de que hablar.

Con un pie en los sesenta años de edad y un papel en el bolsillo que decía: «ni adicto ni afecto», el que no le quitaran la portería fue como para renunciar a todo su credo libertario y pasarse al otro, al de los milagrosos, los de «Creo en Dios Padre Todopoderoso», pero después de lo visto en el campo de concentración y en la cárcel y de las noticias que les llegaban a diario —no las de los periódicos—, no lo hizo, siguió erre que erre en lo suyo: la idea y el vino tinto o el aguardiente.

La vida en el Madrid de aquellos años les parecía a él y a Mariana muy distinta a la de antes de la guerra. Con restricciones de luz y de agua; racionados los alimentos y el tabaco; con necesidad de salvoconductos para trasladarse a cualquier parte; con policías pidiendo la documentación en las carreteras, en los trenes, en las calles, en los cafés. A Ramón le parecía natural que también durante la guerra todo hubiera sido muy distinto. Pero ahora, en la paz... ¿Aquello era la paz? Aquello era una mierda. El vino y el aguardiente de garrafa eran malísimos, pero hacían su efecto. Menos mal.

La lucha desesperada contra el hambre, el estraperlo, la carencia de fluido eléctrico, de agua, los sistemas para combatir el frío, los sucedáneos, los familiares presos eran los problemas que preocupaban a la gente media y a la gente baja, y los temas más comunes de conversación. Al fin y al cabo, los afectados definitivamente por la guerra habían sido una minoría: apenas un millón en un país que iba para los treinta. Los demás podían —debían— seguir viviendo.

Evaristo Suárez, a sus cuarenta años, ya era un novelista reconocido y no necesitaba someter a interrogatorios a los porteros. Iba de vez en cuando al Café Gijón, donde los jóvenes de la tertulia de García Nieto, la «Juventud Creadora», le respetaban como a un profesional: había publicado antes de la guerra en *Los Actuales* con Valle-Inclán, Baroja, Alberto Insúa, Unamuno, López de Haro...

Con el paso del tiempo, lo de la bronquitis de Ramón Gómez iba de mal en peor. Tenía fiebre con más frecuencia, sobre todo al llegar la primavera, y entre tos y tos, esputo y esputo, se lamentaba: «ay, recuerdos de mis prisiones». Cada vez se encontraba más débil y de este achaque obtuvo una ventaja Mariana, pues su marido fue olvidando la costumbre de las palizas durante las borracheras.

Le recomendaron moderación en las comidas, lo cual en los años cuarenta era un sarcasmo. Le prohibieron fumar, a lo que se agarró Mariana para cambiar por leche la ración de tabaco de la cartilla. También le prescribió el médico —y así lo decía en la literatura de las medicinas— vivir en un clima marítimo o de bosques, con temperatura estable. Esto a Ramón, pese a su escaso sentido del humor, le dio risa, y la risa le dio tos.

—Tómame el jarabe, Ramón. Lo tienes ahí, en la mesilla.

—¿Para qué voy a tomarlo, mujer, si además tengo que irme al Caribe?

—Anda, no seas tonto. Una cucharadita.

Ramón estaba en la cama, muy bien arropado. El médico había dicho que cuando se le recrudeciera la enfermedad, no madrugase demasiado, y a él no le parecía mal eso de quedarse en la cama hasta muy entrada la mañana, contemplando el rayo de sol que entraba por la ventana enrejada, a la altura del techo. A Mariana le daba igual, pues ella se hacía cargo de todo el trabajo y desde hacía muchos años Ramón aquello de «portero» lo consideraba como un cargo honorario. «Todos cambiamos con el paso del tiempo», se decía Mariana. Pero Ramón no era un hombre que hubiera sufrido algunos cambios: era un hombre distinto, otro hombre. Tampoco Aurora era la niña que Mariana había tenido en sus brazos, sino una mujer, aunque Mariana no quisiera convencerse de ello, porque le daba miedo. Pero el hombre que estaba ahora en la cama y tomaba la cucharadita de jarabe era un desconocido de aspecto penoso. No era el muchacho diligente, veloz, con poderes mágicos, que muchísimos años atrás había enseñado a Mariana el manejo del aparato en que llegaba desde los cielos hasta el teatro de una pequeña ciudad la Fantasía.

El portero Ramón Gómez se había tomado el jarabe, y su mujer subió con bastante esfuerzo —acusaba la escasísima alimentación de los tres años de guerra— la escalerilla que llevaba de su vivienda al portal.

Ella también ha cambiado mucho —y Ramón no habrá dejado de advertirlo—, pero sigue siendo ella misma. Ramón en su interior, ¿también se creería el mismo? ¿Se creería capaz de hacer magias?

En Aurora se despertaba una mujer con todas sus apetencias, y todos sus temores. No quería ser esclava de los hombres o de un hombre. Pero también pensaba que su destino era ese y que no cumplirlo podía ser un fracaso. Tenía miedo a los hombres, al dueño, y al mismo tiempo deseaba encontrar a ese dueño, porque sin él sentía el temor de ser abandonada, abandonada para siempre. Una solterona. Contra ese destino, aunque fuera el suyo, aunque estuviera escrito, debía luchar con todas sus fuerzas. La pobreza, el hambre, la fealdad la rondaban. Se veía guapa, apetecible cuando contemplaba a trozos su cuerpo desnudo —a trozos porque en su casa no había un espejo grande—, pero comprendía lo que era la moda, el lujo, comprendía que a los hombres les incitase un cuerpo de mujer cubierto de seda más que uno

cubierto de percal. En el cine Barceló, que estaba allí cerca, en el Proyecciones (un sólido edificio y no un barracón de madera como el que habían conocido sus padres), en el Bilbao, aunque no fueran locales de lujo, podían verse señoritas de las calles Luchana, Sagasta, Génova..., en las que había muchas casas señoriales. Estas señoritas iban muy a la moda y con vestidos caros, elegantes, amplias faldas a la altura de la rodilla, prietas cinturas con anchos cinturones, pechos muy marcados. Los dibujantes Serny y Picó, en el semanario *La Codorniz*, popularizaron aquellas siluetas de posguerra. Aurora, aunque su conciencia se lo reprochase, quería ser como ellas —o como algunas de las estrellas de Hollywood—, y cuando a falta de espejo de cuerpo entero, en la soledad de la noche, sobre el colchón tendido en el suelo de la cocina, tomaba sus medidas con la cinta métrica que Mariana utilizaba para hacer los vestidos de las dos, comprobaba que podía llegar a serlo.

Mariana, que cerca ya de los sesenta años vivía en los recuerdos, pocas veces conseguía recordar lo que deseaba, recordarlo con precisión, con la nitidez que le habría ayudado a creer que vivía de nuevo determinados momentos. No se recuerda lo que uno quiere, pensaba, sino lo que quiere nuestra memoria, que se comporta con nosotros como una diosa, una gran diosa, quizás la única. Aquellos días, definitivos para su existencia, en que la compañía Fuentes-Jimeno trabajó en Olivera el año 1909 —la fecha sí había resultado inolvidable, la llevaba grabada en la frente como las que ponen al pie de los monumentos o en las sepulturas—, hacía ya bastante tiempo que se le aparecían de vez en cuando confusos, como un dibujo en colores que el agua hubiese borrado, o un mazo de naipes después de barajarlo. La imagen de su señorita, la señorita Micaela, se le aparecía igualmente confusa, no acertaba con el color de sus ojos y no sabía situar bien las partes de su cara, por ejemplo, la distancia que había desde la nariz a los labios, la forma de sus orejas. Sí permanecía indeleble el momento en que durante la representación de *La isla de la Fantasía* sucedió la primera magia, aunque para ella la primera magia fue que el público formase aquella única joya luminosa, resplandeciente y que a los pocos minutos de alzarse el telón un príncipe se convirtiese en gallo mientras la gente aplaudía entre carcajadas. Pero todo lo demás lo recordaba mal. Cuando contaba aquella función a sus hijos, de pequeñitos, como si fuera un cuento más, *Pulgarcito*, *Juan Sin Miedo*, *Caperucita Roja* o cualquier otro, la recordaba punto por punto; pero años más adelante los sucesos se confundían en su memoria, su orden se alteraba hasta convertirse en un desorden sin pies ni cabeza. Era incapaz de recomponer lo que llamaban el «argumento». No tenía más remedio que pedir ayuda a su marido, que recordaba de pe a pa los argumentos de más de treinta funciones en las que había trabajado, entre ellas *La isla de la Fantasía*, que tanto significó para los dos. Pero llegó un tiempo en que los estragos del alcohol hicieron que también los recuerdos del eficaz traspunte Ramón Gómez navegaran sin rumbo por su mente, a la deriva.

Mas el momento en que apareció por primera vez la bellísima, deslumbrante Fantasía, descendiendo desde las nubes, en brazos del ángel, permaneció imborrable.

No era sorprendente, pues aquella aparición transformó su vida.

Una tarde, en la soledad de su chiscón de portera, cayó en la cuenta de que nunca había sabido de verdad, de una forma precisa, lo que era la Fantasía, lo que quería decir aquella palabra. «Eso son fantasías», era una frase que había oído muchas veces —quizás ella misma la había empleado, no en el pueblo, sino desde que se fue a servir a la ciudad, a Olivera— pero nunca había llegado a preocuparse por el sentido de la palabra. Si quería decir algo así como «una cosa que no podía realizarse», ella había sido víctima de un engaño y ese engaño la llevaba a rastras durante toda su vida.

Recordó que años antes su hijo Miguel, entonces en la adolescencia, pidió como regalo de cumpleaños un diccionario.

—Es un libro —dijo el chico ante la duda de su madre— en el que viene la explicación de todas las palabras.

—Así es —corroboró el padre—, y en ninguna casa debe faltar un diccionario.

Mariana bajó al sotanillo, entró en el cuarto de los chicos y buscó en el estante de los libros. Recordaba muy bien cuál era el diccionario. Subió con él a la portería, por si llegaba alguien, y allí se puso a buscar la palabra. Tardaba muchísimo en encontrarla; ya desesperaba cuando llegó doña Benigna, que volvía de la novena.

—¿Qué está usted leyendo, Mariana? ¿Qué es ese libro tan gordo?

—Muy buenas tardes, doña Benigna. Es un diccionario.

—Pero, mujer, Mariana, eso no es un libro para leer, es para documentarse, para resolver dudas.

—Ya, ya lo sé. Para eso lo tiene mi hijo Miguel. Lo que pasa es que hoy yo tengo una duda y por eso he cogido el libro. Pero no acierto a manejarlo.

—Traiga usted, traiga, mujer —doña Benigna, confianzuda, se sentó a la mesa—. ¿Cuál es esa duda?

—Fantasía. Quiero saber lo que quiere decir fantasía.

—Pero, mujer, eso lo sabe todo el mundo.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir? Pero de verdad, de verdad.

—Pues... —Doña Benigna dudó—. Bueno, ya que lo tenemos aquí, mejor será buscarlo en el diccionario. Traiga usted.

Y en un periquete, doña Benigna dio con la página en que venía la palabra, y leyó en voz alta:

—«Fantasía. Facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes las cosas pasadas o lejanas, de representar las ideales en forma sensible o de idealizar las reales».

Doña Benigna y Mariana se miraron perplejas un instante, varios instantes. Al cabo del prolongado silencio, Mariana dijo espontáneamente:

—No he entendido nada. Me he quedao como estaba: a la luna de Valencia.

—Sí, mujer... —mintió con voz dudosa doña Benigna—. Está bastante claro —y leyó de nuevo—: «Facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes las cosas pasadas o lejanas...».

Interrumpió Mariana.

—Pero eso ¿no es la memoria?

—¿Qué quiere que le diga? Me parece que no le falta a usted razón...

—Y de lo otro... De lo que sigue, es de lo que no he entendido ni una palabra.

—¿Lo que sigue, dice usted? «... de representar las ideales en forma sensible o de idealizar las reales». Sí, la verdad es que no está muy claro. Lo que pasa, Mariana, es que esto es una definición filosófica, y no una definición para andar por casa, que es lo que usted necesita. Pero, a propósito, ¿a santo de qué quiere usted saber a estas alturas lo que quiere decir «fantasía»?

—Por simple curiosidad —contestó Mariana, que no estaba dispuesta a contarle a la del segundo lo que había significado para ella tantísimos años atrás la función de magia—. Verá usted, doña Benigna, usted sabe, porque yo se lo he dicho otras veces, que a mí esto de la portería no me va. A mí lo que me tira es el comercio. Y que cuando me vine a Madrid fue con la idea de convencer a mi marido, a Ramón, de que pusiéramos una tiendecita, una mercería con vivienda. Y a mí el sitio que más me gustaba para eso era la Puerta del Sol. O cualquiera de las calles que están allí cerca. Pero siempre que le hablo de esto, porque de vez en cuando insisto, él me contesta lo mismo ahora que hace años: Eso son fantasías, mujer. De ahí que me haya entrao interés por saber de una vez lo que significa de verdá esa puñetera palabra. Y usted perdone, doña Benigna.

La del segundo sonrió de buena gana, bonachona.

—Pero ¿usted qué quiere, Mariana? ¿Que hagan un diccionario para usted sola y para su mercería?

—Yo lo único que quiero es entender, entender... Porque cuantos más años tengo, más me doy cuenta de que son muchísimas las cosas que no entiendo, las que no he entendido nunca.

—Y una de ellas es esa de la fantasía, ¿verdá?

—Sí...

—Pues yo lo que puedo decirle, Mariana, es que fantasías son las que le fue metiendo a usted en la cabeza su marido, todo eso de la idea y del reparto... Fantasías que antes le habían metido en la cabeza a él. Mi pobre marido que en gloria esté me lo decía... «Los porteros son buena gente, pero están en las nubes y se meten en lo que no entienden. Opinan sobre cosas que están muy por encima de sus conocimientos». Perdóneme, Mariana, pero le hablo con la mano en el corazón.

—No tengo nada que perdonarle, doña Benigna, pues no faltaba más. Pero, con todo respeto, le aseguro que mi marido y yo, y los que pensaban igual, lo único que queríamos era el bien para nosotros y para los demás.

—Como decía mi difunto marido, los libertarios, como ustedes se llaman, se

oponen no sólo a la política, sino a la religión, a la economía, a la moral...

No quería Mariana interrumpir a doña Benigna, y mucho menos discutir con ella. Prefería dejarla en su creencia de que los libertarios despreciaban la economía y se oponían a la moral. Qué se le iba a hacer. Doña Benigna había perdido al marido, pero había ganado la guerra.

—Creen ustedes que todos los hombres son buenos por naturaleza, que nacen buenos. Muy bonito, pero mentira. Y creen ustedes que sin autoridad, sin gobierno alguno, dejando a cada cual campar por sus respetos, llegaría a formarse espontáneamente una sociedad nueva, mejor que la que tenemos... —doña Benigna sonrió con melancolía—. Mariana, si no estuviéramos sufriendo tanto, si no se hubiera derramado tanta sangre y si no tuviéramos todos en nuestras propias familias tantos muertos y desaparecidos, sería para troncharse de risa. Pues ¿y lo de que no haya propiedad individual? Los anarquistas desprecian la caridad cristiana, niegan el derecho a la propiedad, sin él la caridad no puede existir... Para eso mi marido que en gloria esté ponía un buen ejemplo: si llega el momento del reparto, el ciudadano al que le corresponda un pedazo de pan, cuando lo coja para comérselo y se lo lleve a la boca, ya será un propietario individual.

Mariana asintió en silencio, con más melancolía aún que la inquilina del segundo, no la miró a los ojos, sino que humilló la cabeza para que doña Benigna no advirtiera cómo el lipori le teñía las mejillas.

XXIII. Aurora y su hermano Miguel, conocido por *Bakunin*

Don Federico, joven médico cuñado del señorito Manuel Cámara, a quien Mariana recurría en contra de la oposición tenaz del postrado Ramón Gómez, auscultó al enfermo y en el cuchitril de la portería habló con Mariana al tiempo que extendía una receta. No podía afirmarse que el portero padeciese neumonía, pero era una de las complicaciones que podían esperarse. Por su bronquitis crónica, la fiebre le aparecía con frecuencia, sobre todo a últimas horas de la tarde. La tos le atormentaba y muchas noches no dejaba dormir a Mariana. En la mirada del joven médico percibía Mariana una gran compasión. No se atrevía el hombre a expresarse con claridad, pero acabó por convertir la conversación en una confidencia política. Él no compartía las ideas de su cuñado, el señorito Manuel Cámara, pero, tras el resultado de la guerra, se veía obligado a no hacer ostentación de sus opiniones. A Ramón Gómez habría que llevarle a un balneario, pero tal como estaba organizada la sociedad y tal como había quedado España después del tremendo deterioro de aquellos tres años, eso no era posible más que para los muy ricos. No quería don Federico agobiar a la desconsolada Mariana y no insistió en sus reflexiones. El enfermo había pasado dos años en un lugar insalubre, frío y húmedo. Ahora escaseaban el carbón y el alcohol para caldear la vivienda.

Volvió a los pocos días el joven doctor, sin que hubiera necesidad de recurrir al señorito Manuel Cámara como intermediario, don Federico lo prefería así. Ramón se encontraba peor. Sus labios tenían un color azulado.

—En Madrid hay miles de casos como este, doña Mariana —decía el doctor—. El hambre ha disminuido las defensas de sus habitantes y lo que podía haber sido un simple catarro, ahora es algo más grave.

Ramón había sentido con frecuencia escalofríos y pinchazos en el costado. Aquella noche la tos fue casi constante. No podía permanecer tumbado y a cada momento se incorporaba para intentar dormir, apoyada la espalda en la cabecera de la cama. La lucha entre el sueño y la tos que le impedía dormir, le angustiaba. Mariana y Aurora no se separaron de la cama en toda la noche. Si apagaban la luz, Ramón, haciéndose entender con gran dificultad, pedía que la encendieran. No conseguía hablar, pero quizás intentaba decir que quería verlas a las dos. Murió poco después del alba.

En sus primeros tiempos de porteros, hacía ya tantos años... Mariana y Ramón cambiaban impresiones sobre quiénes debían de ser los inquilinos, a juzgar por

los muebles que iban metiendo en los pisos. La finca era nueva, recién construida, y todos los días llegaba al portal de Vergel 9 el carro de las mudanzas. Ya he dicho que por el precio de los alquileres, ni muy alto ni muy bajo, habitaron la casa inquilinos que se creían ricos y otros que se creían pobres. Algunos habían comprado todos los muebles de golpe: un comedor, un gabinete, dos alcobas. Otros completaron ajuares que ya tenían. Se advertían los muebles que, pobres o ricos, debían de provenir de una herencia, casi todos por lo descabalados. Más adelante, cuando ya las casas estuvieron más o menos puestas, Mariana siguió conservando este hábito de clasificar a los inquilinos según el mobiliario y también según el cuidado que advertía cuando por una razón o por otra entraba en los pisos, la limpieza de las paredes, si estaban empapeladas o simplemente encaladas, el encerado o el fregado de los suelos, el orden y distribución del mobiliario. Algunas casas las entreveía sólo desde el recibidor, al pasar los recibos del alquiler o dar algún recado; otras las conocía más a fondo porque había ayudado algunas veces a hacer la limpieza. La peor puesta, cuando se ocupó la finca por primera vez, fue la de Gabriel Rota, casado, con tres hijos pequeños, dependiente de Sederías Flores y Cantera, en la Puerta del Sol. Aunque él dejaba entender que su puesto era el de «encargado», su sueldo debía de ser muy escaso, lo delataban los muebles que metió en su piso, el principal derecha, a todas luces adquiridos en una almoneda de barrio. La mejor puesta fue, con muchísima diferencia, la del segundo inquilino que tuvo el primero izquierda, don Emeterio Sanchiz Laredo, que lo alquiló al dejarlo libre un comandante de carabineros al que trasladaron a Sanlúcar de Barrameda. Don Emeterio, cuando tomó el piso, era un muchacho de veinticinco años, de familia montañesa, que acababa de heredar una cantidad suficiente, si procuraba administrarse bien, para vivir de las rentas el resto de su vida, sin hacer nada. Su familia prefirió quedarse en Santander, pero él se vino a Madrid, donde podría satisfacer con más facilidad sus dos grandes aficiones: la música y la pintura. La guerra pilló a don Emeterio, ya con más de cuarenta años, de veraneo en Santander, y hasta que concluyó no pudo regresar a su piso de Vergel 9, en el que durante aquel tiempo habían vivido dos familias de evacuados —«ahuecados», según el humor madrileño de la época— que causaron algunos deterioros. Para el cuidado de unas habitaciones decoradas con gusto exquisito no es lo mismo un distinguido diletante que catorce personas de la Mancha, algunas de ellas de corta edad, la criada Rosalía, la amiga de Mariana, se había casado poco después de llegar la República, y, según costumbre, se había retirado del servicio. En lo que don Emeterio encontraba otra criada, Mariana y su hija Aurora —turnándose para no dejar sola la portería— se encargaron de ayudarle a poner algo de orden y limpieza en la casa, aunque hubo que recurrir también al carpintero ebanista y a unos empapeladores. Cuando el trabajo estuvo terminado, Aurora quedó deslumbrada. Antes de la guerra sólo había visto de aquel piso el recibidor y el pasillo, y aunque hubiera visto más, no estaba en edad de saber apreciar el lujo o el buen gusto. Pero ahora no podía entender cómo aquel piso, igual a todos los otros de

la casa, podía resultar tan distinto. Las puertas vidrieras de doble hoja que en casi todos los otros pisos estaban condenadas, aquí estaban abiertas de par en par, y desde el salón de recibir, a través del comedor, se veía el gabinete que precedía al dormitorio. No sabía Aurora dónde reposar la mirada, si en las cortinas de seda, en las muelles alfombras, en los cuadros que cubrían las paredes, en las figuras de porcelana de la vitrina.

Cuando murió Ramón Gómez, ya hacía tiempo que don Emeterio tenía organizado el servicio de su casa, una criada fija, ya entrada en años, viuda, Encarnación, y una asistenta que iba dos veces por semana. Pero Aurora subía alguna vez, porque don Emeterio le prestaba novelas de los escritores que estaban de moda, Pierre Benoit, Marcel Prevost, y, los que más entusiasmaban entonces, Stefan Zweig, Lajos Zilahy y André Maurois. A la caída de la tarde, don Emeterio solía tocar el piano —sólo había uno más en la casa, el de la señorita Charo, que seguía siendo señorita—, desde la portería podría oírse al uno y a la otra y apreciar fácilmente la diferencia, pero alguna vez subió Aurora para escuchar más de cerca un *nocturno* de Chopin o en el gramófono algunos fragmentos de ópera. De la decoración de la casa, lo que más llamaba la atención de Aurora era la piel de oso que había sobre el suelo del gabinete. Más que por lo bonita que pudiera ser, explicaba don Emeterio, estaba allí por lo suave que era. Pero aquella suavidad no se notaba, replicaba Aurora, porque se la pisaba con los zapatos puestos.

—No; aquí, en el gabinete, se entra siempre descalzo.

Sentó a Aurora en el amplio puf junto a la mesita de marquetería, frente al espejo veneciano, y la descalzó. Se creía Aurora más mujer, más segura de sí misma de lo que realmente era, porque lo cierto es que le costó un gran esfuerzo afrontar la escena con su madre, aunque en su interior había repetido veces y veces, con muchas variaciones, lo que debía decirle. Se había dejado seducir por don Emeterio, el inquilino del primero derecha.

La reacción de la madre no fue todo lo violenta que la hija esperaba. Tuvo un momento de estupor, es cierto. Pero inmediatamente dio la impresión de que por su cabeza, como una película, pasaban una serie de acontecimientos anteriores que evidenciaban lo natural, casi podría decirse lo inevitable, de aquel suceso. El silencio de Mariana, con las manos crispadas sobre el tapete granate de la mesa camilla, los ojos humedeciéndosele poco a poco, alarmó a Aurora.

—Pero, madre...

—No digas nada, hija, no tienes nada que decir. No te esfuerces.

—Sí, madre, tengo que decirte algo. Don Emeterio quiere hablar contigo. Esta noche no está en casa, pero te espera mañana.

Tuvo que rogar mucho don Emeterio hasta conseguir que la portera y su hija se sentaran en las dos butacas del tresillo. No aceptaron la copita de anís. Ni el vaso

de vino, ni el vaso de agua. Don Emeterio sí se sirvió bebida. Carraspeó y tomó aliento. Se avergonzaba de lo que había hecho. Comprendía que había sido una mala acción y se arrepentía de ella. Él, aunque soltero, era un hombre mayor, ya muy experimentado, y ella una chiquilla que empezaba a vivir, a imaginar lo que era la vida. Se había valido de su superioridad para seducir a Aurora, pero la verdad era que lo había hecho no frívolamente, por juego, sino porque se había sentido atraído hacia Aurora de una forma irreprimible, había sentido por ella algo que no había experimentado nunca. Y estaba dispuesto a reparar su falta. ¿De qué modo? ¿Qué entendía don Emeterio por reparar? Don Emeterio no había querido ofender ni a Aurora ni a su madre. Estaba dispuesto a reparar su falta como fuera, como ellas prefiriesen. No había pretendido insinuar nada que pudiera herir la dignidad de aquellas mujeres. Él no tenía que responder ante nadie, más que ante ellas. Era dueño absoluto de sus actos, de sus decisiones y no se veía obligado más que ante su conciencia. Con todo aquello quería decir, si doña Mariana aún no lo había entendido, que estaba dispuesto a casarse con Aurora.

Y en ese momento fue cuando Mariana, que ya esperaba esa oferta, se transfiguró ante la sorpresa de Aurora y de don Emeterio. Engarfió los dedos sobre la mesa para buscar apoyo y se incorporó bruscamente en actitud amenazadora, agresiva, más masculina que femenina, y alargando la cara hacia el estupefacto pretendiente de su hija, se desató en improperios. Sí, lo que había hecho era una mala acción, muy digna, por otro lado, de un hombre de su clase, de la clase que consideraba que los demás existían sólo para satisfacer sus caprichos o sus necesidades. Don Emeterio era un camastrón con el colmillo retorcido que para seducir a una muchacha no tenía más arma que aquellas, postizas, de las cortinas de seda y de las pieles de oso, y un gramófono y un piano. Pero ¿qué más podía tener para satisfacer a una mujer de diecisiete años? Mariana había preguntado a su hija Aurora, de mujer a mujer, le había preguntado si le gustaba ese hombre, si le quería, si se había enamorado de él, antes o después de estar con él en la cama. ¿Y sabía don Emeterio lo que había respondido? Había respondido: no. ¿Y ahora don Emeterio, que había gozado de ella tres o cuatro veces, quería seguir disfrutándola toda la vida, sólo porque había tenido la habilidad de «seducirla». —Mariana acompañó el término con una carcajada— y él era rico y ellas pobres? ¡Estaba fresco! Don Emeterio había «conquistado» a Aurora, la había «hecho mujer» —nueva carcajada—, y de ahora en adelante esa mujer haría gozar a quien ella quisiera, pero porque quisiera, porque le amara, porque le gustara, no porque hubiera firmado ningún contrato vitalicio de acostarse. Don Emeterio había demostrado ser un hombre práctico, que sabía bandearse, podía seguir buscando por ahí cuando le diera el calentón.

Mariana hizo de tripas corazón y recurrió a doña Raimunda —o la tía Raimunda, según algunos—, la voluminosa inquilina del segundo derecha, que sin

demasiados requilorios y dando la cosa por sabida y carente de importancia, las envió a un ginecólogo de gran solvencia y confianza y muy merecida fama. Por los honorarios del doctor no debía Mariana preocuparse, doña Raimunda le prestaría lo necesario en agradecimiento a las muchas ocasiones en que la portera había hecho la vista gorda. Afortunadamente, no fue necesario recurrir a nadie más, pues Aurora no había quedado encinta.

Cuando en 1944 las tropas aliadas liberaron París, Mariana creyó que en cualquier momento vería entrar en el portal a su hijo Miguel. Esto no sucedió y Manolo el zapatero le dijo que lo más probable era que Miguel, si había conseguido pasar la frontera, estuviera prisionero. Quizás pronto llegaran noticias de él. Tampoco sucedió esto, pero al poco tiempo de finalizada la segunda guerra mundial, Mariana recibió un mensaje de la Embajada de Francia en Madrid. Le rogaban que se presentase, porque el embajador deseaba hablar con ella. Le dio un vuelco el corazón. Comprendió inmediatamente que su hijo Miguel, llamado por sus compañeros *Bakunin*, había muerto.

Se vistió lo mejor que pudo, dejó a Aurora al cuidado de la portería, y fue a la embajada. Al volver, se apeó del tranvía frente a la puerta del Hospicio, y a punto de desmayarse, apoyándose en las paredes, consiguió llegar a su portal. En la puerta del taller, aguardaba Manolo el zapatero, que la sostuvo antes de que se cayera al suelo. La acompañó hasta el cuchitril, donde la ayudó a sentarse junto a la mesa camilla. Mariana lanzó a su hija una mirada angustiada, quiso gritar y no pudo. Aurora se acercó a ella, en silencio, la abrazó, le llenó de besos las mejillas húmedas.

Manolo el zapatero salió corriendo hacia su taller y volvió inmediatamente con una botella de anís. Aurora había acercado la silla a la de su madre, que ahora lloraba reposadamente. El zapatero le sirvió a Mariana una copita. Mariana intentó sonreír para dar las gracias, pero no lo consiguió. Tampoco hizo intención de beber el anís, negó con la cabeza. En la mesa había dejado un sobre grande en el que cayeron unas gotas de llanto.

—¿Y ese sobre? —preguntó el zapatero.

—De la embajada... —dijo Mariana con voz ahilada—. Un diploma...

La había recibido el propio embajador, quien, consultando de vez en cuando unas notas, le resumió lo que había sido de Miguel Gómez Bravo desde que dejaron de saber de él a finales de 1939. Apresado por la policía de Franco cuando estaba a punto de pasar la frontera de Portugal, estuvo unos cuantos meses en un campo de concentración de Cataluña, del que consiguió evadirse con un grupo de prisioneros y pasar la frontera de Francia, auxiliados por los contrabandistas. Estos mismos les pusieron en contacto con el maquis, que iniciaba su resistencia contra las fuerzas alemanas de ocupación.

Miguel Gómez intervino en numerosos golpes de mano que se llevaban a cabo principalmente para apoderarse de armas, municiones, ropas y abastecimientos de toda clase. La experiencia bélica de los españoles fue de gran utilidad en los primeros

tiempos del maquis. Más adelante, Miguel Gómez se incorporó al Batallón Libertario y con él participó en operaciones de sabotaje, asaltos a cuarteles, preparación de aterrizajes de paracaidistas del ejército aliado. Entre Lussan y Verfeil se tendió una emboscada a una columna blindada alemana. Pero esta operación, preparada minuciosamente, resultó una trampa y el Batallón Libertario, traicionado, se vio cogido entre dos fuegos, sin posibilidad de retirada ante unas fuerzas muy superiores. Uno de los primeros muertos en combate fue el comandante, y Miguel Gómez le sustituyó. Dio pruebas de gran pericia, valor y heroísmo, esforzándose en salvar las vidas de los hombres a su mando. Fue hecho prisionero, y fusilado.

Manolo el zapatero cogió el sobre, lo abrió y de él extrajo el diploma, que, en realidad, era la reproducción de un Orden del Día. Aurora, con los escasos conocimientos de francés adquiridos en las clases de «cultura general» de la Academia Bilbao, tradujo el texto.

«ORDRE GENERAL N.º 73.— Le Général de División P..., Comandant de la IXème Région Militaire, cite á titre posthume: à l'ORDRE DE LA DIVISION.

GÓMEZ, MIGUEL

Officier d'un courage exemplaire. Cerne á Verfeil le 15 mai 1944, après la mort de son Chef, le Comandant F..., a continué le combat jusqu'à l'épuisement des munitions. Fait prisonier, fut fusilé a BARADOUX (LOZERE) au moment de tenter son évasion.

Cette citation comporte l'attribution de la CROIS DE GUERRE AVEC ETOILE D'ARGENT.

á Marseille, le 24 Novembre 1945».

—Le pondremos un marco, ¿verdá? —preguntó Aurora, pero ya Mariana se había levantado en silencio, con el diploma en las manos, y había ido hacia el fogón. Se había enjugado las lágrimas con el pañuelo y ya no lloraba. Apartó el puchero del cocido —cocido sin carne ni punta de jamón—, con las tijeras del pescado partió en cuatro pedazos el diploma y los metió entre las brasas. No ardieron. Empujó con las tenazas. Siguieron sin arder. Prendió uno de los trozos con una cerilla y se despertó una pequeña hoguera. Los pedazos del diploma se retorcieron en el fuego. Mariana volvió a acercar el puchero del cocido.

—¿Y la cruz de guerra? —preguntó Aurora.

Mariana no respondió. Se acercó a la camilla. Abrió su bolso. De él sacó un pequeño estuche y del estuche una medalla en forma de cruz adornada con un lacito

con los colores de la bandera francesa. Cogió la medalla y salió de la cocina. Los otros fueron tras ella y la siguieron los pocos pasos necesarios para llegar al retrete en el momento en que Mariana arrojaba la medalla a la taza y tiraba de la cadena.

Mariana tuvo que pedir ayuda a su hija para apartar la cama y entre las dos, con mucho trabajo, levantar los baldosines que cubrían el hueco en el que Miguel había ocultado los libros que en 1939, cuando la derrota, consideró comprometedores. Ante la mirada de incomprensión de Aurora los volvió a colocar en el estante: *El único y su propiedad*, de Stirner; *Filosofía de la miseria y ¿Qué es la propiedad?*, de Proudhon; *La conquista del pan*, de Anselmo Lorenzo; *Dios y el Estado*, de Bakunin; *La moral anarquista*, de Kropotkine; *Siete domingos rojos*, de Sender; *Amor y sexo*, de Hildegart... Mientras iba colocando los libros en el estante, ante la mirada atónita de Aurora, Mariana no paraba de decir en susurros:

—Tengo que estudiar... Tengo que estudiar mucho... No sé casi nada... No entiendo nada... Quiero entender... Tengo mucho que estudiar, mucho...

No se quedó aquello en un simple propósito, sino que Mariana lo llevó a la práctica. Leía constantemente aquellos libros, y alguna vez Aurora sorprendió a su madre copiando fragmentos en un cuadernillo con tapas negras, de hule. Desaparecieron todos sus otros temas de conversación: la carestía de la vida, el estraperlo, el hambre, las recetas de cocina para cocinar sin nada, las vidas de los inquilinos... En el escaso tiempo que Aurora pasaba en casa tenía que soportar las reconstrucciones de todo lo que su madre había leído, estudiado. Con temor que no podía ocultar, Aurora veía a su madre realmente apasionada por aquellos temas, la ética natural, la justicia, la igualdad, la libertad del individuo, los beneficios del trabajo, la explotación del hombre por el hombre, la religión como instrumento de poder... Entre sonrisas con las que Aurora pretendía quitar hierro a su reproche, le decía a su madre que cuando llegaba a casa le parecía que entraba en la sacristía de la parroquia para asistir a la doctrina. Mariana acabó por confesar que Aurora tenía razón. Eso es lo que ella estaba haciendo, lo que intentaba hacer: adoctrinar a Aurora. Se llamaba así porque no había podido llamarse Amanecer o Mañana o Igualdad. Debía recibir todo aquello que su madre quería darle, todo lo que estaba aprendiendo para ella, como si le diera de nuevo la leche materna. A Ramón Gómez, *el Traspunte*, no le habían matado los guardias ni la policía ni los soldados, pero le había matado la guerra civil de los burgueses, de los enemigos, le había matado con el hambre, con la persecución, con el campo de concentración, con la cárcel. A su hijo Miguel, conocido por *Bakunin*, le había matado el Estado, un Estado u otro Estado, en la guerra de unos estados contra otros. Ahora sólo quedaban ellas y ellas debían defender aquella herencia de rebeldía, aunque sólo fuera con la palabra. Y transmitirla a los que pudieran venir después.

Cuando el cuñado del señorito Manuel Cámara, el médico, visitó a Mariana,

quizás ésta no advirtió que la visita había estado propiciada por su hija Aurora. El médico y la portera charlaron en confianza, comentaron los acontecimientos políticos, el hambre, los fusilamientos, la miseria, las epidemias, la desigualdad. Mariana, en su conversación entreveraba frases, aforismos, sentencias aprendidas de sus maestros. Al escucharla, Aurora se retorció las manos, angustiada; clavaba la mirada en los ojos de su madre para penetrar en su cerebro. Al despedirse, el joven médico habló a Aurora con una gran sinceridad. Ella podía advertirlo en su mirada, en el tono de su voz.

—Su madre está muy débil, mal alimentada; cualquier enfermedad leve, en ella podría resultar peligrosa. Pero el cerebro le funciona perfectamente. A mí me funciona mucho peor.

Enflaquecía Mariana de un día para otro. Es verdad que lo mismo le ocurría a Aurora y a tantos habitantes del Madrid de entonces. Con la liberación, con la Victoria, no se había solucionado el problema de las subsistencias, y el hambre en la clase media y en la baja, que en el resto de Europa, concluida su guerra, dejaría de existir en dos o tres años, en España se prolongó durante diez años más. Por las películas americanas sabía Aurora que no estaban de moda las mujeres gordas, sino las delgadas, pero cuando se veía en los espejos advertía que su delgadez no era la misma que la de las estrellas de Hollywood; no era que aquéllas no tuvieran grasas, sino que las tenían en unos sitios determinados de su cuerpo, y muy bien determinados. Una cosa era ser delgada y otra flaca, o dicho con mayor claridad, flacucha, y ella iba para flacucha. Se veía muy distinta a Jean Harlow o a Dorothy Lamour.

Mariana seguía desojándose sobre los libros y llegó a ser huraña con los inquilinos, con aquellos hacia los que antes mostró simpatía y que bajaban a charlar con ella, algunos porque les gustaba pegar la hebra, pero quizás otros porque se compadecían de su soledad. Pero Mariana, con el libro de Kropotkine abierto sobre la mesa, llegó a estar impertinente con la señorita Charo cuando ella, acodada sobre el tapete de la camilla, muy abiertos los ojos, estaba a punto de decirle el nombre de la amante del torero *Manolete*. A doña Benigna la quería, no podía remediarlo, pero se atrevió a pedirle que, por favor, no intentase hablar con ella de religión.

¿Cómo era posible que su hija no comprendiese que en todo lo que ella intentaba enseñarle estaba la razón, y, por lo tanto, el porvenir, el mañana? Pero en la mirada de Aurora, que llegaba a ser piadosa, comprendía Mariana que su hija, a pesar del diagnóstico del doctor, no conseguía desprenderse del temor de que Mariana estaba al borde de la demencia.

Para Aurora fue un duro trance. En el maletín utilizado para algunas excursiones había metido lo más imprescindible. Le pareció una cobardía escribir una carta a su madre para comunicarle su decisión. Debía afrontar la situación de hablar con ella cara a cara. Así lo hizo, en el cuchitril, sentadas las dos a la mesa camilla. Se iba de casa. No quería seguir siendo una carga para su madre, ni era capaz de soportar por

más tiempo el hambre, la miseria, la envidia. Había comprendido todas las lecciones que su madre se había esforzado en meterle en la cabeza y amaba la memoria de su hermano Miguel y le admiraba, como admiraba lo que sabía de la juventud de su padre, Ramón *el Traspunte*, pero ella se sentía incapaz de imitarlos, de seguir su ejemplo. Al fin y al cabo, su padre también se había rendido, y, como había creído ella comprender, bastante pronto. Para él la idea había pasado a ser sólo eso, una idea, no la había transformado en acción, y según aquellas lecciones que acababa de recibir de su madre, la prueba definitiva del revolucionario, del libertario, es que acompañe sus pensamientos con hechos. Si no, siempre debe vivir con el tormento de la duda: ¿cree en la idea o la idea es para él un simple tema de conversación? Aurora no puede más, quiere quitarse todo eso de la cabeza y vivir, vivir como una mujer, con sus defectos, con sus frivolidades, con sus vicios. Y no ver cómo día tras día su físico se deteriora. Y no tener hambre.

Mariana va comprendiendo todo lo que su hija no se atreve a decirle. Dice que se va a vivir a un pisito, un ático, en la plaza de la Independencia, que compartirá con una amiga, mecanógrafa como ella. Y que su madre puede ir a visitarla, y que ella se acercará a menudo a la portería de Vergel 9. Y que si ahorra, ayudará a Mariana. Pero Mariana, horrorizada, comprende. Ha sido la tía Raimunda. La tía Raimunda ha corrompido a Aurora. Tal vez con ánimo de ayudarla, no lo niega, pero la tía Raimunda es un ser amoral, un parásito, un animal sin conciencia. Y ha utilizado a su hija como una mercancía, y la ha vendido como carne a los burgueses. ¿No está Aurora a tiempo de volverse atrás? Pero Aurora no quiere ni oír hablar de esa posibilidad. Vueltas y vueltas le ha dado a todo aquello en noches y noches de insomnio. Su madre debe hacer un esfuerzo por comprenderla, no es una mártir, le gusta aquella vida que va a emprender, le gusta más que la que ha llevado hasta ahora. Su madre le niega la palabra. No quiere que sigan hablando más. (Como un relámpago, un pensamiento humillante ha asaltado a Mariana: si su hija sigue el camino que acaba de emprender y viene con frecuencia a visitarla, les quitarán la portería). Que se vaya, que se vaya cuanto antes en ese coche en el que está esperándola su amiga en la esquina de Fuencarral. Pero que no se le ocurra volver por casa, ni espere ver nunca más a su madre.

XXIV. En el que, aunque ya no existe el traspunte Ramón Gómez, baja el telón

En una carrera inútil llegó Mariana hasta la calle de Fuencarral. Había dejado de llamar a voces a su hija porque algunos transeúntes de la calle Vergel la habían mirado con sorpresa y otros se habían detenido. Llegó hasta la esquina, frente a la fachada del Hospicio, miró a su derecha y vio que el coche al que había subido Aurora se alejaba calle Fuencarral abajo hacia el centro de la ciudad, hacia la Puerta del Sol.

Se llevó las manos al pecho porque creyó que iba a faltarle la respiración y dio la vuelta despacio para volver a la portería. Un hombre la miró al cruzarse con ella, pero siguió su camino. Una señora que llevaba un niño de la mano la detuvo con delicadeza tocándole un brazo.

—¿Le ocurre algo, señora? —preguntó.

—Mariana pudo balbucear:

—Nada, señora, muchas gracias. No es nada.

—¿Quiere que la acompañe?

—Muchas gracias, señora. Vivo aquí mismo.

Avergonzada de que su desgracia fuera tan evidente, aceleró el paso y en seguida llegó al 9 de la calle del Vergel, abrió la puerta del chiscón y se sentó, desfallecida, junto a la mesa camilla, cruzó los brazos sobre el recosido tapete, dejó que su cabeza se derrumbara sobre ellos y se abandonó a un llanto ruidoso. Entre los gemidos hablaba consigo misma, en voz alta.

¿Qué va a ser de ella? —se preguntaba—. ¿Qué va a ser de ella?

Tuvo que incorporarse, porque le faltaba el aire. Se apoyó en el respaldo de la silla y aspiró una gran bocanada. Se restregó la cara con el pañuelo para enjugarse las lágrimas. No se atrevía a bajar a su vivienda por si salía algún vecino o llegaba alguien de la calle. Ya nunca podría dejar a la hija en la portería mientras ella iba a otro lado, a hacer la compra o a preparar la comida.

Desde hacía algún tiempo Mariana sentía dificultad al respirar. Pensó que era un achaque de la edad, mas cuando a aquello se unió una acusada fatiga al barrer o fregar la escalera, doña Benigna le aconsejó que debía consultar al médico. Éste le prescribió evitar todo esfuerzo físico, descanso suficiente, moderación en las comidas, no fumar ni beber.

Pero Mariana, si quería atender a la portería, no podía evitar el esfuerzo de limpiar todos los días los cinco pisos de escalera. La moderación en las comidas

había sido una recomendación inútil. Sí le resultó más trabajoso privarse de las tres o cuatro copitas de anís que se tomaba a lo largo del día y que, según ella, no eran nada. Y, en efecto, no lo eran si se comparaban con lo que llegó a beber en otro tiempo. Dijo también don Federico que le convendría vivir más al aire libre y no estar siempre encerrada en el chiscón de la portería o en el lóbrego y húmedo semisótano; un clima de bosque le iría bien. Recordó Mariana los bosques que rodeaban su pueblo. Pero ¿cómo regresar allí, tan próxima ya a la vejez, y convertirse en una carga para su hermano, mayor que ella, y sus dos sobrinos, labradores pobres, que apenas llegaban a mantener a sus mujeres? No obstante, doña Benigna intentó convencerla.

—Mariana, debe usted intentarlo.

—No puedo hacerlo, doña Benigna, compréndalo.

—Hágame caso, Mariana. Debe usted escribir a su hermano para explicarle lo que le ha recomendado el médico. Si él y sus hijos y sus nueras son buenos cristianos, no dudarán en ayudarla, la acogerán a usted. Será una carga para ellos, eso no lo niego. Pero en una familia de siete u ocho personas, entre los mayores y los niños, una boca más ni se nota.

Estuvo a punto de convencerse Mariana, porque, además, en la portería no podía seguir, se había convertido en un trasto inútil y ya los caseros habían traído a un matrimonio que, con la disculpa de cuidarla, invadió el semisótano y que, sin duda, eran sus sucesores en la portería. Pero repentinamente se agravó la enfermedad. Una noche se despertó de pronto, se incorporó en la cama, presa de angustia, no podía respirar, creyó que aquello era la muerte. Juntó fuerzas para levantarse de la cama, llegar hasta el baúl, encaramarse en él, abrir el ventano y, agarrándose con sus temblorosas manos a los barrotes de las rejas, aspirar, a la altura del suelo, una sucia bocanada del aire de la acera. Se dejó caer en el baúl. Le dolía el pecho al respirar, pero al cabo de un rato, arrastrándose, por temor a caer desfallecida si intentaba andar, pudo volver a la cama y en ella permaneció incorporada, apoyada en la cabecera, sin tumbarse, hasta que a la calle del Vergel llegó la luz del alba.

El médico, con ayuda de las recomendaciones de los caseros y de Manuel Cámara, consiguió una cama para Mariana en el hospital. Allí, a fuerza de sedantes, la hicieron dormir unas horas cada día. Pero en cuanto despertaba, la falta de oxígeno era una tortura que le hacía desear la muerte.

Casi ninguno de los que podía considerar sus conocidos, aparte de los vecinos, se enteró de su enfermedad. Tampoco algún amigo de Ramón Gómez o algún compañero de Miguel, conocido por *Bakunin*. Al mayor, el que vivía en Valencia, no quiso que le escribieran. Doña Benigna lo hizo en secreto, pero la carta no debió de llegar a tiempo. Por eso Mariana, en los pocos días que estuvo en el hospital, casi no recibió visitas. Una tarde se presentó ante ella un desconocido con un pequeño ramo

de flores. Era un anciano mal trajeado que hablaba con voz ahilada y un poco temblorosa.

Le ofreció las flores. Ella quiso dar las gracias, pero no consiguió emitir ningún sonido. Él dijo:

—¿No me recuerdas?

Ella le miró fijamente. Recorrió con la mirada la cabeza calva, la arrugada frente, las cejas blanquecinas, las bolsas bajo los ojos... No le había visto nunca.

—Soy Mauricio.

—Mauricio —repitió ella, como si fuera una palabra vacía de significado, un simple sonido. Después, aunque a ella misma le pareciera imposible, sus labios se extendieron en una levísima sonrisa—. No, Mauricio no.

—Por favor —dijo la hermana de la caridad—, no la perturbe. Deje las flores en la mesilla.

El anciano hizo lo que la monja le ordenaba y, sin volver la mirada hacia Mariana, se dirigió hacia la puerta de la sala.

La isla de la Fantasía no está en ninguna parte, en ningún país ni en ningún mar que todavía esté por descubrir, ni se la puede encontrar en los mapas, pero existe, algunos desdichados lo saben, se puede llegar a verla y hasta, si se tiene paciencia, tiempo y esperanza y se está dispuesto a, después de llegar a sus costas, recorrer algunos senderos o trochas, vadear un riachuelo cantarín y sumarse a su canción, subir y bajar unas cuantas dunas, perderse y volverse a encontrar en bosquecillos, puede llegarse a divisar en todo su deslumbrante esplendor el palacio de la mismísima Fantasía, entrar en él y disponerse a recibir los favores de la hermosa reina.

Ella desplegará generosa ante cualquiera de nosotros su acogedor manto de hilillo de oro, sin diferenciar ricos de pobres, fuertes de débiles, guapos de feos, jóvenes de viejos, listos de tontos, y abrirá su sonrisa de belleza inverosímil, las hospitalarias puertas de sus brazos, para ofrecernos la lujuriente armonía de sus pechos succulentos, la tibieza placentera de su cuerpo.

Sólo en esa isla pueden verse las estrellas en pleno día y sólo en ella atardece no a una hora precisa, obediente a las órdenes de relojes y calendarios, sino cuando la piel y los ojos del fatigado viajero de la vida no pueden soportar la luz del sol y desean tamizarla con el oscuro velo de la noche.

En nuestros países, ciudades, pueblos y campos, en nuestro árido mundo hay lugares desde los que se alcanza a vislumbrar la isla de la Fantasía, a la que, según contaron en tiempos legendarios algunos afortunados aventureros, puede llegarse nadando sin que el agua moje ni ahogue, pero nadie sabe dónde se encuentran esos lugares ni es cuestión de esforzarse en averiguarlo, pues lo que se refiere a la bella Fantasía no se rige por nuestro sistema de olvidos, recuerdos, nostalgias y esperanzas.

Mariana Bravo López, de cincuenta y siete años de edad, natural de Hondonadas, a dos leguas de Olivera, provincia de Salamanca, hija de Mariano y de Engracia, sin proponérselo —o quizás porque se lo propuso cuando conoció al traspunte Ramón Gómez, precisamente uno de los días en que muy lejos de allí, en Barcelona, tenían lugar los terribles sucesos de la llamada Semana Trágica—, se encontraba en uno de esos lugares de privilegio. Estaba en una cama del hospital. A uno de sus lados, una hermana de la caridad y un sacerdote; al otro, doña Benigna.

Las veinte enfermas que ocupaban las camas no se interesaban mucho unas por otras. Que hubiera alguna agonizante no suponía ninguna novedad. Las entradas y salidas del sacerdote eran habituales. Era hora de visita y junto a algunas camas había grupos familiares; junto a otras, una sola persona. A algunas enfermas no se había acercado ningún visitante. Por las ventanas llegaba, tamizada por persianas, la luz del sol de agosto. Las paredes y el techo estaban pintados de blanco. El zócalo de blancos azulejos llegaba hasta media altura. Pero una luz grisácea, tristonera y sucia que no venía de las ventanas ni de lámparas, sino de la propia enfermedad, teñía el aire, las paredes, las ropas de las camas, los rostros de las personas.

Mariana Bravo, la portera del número 9 de la calle del Vergel, ocupaba una cama muy alejada de la puerta, próxima a una de las ventanas. Un haz de rayos de sol se filtraba a través de la persiana iluminando débilmente su cara, que tenía el mismo color blanco grisáceo de toda la sala. En los últimos días su rostro se había afilado, los pómulos se destacaban sobre las hundidas mejillas, como si estas hubieran perdido toda la carne, insinuando la calavera.

El sacerdote hablaba, musitaba sus oraciones, preguntaba algo a Mariana, que no le escuchaba; la voz del cura le llegaba como un runrún incomprensible, y no se diferenciaba del otro runrún, el de la voz de doña Benigna que, al lado opuesto de la cama, rezaba el rosario.

Mariana tenía los ojos muy abiertos, la mirada fija en el techo. Intentaba respirar, pero no podía o ya no le era necesario. Quizás no necesitaba nada más que mirar un agujerito que había descubierto en el techo.

¿Sus ojos se enturbiaban o del agujero empezaba a manar agua? Los ojos de Mariana estaban secos. La fuente de las lágrimas se había agotado. Del agujero del techo fluía un agua clara; un agua que no caía, que se fijaba en el techo y se iba ensanchando en tenues oleadas, mientras en el centro, donde hacía unos instantes estaba el agujerito, que ya se había convertido en una gran abertura, surgía un mágico paisaje.

Ramón Gómez, el joven y habilidoso traspunte, lo había preparado todo minuciosamente, había dedicado a esa labor la mañana entera, y ahora daba las órdenes precisas para que, ante las miradas atónitas de doña Benigna, del cura, de la hermana de la caridad, de las demás enfermas, de los visitantes, de todos los espectadores del teatro, la Fantasía, la noble y generosa Fantasía, derrotase a la traidora realidad.

Florecieron rosas en el techo de la sala del hospital, y olorosos jazmines. La isla de la Fantasía estaba en las áridas tierras de Hondonadas que ahora eran fértiles y amenas, y pisando suelos de nubes o de algodón, una joven, en la que la portera Mariana Bravo se reconocía, llegó a una plaza amplia y destartada, con forma de raja de melón, y preguntó.

—¿Para ir al palacio de la Fantasía?

—Es aquel —le respondió un viandante que caminaba sin ninguna prisa; y señaló el edificio del Ministerio de Gobernación.

La traza del edificio era curva y suave. En ninguno de sus amplísimos ventanales había rejas. Una esbelta torre cilíndrica remataba la estructura del edificio y en ella un reloj sin agujas señalaba el inmensurable paso del tiempo. Nadie vendía, nadie compraba, nadie pregonaba ninguna mercancía. En la Puerta del Sol era la hora de la siesta eterna.

La mirada de Mariana seguía fija en el techo, en aquel agujero que se había ensanchado poco a poco, como la resaca ensancha las playas, para que a través de él los ojos inmóviles de Mariana Bravo, vidrio verde como los culos de las botellas, pudieran divisar el extenso paisaje de la isla de la Fantasía y gozar en él, remansarse, después de tempestades y terremotos, pasear con alas en los pies, sin peso en el cuerpo, por las dunas, los riachuelos de plata —como las inalcanzables monedas de su infancia, de su juventud—, los senderos bordeados de césped salpicado de amapolas y abrir los pulmones al aroma del tomillo, las rosas y los alhelíes.

Mariana quiso detener aquel instante, apresarlo, sumergirse en él, convertirlo en vida entera. Pero, con un ruido sordo, el tiempo se le escapó por la boca entreabierta.

Fue una mano de doña Benigna la que, después de detenerse un instante sobre la frente de Mariana, en una tierna caricia, le cerró con suavidad los ojos.

Un momento después entró en la sala, apresurada, nerviosa, la mirada hacia una y otra cama, Aurora Gómez Bravo.

Epílogo

El 6 de agosto de 1945 se elevó, como por arte de magia, en una ciudad japonesa, una bellísima columna de humo blanco (algunos historiadores dicen que rojo) de siete kilómetros de altura. Existen fotografías y documentos cinematográficos que atestiguan la belleza de este prodigio escénico. Todos los dioses de todas las religiones habían permitido que los hombres, en el ejercicio de su libre albedrío y como prueba de su dominio de las ciencias, arrojaran sobre la ciudad de Hiroshima, de unos trescientos mil habitantes, la segunda bomba atómica —la primera, experimental, había sido lanzada tres semanas antes en un desierto de Nuevo México—. Los efectos producidos por el ingenio fueron los más espectaculares que hasta la fecha se habían conseguido en los teatros de las guerras. La ciudad quedó transformada en un horno gigantesco del que surgió un viento huracanado que avanzó a más de mil kilómetros por hora. Se calcularon en cien mil los muertos, en su mayoría civiles, y otras veinte mil personas morirían pocos días después, tras horribles sufrimientos, a causa de las radiaciones. La superficie destruida, de la que desapareció todo vestigio de vida animal o vegetal, fue de diez kilómetros. La bomba había recibido el simpático nombre de *Little Boy* (*Muchachito*, diríamos nosotros). Ninguno de aquellos ciento veinte mil japoneses muertos tiene, al parecer, relación con el presente relato. Si menciono aquí tal acontecimiento histórico es porque, gracias a él, Estados Unidos y Japón firmaron la paz y con ello terminó la guerra en la que había hallado el tránsito a la nada nuestro amigo Miguel Gómez, conocido entre sus compañeros por *Bakunin*.

Los vencedores de la guerra trazaron un nuevo mapa de Europa. En cuanto a la situación de España, Estados Unidos, tras algunos años de dudas políticas, decidió apoyar la dictadura del general Franco hasta su muerte, incluso durante los años de ostensible deterioro físico. Después se restableció la monarquía constitucional, hereditaria, democrática, parlamentaria y capitalista.

El Espíritu Santo descendió para designar unos cuantos papas y sólo se equivocó en uno.

En Estados Unidos, por el incontenible afán de parecerse a Roma, asesinaron al presidente de mejor aspecto que habían tenido hasta la fecha.

El general Franco murió, a pesar de que muchos exiliados, en México, en Argentina, en Francia, en Rusia, llegaron a creer que era inmortal.

También murió el compañero libertario Melchor Rodríguez, director general de Prisiones en el Madrid de la guerra civil, al que la gente de derechas llamó *el ángel rojo*. En su entierro, ante la bandera roja y negra de la FAI, un numeroso grupo de católicos rezó el Padrenuestro.

De la portería de Vergel 9, se hizo cargo el matrimonio que había ocupado el

semisótano en los últimos días de Mariana.

La calle y la cercana plaza del Dos de Mayo, en donde desembocaba, con el paso del tiempo se convirtieron en un alegre barrio en el que a la caída de la tarde se encendían las luces de pubs, discotecas, discobares, pianobares, tabernas y barras americanas y se traficaba con drogas blandas y duras.

A Aurora no le fue mal en su oficio y pronto llegó a ser una puta de postín en el Madrid de la posguerra.

Doña Benigna murió a muy avanzada edad en paz y en gracia de Dios, y aunque desde la muerte de su marido siempre había vivido en soledad, de los más diversos rincones surgieron múltiples herederos codiciosos.

Ramón Gómez, hijo, y Basilia, su mujer, a la que todos llamaban Basi, vivieron en Buenos Aires, donde creo que él era representante de no sé qué industria internacional. Les fue muy bien.

A Pablito Zamora y a su mujer, Micaela, y a sus ocho hijos, les fue peor. Sus respectivas familias vivían de las rentas de las tierras y esa riqueza parece que por aquellos años bajó bastante. Pablito no era un hombre de empresa ni un gran trabajador, y él, su mujer y sus ocho hijos se vieron obligados a descender dos o tres peldaños (no más) en la escala social.

Evaristo Suárez llegó a publicar más de veinte novelas, algunas de ellas traducidas a cuatro o cinco idiomas y de gran éxito de venta y de crítica. Cuando murió era miembro de la Real Academia Española.

Don Emeterio contrajo matrimonio con una muchacha jovencísima, sobrina nieta suya, o algo así, y se mudó a un chalet de la colonia de El Viso.

La tía Raimunda murió a los setenta años, de dolorosísima enfermedad, tras seis meses de espantosos padecimientos y dejó una enorme fortuna, heredada por unos parientes asturianos que nunca la habían visto.

En el interior de la península los grupos anarquistas fueron casi inoperantes. Desde Toulouse organizaron repetidas veces atentados contra Franco, que no dieron ningún resultado.

Los chinos (los comunistas) organizaron mejor una resistencia y una propaganda que resultaron totalmente inútiles.

El teatro de magia, que había pasado de moda años atrás, no volvió a recuperar la predilección de las clases populares.

En el poder, una vez derrotadas las sucesivas revoluciones utópicas, siguen los de siempre.

Ahora hace frío. El césped del jardín ha amanecido cubierto de escarcha. Por las rendijas de puertas y ventanas se cuele un vientecillo helado que viene de la sierra. Pero luce el sol y en la pradera asoman algunas florecillas silvestres, entre ellas una sangrante amapola, que anuncian la inevitable llegada de la primavera.

Madrid, 1992-1995.



FERNANDO FERNÁN GÓMEZ, Actor, director, guionista y escritor, es uno de los nombres esenciales del panorama cinematográfico y literario español, por la pluralidad de su talento, su extensa y variada trayectoria artística y su carácter acerbo e independiente.

Nacido en Lima (Perú) el 28 de agosto de 1921. A los tres años de edad Fernando viajó con su familia a Madrid después de residir en Argentina, país en el que fue registrado legalmente su nacimiento.

Inició la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, pero pronto abandonaría la carrera para dedicarse al teatro. Durante la Guerra Civil, recibió clases en la Escuela de Actores de la CNT, debutando como profesional en 1938 en la compañía de Laura Pinillos; Jardiel Poncela le dio su primera oportunidad como actor de teatro cuando le contrató para *Los ladrones son gente honrada*, que se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid en 1940.

Pronto le llegó su salto al cine, llegando a protagonizar casi 200 películas y dirigir más de una veintena. En su filmografía figuran títulos como *Botón de ancla*, *El inquilino*, *La venganza de Don Mendo*, *Ninette y un señor de Murcia*, *El espíritu de la colmena*, *Mamá cumple cien años*, *La colmena*, *Esquilache*, *Belle Epoque*, *El abuelo*, *Todo sobre mi madre*, *La lengua de las mariposas* y *Tiovivo* c. 1950.

Por su trabajo de actor, director y autor teatral recibió los máximos galardones de las Artes Escénicas: Príncipe de Asturias de las Artes, Seis premios Goya, el Oso de honor del Festival de cine de Berlín, Premio Donostia a toda su trayectoria, o el

Premio Nacional de Teatro. Aunque fue más famoso entre el público como cómico, no por ello dejó de cosechar sonoros éxitos como escritor, y fue finalista al premio Planeta.

Pero paralelamente Fernando Fernán Gómez se interesó por la escritura teatral y la adaptación de guiones, lo que lo llevó más adelante a escribir numerosas novelas. En esta vocación literaria fue fundamental su relación con la tertulia del café Gijón, a la que permaneció fiel durante décadas, llegando incluso a crear el Premio Café Gijón cuya dotación pagó él mismo.

A partir de 1984 se intensificó su vocación literaria, escribió varios volúmenes de ensayos y once novelas. Fue un gran éxito su autobiografía en dos volúmenes, *El tiempo amarillo* pero su éxito más clamoroso lo obtuvo con una pieza teatral prontamente llevada al cine, *Las bicicletas son para el verano*, sobre sus recuerdos infantiles de la Guerra Civil.

Fue elegido miembro de la Real Academia Española, y tomó posesión del sillón B el 30 de enero de 2000. También se dedicó a la tarea periodística como articulista, colaboró con *Diario 16* y el suplemento dominical de *El País* y *ABC*.

Falleció en Madrid el 21 de noviembre de 2007, a los 86 años de edad. Su despedida, al más puro estilo teatral, se realizó en el Teatro María Guerrero de Madrid, su féretro fue recubierto con una bandera rojinegra anarquista.